



KATE L. MORGAN

*Ella es
Lady Escándalo*



Kate L. Morgan

**Ella es
Lady Escándalo**

©2019 Kate L. Morgan

Corrector de estilo y tipográfico, Carmen Marcos

©Designed by Freepic.diller freepik, de la fotografía de la cubierta
Derechos exclusivos de ediciones en español para todo el mundo. Ninguna
parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser
reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio,
ya sea electrónico, mecánico, de grabación o fotocopia, sin autorización
escrita del editor.

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 01](#)

[CAPÍTULO 02](#)

[CAPÍTULO 03](#)

[CAPÍTULO 04](#)

[CAPÍTULO 05](#)

[CAPÍTULO 06](#)

[CAPÍTULO 07](#)

[CAPÍTULO 08](#)

[CAPÍTULO 09](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[EPÍLOGO](#)

PRÓLOGO

Nueva York, 1880

Se sentía tan feliz, que el tiempo volaba en esa ciudad que le parecía sobrecogedora. Asistía a bailes, al teatro, visitaba monumentos, y no estaba cansada de toda esa actividad sino encantada, salvo por una extraña sensación que la incomodaba, sobre todo en ese momento pues tenía la sensación de que la observaban. No estaba segura, pero el cosquilleo en la nuca se había vuelto incesante durante esos días. Miró detenidamente a los paseantes que conversaban de forma entretenida en Central Park que le pareció enorme. En un banco cercano se encontraban dos muchachas que reían y conversaban de forma animada. Enfrente de ella, una mujer esperaba a alguien: tamborileaba con los dedos sobre un libro de forma impaciente. El resto de las personas no le parecieron lo suficientemente interesantes como para seguir con su escrutinio. Miró de nuevo el cuadernillo que tenía en las manos, y siguió dibujando todo lo que veía.

Cuando regresara a Inglaterra, al menos se llevaría un hermoso recuerdo. Miró hacia el sol, y comprobó que quedaban todavía horas para que se ocultara. Lady Warren y lord Philips, sus amigos, habían decidido comprar algunas bagatelas en Sheep Meadow, pero ya tardaban más de la cuenta, aunque no se arrepentía de haberse dado una escapada en soledad para dibujar el hermoso jardín pues era mucho más interesante de lo que había esperado. La visita al zoológico le había parecido demasiado estresante porque disponían de poco tiempo. Le quedaban solo cuatro días para que concluyera ese viaje a la ciudad, y ya había agotado tres, aunque los había aprovechado al máximo.

Evelyn Brown, única hija del marqués de Dartmoor, se sentía muy feliz de que sus padres la hubieran llevado consigo en su viaje a las colonias. El noble lo había decidido en el último momento y contra la opinión de la esposa, pero a él no le apetecía estar tantos meses sin la compañía de su hija. El marqués iba a comprar una extensa propiedad en el este, y la parada en Nueva York había sido obligatoria para disfrutar de los paisajes e interactuar con la sociedad de la ciudad. Para convencer a su esposa de lo apropiado que era llevarse a la hija en el viaje, había puesto como excusa la necesidad de que la joven adquiriera un apropiado guardarropa para su presentación en sociedad

en la próxima temporada, y su esposa se indignó por la sugerencia pues ella creía que las mejores modistas estaban en Londres. Pero Andrew Brown se había salido con la suya, y la hija terminó acompañando a los padres en ese viaje tan largo, pero del que estaba encantada.

Volvió a alzar su vista de las hojas del cuadernillo y miró los dibujos que ya había terminado. La verdad es que se le daba bastante bien manejar el carboncillo a mano alzada. Evelyn había dibujado elegantes plazas, algunos establecimientos que le parecieron curiosos, y las interminables avenidas de la ciudad. Nueva York le parecía fascinante.

Lanzó un suspiro largo porque la sensación molesta de que la observaban seguía presente.

Evelyn volvió a mirar en derredor suyo esperando encontrar los ojos que perturbaban su tranquilidad, pero no los encontró. Hizo un encogimiento de hombros, y se dedicó a buscar su pequeño bolsito de mano donde guardaba la llave de la habitación del hotel, dinero, y algunos objetos femeninos, pero no lo encontraba, y se preocupó.

Evelyn maldijo su costumbre de centrarse tanto en dibujar que se le olvidaba todo lo demás. Tanteó con el pie bajo el banco por si se le había caído, pero tampoco estaba. Dejó el cuadernillo y bajó la mano hasta el suelo, pero, por más que tanteaba, no lograba encontrarlo. Cuando se aseguró de que ninguno de los paseantes le prestaba la más mínima atención, bajó la cabeza con la suficiente rapidez para buscarlo, pero no lo vio por ningún sitio.

—¿Ha perdido esto? —la voz profunda le hizo alzar la cabeza de golpe, el sol le dio de lleno en el rostro y la deslumbró. Tuvo que parpadear varias veces porque no distinguía nada.

El desconocido dejó el bolsito en el banco, ella quiso mirarlo de nuevo y se volvió a deslumbrar. Parecía que el hombre estaba envuelto en rayos. A la falta de visión se unió la preocupación porque el hombre se había acercado demasiado a ella, y no lo había percibido de tan ensimismada que estaba admirando el paisaje y dibujando.

—¡Gracias! Se me ha debido de caer sin darme cuenta. —La explicación había sonado algo tonta porque era obvio, pero el timbre de voz del extraño la había inquietado más de lo que quería admitir pues parecía que estaba muy ebrio.

—¿Me permite invitarla a una limonada? —ella negó rápidamente con la cabeza.

No solía aceptar invitaciones de desconocidos, y menos de uno al que no

podía verle el rostro. Ella se dijo que al menos podría cambiar de ángulo, pero seguía plantado frente a ella sin importarle que el sol la molestara.

—Gracias por su amabilidad, pero tengo que irme. —Evelyn sujetó el cuaderno, los carboncillos, el bolso y, sin mirar al extraño porque no quería volver a deslumbrarse, corrió en dirección al hotel sin volver la vista atrás, afortunadamente el hotel estaba justo enfrente del parque.

El caballero observó perplejo la huida apresurada de la muchacha. Desde que la había descubierto en el parque, no había podido quitarle la vista de encima. Se había sentido poderosamente atraído por ella pues poseía unas largas y tupidas pestañas bajo unas cejas bien delineadas que realzaban las oscuras violetas que iluminaban su perfecto y delicado rostro. Lástima que la muchacha se mostrase tan desconfiada pues solo pretendía mantener una ligera charla. Sabía que era inglesa como él, y la necesidad de escuchar un acento que extrañaba, le habían impulsado a conversar con ella, pero la mujer no le había obsequiado ni una palabra amistosa.

«De verdad que es hermosa», se dijo mientras regresaba al hotel para seguir emborrachándose, necesitaba no estar sobrio nunca más. Maldijo a su padre, maldijo a su destino, y a todas las mujeres de Inglaterra, pero especialmente a una, la culpable de su desgracia.

A Evelyn le costaba entender la explicación que le estaba ofreciendo el recepcionista. Sus padres seguían disfrutando de la velada en la embajada inglesa, y regresarían tarde, por ese motivo ella había decidido volver al hotel porque se sentía muy cansada. Como no estaba acostumbrada a beber alcohol, el champán que había tomado se le habían subido rápidamente a la cabeza. Su madre se había enfadado con ella al verla, pero sus palabras habían llegado demasiado tarde, y ahora estaba mareada. ¿Por qué las muchachas de Nueva York bebían sin que sus madres se escandalizaran?, se preguntó. Por ese motivo se había sentido animada a hacerlo, y ahora pagaba su impulsividad.

—¿Ha entendido, lady Brown? —Evelyn asintió con la cabeza—. Dado que ha sido un error del hotel, la hemos ubicado en la planta tercera.

—¿Mis padres seguirán alojados en la planta primera? —preguntó.

Ahora debía alojarse dos plantas más arriba de sus padres. La visita imprevista de un senador, con el correspondiente séquito de seguridad, lo había cambiado todo.

El recepcionista siguió informándole.

—Hemos cambiado sus pertenencias a la suite número trescientos cinco. «Un bonito número», pensó ella.

—¡Muchacha afortunada! —la voz fuerte de Michael le hizo dar un respingo—. Toda una suite para ti solita.

—¡Qué envidia! —suspiró Helena—. Dormirás lejos del control de tus padres —Evelyn le dio un codazo cariñoso.

—La verdad que dormir en la misma estancia que mis padres me da cierta seguridad —confesó Evelyn—. Nunca antes he dormido sola fuera de casa.

Michael la miró con ojos brillantes, pues Evelyn llevaba en su cuerpo bastante más de dos copas de champán.

—¿De verdad que no te vienes al teatro —le preguntó.

El recepcionista ya le daba la llave de su habitación.

—Lamento no acompañaros, pero no me encuentro muy bien.

Helena la miró con las cejas alzadas. Visitar los teatros de Nueva York era una oportunidad única. En Sheffield no había teatros ni atracciones. Lo sentía por Evelyn porque las normas sociales indicaban que no debían dejarla sola hasta que regresaran sus padres de la embajada, pero la habían acompañado al hotel donde no podía ocurrirle nada malo. Michael y ella habían aceptado cuidarla, pero ahora no querían quedarse ni sufrir una velada aburrida porque estaba claro que Evelyn iba a quedarse dormida enseguida.

—¿De verdad que no te importa que vayamos sin ti al teatro? —insistió la mujer.

Evelyn sonrió.

—Disfrutad, y mañana me contáis —los animó ella.

Michael y Helena eran sus mejores amigos. El padre de ambos había sido amigo y socio del suyo, hasta su muerte, muerte que los había dejado en la bancarrota, por ese motivo se encontraban en Nueva York, porque Helena iba a conocer a su futuro esposo: un rico hacendado que los salvaría de la ruina. Era costumbre entre los nobles ingleses con maltrechas fortunas buscarse herederas que salvaran el patrimonio, y, en el caso de los americanos, sus fortunas les servían para entrar en la aristocracia.

Las tres semanas de travesía no la habían mareado tanto como el champán que había ingerido en la embajada inglesa.

—Bien, gracias Evelyn, mañana te contaremos —le dijo Helena mientras se despedía de ella con la mano.

Evelyn se giró a la vez que suspiraba pues estaba deseando meterse en la

cama.

Los empleados no habían encendido las lámparas de gas, y ella no pensaba hacerlo. Se quedó parada en el oscuro y pequeño vestíbulo apoyada en la pared. Si lograba llegar a la cama antes de caer al suelo y vomitar, sería un milagro. El malestar aumentaba y la cabeza le dolía una barbaridad. Se fue quitando la ropa con movimientos torpes pues no estaba acostumbrada a desvestirse sin doncella, pero durante el viaje, ella había ayudado a su madre, y su madre a ella, y tras varios intentos, al fin había podido desabrochar el ajustado corpiño. No le importó en absoluto dejarlo tirado en la alfombra junto con la falda, la enagua y las medias. Tenía un solo propósito en ese momento: llegar a la cama como fuese. Se había dejado solamente la camisola pues no podía ni buscar el camisón de dormir. Se sentó en el mullido colchón de plumas y echó la colcha hacia atrás. Una vez que se hubo introducido en el suave y fresco lecho, cerró los ojos a las sensaciones desagradables de su estómago.

Si se quedaba completamente quieta, la habitación dejaba de girar.

Lamentó que su última noche en Nueva York no hubiese sido como ella había esperado pues por la mañana tenían que emprender el viaje al este para que su padre cerrara el acuerdo de la compra sobre la extensa propiedad.

Cerró los ojos consciente de que le iba a resultar muy difícil conciliar el sueño, pero se durmió más rápido de lo que esperaba, y Evelyn tuvo un sueño de lo más erótico. Sintió que le acariciaban, y que le provocaban escalofríos de placer. Una boca recorría la base de su garganta en repetidos besos que le producían miles de cosquillas en todo el cuerpo. Se detuvo en el pezón y lo chupó como si quisiera sacar de su interior néctar de vida. La boca caliente le provocaba un calor que la abrasaba. La mano seguía el recorrido de su piel hasta el vértice entre sus muslos que se abrieron a la exploración. Un gemido salió de la garganta de Evelyn que se abandonó a las sensaciones que el sueño le estaba provocando.

Arqueó la espalda cuando un dedo grueso se introdujo en su interior produciéndole una convulsión inesperada: la acariciaba de forma atrevida y las sensaciones le llegaban como en oleadas. La boca, con el sabor más embriagador que había probado en su vida, la reclamó con una necesidad que no había sentido nunca. La lengua fue trazando un círculo con la suya en una caricia que la provocó a devolvérselo. Nunca le habían dado un beso, y menos

uno tan profundo y largo como el que le estaba dando su amante en el sueño. Un sueño muy placentero: casi parecía real, y ella deseaba disfrutarlo por completo.

Estaba ebria, mareada, ¿o eran los besos de su amante imaginario quien le provocaba ese estado embriagador?

Levantó sus manos y las guió hacia la cabeza de él. Enredó sus dedos largos en la espesa melena, y lo atrajo aún más a su boca. Anhelaba fundirse con él, que sus cuerpos fuesen uno. El dedo seguía creando magia en su interior, y en segundos, pudo sentir que le introducía otro. Algo se estaba enroscando en su vientre que se tensaba anhelando algo que desconocía, y, de pronto, un placer como jamás había sentido comenzó a recorrerla de pies a cabeza, entonces, él se posicionó encima de ella, y de una embestida se enterró en su interior. Evelyn sintió junto con el orgasmo un dolor agudo, se quejó y quiso gritar, pero la molestia pasó tan rápido como había llegado.

Llegados a ese punto del sueño, se despertó, y comprobó que en modo alguno era una fantasía lo que se movía encima de ella. Trató de empujarlo, pero parecía que pesaba una tonelada. El hombre aceleró el ritmo, y el placer que sintió momentos antes, se convirtió en una dura prueba que la lastimaba porque sentía arder las entrañas, deseaba que todo terminara ya. La estaban forzando, aunque ella había participado de buen grado al comienzo porque se había creído que vivía un sueño.

Evelyn quería gritar, pero la boca de él aplastaba la suya. La dominaba, lo escuchaba gemir sobre su boca, le apretaba las nalgas con la mano mientras la embestía con fuerza. El cuerpo del hombre se tensó, y un líquido caliente la inundó por dentro.

Cerró los ojos, y rezó pues no sabía qué esperar, además, todo estaba oscuro. De repente, el peso sobre ella se aligeró, pero Evelyn era incapaz de moverse. Ya no le dolía la cabeza sino todo el cuerpo que se había convertido en un martirio. Algunos minutos después, lo escuchó roncar, y pudo tragar la saliva espesa.

Debía levantarse y marcharse. También podía ponerse a gritar como una loca, pero temía por su vida. Al volverse para reincorporarse, su mano rozó el cuerpo duro y caliente. Contuvo la respiración. A pesar de la oscuridad de la habitación, distinguió con claridad la enorme silueta recostada en la cama junto a ella. La escasa luz de la habitación no le permitía ver la cara del desconocido. Por su estatura, debía de ser un hombre muy corpulento. Él, se removió inquieto, pero siguió profundamente dormido.

Evelyn cerró los ojos consumida por la vergüenza, y por la culpa.

Tras varios minutos que le parecieron siglos, se levantó con todo el cuidado que pudo. Sin apenas hacer ruido, fue recogiendo sus prendas caídas en el suelo una a una, y se las puso a toda velocidad. Sin volver la cabeza, abrió la puerta que daba al largo pasillo. Salió, y la cerró con cuidado tras de sí. Miró el número de la habitación: la trescientos cinco. Algo que subió desde su estómago se asentó en el comienzo de su garganta: le habían dado la llave de la habitación de otro huésped. ¡Se habían equivocado!

Evelyn se recostó contra la pared intentando recobrar el aliento. De nuevo, inspiró para tratar de organizar sus pensamientos, y lo que debía hacer a continuación. Dio un paso, después otro, tenía que decírselo a sus padres, pero la vergüenza la cubrió por entero. ¿Qué iba a decirles? ¿Qué los del hotel se habían equivocado al darle una habitación que ya estaba ocupada? ¿Qué estaba tan mareada que no se había dado cuenta de que en el lecho dormía un extraño?

Finalmente estalló en sollozos. Le había entregado su virginidad a un completo desconocido. No se la había entregado, rectificó, él la había tomado sin permiso. Tenía que denunciarlo, pero entonces se conocería su vergüenza. Evelyn no sabía qué hacer, o cómo actuar. Sin decidirse, bajó hasta la primera planta, y buscó la habitación de sus padres. Dio gracias a San Jorge porque no tenía echada la llave. Llorando todavía, y sintiendo un profundo escozor entre las piernas, decidió limpiar su deshonra.

Muchas horas después, y agotada de tanto llorar, se metió en la cama de sus padres, y se cubrió con la colcha hasta la cabeza. Más tarde les daría una explicación plausible, pero en ese momento solo quería abandonarse a su desdicha.

Evelyn no podía llegar a imaginar, que ya no volvería a ver a sus padres con vida.

CAPÍTULO 01

Pembroke House, condado de Yorkshire, Inglaterra, 1895

Si algo detestaba Rayner Dankworth, eran las fiestas por sorpresa. Hacía menos de tres días que había llegado a la casa familiar, y para nada esperaba un recibimiento tan pomposo. Había regresado porque según la última carta de su hermano menor William, la duquesa viuda se estaba muriendo, pero Charlotte Dankworth había mejorado mucho antes de que él arribara al puerto de Devon. Rayner se lo había tomado como una encerrona, pero solo podía tragarse su irritación. En Pembroke House estaba la flor y nata del condado de Yorkshire al completo, y él estaba deseando regresar sobre sus pasos y volver de nuevo a Elmont Garden: la granja que había comprado en Maryland. Llevaba quince años fuera de Inglaterra, y ahora lamentaba haber vuelto, aunque se consoló porque iba a ser por poco tiempo pues tenía previsto embarcar en un par de meses, cuando ultimara la compra de varios caballos para sus cuadras. Los sementales de Basingstoke engendraban a los mejores potrillos, pero no solo de Inglaterra, sino del resto de Europa, y ya que había hecho un viaje tan largo, bien merecía el esfuerzo de llevarse los caballos.

Se tomó de un trago el brandy del interior de la copa que sostenía. En todos esos años se había acostumbrado a beber whiskey de Bourbon, sobre todo de Kentucky, y por eso el resto de bebidas espirituosas le parecían insulsas.

Rayner llegó a creer que en todos esos años Pembroke habría cambiado considerablemente, pero todo seguía igual que cuando lo dejó: los mismos sirvientes, la misma familia snob, y los amigos que no eran tan amigos. Esa había sido la parte más dura de su marcha. Todo seguía igual salvo el cuadro de su madre que no se encontraba sobre la chimenea. El hueco donde antaño había estado colgado, se veía vacío, y se preguntó dónde lo habrían colocado.

La campanilla de la puerta sonó de nuevo, y el mayordomo se apresuró a acudir a la llamada. Rayner chasqueó la lengua y decidió batirse en retirada, al menos hasta la cena. Si se quedaba en la biblioteca, no tendría que atender a la llegada de invitados, si lo hacía, terminaría por soltar maldiciones.

—Bienvenida, lady Warren —la mujer se giró hacia la voz femenina que

la saludaba: era la nuera del duque de Letterston.

Acababa de darle la capa y los guantes al mayordomo cuando escuchó otra voz.

—Hola, Evelyn.

Sin percatarse arrugó el entrecejo porque nadie la llamaba por su nombre de pila salvo William, el hijo menor del duque.

—Lord Dankworth, un placer —le sonrió, y le tendió la mano.

—Gracias por aceptar —le dijo mientras tomaba la delicada mano y se la besaba de forma lenta.

Evelyn sintió la necesidad de apartarla. William era un hombre muy atractivo, y mostraba sus intenciones.

—Suelo rendirme ante la insistencia —a ella le brillaban los ojos, como si no esperara verlo en la fiesta.

—Bienvenida a mi hogar, y me alegra que aceptara mi invitación —le dijo el hombre.

Evelyn se lamió el labio inferior en un gesto que resultó muy provocativo aunque no había sido intencionado.

—Te recuerdo cuñado que fui yo la que envió la invitación a Battlefield.

—Es cierto, recibí la invitación de su cuñada, lady Dankworth.

Corroboró ella.

—Por favor, llámeme Kristel.

Evelyn se lo agradeció.

—Le pedí a Kristel que se la enviara —le informó William Dankworth en voz baja—, y que insistiera.

Así había sido. La primera invitación la había rechazado, después llegó una segunda, una tercera, y a la cuarta decidió aceptar porque si no lo hacía, William seguiría insistiendo.

—Pues ya ha llegado el escándalo a Pembroke —dijo ella con humor.

—La dejo a tu cuidado William —dijo la cuñada—, tengo que asegurarme de que los preparativos para la cena siguen su curso.

William le ofreció el brazo para llevarla con el resto de invitados.

El fastuoso salón de Pembroke resultaba espectacular. El clásico mobiliario no ayudaba a aligerar la sensación ostentosa. Las paredes decoradas con tela de seda azul oscuro y los muebles de caoba le parecieron un poco cargantes.

—Le traeré una copa de champán —se ofreció William, a ella no le dio tiempo a negarse.

Contempló, no sin cierta admiración, el vestuario del resto de invitadas. Había de todo: vestidos clásicos, algunos más conservadores, pero todas las mujeres iban elegantemente ataviadas con satenes, tafetanes, todas salvo ella que vestía de seda roja. Hacía muchos años que Evelyn despreciaba las rígidas etiquetas y las normas que solo aplicaban a las mujeres. Había aprendido de la forma más dura, que cuando te excluyen de los círculos sociales por considerarte una atrevida, casi era mejor encerrarse en vida.

Desde los veinte años, ella había protagonizado los mayores escándalos de la sociedad de Sheffield, aunque no habían sido premeditados: le disparó a un ladrón que trataba de robar en Battlefield, su puntería había sido certera, y el delincuente había terminado muerto junto a la caja fuerte que pretendía saquear. Había arruinado a dos lores que tenían negocios con su fallecido padre, y que habían estado estafándola desde su muerte. Evelyn era un prodigio con los números, y había aprendido a valerse por sí misma, por ese motivo contrató los servicios del bufete de abogados más prestigioso de Inglaterra y logró recuperar todo lo perdido con la venta de las propiedades de los socios. El escándalo había sido monumental pues ella no quiso firmar un acuerdo, sino que pretendía dejarlos en la bancarrota, y lo logró. Para colmo de males, el Príncipe de Gales se había declarado enamorada de ella, y había hecho circular la historia de que eran amantes.

Si el asesinato de un delincuente y la bancarrota de dos lores le habían cerrado todas las puertas de la sociedad, el rumor del príncipe le había abierto otras muchas: nadie rechazaba a la favorita de Bertie, aunque fuera lady escándalo.

Esperando el regreso de William con la bebida, comenzó a enumerar la cantidad de invitaciones que debía rechazar en los próximos días. Evelyn se negaba a pasarse la temporada de fiesta en fiesta: la aburrían soberanamente, prefería pasar los meses de verano en el campo y rodeada de todos esos amigos que jamás serían invitados a las ricas mansiones aristocráticas. Cambió el peso de su cuerpo, le parecía que William tardaba demasiado. Se preguntó por qué tenían las mujeres que mantenerse en pie hasta la hora de la cena soportando las soporíferas conversaciones masculinas sobre política, deporte, y un largo etc. Resultaba muy incómodo porque en ocasiones la cena comenzaba demasiado tarde.

—Acompáñeme, quiero que conozca a alguien —William había llegado por fin y le traía una copa de champán frío.

Tampoco le dio opción a negarse. La sujetó del brazo y la llevó a través

de los invitados a la biblioteca de Pembroke.

—Cómo le gusta provocar murmuraciones —lo censuró ella que se dejó guiar por él.

La verdad es que le divertía la impulsividad del lord.

—Me conoce muy bien, ya sabe que me encanta levantar cotilleos, y si están protagonizados por nosotros dos, tanto mejor.

Ella detuvo sus pasos, y lo miró entrecerrando los ojos.

—No es una buena idea —dijo ella.

—¿Qué desee que conozca a alguien?

—Que me utilice para escandalizar a sus invitados —respondió seria.

William y ella acababa de cruzar la doble puerta que separaba el vestíbulo de la biblioteca.

—Se lo presentaré y regresaremos con el resto de invitados aburridos, se lo prometo —le dijo.

Evelyn asintió con la cabeza aunque un poco molesta. Que se hubieran ido los dos del salón podía levantar especulaciones.

Observo la elegante estancia que estaba exquisitamente amueblada, y que era completamente diferente al salón de recepciones. La mesa de escritorio de brillante color cerezo atrajo su atención, parecía que nadie había pasado sus manos por ella en todo el día: como si los papeles que descansaban en su superficie no hubiesen sido examinados ni una sola vez. Miró las enormes librerías que cubrían las cuatro paredes de la biblioteca.

William la llevaba del brazo con cierta urgencia. Un carraspeo la hizo girar la cabeza hacia el sonido. La silueta estaba hábilmente camufla entre los pesados cortinajes.

—Rayner, te presento a lady Warren —la silueta dio un paso hacia adelante, y se situó al lado de la lámpara de gas.

Evelyn soltó un suspiro ante la visión.

—Un placer, lady Warren...

Ella no esperaba una sonrisa tan franca en casi un metro noventa de estatura. Tardó un tiempo en tenderle la mano con cortesía.

—El placer es mío... —dudó al pronunciar su nombre—. Lord...

Evelyn no tenía modo de saber si el hombre era familia del duque de Letterston, o un invitado.

—Dankworth —respondió él—. Rayner Dankworth.

Evelyn se quedó prendada de los ojos grises.

—Rayner es el hijo díscolo que ha llegado de las colonias —explicó

William, la mujer escuchaba atentamente sin poder apartar la mirada del rostro varonil—. La fiesta en Pembroke es en su honor, porque se ha mantenido fuera demasiados años.

—¿Está disfrutando de la velada, lady Warren?

¿Por qué le parecía que le susurraba?, se preguntó ella. Evelyn negó con la cabeza varias veces, incluso carraspeó hasta que le salió la voz.

—Acabo de llegar a Pembroke —respondió en un tono bajo—. No he tenido tiempo de socializar con el resto de invitados.

El hombre alzó las cejas de manera casi imperceptible.

—Estaré encantado de que no olvide esta noche —ella se puso tiesa como una lanza.

El timbre de su voz le hizo sentir un escalofrío en todo el cuerpo que no supo explicarse.

—Has estado demasiado tiempo entre salvajes —le dijo William que había entendido una cosa muy diferente con el último comentario de su hermano—. Se te ha olvidado que no puedes hablarle así a nuestra invitada.

Rayner dio un paso hacia la izquierda para acercarse al escritorio. Ella no apartaba la mirada de él. Evelyn se encontró inspirando de forma profunda al comprobar que él la miraba de forma concienzuda. Su corazón se aceleró, y sus músculos se quedaron paralizados al sentir sobre su piel como esos profundos ojos grises dejaban sus ojos y recorrían su cuerpo de arriba abajo: la hacía sentir como si fuera una yegua que se vende en un mercado de feria. Contuvo el aliento ante su inspección, y no pudo evitar sonrojarse cuando vio que su mirada se centraba en sus pechos. ¡La estaba desnudando con la vista! Percibió el poder que emanaba de su cuerpo y penetraba en el suyo, pero Evelyn no era una jovencita inexperta al que un semental podía intimidar sin llevarse su merecido. ¿Él la había admirado como mercancía? Ella se encontró haciendo lo mismo. Comenzó un escrutinio con su mismo descaro. Se fijó en el cabello rubio y espeso, a pesar del perfecto corte, terminaba rizándose en la base de la nuca. Después se detuvo en sus pómulos, en su nariz recta. En el ancho pecho que parecía que iba a reventar las costuras de su camisa. Siguió el recorrido por sus fuertes piernas enfundadas en un pantalón negro que se le ajustaba como una segunda piel.

—¡Evelyn! —la voz de William la sacó de su examen.

—¿Sí? —le preguntó.

Rayner amplió una sonrisa que la puso nerviosa. Nunca un hombre le había provocado ese maremoto emocional.

—¿Regresamos al salón?

A ella le costó un tiempo responder.

—Sí, lo lamento, estaba pensando en otra cosa —se disculpó con William.

—No tiene por qué estar nerviosa —le dijo el hermano.

Evelyn no estaba nerviosa, estaba hecha gelatina.

—Encantada de conocerlo —le dijo al fin—. Y deseo que disfrute su estancia de nuevo en Pembroke.

—No tenga ninguna duda de que lo haré, sobre todo ahora que mi hermano ha tenido la brillante idea de presentarnos.

Él, volvió a sonreírle, y la presencia de William quedó en un segundo plano para los dos.

—¿Siempre hace lo mismo? —le preguntó ella tomando de nuevo el control sobre su respiración.

El hombre la miró pausadamente.

—¿Qué es lo que hago? —la instó.

—Sonreír a las damas que no conoce para ponerlas nerviosas y dejarlas en clara desventaja —si la explicación lo extrañó, no dio muestras de ello

—La sonrisa suele ser el primer intento de acercamiento entre desconocidos.

No, se dijo Evelyn, la forma en que la miraba no era una muestra de cordialidad, sino de otro sentimiento al que no se atrevía a ponerle nombre.

—Bueno, encantada de saludarlo —concluyó a media voz y girándose hacia William—. ¿Nos vamos?

—No se lo tome en cuenta, Evelyn —le dijo William—. Rayner lleva demasiado tiempo entre salvajes, y ha olvidado la cortesía elemental para tratar con las damas inglesas.

La respuesta la ablandó porque le pareció auténtica.

—No hace falta que lo disculpes... —el otro, no la dejó terminar.

—Sí, discúlpeme, es que al verla he sufrido una alucinación.

Evelyn se lamió el labio inferior. ¿Eso era un insulto o un halago? No tenía modo de saberlo.

—Te dejamos —le dijo el hermano—. Cuando llegue Zachary te avisaré.

El hombre asintió con un gesto amable mientras los veía caminar hacia la puerta. William llevaba a la dama del brazo, y Rayner se encontró enarcando una ceja.

Lady Warren era la misma mujer que él vio en Nueva York. La que había

perdido el bolso de mano. Era imposible olvidarla con ese cabello negro y esos ojos del color de las violetas. Los años la habían tratado muy bien, porque de ser una moza espectacular en el pasado, ahora era una mujer que podía volver loco a un hombre. Soltó un suspiro largo, y caminó de nuevo hacia los ventanales. Estaba retrasando el momento de ir con el resto de invitados.

—Lamento haberla puesto en esa situación con mi hermano —se disculpó William—. Me pareció importante que la conociera.

Una chispa de diversión acudió a las pupilas de ella.

—Admito que me sorprendió.

William la miró curioso. Que la mujer más bella, ingeniosa, y sensual del reino admitiera que un hombre la sorprendía, era en verdad un milagro, entonces se preocupó.

—¿Rayner le ha parecido demasiado sorprendente? —quiso saber.

Ella negó con la cabeza.

—No —admitió con franqueza—. Le gusta parecer intimidante, aunque creo que es una forma de defensa.

Ahora, el sorprendido fue él.

—¿Tengo que ponerme celoso? —inquirió.

—¡Esa sí es una pregunta tonta! —contestó rápida—. Los celos están fuera de lugar entre ambos.

—Es que se ha quedado sin habla cuando se lo he presentado —le recordó él con cierta brusquedad—, y, a lady escándalo, no la enmudece nadie.

Evelyn, al escucharlo, lo miró de forma reprobadora.

—No me llame así, por favor —pidió seria.

Ella detestaba el apodo que le habían puesto algunas matronas de los círculos más cerrados de la aristocracia. Le parecía injusto, y también ofensivo.

—Me voy a pasar la noche disculpándome —le dijo el hombre.

El silencio volvió a instalarse entre ellos de nuevo. William cogió otra copa de champán y se la puso en la mano. Al sujetarla, un recuerdo del pasado la azotó como un vendaval. El rostro de la mujer se puso pálido.

—William —le dijo. Él, la instó con un gesto a que continuase—. No coja otra copa para mí, por favor.

William tuvo el atino de sonrojarse. Él, no pretendía emborracharla, que ella lo hubiera pensado, lo ofendió.

—La noto preocupada —su voz seguía siendo suave.

—Es que estoy un poco agobiada.

Fue escucharla, y su natural galantería se impuso en William.

—La acompañaré al jardín para que se refresque un poco.

Evelyn aceptó el brazo que le ofrecía. Estaba incómoda, y no sabía bien el motivo. Percibía que la observaban, y aunque hacía tiempo que las habladoras y los chismes no la afectaban, esa sensación sí, porque recordó algo parecido mucho tiempo atrás, y que le había cambiado la vida por completo.

William la llevó hacia un banco y la ayudó a tomar asiento. El olor de las flores de su cabello le penetró por las fosas nasales.

—Me gusta su peinado, las rosas frescas la hacen parecer todavía más hermosa.

Evelyn bajó los ojos hasta el vuelo de su vestido de noche. Alisó unas arrugas inexistentes.

—Normalmente no suelo mostrarme tan quisquillosa por uno de sus cumplidos, pero hoy los encuentro sumamente empalagosos.

—Acaba de herir mi amor propio —William tomó asiento al lado de ella que se colocó un mechón de cabello detrás de la oreja, trató de que sus rizos se mantuviesen en su sitio—. ¿Por qué se siente nerviosa?

Evelyn entrecerró los ojos. El hermano de William la había perturbado mucho, pero no quería admitirlo.

—Porque temo herir a un hombre que es demasiado atractivo, y que está empeñado en tener conmigo algo más que amistad.

—Ya conoce mis sentimientos —sí, los conocía—, y sigo esperando una respuesta.

—Es la misma de hace un año, es la misma de hace seis meses, es la misma de la semana pasada...

William terminó inclinándose hacia adelante para mirar el estanque. La respuesta de ella no era la esperada. Enamorarse de ella no había sido premeditado, pero es que miraba esos ojos, y se perdía en un mar de violetas. Lady Warren era atrevida, divertida, pero sobre todo sincera. ¿Cómo no iba a enamorarse?

—Nunca he conocido una mujer como usted —comenzó él—. Es bella hasta el delirio, inteligente de una forma que me admira. No le importa los

chismes, ni se deja llevar por la tiranía de las normas sociales.

Evelyn terminó suspirando.

—No me dejó llevar porque en el pasado me hicieron muy vulnerable, y me prometí que jamás lo permitiría de nuevo.

Él, lo sabía. Ninguna mujer en todo el reino había soportado tantas vejaciones, insultos, y desprecios. Si no hubiera sido por el interés que la corona había puesto sobre ella, seguiría el estigma que la sociedad inglesa le había impuesto. Pero Evelyn había soportado todo con una tenacidad y entereza como nunca había conocido en otra. Al principio, William quiso seducirla, porque según las habladurías, era una mujer que tras la muerte de su esposo había decidido disfrutar al máximo su viudez. Iba de fiesta en fiesta, de lecho en lecho, y de un amante a otro. Pero pronto William se dio cuenta de su gran error. La mujer a la que llamaban de forma insultante lady escándalo, era toda una dama. Diferente, pero auténtica.

—Y ahora es usted la que vuelve locas a todas esas matronas —Evelyn terminó por sonreír—. Le gusta escandalizar con su vestuario, y con sus extravagancias, a todas esas damas que siempre la han censurado.

—Lo admito, soy una mala persona porque me encanta sacarlas de quicio, incluso disfruto aumentando la mala opinión que tienen sobre mí.

—¿Cree que esas matronas cambiarán alguna vez la opinión adversa que tienen sobre usted? —le preguntó. Evelyn negó con la cabeza—. ¿Y no le molesta ese continuo ataque a su forma de vivir y de comportarse?

Ella meditó en sus palabras un momento largo.

—Realmente, no —hizo una breve pausa—, hace tiempo que no permito que la opinión de nadie cuestione mi vida.

—¡William! —los dos escucharon la voz.

—Estamos junto a la fuente —respondió William.

Rayner Dankworth caminó directamente hacia ellos hasta quedar plantado frente a los dos.

—Quería avisarte de que me marchó —William lo miró extrañado.

—¿Cómo que te marchas? —preguntó sorprendido.

—Ha llegado un mensajero de las cuadras de Basingstoke, si no realizo la compra ahora, lord Stuart rechazará la oferta que le hice por los potrillos.

William lo miró con duda. Era una hora inusual para mantener una reunión de negocios.

—No puedes irte de Pembroke, la fiesta es en tu honor.

—Discúlpame con Zachary, lo veré otro día.

Evelyn seguía la sucesión de palabras entre hermanos completamente en silencio. A ella comenzaba a gustarle el sonido de su voz: grave, profunda, hasta podría decir que sensual.

—Iré en tu lugar —se ofreció William.

Esa respuesta sí que pilló al hermano mayor desprevenido. Las cuadras de Basingstoke estaban a treinta millas de distancia.

—Los potrillos son para mí.

—Pero no puedes irte de tu propia fiesta.

A él le importaba bien poco la fiesta, la familia, pero comenzaban a importarle los brillantes ojos de la invitada que seguía atenta sus movimientos.

—Regresaré a la casa y pediré mi carruaje —dijo la mujer al mismo tiempo que se levantaba.

William pensaba a toda velocidad.

—Puedo dejarla en Battlefield de camino a Basingstoke.

—Gracias Will, pero no será necesario —respondió ella.

Para Rayner quedó claro la intimidad que compartían su hermano pequeño y la mujer sensacional.

—Yo puedo ser su acompañante sin William decide ir a Basingstoke en mi lugar.

A Evelyn no le apetecía en absoluto tenerlo como compañero de mesa durante la cena. Si William tenía que irse, ella prefería marcharse.

—Gracias, pero no será necesario.

Se giró hacia la casa y comenzó a caminar. William iba a ir tras ella, pero el brazo de Rayner se lo impidió.

—¿De verdad irás a Basingstoke en mi nombre?

William soltó un suspiro largo. Lamentaba enormemente el cambio de planes pues él pensaba disfrutar al máximo de la compañía de lady Warren, pero Rayner no podía ausentarse de su propia fiesta, sobre todo porque el padre de ambos no se lo perdonaría.

—Sí —respondió Will sin dejar de mirar el balanceo de las caderas de Evelyn.

El vaporoso vestido de seda rojo, tenía un escote en la espalda muy atrevido porque mostraba que no llevaba corsé. Soltó sin percatarse un largo suspiro.

—¡Esa mujer es un auténtico peligro para un hombre! —dijo Rayner, y se fijó en los ojos de su hermano para comprobar el efecto que tenía en él sus palabras, pero no advirtió ni un parpadeo de sorpresa.

—¿Es así como la ves? ¿Cómo un peligro? —preguntó William, y Rayner asintió—. ¿Te gustaría decirme por qué?

Rayner no quería decir nada más. Había dicho un pensamiento en voz alta, y ahora se arrepentía.

—¿Es viuda? —le preguntó a Will.

—Sí, perdió a su marido en un naufragio —Rayner miró a su hermano perplejo.

—No parece una viuda sufrida.

A William le pareció injusto ese comentario.

—Eveleyn... lady Warren es la mujer más sincera y honesta que he conocido nunca. La más hermosa y divertida.

—Veo que te tiene comiendo de su mano —dijo el hermano mayor pensativo.

—Le he pedido que se case conmigo.

Entre los dos hermanos se suscitó un largo silencio.

—Pienso que no es la mujer adecuada para ti.

William lo miró estupefacto. Su hermano mayor llevaba quince años fuera de Inglaterra. Había huido como un cobarde para no enfrentar al padre de ambos. ¿Con qué derecho se atrevía a pronunciar una opinión sobre la mujer que él había escogido?

—Es mayor que tú —continuó diciéndole Rayner—. Y deberías de haber aprendido de mi experiencia.

—Yo no soy tú —le espetó William dolido—, ni Evelyn es Simone...

Rayner terminó soltando un suspiro largo.

—Tienes razón, no soy tú, pero ya sabes cómo se las gasta padre cuando no le gusta una mujer que le interesa a alguno de sus hijos.

—Padre ha cambiado mucho —lo justificó el menor.

Rayner no lo creía. Él, se había marchado a Nueva York por la terrible situación que se había suscitado entre el duque de Letterston y él. Padre e hijo no habían llegado a las armas gracias a Zachary: su hermano mellizo.

—¿Por eso has querido presentármela? ¿Para que te diera el visto bueno?

Así había sido. William quería muchísimo a su hermano mayor, lo había echado de menos, y se alegraba enormemente de que hubiera regresado al fin a Pembroke House. Necesitaba saber si le gustaba lady Warren porque él tenía en mente convertirla en lady Dankworth.

—Es muy importante para mí...

Ya no se dijeron nada más.

CAPÍTULO 02

—Lady Warren, qué sorpresa verla en Aberdale Hill.

¿Sorpresa?, se preguntó Evelyn, se lo encontraba en todas las fiestas a las que asistía. Al principio lo achacó a la casualidad, pero esa forma de mirarla, además de ponerla nerviosa, la molestaba.

Ella se giró con una sonrisa en la boca.

—La sorpresa es mía —le contestó, pero sin tenderle la mano para que se la besara.

La última vez se la había retenido más tiempo del necesario, y le había provocado un ciclón emocional.

—Conozco a lady Cowbridge —respondió ella.

Las tupidas cejas rubias se alzaron con un interrogante. Lady Cowbridge era la anfitriona en Aberdale Hill, y por eso la justificación de ella le pareció absurda.

—Entonces presumo que son buenas amigas...

Evelyn miró en derredor suyo, y, como siempre le ocurría, el resto de invitadas la ignoraban. Por ese motivo no pudo deshacerse de la compañía molesta de lord Dankworth. En ese momento lamentaba el viaje sorpresivo que había hecho William a Liverpool. Llevaba ya dos semanas fuera, y su hermano mayor se había convertido en una pesada molestia.

—Mi hija Marian es amiga de Wendy, la hija de lady Cowbridge.

Rayner ya sabía que Evelyn tenía una hija fruto de su matrimonio con Michael Warren. Sabía que había perdido a sus padres en un atraco en Nueva York. El marqués y su esposa regresaban de disfrutar de una velada en la embajada inglesa cuando fueron sorprendidos por una banda de forajidos. Y por si el destino no se había cebado suficiente con lady Warren, perdió a su joven esposo en el naufragio del Solomon Cotton: el buque que los traía de regreso a Inglaterra. También conocía la razón para que la llamaran lady escándalo. Cuanto más sabía de ella, más le interesaba como mujer, sin embargo, que su hermano William también estuviese atraído por ella, le suponía un gran inconveniente, porque no era lo mismo tratar de seducir a una viuda que derrochaba sensualidad por cada poro de su cuerpo, que a una dama que podría ser su futura cuñada.

—¿Le apetece beber algo? —le preguntó él.

Evelyn se preguntó cómo podría quitárselo de encima.

—No, gracias, pero se lo agradezco.

Ella ya se giraba para marcharse. Lo último que le apetecía era seguir manteniendo una conversación intrascendental con el hombre más impertinente de todos, también el más atrayente. ¿Acaso no se daba cuenta que manipulando su conversación podría disparar las murmuraciones sobre ella? Generalmente no le importaba, pero esa noche estaba en Aberdale Hill, y no quería que la madre de Wendy se sintiera agraviada. Su hija Marian no iba a sufrir como ella en el pasado, ni iba a permitir ni una sola murmuración que diera al traste la amistad que compartía con Wendy.

—Espere...

Que la sujetara del brazo para impedirle la marcha, no solo era grosero, sino temerario.

—¡Lord Dankworth! —exclamó escandalizada.

—No conozco a casi nadie en esta fiesta, y pensé que podríamos hacernos mutua compañía.

Ella parpadeó incrédula.

—Hacernos mutua compañía es lo último que deseo —la voz se había vuelto fría como la nieve.

—Le prometí a mi hermano, antes de que se marchara a Liverpool, que la cuidaría.

Él, le sonreía, ella, no.

—¿Le parece que necesito cuidados?

A la vista estaba de que lo había malinterpretado.

—No quise decir...

—Si me disculpa... —ella hizo un gesto brusco con el brazo para soltarse de la sujeción que Rayner mantenía sobre ella.

La vio alejarse con la espalda tensa. No giró la vista ni un momento. Y durante las siguientes dos horas se mantuvo en la otra esquina del salón de recepciones. Lady Warren conversaba animadamente con lady Cowbridge y con su esposo. La observó reír, moverse con gracia... ignorarlo. Pero todo cambió para él cuando llegó la hora de la cena y tuvieron que pasar al comedor. Él, había sido asignado compañero de mesa de ella, y estaba deseando ver su reacción cuando lo supiera.

Los astros debían de estar alineados en su contra porque tenía como compañero de cena precisamente a él. Lord Dankworth le apartó la silla con

una sonrisa de oreja a oreja, evidentemente se estaba divirtiendo con todo eso, Evelyn tomó asiento, y cruzó una mano sobre la otra visiblemente molesta.

La cena iba a ser la más larga de su vida.

—¿Ha pasado una buena semana, lady Warren? —le preguntó con cortesía al mismo tiempo que extendía la servilleta de ella y se la colocaba en el regazo.

Evelyn no se había dado cuenta hasta ese momento de lo íntimo que podía parecer ese gesto cortés. Cada vez que lo había hecho Will, ella no se había sentido tan incómoda, ni tan expectante.

—La carne ha incrementado su precio en medio penique —respondió para hacerle entender que no quería mantener una conversación con él.

Él, asintió sereno.

—¿Qué quiere que le cuente? —le dijo él—. Hoy voy a ser un libro abierto para usted.

Evelyn miró su pelo rubio oscuro que hacía un contraste muy seductor con los ojos grises. Distinguió unas canas alrededor de las sienes que le daban una apariencia más atractiva. ¿Estaban allí la semana anterior?

—Pero es que no siento ningún interés en conocer nada sobre su vida.

Lo había dicho muy bajito, para que solo él pudiera escucharlo.

—Le aseguro que no tendrá ninguna otra oportunidad de conocerme.

Evelyn soltó un suspiro largo y cansado. Había aceptado la invitación de lady Cowbridge con gusto porque era de las pocas personas que toleraba, pero si hubiera imaginado que estaría sentada al lado del más arrogante, atrevido, y descarado de los Dankworth, habría dado media vuelta y regresado a Battlefield.

—Es usted insufrible —le espetó sin mirarlo

Él, le ofreció una sonrisa arrogante.

—Lady Warren, ¿qué tiempo tiene ya la pequeña Marian?

La pregunta se la había formulado el comensal que tenía enfrente: un militar retirado y viudo amigo de su padre.

—Catorce años —contestó sonriente.

Rayner no despegaba sus ojos de la silueta femenina que trataba de ignorarlo, pero él sabía que no lo lograba. La percibía tensa, incómoda, y le gustaba provocarle todos y cada uno de esos sentimientos.

—Parece que fue ayer cuando la vi por última vez —dijo el militar pensativo—. Ahora mismo tendrá que hacer su presentación en sociedad.

—Ahhh, los hermosos hijos —dijo Rayner.

A ella le pareció cuanto menos graciosa esa afirmación. Giró el rostro y lo miró a los ojos.

—¿Cuántos hijos tiene? —le preguntó en un impulso.

Él sopesó si responderle podría ser útil para atrapar su atención.

—Ninguno —Evelyn entrecerró los ojos escéptica. Debía de rondar los cuarenta años, e imaginó que la falta de hijos podría ser voluntaria, o tal vez no—. Para su información no estoy casado.

—No se lo he preguntado —contestó rápida.

—He leído la pregunta en sus ojos.

Evelyn se dijo que lord Dankworth la desconcertaba.

—Ha quedado claro que cada uno ve lo que quiere... —contestó ella.

Y le sonrió de tal forma que le hizo bajar el estómago a los pies. Rayner pensó que no era humano que una mujer tuviese ese poder en la sonrisa. Si además se le iluminaban las violetas que tenía por ojos, podría caer al suelo de la impresión.

—Yo solo la veo a usted —se lo susurró tan bajo, que le provocó un escalofrío que la recorrió de la cabeza a los pies.

La mujer tragó con fuerza.

—A este juego pueden jugar dos —respondió ella, él, sabía perfectamente a lo que se refería.

Quería provocarla, que le respondiera. La quería entre sus piernas, devorarla a besos desde la punta de la nariz al último de sus dedos. Nada le gustaría más que ella quisiera jugar con él.

—¿Comenzamos? —la incitó él.

Evelyn terminó resoplando. Ese hombre no tenía remedio, y decidió ignorarlo el resto de la velada. Se enzarzó en una discusión con el señor mayor que parecía que la conocía muy bien. Hablaron sobre el padre de ella, sobre su propiedad de Battlefield. La escuchó reír, y la vio jugar con la comida de su plato.

—Pero no es un error actuar como se espera de uno, y no como se quiere realmente —decía el hombre mayor.

Rayner había estado tan pendiente del cuerpo seductor que tenía al lado, que no había escuchado el comienzo de la discusión que mantenían lady Warren y el anciano militar.

—Todos estamos obligados a actuar como se espera de nosotros, son las normas —respondió una mujer que estaba a la izquierda del militar.

Evelyn termino rebelándose.

—¡Esa es la palabra maldita: obligación! —dijo muy seria—. Los padres nos indican cómo debemos actuar y cómo debemos proceder. Luego le pasan el relevo al esposo, y, después, cuando creemos que al fin podremos ser nosotras mismas, los hijos se encargan de tomar otra vez las riendas sobre nuestra vida.

—¿Siente rabia por ese control que tratan de ejercer sobre usted, lady Warren? —preguntó Rayner.

Ella miró fijamente el iris del hombre con cierta sorpresa ante la pregunta inesperada. ¿Qué buscaba al hacerla?

—Nadie ejerce control sobre mí —respondió crítica—. Mis padres murieron, mi esposo murió, y no tengo hijo varón.

Rayner la vio tragar con fuerza.

—Y nunca se ha salido de lo correctamente establecido, ¿verdad?

Evelyn parpadeó confusa. ¿Se burlaba de ella?

—Una sola vez en mi vida hice lo contrario a lo que me enseñaron.

—¿Y el resultado? —quiso saber él.

—Una vida de viuda, una preciosa hija de catorce años a la que amo con locura, y un apodo que imagino que ya conoce.

Rayner Dankworth intentó ocultar un destello en sus pupilas que ella no supo interpretar.

—Lady escándalo... —volvió a susurrar él—. Tiene una hija muy mayor para ser una viuda tan joven.

Evelyn apretó los labios.

—Me casé muy joven, bueno, como se casan la mayoría de muchachas del reino —ella hizo una pausa intencionada—. No como los hombres, que pueden elegir la soltería, o las amantes que calentarán su lecho sin que su conducta libidinosa les pase factura moral.

—Percibo en sus palabras un cierto resquemor —la atizó él.

Evelyn no pensaba contestarle.

—Tiene usted una hija muy guapa —dijo el militar tras el silencio que se había instalado entre los comensales.

Rayner se encontró desviando la vista de Evelyn al hombre que parecía que la conocía muy bien.

—Si se parece a la madre... —no terminó la frase, pero no hizo falta porque Evelyn se ruborizó.

Parecía que en la mesa solo estaban ellos tres.

—¿Podemos cambiar de tema? —sugirió ella.

—Por supuesto —respondieron ambos hombres a la vez.

—Hábleme de ella —Evelyn no había comprendido la pregunta de lord Dankworth—. Hábleme sobre su hija.

Pero fue lady Cowbridge quien respondió.

—Ohhh, lady Marian es preciosa, y muy alta para su edad —relató la mujer. Evelyn se sentía muy orgullosa—. Es una excelente amazona, controla los caballos mucho mejor que muchos hombres. Lady Warren dice que no sabe de dónde le viene el talento, pero es indudable que si se lo propusiera podría ser una buena criadora de sementales.

—Los Dankworth son los mejores jinetes de esta parte del reino —apuntó el militar pensativo—. Y una dama no puede dedicarse a la cría de caballos.

—Imagino que será una habilidad que ha heredado de lord Warren —dijo Rayner como de pasada.

Evelyn abrió los ojos perpleja.

—¿Conoció a mi esposo?

Rayner hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Llevo demasiados años fuera de Inglaterra.

De nuevo el silencio se instaló entre ambos.

—Confío que todo se haya solucionado ya con su padre el duque —dijo el militar al mismo tiempo que dejaba el tenedor y el cuchillo sobre el plato—. No es bueno que los hijos anden de gresca con los padres.

Esas palabras despertaron la curiosidad de Evelyn por lord Dankworth por primera vez desde que lo conocía.

—Es hora de que olvide el pasado, se busques una buena esposa, y que engendre varios hijos que puedan continuar el legado de los Letterston.

—¿Por qué no se ha casado en las colonias con una joven de allí? Muchas de esas fortunas han salvado grandes títulos nobiliarios aquí —dijo lady Cowbridge.

—Porque el futuro duque de Letterston debe casarse con una mujer noble e inglesa —aseveró el militar con voz aguda—. Además, el ducado de Letterston no necesita ser rescatado por una de esas herencias porque los Dankworth poseen una de las mayores riquezas del reino.

—Tan cierto como todo lo que se ha mencionado, es un hecho que no tengo intención de casarme —reveló Rayner muy serio.

—Pero, ¿qué sucederá con el título y el ducado? —insistió el hombre mayor.

—Mi hermano Zachary es perfectamente capaz de ocuparse de todo.

—¡Pero usted es el primogénito! —exclamó el militar que no podía entender la postura del noble.

—Solo por diez minutos —bromeó sin humor.

—¿No quiere hijos, lord Dankworth? —preguntó lady Cowbridge espantada.

La mirada de Rayner se había vuelto oscura. Parecía que lo tenían acorralado. Evelyn disfrutaba mucho viendo su incomodidad, como él había disfrutado viendo la suya.

—Casi tuve uno, pero se malogró...

Rayner se arrepintió enseguida de haber dicho eso porque era demasiado. El escándalo había sido monumental porque el heredero del ducado de Letterston había dejado embarazada a una joven plebeya, pero de la que se creía muy enamorado. Nadie conocía realmente por qué motivo se rompió el compromiso, el heredero se marchó a las colonias renunciando a todo.

Evelyn sintió compasión por él, y se reflejó en su mirada.

—Veo que no soy la única que alimenta los escándalos...

La cena transcurrió con normalidad para el resto de invitados, salvo para lord Dankworth que se sumió en un silencio sepulcral, y Evelyn, que intentaba descifrar el enigma en el que se había convertido el hermano de William.

CAPÍTULO 03

El hombre se mantenía erguido mientras leía. El pelo castaño le caía por la frente de forma descuidada y lo hacía parecer un tanto travieso. Una ligera mueca de frustración comenzó a asomar por entre sus labios finos. Seguía con un dedo la línea de lectura, y, de tanto en tanto, sus pupilas mostraban un destello de ira ante lo que encontraba plasmado en la carta que había recibido. Nuevamente Evelyn rechazaba asistir con él al teatro.

Cuando llegó de Liverpool, le había pedido de nuevo que lo aceptase, y ella se había reído. Se enfadó tanto que estuvo sin hablarle varios días, pero después reculó. No se enamoraba a una dama negándole la palabra.

—¡Te he advertido muchas veces que no volveré a Pembroke!

William pegó un respingo ante la voz fría y grave de su hermano mayor.

—Padre no entiende que te hospedes aquí en la cabaña del bosque en lugar de la casa —la voz de William era conciliadora.

Rayner vio que doblaba una carta y se la metía en el bolsillo.

—¿Tienes algo interesante que decirme? —le preguntó de sopetón.

—Es el cumpleaños de Kristel, y tengo la honrosa tarea de llevarte a Pembroke, de una oreja si hace falta.

Rayner masculló. Él no deseaba pisar la casa familiar. Lo había hecho en la fiesta que se había dado en su honor, y porque su padre se encontraba visitando las propiedades de los Dankworth en Escocia.

—Cómprale un regalo de mi parte.

—El cumpleaños es hoy... —Rayner maldijo con todas sus fuerzas—. Aún faltan un par de horas —reveló William para animarlo.

—Es que no quiero ir...

El hermano mayor se pasó la mano por el cabello. Le faltaban tres semanas para embarcar de nuevo y regresar a Elmont Garden. Deseaba hacerlo por una parte, pero por otra no.

—Padre espera que asistas —el rostro de Rayner se endureció durante un segundo—. Tienes que aceptarlo de una vez —siguió William.

—¿Es una cena de cumpleaños o una emboscada? —Rayner intuía que su hermano estaba preparado para esa pregunta.

Y el hermano contestó casi enseguida:

—Padre opina que muestras una actitud rencorosa, y que ya dura demasiados años —Rayner entrecerró los ojos—, pero ha aceptado que ella

no esté.

El mayor hizo una mueca, luego agregó:

—Nuestro padre espera demasiado de mí. Tal vez nunca me acerque a su ideal de hijo. En especial en lo que se refiere al perdón y la comprensión.

La crítica no hizo mella en el hermano menor.

—¿Qué piensas comprarle a Kristel? —preguntó para cambiar de tema.

—¿Qué se le puede comprar a alguien tan especial como ella? —respondió Rayner.

—Te queda poco tiempo para buscar un regalo apropiado.

—Estoy demasiado ocupado —respondió con voz cansada—. Ya he comprado los potrillos, las sillas de montar y varios aperos, pero me faltan otras muchas cosas.

William se despidió de su hermano.

—Nos vemos en la casa —dijo y salió con rapidez.

Rayner se dirigió hacia la ventana pensativo y vio a su hermano montar a caballo, espolearlo y cabalgar en dirección a Pembroke. A esa hora de la tarde, el campo estaba tranquilo, y, la casita del bosque en la propiedad, todavía más.

Cuando llegó de Estados Unidos a Inglaterra, ni se le había pasado por la cabeza quedarse en la casa familiar, había alquilado la habitación de un hotel en la ciudad, pero su hermano Zarachy y William le habían pedido que no lo hiciera. Como la cabaña del bosque estaba habilitada para invitados, y siempre estaba lista, lo habían convencido.

Él, había terminado hospedado allí, y su padre a media milla de distancia.

Tragó el nudo doloroso de su garganta, y suspiró. Habían pasado quince largos años en un exilio voluntario. Había jurado no regresar nunca a Pembroke, pero lo había hecho. El duque, su padre, le había ocasionado una herida profunda, de las que no sanaban nunca porque Rayner no podía olvidar, ni se lo proponía. Tener que ir a esa fiesta y fingir que ese dolor no existía, le producía un nudo en la garganta, pero contra sus deseos, optó por asistir.

El mes de diciembre en una gran ciudad transformaba todo en un caos. La circulación de carruajes se volvía imposible. Los comercios se atestaban de personas que comenzaban a buscar los regalos de Navidad para sus familiares, incluso con tres semanas de anticipación. Rayner detestaba todas las celebraciones que se caracterizaban por sus excesos; las navideñas las que más, pero él tenía el regalo apropiado para su cuñada. Había comprado una

fusta muy bonita y que pensaba llevarse a Elmont Garden, pensó que podría ser el regalo perfecto para ella.

Buscó la fusta entre las compras que había hecho y la encontró. Estaba envuelta para regalo. Un segundo después se dirigió hacia el establo. Ensilló la montura: una preciosa yegua que había comprado. Se colocó la capa, el sombrero, los guantes, y montó. Le llevaría diez minutos llegar a Pembroke. Entregaría el regalo a su cuñada, y se marcharía.

Espoleó la montura y salió al galope como su hermano anteriormente. Cuando llegó a las cuadras de Pembroke, su ánimo no había mejorado lo más mínimo. Dejó la montura a cargo de uno de los mozos de cuadra, y caminó firme hacia la casa, una ligera brisa le hizo levantarse el cuello de la capa. Se quedó durante un instante parado sin dar un paso. Deseó, por un instante, estar en otro lugar, pero, resignado, cruzó los pasos y se dirigió hacia el interior. Rayner preparó la sonrisa más impersonal que tenía y se dispuso a soportar el evento con una actitud estoica. Su padre, Richard, fue a su encuentro con una crítica:

—¡Llegas tarde! —Rayner lo miró un breve instante y el saludo se le quedó atascado en la garganta:

Hacia quince años que no se veían, y era lo primero que escuchaba.

—No estaba seguro de si quería venir —Richard se hizo a un lado para que pasara su hijo—. ¿Estamos todos? —Rayner hizo la pregunta con un hilo de voz.

—Sí —el escueto monosílabo indicó que el duque estaba irritado.

Ambos cruzaron el vestíbulo y se dirigieron a la biblioteca donde permanecía el resto de la familia que había acudido a la celebración antes de pasar al comedor donde cenarían.

La abuela caminó hacia él y lo abrazó con ganas.

—¡Cómo nos alegramos de verte! ¡Bienvenido!

Con un gesto, Rayner saludó a su hermano mellizo Zachary, y a su esposa Kristel. Su hermano menor William estaba cómodamente sentado en el enorme sofá de piel con una pierna cruzada sobre la otra, y con una copa de vino en la mano. Rayner alzó las cejas en un gesto interrogante, y William devolvió otro gesto que le decía a su hermano: «prepárate».

—Aquí tienes tu bebida.

Rayner recibió de su abuela un vaso lleno hasta el borde de un ponche que ella misma elaboraba. Rayner seguía mirando la sonrisa de su hermano menor que hizo un brindis en el aire con su copa. Se levantó y caminó

directamente hacia él. Cuando lo tuvo a su lado, se giró hacia la chimenea y miró el hueco de la pared que seguía sin tener colgado el retrato de su madre.

—Lo están restaurando —le dijo William que había entendido la pregunta de su hermano mayor aunque no había pronunciado palabra—. Hubo un problema con el tiro de la chimenea, y toda la biblioteca se llenó de hollín, tomó su tiempo limpiar todos los libros y los cuadros, y el de madre fue el que resultó más perjudicado.

Rayner hizo un gesto de comprensión.

—Kristel, feliz cumpleaños —dijo la abuela de pronto.

Rayner hizo un gesto de brindis como el resto de la familia.

—¡Gracias! —contestó ella con una mirada sincera—. Y me alegro mucho de verte de nuevo en Pembroke —el saludo de su cuñada le hizo enarcar las cejas.

—Estás muy guapa, Kristel —dijo Rayner, y la mujer agradeció el cumplido inclinando la cabeza.

—Hola, Rayner.

Estaba de espaldas a ella: la nueva mujer de su padre lo saludó, y él se volvió lentamente. Reconocía su acento, aunque muy disimulado, de Escocia. Hacía muchos años que vivía en Inglaterra, y, sin embargo, su impronta al hablar permanecía intacta.

—Hola, Simone.

La sonrisa de su boca se esfumó aún antes de darse vuelta para mirarla. Para todo aquel que lo observase, la incomodidad que sentía delante de ella resultaba obvia. Tenía la mano derecha cerrada en un puño que pegó al costado de su cadera.

—Imagino que tu granja funciona a las mil maravillas —dijo Simone con una sonrisa que él no supo interpretar—. Porque te ha mantenido muy apartado de tu familia.

Rayner se tomó muy mal sus palabras, pero mantuvo silencio.

—Es inaudito que el heredero de Letterston se haya comprado una granja en Maryland —criticó el duque.

La censura en boca de su padre le dolió a Rayner por lo severo y fuera de lugar. Los viejos rencores estaban todavía presentes. Su padre tampoco le perdonaba que él renunciara a su legado como heredero y primogénito.

—Zachary será un excelente duque cuando usted falte —contestó con una calma que estaba muy lejos de sentir.

El duque lo miró con acritud en sus ojos:

—Todavía no entiendes que no puedes renunciar al título de duque de Letterston, que sí o sí tendrás que abandonar tu capricho por esa granja, y regresar a ocuparte de tu legado como heredero.

La mirada del padre era excesivamente fría.

—Mi marcha no tiene que ver con mi herencia, ¿lo ha olvidado?

No, Richard Charles Harry Dankworth, sexto duque de Letterston, no había olvidado el motivo por el que su primogénito y heredero se había marchado de Inglaterra.

Rayner no quería seguir con esa discusión. Su padre no había aceptado su marcha ni su renuncia, pero él lo había decidido.

—Basta ya —medió la abuela—. Pasemos al comedor y mantened ese tono beligerante lejos de mi presencia —dijo Charlotte, y sus palabras no admitieron discusión alguna.

La cena transcurrió de forma lenta. Rayner se mantenía un tanto distante de la conversación que monopolizaban su padre y su abuela paterna. De tanto en tanto, su hermano menor le daba pequeños puntapiés por debajo de la mesa para traerlo de vuelta a la realidad y sacarlo de los pensamientos en los que se ocultaba. Rayner había perdido el hilo de la conversación. Se estaba realizando un brindis. Todos tenían alzadas las copas de champán.

—¡Muchas felicidades! —él, había creído que el brindis era por Kristel; estaba claro que no.

—¡Es una noticia maravillosa! —exclamó la abuela, y esas palabras le hicieron sentir a Rayner un escalofrío.

Sabía lo que implicaban.

—Es inaudito que tenga tres hijos adultos, y que ninguno se anime a engendrar al próximo heredero de Letterston —proclamó el padre.

Rayner comenzó a transpirar, y fue el único que no bebió de su copa. La dejó encima de la mesa sin tocar.

—Nosotros lo seguimos intentado, ¿verdad, cariño? —la candidez de Kristel quedó plasmada tras esas palabras, tanto, como el ceño fruncido de resignación de Zachary.

—No beber tras un brindis es una clara muestra de desprecio.

Rayner escuchó que su padre le hablaba, y que miraba severo la copa que todavía estaba llena, y de la que no había bebido.

—Me he perdido las palabras del brindis —fue todo lo que alegó en su defensa.

—Simone está embarazada, ese es el motivo —reveló el duque sin

apartar los ojos de su primogénito.

Se lo había temido desde el principio. Siguió con la vista fija en su padre, pero sin alzar la copa.

—Le daré mi felicitación una vez que lo tenga, si es que decide hacerlo. Ya se ha arrepentido otras veces, aunque no con usted, claro.

Las duras palabras le arrancaron un gemido a la abuela.

—¡Discúlpate ahora mismo! —exigió Richard.

Rayner hizo una especie de reverencia que podía entenderse como una disculpa, pero mantuvo su boca sellada y la mirada serena.

—No se lo tengáis en cuenta —Simone habló con voz dulce que a Rayner le sonó falsa—. Sin duda ha sido una sorpresa inesperada —siguió ella, y el amplio comedor se mantuvo en silencio.

Rayner sintió un resquemor subir por su garganta. Inspiró varias veces para tratar de bajar la repulsa que la noticia le había ocasionado. Después habló:

—Es una sorpresa para mí que hayas decidido tener al hijo de mi padre, cuando no quisiste tener el mío. Eso es todo. Supongo que aún no he asimilado del todo que seas la pareja sexual de mi padre, después de haber sido la mía. Creo que esto es simplemente la gota que ha colmado el vaso.

Rayner había hablado con calma. Había expuesto sus razones con una frialdad que resonó más que los gritos que bien podría haber proferido. Richard se levantó con ímpetu y terminó volcando la silla de la cabecera de la mesa con un fuerte estrépito.

Increpó a su hijo:

—Ese asunto quedó zanjada hace mucho tiempo.

Rayner alzó los ojos con un brillo peligroso en ellos.

—¿Asunto? Con qué simplicidad lo resume. Pero desde ya le digo que hay heridas que tardan más en sanar, e incluso algunas no sana nunca —contestó Rayner, se levantó contrariado, y arrojó la servilleta sobre la mesa—. La que fue una amante bien dispuesta no quiso tener a nuestro hijo. Luego, se casó con mi padre por el prestigio de su título y de su fortuna. ¿Es eso una cuestión a zanjar? ¿No debería concederme, padre, el beneficio de no estar cómodo con la situación? ¿Se supone que debo brindar por la ambición de Simone y su falsedad?

William se incorporó y le puso una mano en el brazo, intentado calmarle los ánimos. Rayner se soltó con demasiada brusquedad.

—¡Como mi esposa la respetarás! —estalló el duque.

—El respeto hay que ganárselo, padre. Disculpa si con Simone me tomo más tiempo que con alguna otra de sus conquistas.

Entre padre e hijo se podía palpar la animadversión.

—Entonces te quiero fuera de mi vista hasta que recapacites sobre tu actuación rencorosa.

Ya estaba todo dicho. Rayner miró durante un instante a su padre con profundo dolor en sus ojos.

—Puedo asegurar que no es rencor, padre —hizo una pausa—, es la profunda decepción que siento al contemplar la bajeza de un ser humano codicioso y lleno de una ambición desmedida.

La abuela carraspeó, pero ni padre ni hijo cedían en su postura.

—Tendrás que aceptarla como miembro de la familia o no quiero saber nada más de ti.

Padre e hijo volvían a mantener la misma discusión de quince años atrás.

—Que así sea —replicó Rayner.

Luego, se dio media vuelta y abandonó la habitación con pasos resueltos. Tomó su capa, y salió por la puerta.

CAPÍTULO 04

—Evelyn, eres insufrible —Helena Warren, amiga y cuñada, la miró escéptica—. Deja de rechazar invitaciones a las que asiste lord Dankworth.

Evelyn soltó un suspiro de fastidio. Hacía ya dos meses desde que lo había visto por primera en Pembroke, y en todo ese tiempo, la estaba sometiendo a un acoso que había disparado sobre ella todas las murmuraciones. Si ella decidía salir a cabalgar por el parque, se lo encontraba. Si decidía visitar a su modista, se lo tropezaba por la calle. Lo había tenido como compañero de mesa en las tres últimas fiestas a las que había asistido, y estaba cansada. Por otro lado seguía sorteando la insistencia de William para que aceptara por fin el compromiso con él. Se alisó la falda en torno a sus piernas y se dedicó a observar los cientos de libros que llenaban la librería de Battlefield.

—Hacía muchos años que no asistía a tantas fiestas —dijo Evelyn mientras llenaba con humeante té la taza de su cuñada y amiga.

—Y yo hacía mucho tiempo que no te veía tan radiante.

—¿Radiante? Estoy durmiendo mucho menos que cuando estaba embarazada de Marian —dijo Evelyn, y, durante un breve instante, sintió la fuerza y el calor que le transmitía la sonrisa de su cuñada.

—Cuéntame tu última cena —la animó ella—, y ese acompañante que te saca de quicio.

Evelyn le ofreció una sonrisa sincera.

—Insufrible, como todas las demás.

Evelyn no había respondido a su pregunta sobre el acompañante.

—Se te ve preocupada —fue lo siguiente que dijo Helena—. Tienes una cana más en la sien derecha —ella esperaba cualquier comentario menos ese.

—¿Una cana más? —no sabía qué decir—. No sabes cuánto me alegra saberlo.

—Soy muy observadora —le confesó la cuñada—, y me dejas demasiado tiempo para escudriñarte cuando ojeas esas tarjetas, por cierto, ¿qué son?

—Invitaciones a más fiestas —respondió.

—Bueno, ¿y qué piensas hacer con la insistencia de William Dankworth?

—Me ha ofrecido una disculpa por insistir, pero no creo que deje de hacerlo. Al final terminaré rindiéndome a lo inevitable.

—Ya sabes lo que pienso al respecto —dijo la cuñada—. Debes rehacer

tu vida, y el hijo pequeño del duque es un hombre muy atractivo.

Evelyn inclinó la cabeza hacia la derecha, pensativa:

—Confieso que me cuesta resistirme a su encanto. Su sentido del humor y galantería me conmueven.

—¿Crees que puedes estar enamorándose? —Evelyn negó:

—No hay dudas de que él intenta que me enamore con todas sus fuerzas. Estoy convencida de que, si se lo permito, puede conseguirlo.

—¿Lo ves a menudo?

—Suele esperarme en un banco del parque, sabe cuándo salgo a pasear, luego nos tomamos un refresco, y después me acompaña hasta Battlefield.

—La única pega es que es más joven que tú —le dijo la cuñada.

Como Evelyn no quería nada serio con él, ese detalle no le importaba.

—Es el hijo del duque de Letterston, una relación seria con él es imposible.

—¿De verdad que no te atrae nada?

—Me gusta la tranquilidad que disfruto —respondió pensativa—, y la situación de libertad que me ofrece la viudez. No me atrae en absoluto cambiar mi vida ahora.

—Cuéntame más cosas sobre él —pidió la cuñada.

La mujer inspiró profundamente:

—Debe rondar los treinta años.

—¿No sabes su edad?

—No, porque no se lo he preguntado. No sería correcto.

—Continúa —la instó.

—Me gusta su sonrisa.

Helena la miró perpleja.

—Con ese atractivo rostro es normal que tenga una bonita sonrisa —Evelyn terminó riendo—. Aparte de su sonrisa, ¿te ha llamado algo más la atención?

—Su paciencia. A pesar de todas mis negativas, sigue tratándome con delicadeza.

Helena parpadeó pensativa.

—¿Percibes que te hace sentir bien? —Evelyn asintió con rapidez—. ¿Te cuenta cosas sobre él, sobre su familia, sobre sus metas? —se sintió sorprendida por la pregunta.

Respondió casi de inmediato:

—Conversamos sobre literatura, pintura, y arte en general —Helena

comprendió.

—¿Sientes que tu relación con él es buena para ti? —Evelyn no lo pensó ni un segundo:

—Absolutamente, no —calló un momento—. Después de tantos años de soledad, un hombre me ha despertado el suficiente interés como para plantearme la posibilidad de llegar a tener una relación física con él. Por supuesto que eso no es bueno para mí —Helena parpadeó y continuó callada—. Es más joven, muy galante, e hijo de una de las familias más importante del reino.

Y de pronto, Evelyn pensó en el hermano mayor que estaba a punto de embarcar de nuevo y regresar a América. Si William le provocaba templada calma, el mayor le provocaba abrasadora furia. El pequeño era galante, el mayor posesivo. William era todo delicadeza, Rayner puro fuego.

—Y, entonces, ¿qué piensas hacer con el hijo pequeño del duque?

—Imagino que seguir rechazando su proposición.

—¿Y si no desiste? —preguntó la cuñada.

Evelyn meditó durante un largo momento en su pregunta.

—Entonces tendría que darle una buena lección —Evelyn respondió calmadamente—. Lady escándalo volvería a actuar de nuevo.

Esa afirmación sí que había despertado la preocupación en su cuñada.

—El escándalo no amilana a un hombre enamorado.

Evelyn asintió ante las palabras de ella.

—Pero al duque de Letterston sí —contestó seria—. Nada como un padre aterrado para controlar a un hijo impetuoso.

CAPÍTULO 05

—¡Lady Warren! —la exclamación de sorpresa la hizo girarse de golpe hacia la voz de lord Dankworth.

Ella no sabía qué hacía en Kevington Cross, pero no iba a preguntárselo.

—Ignoraba que estaría aquí —susurró sin apartar los ojos del rostro atractivo.

—Lo sé —respondió él mientras esperaba que ella le entregara la capa y los guantes al mayordomo—. En ocasiones me pregunto si me está evitando.

Sí que lo hacía, pero no podía decírselo.

—Ando bastante ocupada estos días, pronto será Navidad.

Faltaban apenas tres días para Nochebuena, y ella tenía muchos proyectos en mente.

—Es un placer saludarla de nuevo.

Ella le devolvió el gesto cortés de saludo, y la misma sonrisa precavida desde hacía dos meses.

—Tiene la mano fría.

Él, se la sostenía incluso después de besársela.

—Pero el corazón lo tengo caliente —el hombre no esperaba esa respuesta.

—Por sus palabras, deduzco que se siente feliz.

Sí, lo estaba, pero por motivos que no podía contarle.

—Estamos en una época del año en la que el corazón suele estar lleno de alegrías. Es como un potrillo que va generando calor, por eso dije lo del corazón caliente.

—¿Le gusta la Navidad? —quiso saber él mientras la acompañaba al interior del salón, nuevamente había sido designado como compañero de mesa en la cena que daba el marqués de Kevington Cross.

Ella no lo pensó ni un momento:

—Me gustan todas las épocas en las que la gente se muestra confiada.

—Estoy convencido de que hoy va a sorprenderme —dijo Rayner para predisponerla a la sorpresa.

Le parecía oportuno encauzar la conversación hacia cuestiones más íntimas. Creía que estaba haciendo progresos con ella.

—¿Sorprenderle? —inquirió con coque suave—. Nada más lejos de mi intención.

Ambos se miraron durante un momento. El brillo caliente en los ojos de él la tomó desprevenida. Evelyn se sorprendió ante su apariencia serena. Esa noche estaba más atractivo todavía.

—¿Le gusta la Navidad lord Dankworth?

La pregunta de ella se salía del registro. Necesitaba llevarla de nuevo al terreno de sus asuntos, de sus intimidades. Solo así podría seducirla. Ensayó una respuesta sencilla para salir de ahí. Decidió darle a su voz un tono neutral al responderle:

—No me gusta la hipocresía que conlleva.

—Es escéptico, en definitiva —contestó ella.

Esas palabras lo descolocaron por completo.

—¿Escéptico? —repitió él.

Evelyn le sonrió.

«¿Qué tiene esta mujer que logra distraerme? ¿Cómo consigue siempre que le responda, que le siga el juego, cuando yo soy el experto en seducción? ¿Me estaré equivocando en la forma de tratarla? ¿O me estoy involucrando más allá de la relación habitual con una futura amante?», pensó Rayner.

Como siempre, algunos invitados los saludaron, el resto de mujeres se dedicaron a ignorarla.

—Me atrevería a emitir un juicio sobre usted con bastante acierto —lo desafió Evelyn mientras aceptaba la compa de champán que un criado le ofreció.

Rayner la miró con ojos entrecerrados y no se amedrentó:

—¿Desea jugar, lady Warren? —ella asintió con la cabeza sin abandonar la sonrisa—. Juguemos entonces.

Rayner se recostó sobre la columna, y se dedicó a observarla. Con la mano derecha comenzó a tamborilear sobre su propio brazo. Evelyn dudó durante un instante, más que nada por la temeridad de su iniciativa, pero había algo en él que provocaba curiosidad. Un halo de misterio que la incitaba a intentar descubrir qué ocultaba tras ese aire de sufrida melancolía. Lo miró directamente a los ojos que le parecieron tan cálidos como perspicaces. Observó la línea dura de su boca, allí donde el cinismo había causado verdaderos estragos, y, donde ella, curiosamente, deseaba indagar.

—Es un hombre inteligente.

—Gracias.

—Pero frío, —ella no lo dejó que la interrumpiera—. Vive rodeado de frialdad —hizo una breve pausa—. Ha sido un hombre idealista, pero ha

descubierto la realidad de la forma más demoledora. Y, claro, ha abandonado esos ideales. —Rayner la miró inquieto—. Le han hecho daño, quizás una mujer, quizás un familiar al que ama mucho.

—¿Cómo llega a estas conclusiones? —preguntó el anonadado por su perspicacia.

Evelyn lo meditó un solo instante.

—Tiene una arruga crónica en el ceño.

—¿Crónica? —ella asintió.

Y desarrolló su teoría:

—Es una arruga de sufrimiento —la miró con sorpresa mal disimulada y ella continuó—. Las arrugas de alegría salen en otro lugar del rostro.

—Prosiga —la instó.

—La responsabilidad la lleva sobre los hombros: a veces como un trofeo, a veces como una carga, imagino que ser el heredero de un ducado no debe ser nada fácil —él, suspiró al escucharla.

—Mi hermano Zarachy será el heredero de Letterston —Evelyn no parpadeó al escucharlo—. Imagino que mi hermano William le ha ayudado a conocer detalles sobre mi vida y sobre mí.

Ella lo observó muy seria.

—En absoluto, cuando estoy con William, no hablamos sobre usted.

Ese había sido un golpe bajo, y merecido.

—No pretendía insinuar...

Rayner no pudo continuar.

—Se le ve a la legua que no es feliz, también, que está deseando marcharse lejos de aquí —Rayner sintió una sacudida ante la perspicacia de ella—. Sin duda es un buen hijo y hermano, pero su familia no lo comprende.

Ahora sí que alzó las cejas con absoluta sorpresa.

—¿Cómo puede intuir todo eso?

Ella le sonrió cándidamente.

—Es un libro abierto, lord Dankworth —la instó a que continuara—. ¿Le gusta la aventura? —preguntó Evelyn—. Debe gustarle porque lleva demasiado tiempo lejos de todo, y no regresará porque no está en su naturaleza que lo dobleguen.

Él, la interrumpió:

—Todos tenemos demonios guardados.

Ella asintió.

—Sí, pero algunos tienen demasiados.

Evelyn giró el rostro buscando a los anfitriones. Los había saludado al llegar a la casa, pero ahora no los veía por ningún lugar del salón. ¿Por qué motivo la dejaban a solas con lord Dankworth? Parecía que todos conspiraban contra ella.

—Usted también parece que tiene secretos escondidos a buen recaudo.

Esas palabras captaron su atención por completo. Evelyn lo miró muy seria y afectada.

—Se equivoca —lo interrumpió—. Si conoce por qué motivo me llaman lady escándalo, entonces sabe que no guardo ningún secreto.

—Sabe que no es cierto —la acusó él.

Evelyn se atragantó.

—¿Cómo se atreve a poner en duda mi palabra?

—Le ruego me disculpe, no pretendía ofenderla —le dijo Rayner.

—Su vida es tan gris como su apariencia —le espetó ella ofendida.

—Ya le he pedido disculpas —le dijo serio.

La mujer lo miró de forma penetrante.

—Las aceptó, y ahora tengo que hablar con lady Maxwell.

Ella ya se giraba para marcharse y dejarlo solo.

—Seré su compañero de mesa —replicó él, y ella terminó por reírse.

Acababa de decidir que iba a rechazar las invitaciones de la condesa de Moore, de la baronesa Stone, y pensaba marcharse de Kevington Cross poniendo cualquier excusa. Lamentaba no poder hablar con la anfitriona, pero le urgía marcharse y poner distancia.

—No, hoy no será mi compañero de mesa, lord Dankworth.

—No es nada personal, es por la etiqueta —le informó él—. Su rango como viuda de lord Warren... ya sabe.

Era cierto, pero ella ya se sentía incómoda con él, y no quería pasar las siguientes cuatro horas sentada a su lado.

—A pesar de ello, hoy deseo tener otro compañero de mesa.

—Me agrada conversar con usted.

La mirada de él decía otra cosa muy distinta.

—Usted no desea conversar.

¡Había dicho un pensamiento en voz alta! Ahora no podía retirar sus palabras.

—Explíquese —le demandó él.

Evelyn pensó que a lo hecho pecho.

—¿Desea conocer realmente mi opinión? —el hombre le hizo un gesto

afirmativo bastante elocuente—. No faltaría más. Como habrá escuchado todo tipo de rumores sobre mí, cree que soy una presa fácil. Una posible conquista que olvidará nada más embarcar de nuevo hacia donde sea que vaya —dijo Evelyn un tanto solemne—. Está claro que no he debido ser lo suficientemente clara en todos nuestros encuentros sobre lo que pienso al respecto —él, estaba mortalmente serio—. Pero, si no lo tiene claro, se lo reitero: no tengo ninguna intención en tener una aventura con usted ni de convertirme en su amante.

El silencio que sobrevino les sirvió para examinarse mutuamente.

—Interesantes conclusiones.

—¿He sido clara? —preguntó ella.

—Mucho —respondió él.

—Y, ahora, si me disculpa, tengo que hablar con los anfitriones —terminó Evelyn con una mueca.

Rayner sonrió y mostró una hilera de dientes blancos y cuidados.

—Pero está muy equivocada porque no tenía en mente convertirla en mi amante —esa afirmación detuvo los pasos de ella—. William está interesado por usted.

Esa afirmación la había dejado descolocada.

—Sí —respondió ella—. Le tengo mucho cariño.

—¿Es William quien le mantiene el corazón caliente?

Evelyn se sorprendió del tono de burla que dejó traslucir sus palabras. Intuyó que a él le había molestado lo que le había dicho. Más, tal vez, por los aciertos, que por los errores.

—No tendré en cuenta esas palabras, buenas noches, lord Dankworth.

—¡Evelyn! —exclamó él al mismo tiempo que la sujetaba del brazo.

—Suélteme —le ordenó ella—. Y no vuelva a impedirme que me marche ni me llame por mi nombre.

—Lo lamento —dijo, y la soltó.

La vio alejarse tan tiesa como la vara de una lanza.

Rayner se maldijo en voz baja por el curso que habían tomado las cosas. Esa mujer tenía algo que lo desviaba del rumbo. No se portaba con ella como el caballero que era. Sujetarla por el brazo había sido un gesto tanto impulsivo como temerario, pero la deseaba. La voluntad de tomarla entre sus brazos y hacerle el amor, de alimentarse de la sutil fragancia de su glorioso cuerpo y de la voluntad de estarse allí quieto y dejar que sea ella quien decidiera que quería hacer con él, con su cuerpo, con su anhelo ... era sobrecogedor. Jamás se había sentido así, bueno, Rayner rectificó, sí se había sentido así una vez en

el pasado.

CAPÍTULO 06

Ella dudó entre sentarse o mirar a través de la ventana. Se decidió por esto último. Con pasos decididos, alcanzó la distancia que la separaba del frío cristal y, sacándose un guante, corrió con suavidad la resbaladiza tela que se escapaba de entre sus dedos. Visitar a su cuñada en York una vez a la semana se había convertido en una costumbre.

Aprovechaba los viajes del esposo para pasar una tarde con ella. Era de las únicas personas que la comprendía, que no la juzgaba.

Evelyn se alejó de la ventana, y soltó un suspiro largo. Todo se había complicado mucho para ella. Tras su marcha de Kevington Cross, había vuelto a ver a lord Dankworth en cada ocasión, y el hombre era cada vez más persistente, más agudo, y más posesivo en arrancar de ella respuestas físicas. Evelyn estaba de los nervios porque con solo mirarla lograba excitarla, llenarla de ansia y de anhelo, y William venía a sumar otra dura prueba a su paciencia. En la última tarde que habían conversado camino del parque a Battlefield, se había sacado un anillo del bolsillo, se había puesto de rodillas, y le había pedido matrimonio por cuarta vez. No estaban solos, muchos paseantes se habían quedado mirando la escena, y ella se había enfurecido porque William pretendía meterla en un apuro. No soportaba que la manipularan. Le había dejado claro en varias ocasiones que no tenía intención de comprometerse con él, ¿por qué entonces seguía presionándola?

—Buenas tardes, Evelyn.

Ella se volvió con las mejillas ruborizadas.

—Hola, Helena, tenía muchas ganas de verte —dio los pasos que la separaban del sillón—. ¿Has tenido una buena semana? —le preguntó cortés.

—Mejor que la tuya, por lo que deduzco de tu sonrisa —respondió la otra, y, ese comentario, le arrancó una mueca.

Tomó asiento, y esperó que su cuñada hiciera lo mismo. Su semblante estaba inusualmente serio.

—He tomado una decisión importante.

—Todas las decisiones que tomas son importantes.

Evelyn cuestionó la respuesta.

—¿Decidir sobre los diferentes téis es una decisión importante? —preguntó aguda.

—Quería decir que todo te lo tomas demasiado personal —respondió

Helena.

Evelyn esperó a que le sirviera la taza de té. A continuación pasó a explicarle el incidente en el parque con William Dankworth, el anillo, y los paseantes que habían observado toda la escena. Lady escándalo había vuelto a saltar de boca en boca.

Helena silbó al escuchar el relato.

—Lord Dankworth es un embaucador.

—He decidido tomar la iniciativa, pero antes de llevar a cabo la importante decisión que he tomado, quiero conocer tu opinión al respecto.

—Mi opinión no es relevante —su respuesta no la amilanó:

—Sí, lo es —dijo muy seria—. William es maravilloso —hizo una pausa muy significativa—. Me hace reír —otra pausa—. Y por fin he decidido dar el paso. —Evelyn comenzó a balancear el pie con impaciencia. Helena seguía mirándola callada.

La mujer sonrió.

—¿Estás segura?

Evelyn bufó incrédula.

—Al principio pensé en devolverle el bochorno que me hizo pasar. Que me pusiera de nuevo como noticia entre los chismosos, me soliviantó, y tras meditarlo mucho, he decidido convertirlo en mi amante.

Helena comenzó a tamborilear con los dedos en el escritorio, señal inequívoca de que lo que le estaba revelando Evelyn era trascendental.

—No necesitas mi aprobación, pero, ¿por qué convertirte en su amante y no en lady Dankworth?

Evelyn se ofendió:

—Si deseara matrimonio, hace mucho tiempo que estaría ya otra vez casada, pero no es el caso —la cuñada no se inmutó—. Siempre me estás animando a que me lance... y William me gusta.

—Por fin lo admites —dijo Helena sonriendo.

Evelyn continuó:

—¿Te estoy decepcionando? —se atrevió a preguntarle.

Helena negó. Tras quince años de viudez, ella había esperado que su cuñada rehiciera su vida, pero, casándose de nuevo. Que decidiera tomar como amante al hijo pequeño del duque de Letterston, la preocupaba enormemente.

—¿Estás segura?

—Sinceramente, no, pero será la forma más rápida de hacerle desistir de

casarse conmigo: los nobles no se casan con sus amantes.

—En eso tienes razón.

La cuñada la instó a que continuara:

—Voy a seducirlo, pero tendré que hacerlo en un carruaje —Helena se atragantó con el trago de té.

—Estás loca.

—No, no lo estoy, no puedo seducirlo en mi casa ni en la suya, y me niego a tener un encuentro en un hotel donde los chismes no corren, vuelan.

—¿Pero en un carruaje?

—Es el lugar perfecto: ofrece intimidad, oscuridad, y después, cada uno a su casa —Helena la escuchaba en silencio—. Lo tengo todo planeado. Enviaré un carruaje a buscarlo, lo llevaré a Dales Park —la mujer seguía sin decir nada—. Me estás poniendo nerviosa.

Ella carraspeó con cierta incomodidad.

—¿Por qué seducirlo? —insistió la cuñada que no había quedado convencida del todo con su explicación anterior.

Evelyn volvió a acomodarse en el sillón intentando encontrar la postura justa.

—Porque sé que lo haré desistir. —El silencio que sobrevino la irritó pues quería una respuesta—. Ahora mismo parece que le estoy hablando a esa gota de té que está sobre el azucarero.

—Me has dejado escandalizada, lo admito.

—Pero tengo muy claro que jamás tendré una aventura en Battlefield —se justificó ella.

Helena soltó un suspiro.

—Mi hermano ya no está, este es ahora tu hogar, no pasará nada si decides tener una aventura aquí. Aunque admito que me escandalizas y diviertes a partes iguales.

Evelyn apuró el té de su taza.

—Battlefield es el hogar de Marian —le recordó—. Además, ¿temes que William considere a lady escándalo demasiado libertina?

Helena terminó por reír. Su cuñada era una mujer íntegra que no había protagonizado la mayoría de los escándalos que se le atribuían. Ella había insistido en múltiples ocasiones para que se buscara un amante y disfrutara de la vida, eso sí, de forma discreta. Le había guardado luto a su hermano demasiados años, pero ahora que había tomado la decisión de hacerlo, la cuestionaba.

—¿Quieres parecérsele? No habría nada de malo en ello, pues siempre llevas colgado el infame título que no te hace justicia, pero no eres así, y me preocupa la apariencia que quieres mostrarle a lord Dankworth?

Evelyn tenía un motivo oculto para lanzarse a seducir a William: su hermano mayor. Tenía los sentimientos enredados, y, tras analizar lo que sentía y pensaba, había llegado a la conclusión de que si él se lo proponía, ella terminaría cediendo a su seducción, por ese motivo había decidido utilizar a su hermano. Si ella se convertía en la amante de William, el mayor la dejaría en paz, además, William no representaba un problema para ella como Rayner.

—Si es lo que realmente deseas.

La voz de su cuñada la trajo de nuevo al presente.

—Estoy convencida de que William aceptará convertirse en mi amante, y desistirá de proponerme matrimonio —casi susurró las palabras.

—Entonces no necesita la aprobación de nadie.

—No sé por qué, pero tu aprobación me resulta importante.

La cuñada se quedó pensativa durante unos momentos.

—¿Por qué presiento que no me cuentas todo? —le preguntó Helena a bocajarro.

Ella meditó durante un instante largo antes de contestar.

—Te cuento lo más importante, el resto no tiene importancia.

—Podrías enamorarte de William una vez que hayas intimado con él.

Si no estuviera el hermano mayor de por medio, sería posible, pero ese pensamiento no se lo reveló a Helena.

—No deseo comprometerme emocionalmente.

—Esa puede ser una actitud egoísta por tu parte.

Evelyn lo miró fijamente.

—¿Por qué?

—Porque William desea hacerte su esposa... —Helena dejó la frase inconclusa.

—He sido honesta y sincera con él.

—¿Por qué siento que no me dices toda la verdad?

Evelyn dio un respingo involuntario.

—No me juzgues, por favor —le pidió.

—No lo hago, es solo preocupación por mi parte.

Evelyn casi se arrepentía de haber compartido con su cuñada sus decisiones, pero era la única que había estado siempre apoyándola desde la muerte de Michael.

—La verdad es que los Dankworth son bastante complicados, y si el hermano pequeño se parece al mayor, pienso que no será tan fácil de manipular como imaginas —expresó la cuñada.

Esa revelación despertó su curiosidad.

—No tengo intención de manipularlo —respondió con cierta acritud.

—Con los hombres Dankworth no se juega.

—¿Por qué dices eso?

—¿No conoces la historia de Rayner Dankworth, el primogénito? — Evelyn hizo un gesto negativo con la cabeza—. ¿Por qué se marchó de Pembroke House, y renunció al ducado?

—No, no conozco la historia.

Helena hizo una larga inspiración.

—Se enamoró de una plebeya de origen escocés, no tenía la aprobación de la familia, pero estaba decidido, cuando saltó la noticia de que la había dejado embarazada, el escándalo fue mayúsculo, él, creyó erróneamente que la familia ahora sí la aceptaría, pero nada salió como esperaba. Y de repente, la mujer lo abandonó, y tiempo después terminó casada con su padre el duque.

Evelyn se recostó en la silla y la miró llena de incredulidad.

—¡Cómo es posible! —dijo casi sin voz.

—Simone Hudson no quiso esperar a que el primogénito la convirtiera en duquesa, atajó por la calle de en medio y sedujo al padre que terminó casándose con ella.

Evelyn estaba pasmada.

—Pero casada con el primogénito se aseguraba ser duquesa de Letterston.

Seguía atónita. Helena soltó un suspiro largo.

—Simone sabía que, de celebrarse su matrimonio con Rayner Dankworth, sería morganático, y que los hijos que tuvieran jamás podrían heredar ni sus títulos ni sus propiedades. Los hijos de Zachary, el hermano mellizo, o los de William, el hermano menor, serían los legítimos herederos.

Esa era una forma de proteger a las grandes fortunas y los ancestrales títulos.

—Pero tenía que estar enamorada, ¿no?

Helena suspiró.

—Como duquesa viuda de Richard Dankworth tendrá acceso a una renta anual de treinta mil libras —Evelyn abrió los párpados con sorpresa—. Simone intuía que no terminaría casada con Rayner porque la familia no iba a

permitirlo, y como quería disfrutar de una lujosa vida, abandonó al hijo y sedujo al padre.

—¿Qué pasó con su embarazo?

Helena apretó los labios antes de responder.

—Solo puedo decirte especulaciones, pero estaba muy claro que si tenía al niño, ya no podría cazar al duque, y la gente cuenta que se deshizo de él.

Evelyn se llevó la mano a la boca para contener un gemido de espanto.

—Creo que le debo una disculpa a lord Dankworth.

Recordaba todo lo que la había dicho en Kevington Cross, y se sintió mortificada. Evelyn se levantó del sillón y se acercó a la amplia ventana que daba al jardín. La última conversación mantenida con su cuñada la había alterado. Había tenido una mala impresión de Rayner desde el mismo principio, y ahora se sentía culpable.

—Por eso me gustaría que llevaras cuidado con el hijo menor.

—William es adorable —respondió con voz baja.

—Solo ten cuidado...

CAPÍTULO 07

Ese día, la cabaña del bosque estaba tan fría como él. Las vistas sobre el bosque de castaños no le producían ninguna sensación de paz, ni calmaban sus agitados pensamientos como en otros momentos. Dejó de mirar por la ventana, y puso su atención en la correspondencia. Pasaba las cartas una a una entre los dedos: invitaciones, facturas por los artículos que estaba comprando, y una carta femenina dirigida a su hermano menor.

Se masajeó el cuello tenso. Dirigió sus pasos a la pequeña cocina y se sirvió un vaso de agua de una jarra. Escuchó unos golpes en la puerta, y se dirigió a abrirla.

—¿Por qué traen tu correspondencia aquí?

William alzó sus ojos con una sonrisa.

—He dado la orden al servicio, cuando llega correspondencia para mí a Pembroke, un lacayo la trae de inmediato a la cabaña del bosque.

Rayner lo miró con severidad.

—¿Qué ocultas? —William levantó los hombros:

—Ya lo hacía antes de que te instalaras aquí y no en la casa familiar, además, confío en tu discreción más que en la de padre.

A Rayner no le sorprendió esa revelación, y le preocupaba mucho que su hermano no quisiera recibir el correo en Pembroke.

—Pasa, tengo que hablar contigo.

William separó sus pies y se quedó mirando a su hermano con el ceño fruncido.

—Hoy no estoy de ánimo para aguantar tu talante malhumorado.

Rayner se giró y no hizo caso a lo que su hermano le decía:

—¡Sígueme! —William lo ignoró.

Rayner se volvió con rapidez al ver que su hermano se mantenía quieto.

—O cambias el tono, o me marcho ahora mismo.

Rayner se mesó el pelo con cansancio:

—Tengo motivos más que suficientes para estar enfadado contigo —el hermano hizo una mueca.

—Yo no tengo la culpa de la emboscada de padre en el cumpleaños de Kristel.

No se dignó responderle. Miró a su hermano menor que tenía una postura insolente apoyado en el marco de la puerta de la cocina.

—Necesito aclararte algunas cosas, y no pienso hacerlo de pie.

William se encogió de hombros. Siguió a su hermano al salón. La cabaña del bosque no era amplia, pero era muy cómoda.

Ambos se sentaron y el silencio reinó durante un momento.

—Te prohíbo que sigas teniendo contacto con lady Warren —le ordenó Rayner.

Un brillo extraño cruzó los ojos de William.

—No puedes decidir sobre ello.

Rayner apoyó la espalda en el sillón y le ofreció a su hermano menor una mirada de advertencia. Luego siguió:

—No es la mujer apropiada para ti.

—Demasiado tarde pues ya he comprado el anillo de compromiso.

Rayner cerró los ojos porque no se esperaba esa respuesta.

—No cometas el mismo error que yo. —La voz potente de Rayner hacía que Will comenzara a ponerse tenso—. Es una mujer viuda, y mayor que tú.

William fingía no comprender del todo el enfado de su hermano.

—Solo es mayor que yo tres años. Lady Warren tiene treinta y dos años.

—¿Pero te estás escuchando? —Rayner calló durante un momento—. Es una mujer mayor y madre de una adolescente. No es la mujer adecuada para ti.

William se movió inquieto en la silla.

—Poco te importa que haya conocido a la mujer más extraordinaria de mi vida. Esta vez creo que va en serio, hermano.

Rayner lo miró con excesiva dureza, y le dijo con enojo:

—No debes verla más. —William miró a su hermano mientras escuchaba atento sus palabras—. Te lo advierto desde el cariño.

—Estoy enamorado de ella —admitió el otro franco.

Los ojos grises lo taladraron, y lo observaron durante un momento largo.

—He decidido quedarme más tiempo en Inglaterra —reveló Rayner.

Eso sí que había pillado al menor por sorpresa.

—¿Has decidido quedarte porque pienso desposar a lady Warren? No puedo creerlo.

—Se me han complicado algunas compras que quería hacer para Elmont Garden.

William no lo creía. Su hermano estaba deseando marcharse, algo debía de haber ocurrido para que cambiara de opinión de forma tan radical.

—Que hayas decidido quedarte tiene que ver con lady Warren, ¿verdad?

Rayner exhaló hastiado:

—Tienes que terminar esta relación antes de que sea demasiado tarde.
William bajó los ojos al suelo.

—Ya es demasiado tarde para mí —dijo como una forma de escapar de allí. La ansiedad en las palabras de William hizo que Rayner maldijera:

—¡No te creía tan estúpido! —el menor alzó los ojos y miró a su hermano lleno de furia. Después agregó:

—No todos tenemos tu frialdad para tratar asuntos de damas.

Rayner deseaba golpear la mesa con el puño, pero se contuvo.

—Parece mentira que me recrimines algo así. Presumo que mi familia no me perdona que no quiera trato con Simone después de lo que me hizo. Esta forma de hablar no es propia de ti. La podría esperar de padre, incluso de la abuela, pero no de ti, William.

—Simone es nuestra madrastra, nos guste o no, y está embarazada. Le debemos respeto.

—¡Maldita sea William!

Rayner se levantó con furia del sillón y le dio la espalda a su hermano. Le parecía intolerable lo que esa mujer había hecho. Detestaba su ambición desmedida. Su falsedad...

—Evelyn... lady Warren no es Simone —la defendió William.

Rayner cada vez estaba más furioso.

—¡No es la mujer adecuada para ti! —exclamó colérico—. Y vas a obedecerme.

La intimidación no resultó efectiva.

—¿Y quién eres tú para darme órdenes? Te recuerdo que te marchaste hace quince años sin volver la vista atrás, sin que te importara lo que pensáramos Zachary y yo mismo —William tomó aire—. ¿O pretendes apartarme del camino para tener vía libre con Evelyn?

Rayner lo miró estupefacto. Su hermano sabía cómo sacarlo de sus casillas. William, incluso detrás de su enojo, parecía divertido. Y lo más gracioso es que tenía razón. Quería a su hermano menor apartado de lady Warren.

—A diferencia de ti, yo sabría manejarla.

William terminó entrecerrando los ojos.

—¿Te has creído los chismes que cuentan sobre ella? —Rayner parpadeó porque alguno sí le había parecido digno de creer—. No es cierto que haya sido amante de Bertie, y no porque el príncipe no hubiera querido, solo tienen amigos en común.

Así era conocido por su círculo familiar Alberto Eduardo, Príncipe de Gales. Rayner se preguntó por qué motivo defendía William a Evelyn cuando el príncipe era un conocido mujeriego.

—Tienes que dejar de verla y desistir de tus propósitos —siguió insistiendo.

William abrió la boca por la sorpresa que le produjo la orden de su hermano mayor.

—¿Y qué crees que debería decirle? Algo así, por ejemplo: «Lady Warren, como mi hermano no lo aprueba, me veo en la obligación de suspender nuestra amistad y abandonar mis pretensiones».

El sarcasmo le hizo fruncir el ceño a Rayner que comentó muy tranquilo:

—Tú mismo sabes que no le dirás eso.

—Entonces, acepta que lady Warren será lady Dankworth cuando ella me acepte, y te aseguro que lo hará muy pronto.

Rayner seguía mirándolo con ojos tan fríos como el hielo.

—¡No! —la vehemente exclamación le dio el indicio a William de que su hermano ya estaba llegando al límite.

—¿Qué escondes detrás de esa negativa tajante? —preguntó William, y Rayner no le respondió—. Percibo que hay otros motivos que te guardas para ti, ¿cierto? —Rayner respiró con cierta agitación.

—Solo pretendo ayudarte —dijo finalmente.

—Desde este momento tienes prohibido acercarte a ella —le advirtió William sin un parpadeo—. Me encargaré de que no puedas ser designado como su compañero en ninguna cena o fiesta a la que asista lady Warren.

Rayner se encogió de hombros, como si no le importara.

—Sé que he obrado mal manipulando los acontecimientos para que me asignaran como su compañero de mesa, y por eso estoy capacitado para pedirte que ceses en ese empecinamiento con ella.

—¿Crees que soy un estúpido? —casi gritó William—. Renuncias a ser duque de Letterston pero ahora bien que te aprovechas de ese privilegio para obtener favores y prebendas.

—Nunca he utilizado ese privilegio porque lo desprecio, porque renuncié en el mismo momento que padre se lió con la que creí que era la mujer de mi vida.

William resopló.

—Despreciar tu sangre, tus raíces, tu herencia, solo te traerá infortunio. Y como te sientes tan desgraciado deseas que yo lo sea tan bien.

William hablaba en un tono de voz monocorde. Rayner no podía soportar más esa charla. Su hermano parecía estar burlándose de él.

—¡Basta, William! —replicó agrio—. Como tu hermano mayor me obedecerás.

William respiró hondo varias veces, como si tratara de calmar sus ánimos.

—Si te respetara lo suficiente, podría tener en cuenta tus palabras, pero ni te ha importado nunca la familia, ni la herencia.... —calló un momento porque le costaba continuar—. Eres el menos indicado para dar órdenes, y eres un necio si esperas que las cumplamos.

Rayner lo miró con la más absoluta incredulidad reflejada en su rostro.

—Esto no es un juego. Te he dado un ultimátum y lo vas a cumplir enseguida.

—Bien. Si no deseas nada más, me marcho.

—¿William? —Rayner dejó la pregunta en el aire.

—Vete a tu granja de Elmont Garden y déjanos al resto en paz.

William se retiró rápidamente, y cuando llegó a la calle, maldijo violentamente. Él quería a su hermano mayor, había censurado los actos de su padre en el pasado porque había logrado que se marchara muy lejos, pero era incapaz de comprender la aversión que sentía Rayner por la mujer que amaba. ¿Cómo sentía la desfachatez de darle esa orden? Siguió caminando en dirección a Pembroke House y lanzando maldiciones.

Rayner seguía sentado en la misma posición y con la mirada perdida. Mucho tiempo después, escuchó el sonido de un caballo, unos pasos que caminaban, y una mano que volvía a tocar la puerta de la cabaña. Imaginó que sería William que venía a disculparse. Dudó si ignorarlo o levantarse para abrir. Ante la insistencia de la llamada, decidió con aburrimiento acudir a ella. La expresión de cansancio de su rostro se borró al instante. Quedó olvidada ante la máscara que mezclaba sorpresa e ira, y que ocupó el lugar de su rostro cuando contempló a la persona que tenía delante. En un acto reflejo, había abierto la puerta. Enseguida se arrepintió. Hizo amago de cerrarla, pero un pie femenino se lo impidió.

—¡Vete de aquí!

—Necesito que me escuches.

—¡No puedo escucharte! ¡No quiero hacerlo! Aún estoy furioso contigo.

Con el hombro, Simone empujó suavemente la puerta, que se abrió a ella sin problemas. Cruzó el vestíbulo y se dirigió al salón. Rayner no supo qué fue lo que lo impulsó a seguirla.

—Esta hostilidad debe terminar de una vez. No es bueno el enfrentamiento constante con tu padre y conmigo.

Rayner decidió mostrarse irónico:

—¡Cuánta preocupación, Su Excelencia!

Ese era el título que ostentaba ahora por estar casada con el duque de Letterston.

—Alguna vez tendrás que aceptar y comprender la decisión que tomé en aquel momento.

Rayner se apoyó en la pared y cruzó los brazos sobre su pecho. Sentía una inquietante sensación de vulnerabilidad cuando estaba con ella. Todavía parecía que no había encontrado el antídoto para su veneno. Le dolía incluso el esfuerzo de mirarla. No la toleraba o no se toleraba a sí mismo, tan débil aún frente a Simone.

—De ti no tengo que aceptar nada —dijo por fin Rayner.

La sequedad de él fue elocuente, así como el brillo de desprecio en sus ojos grises.

—Tu padre espera una disculpa de tu parte.

Rayner alzó las cejas con calculada frialdad. Entonces se defendió de esa mujer, y para hacerlo tuvo que atacar:

—Ya has dicho lo que tenías que decir, ahora: ¡vete!

Simone se lamió el labio al mismo tiempo que entrecerraba sus ojos. Lo conocía demasiado como para sentirse intimidada. Rayner la observó, y ella creyó que lo hacía con el detenimiento de un hombre interesado, pero estaba muy equivocada.

Él, se sintió asqueado, por ella, por todo. Tras un instante de silencio, Simone volvió a hablar.

—No estaba preparada entonces —Rayner sabía perfectamente a qué se refería, pero continuó en silencio. Ella se empeñaba en hablar del pasado de ambos y del hijo perdido. Simone continuó—. Lamento tu decepción.

Rayner apoyó la nuca en la pared e inspiró profundamente. Quiso ser hiriente:

—No confundas la decepción con el desprecio.

Simone terminó por apoyarse sobre un pie mientras medía las palabras que iba a decir.

—Aún recuerdo cuando me decías que podría alcanzar la luna si me lo propusiera.

El hombre entrecerró los ojos hasta reducirlos a dos rendijas negras.

—¿De qué estamos hablando? ¿De algo teórico o de nosotros dos? ¿O de mi padre y tú? —Simone no se amilanó ante la cruda pregunta. Siguió como si no la hubiera dicho:

—No estaba preparada para ser madre.

—Nunca lo estarás —le respondió con desdén—. Eres incapaz de superar tu propio egoísmo y ambición.

—No podía permitir que ese hijo fuese considerado bastardo e ilegítimo.

—¡Yo quería hacerte mi esposa! —gritó Rayner—. Habría amado a ese hijo con todo mi corazón.

Ella tuvo el atino de parecer avergonzada.

—Pero jamás habría podido ser duque de Letterston.

Rayner sintió esas palabras como una estocada directa en el corazón.

—Y lo que traes ahora tampoco lo será —vaticinó.

Simone alzó el rostro, y lo miró con condescendencia.

—Estoy casada con tu padre. ¡Acéptalo! —Rayner lanzó una carcajada sin humor.

—¡Estás casada con las libras de mi padre! Con el título de duquesa que ansiabas, eso es lo que acepto.

—Ya veo que tratar de hablar contigo es perder el tiempo.

No se resintió por la crítica; todo lo contrario, la sintió como un bálsamo sobre su corazón.

—¡Ahí tienes la puerta! —le dijo, y esperaba de verdad que ella se fuera. No podía seguir haciéndose el duro mucho tiempo más. Quería que se fuera, la detestaba. Algo lo hizo pensar en Evelyn, y sintió ganas de verla, hablar con ella, que lo escuchara. Le indicó la salida a Simone con la mano. Simone terminó por marcharse. Cerró la puerta con un estruendo.

Cuando de nuevo escuchó el galope del caballo, respiró tranquilo.

CAPÍTULO 08

Rayner se sentía incapaz de controlar el estado de ansiedad que le producía la visita de su abuela. Había enviado un mensajero a la cabaña del bosque para anunciarle que, en pocos minutos, llegaría a verlo. Charlotte Rose Dankworth se había hecho a sí misma. Destilaba, a pesar de su avanzada edad, una seguridad que producía admiración, pero esa misma seguridad la volvía arrogante y fría. Rayner y sus hermanos habían carecido de la más elemental muestra de cariño por parte de la abuela Charlotte. Solo Richard, el duque, superaba a su abuela en desdén y soberbia. Rayner no había vuelto a ver a su abuela desde la cena de cumpleaños en Pembroke House. Sabía que esa tarde lo iba a amonestar por la forma de comportarse con su padre y su madrastra.

Rayner se mesó el pelo con una cierta vacilación. Volvió a fijar sus grises ojos en el reloj de pared que hacía transcurrir los minutos a una velocidad alarmanamente lenta. Cómo extrañaba el calor de su madre: su serena y cándida sonrisa, las manos suaves y amorosas cuando le ofrecían tiernas caricias dándole ánimos ante cualquier eventualidad. Si ella siguiese con ellos, equilibraría el talante huraño de su padre y el de su abuela. Su vida, sin embargo, parecía seguir siendo un erial enmarañado donde no cabía la posibilidad de cosechar nada.

Su hermano menor se mantenía apartado: la advertencia seguía en el aire y él sabía que William, tarde o temprano, tendría que claudicar en su empeño, pero toda esa situación se le estaba escapando de las manos. Y Rayner no era bueno intentando controlar la impetuosidad de su hermano menor. Pretendía mantener sus sentimientos bajo un férreo autodomínio, pero que William se hubiese enamorado de una mujer tan poco conveniente, superaba cualquier estupidez que hubiese hecho en el pasado. Y eso que había hecho unas cuantas.

Unos golpes decididos en la puerta lo sacó de sus cavilaciones. Los pasos que dirigió hacia la entrada fueron lentos y pesados. La figura de su abuela seguía siendo imponente. El saludo seco le hizo chasquear la lengua con resignación y no intercambiaron más de tres palabras en el ritual del té que ambos bebían con un silencio embarazoso. Su abuela, la duquesa viuda, se había traído al mayordomo, una de las doncellas, y un lacayo de Pembroke House para que sirvieran el té en la cabaña del bosque. Les hizo a los sirvientes un gesto con los ojos, y los dejaron a solas.

—¡Debes portarte como un hombre! —Rayner casi suelta el sorbo de té

al escucharla.

—Hasta dónde sé, me comporto como me ha enseñado.

Charlotte lo miró con disgusto.

Sus ojos tenían la misma tonalidad azul que los de Zachary y William, él, había heredado los ojos grises de la madre.

—Eso ni te lo crees, y yo jamás permitiría que nadie se interpusiera en la familia —Rayner se recostó en el mullido sillón de piel.

Como la cabaña hacía de casa de invitados, la familia Dankworth la tenía muy bien habilitada. Rayner quería escuchar. Quería representar el papel de nieto obediente delante de Charlotte como una forma de defensa.

—Con esa actitud le otorgas más poder del que tiene Simone, querido nieto.

Rayner intervino:

—El único poder que tiene es en la fortuna de mi padre y su título.

—Tu sarcasmo está fuera de lugar conmigo —respondió la mujer.

Rayner cruzó una pierna sobre la otra, pero no dijo nada. Charlotte siguió con los reproches:

—Cometiste un error al abandonar a la familia.

—Hubiese cometido uno mayor quedándome.

—Es solo una mujer. ¡Maldita sea! —Rayner sabía lo que vendría a continuación y dijo algo que lo provocaría:

—Es su nuera, querida abuela.

Charlotte bufó con desprecio.

—Lo es, y por eso vas a tener que tragarte tu orgullo.

Rayner no pudo contener la lengua.

—Usted no quiso a Simone cuando yo pretendía que formara parte de esta familia. Se opuso de todas las formas posibles a mi compromiso con ella.

—Simone no era adecuada para ti, ni podría darte el heredero que necesitaba el ducado.

—¿Pero es apropiada para mi padre? —preguntó con amargura—. ¿Por qué?

—Lo acepté como mal menor.

Rayner apretó los labios.

—Aquí parece que la humillación a la que me ha sometido mi padre y Simone no importa. Todo esto no se parece en nada al respeto que usted me enseñó. Al respeto que nos debemos entre las personas de la familia. Eso ha sido lo que me ha inculcado toda mi vida, abuela.

Charlotte lo miró con frialdad.

—Tu padre está sufriendo mucho por tu actitud.

Rayner comenzó a mover el pie con impaciencia.

—Todo hombre tiene su límite, nadie va a marcarme el mío. Yo no disfruto con todo esto, créame.

—¡Eres un desagradecido!

—Mi padre escogió. Yo hago mi elección. ¡Es mi derecho!

—Tu padre no sabe de qué forma encauzar un nuevo encuentro contigo. ¡Maldita sea! Eres el heredero de Letterston.

—El duque no sabe cómo encauzar un encuentro conmigo —repitió envarado—, pero supo encauzar un encuentro con Simone, a pesar de lo que yo sentía por ella.

—Tu padre no tuvo la culpa de vuestra ruptura. —Rayner no tuvo más remedio que darle la razón a su abuela.

Él, la había despreciado cuando supo que había acudido a una curandera para obtener unas hierbas y deshacerse del hijo que esperaban. Ella no desmintió el rumor cuando él le demandó explicaciones, ni le importó el escándalo que se suscitó cuando la noticia saltó de boca en boca. La discusión entre ambos había sido descomunal, pero Simone ya lo había hecho. Le había mostrado un sinfín de razones que la habían empujado a deshacerse del bastardo, porque jamás sería legítimo, pues no lo permitía su condición de plebeya. Rayner podría haberse recuperado del golpe si ella no se hubiera enredado tiempo después con su padre. Cuando supo que iba a convertirse en su madrastra, decidió marcharse de Inglaterra y abandonar Pembroke House para siempre.

—No la tuvo, pero no tenía que casarse con ella, sobre todo sabiendo lo que hizo, de lo que era capaz por llegar a ser duquesa de Letterston.

—Tu padre está enamorado de Simone —respondió la abuela en un susurro.

—¿Y?

—Tú, no lo estuviste nunca —Charlotte hizo una pausa—. Simone nunca tuvo poder sobre ti, por eso hincó sus garras en tu padre. Esa razón debería bastarte para no permitir que se salga con la suya.

Rayner pensó que su abuela se equivocaba. Simone todavía tenía poder sobre él, aunque no el que ella creía. Rayner nunca se había entregado del todo. Siempre se había reservado un refugio para sí mismo.

—¿Y qué propone, abuela? —preguntó cauto.

—Que te comportes como si no hubiese ocurrido nada.

El nieto soltó una carcajada llena de ira.

—Mi hijo o hija ahora tendría catorce años —le espetó dolido.

—Asumes muy fácilmente que era tuyo. ¿Estás seguro? ¿No crees que esa podría ser una razón para que ella hiciera lo que hizo?

Rayner abrió los ojos con absoluta perplejidad. El corazón se le había detenido en una pausa dolorosa. En un hilo de voz, preguntó:

—¿Tiene pruebas que demuestren sus palabras? —la pregunta alertó a Charlotte.

—Simone es una mujer ambiciosa. No tengo que decirte más.

—No puede soltar algo así y quedarse tan tranquila —la recriminó.

—Tan solo te he dado otra perspectiva a tener en cuenta, nada más. Tú sabrás si Simone te era fiel, o no —la duquesa viuda hizo una pausa muy significativa—. Simone sabía lo que quería, y era ser duquesa por encima de todo, por eso atrapó a tu padre en su red. ¿Puedes afirmar que no tratara de embaucar a otros herederos?

—Me niego a creerlo. Sería demasiado cruel.

—Escúchate. Es tu amor propio el que habla, no tu razón.

Rayner miró a su abuela antes de decir algo.

—Es muy dura conmigo revelándome algo así —Charlotte ladeó la cabeza pensativa. Luego agregó:

—Siempre has sido un muchacho fuerte, acostumbrado a salirte con la tuya. ¿No crees que tu orgullo está más lastimado que tu corazón? —Rayner le respondió con acidez:

—¿Qué importan mi orgullo o mi corazón? Simone sigue entre nosotros y su ponzoña se expande por esta familia.

—Así no avanzamos. Abandona ya ese lugar en el que te has colocado. Aunque tuvieras razón, no hay nada que hacer pues es la esposa de tu padre.

Rayner alzó los hombros con indiferencia:

—Me gusta el lugar donde estoy. Y lo demás me tiene sin cuidado.

Charlotte se levantó con furia y lo taladró con la mirada.

—¡Deja de faltarme el respeto!

—Disculpe, abuela. Este asunto me hierde profundamente, y me asombra que se muestren todos indiferentes a mis sentimientos.

—¡Haz las paces con tu padre! Él, no ha querido herirte. Las cosas se le fueron de las manos.

Rayner creía que iba a perder los nervios de un momento a otro. Inspiró

profundamente para calmarse antes de responder.

—Mi padre hizo una elección. Yo hice la mía.

Rayner se refería a dejar Inglaterra y romper la relación con la familia.

—Escapa a mi comprensión esta actitud tan terca, sobre todo después de comentarte todas las dudas que albergo al respecto.

—¡Suficiente, abuela! Sabe que la respeto, que le profeso un profundo cariño, pero un hombre tiene un límite de golpes a recibir, y hoy he recibido más de las que puedo soportar.

—Solo intento ayudar. Quiero a la familia unida de nuevo. Quiero que reconsideres tu decisión de que tu hermano Zachary sea el duque de Letterston.

—Es lo que he decidí en su día.

—Pero no es bueno para la familia porque Zachary no tiene tu aplomo ni tu poder de decisión... —el nieto la interrumpió.

—Pretende que actúe como si no hubiese ocurrido nada —Rayner se lo recordó agriamente.

—Te mantienes aislado no solo de tu padre sino de tus hermanos, y eso es algo que debes solucionar de inmediato.

Rayner se levantó del asiento y dirigió los pasos hacia la ventana. Miró hacia el bosque pensativo.

—No puedo cambiar de actitud. Es más, no pienso hacerlo.

—Esta es la última vez que intercedo entre tu padre y tú. Lo que hagas a partir de ahora es asunto tuyo.

Rayner se giró muy serio y miró a su abuela.

—Siempre lo fue. Yo no pedí que usted mediara —dijo Rayner a modo de conclusión.

—¡Búscate una esposa y comienza de nuevo! —le ordenó.

Al escuchar a su abuela, el rostro de lady Warren se le apareció, y no supo el motivo.

—Es tarde, abuela —dijo por toda respuesta.

Lo despidió con voz seca.

—¡Quédate con Dios!

Rayner mostró una sonrisa cínica.

—Prefiero quedarme con el diablo.

Sin embargo, Charlotte no oyó la respuesta de su nieto. Había alcanzado la puerta y salió por ella de forma precipitada. El mayordomo, la doncella y el lacayo la siguieron. Regresaron a Pembroke House sin mirar atrás.

Rayner estaba muy alterado por la visita y la conversación mantenida con

su abuela. La posibilidad de que el niño malogrado de Simone no fuera suyo, le encogía el corazón de una forma muy dolorosa. Había sufrido mucho, y llegado a esa encrucijada, se dijo que no quería conocer la verdad pues para él siempre sería su hijo no nacido.

CAPÍTULO 09

¿Qué podía hacer para marcharse sin que lady Cowbridge se enfadara con ella? Evelyn se había pasado una semana fuera de Battlefield, pero a su regreso a Yorkshire no había podido rechazar la invitación. Ahora lamentaba profundamente no haberlo hecho. Tenía a su lado a lord Dankworth que la miraba de una forma que le provocaba escalofríos, salvo que no era William sino Rayner. De nuevo sentada en el gran comedor oscilaba un pie sobre otro, tenía la mirada puesta en el invitado que tenía enfrente. Ninguno le llamó la atención de forma particular, y optó por acomodarse en la silla tapizada que le resultaba muy cómoda.

Había sido una semana de locura. El viaje a York había sido inesperado pues su cuñada Helena había sufrido un pequeño accidente. El carruaje en el que viajaba se había roto un eje, y Evelyn se llevó el mayor susto de su vida. Solo había podido convencer a Helena para quedarse con ella una semana, y su cuñada había insistido para que regresara a Battlefield al cumplirse la misma. Afortunadamente, su hija Marian se encontraba estudiando en la escuela para señoritas de Bytheseashore, y ella disponía de libertad para moverse de un lugar a otro sin tener que dejarla sola.

Al sentirse observada, Evelyn giró el rostro y clavó sus ojos violeta en Rayner que la miraba con un brillo de admiración en sus ojos grises.

—Se la ve muy bien esta noche, lady Warren.

—¿Atractiva o escandalosa? —ella decidió responder con humor.

La alusión al apodo que le había puesto la sociedad de Yorkshire le arrancó una sonrisa.

—Y tiene buen ánimo.

Lady Cowbridge decidió intervenir en la conversación. Estaba sentada cerca de ellos.

—Es injusto que la llamen así —la defendió la mujer—. Porque *él* le gastó una broma, no debería permitir que el resto lo haga.

—¿Quién es *él*? —se interesó el noble.

Evelyn había mantenido callada.

—El motivo para que algunas debutantes con madres mal intencionadas la llamen así —respondió lady Cowbridge.

—Solo las mueve la envidia, lady Warren —dijo lord Cowbridge que en el pasado había sido el mejor amigo de su marido.

—Pero, ¿quién es él? —insistió Rayner.

Evelyn terminó por sonreír.

—Aquel del que no pronunciamos el nombre —contestó con humor.

Rayner había entendido. El apodo se lo debía de haber puesto Bertie, el Príncipe de Gales.

—¿Qué tal su cuñada? —quiso saber lady Cowbridge.

—Bastante magullada, pero está bien de ánimo.

Rayner ahora entendía la ausencia de ella en los diferentes eventos a los que él sí había asistido esperando verla. William no le había dicho nada, y no le extrañaba. Después de la discusión que habían mantenido los dos hermanos, parecía que le había retirado la palabra.

—Imagino el susto que se habrá llevado —intervino uno de los invitados a la cena—. Perder a sus padres, perder a su esposo...

Rayner no pudo evitar hacer una broma para restar tensión al momento. Veía lo incómoda que estaba ella, y deseaba ayudarla.

—Debería corresponder a *él* con un apodo adecuado a su rango, ¿qué le parece, ¡wombat!?

Evelyn abrió la boca con sorpresa. Rayner alzó las cejas para reforzar la broma con el gesto.

—¿Ha dicho wombat? —preguntó risueña.

—¿No cree que *él* se parece a un tejón?

Evelyn seguía boquiabierta. La transformación en los rasgos de él la sorprendió.

—Me podría caer de espaldas por escucharlo —terció ella.

Rayner no podía mostrarse serio ni indiferente. En la semana que no la había visto, había estado atormentado por su rostro de hechicera. La necesidad de verla lo había mantenido en un constante duermevela, y por eso había aceptado todas las invitaciones sociales, porque necesitaba verla otra vez. Volver a ver el brillo tan intenso que se desprendía de sus ojos mientras todo su cuerpo ardía de deseo. Rayner se moría por sentir sus cabellos entre sus dedos, poder besar la suave piel...

—¿Lord Dankworth? —lo llamó lady Cowbridge.

Él, volvió bruscamente a la realidad.

—Disculpe, estaba distraído.

—¿Se encuentra bien?

—Por supuesto.

A Evelyn le pareció que él no estaba bien en absoluto. Casi sin pensar

soltó:

—Háblenos de su granja, cuéntenos sobre Elmont Garden —le pidió.

A él le costó un mundo centrarse de nuevo. La tenía al lado, casi pegada a su cuerpo. Podía oler el aroma que desprendía su cabello. Llevaba un vestido nada recatado y muy atrevido. El profundo escote dejaba entrever el nacimiento de sus cremosos y perfectos pechos. El color suave le sentaba a la perfección, sobre todo con esas diminutas florecitas blancas que hacían juego con las rosas blancas de su cabello. Cada vez que giraba la cabeza, lo inundaba el floral aroma, pero él, apenas podía despegar los ojos del escote, y tuvo que respirar profundo varias veces.

—Allí todo es diferente —explicó Rayner, y la sonrisa de Evelyn mientras lo escuchaba, parecía que iba a llegarle hasta los hombros—. Las distancias son enormes, y no existen ciudades tan bulliciosas como Londres.

—¡Parece un lugar increíble! —exclamó lady Cowbridge.

Rayner tenía que centrarse en la anfitriona y no en tratar de oler las flores frescas que llevaba Evelyn en el elaborado moño.

—Imagino que estará deseando regresar —dijo ella mostrándose cercana.

Rayner la miró con calculado interés. Ahora se daba cuenta de que ella no mostraba el desdén del principio. No la veía irritada porque estuviera sentado a su lado, y se preguntó qué había cambiado en esa semana que había estado fuera de Sheffield.

—Ahora, ya no tanto —respondió de forma enigmática.

—Maryland está demasiado lejos de Inglaterra —dijo al fin lord Cowbridge pensativo—. Para mí sería impensable que mi primogénito decidiera marcharse tan lejos de la familia, y de sus obligaciones.

Rayner se puso serio. No quería que la conversación perdiera su cauce del principio porque no le apetecía nada hablar sobre sus motivos para marcharse o quedarse en Pembroke House.

—Hay situaciones en la vida que nos obliga a tomar decisiones drásticas y dolorosas —dijo él.

—No existe ningún motivo, por poderoso que sea, que nos haga separarnos de nuestra familia —dijo Evelyn pensativa.

Rayner supo que estaba pensando en sus padres que habían sido asesinados por unos forajidos, y de su esposo que había fallecido en un naufragio.

—También hay cambios en la vida que nos hacen replantearnos regresar.

Esa respuesta los dejó a todos descolocados porque la había

dicho sin dejar de mirarla. Evelyn se acomodó en su silla bastante nerviosa.

—Esa sería una excelente noticia —aplaudió lord Cowbridge—. Sería un buen momento para sentar la cabeza y pensar en formar una familia.

—¿Hay alguna dama en Sheffield que le despierte el suficiente interés, lord Dankworth, para valorar quedarse? —se atrevió a preguntarle la anfitriona.

Rayner no paraba de mirarla, y Evelyn se sentía cada vez más nerviosa.

—Ahhh, pero la dama desdeña mi interés —respondió muy serio.

Evelyn había cerrado los ojos al escucharlo, le parecía increíble que hablara con tanta frivolidad.

—¿Será quizás que la dama lo desdeña porque su interés está centrado en otro hombre más más humano y sincero, y menos déspota y arrogante? —la pregunta de ella requería una respuesta, y él se la ofreció contundente.

—La dama desea ignorar que el hombre elegido por ella es un tremendo error.

Evelyn supo que era su turno de mostrarse implacable. El resto de invitados había enmudecido siguiendo la discusión entre lord Dankworth y lady Warren.

—Es de una temeridad grosera suponer lo que la dama siente o piensa en esa cuestión tan íntima y personal, ¿no le parece, lord Dankworth?

Solamente la llegada del postre evitó que Rayner le respondiera. La tensión había crecido tanto entre los asistentes que se lanzaron a devorar los dulces como si no hubiera un mañana. Las mejillas de Evelyn se volvieron de un rojo intenso, el pulso de él, desbocado.

—Confío que este intercambio de opiniones no la haga desistir de bailar conmigo más tarde —le susurró él.

Evelyn lo miró con la cabeza ladeada y respondió un tanto nerviosa:

—No creo que me quede hasta tarde —respondió tensa.

Rayner terminó por mostrar esa sonrisa que tanto la cautivaba.

—Tengo que hablar a solas con usted —dijo él en un susurro, Evelyn negó con la cabeza—. Tengo que hablarle de William.

Evelyn no esperaba esas palabras, y por eso contestó sin dudar:

—No pienso hablar con usted de Will —contestó sincera.

A Rayner no se le había pasado por alto el diminutivo cariñoso con el que se había referido a su hermano.

—Ya lo creo que hablara conmigo —sentenció.

Evelyn apretó los labios con cierta ira. ¿Por qué bendita razón se

mostraba tan arrogante con ella? Cuando mantenía la boca cerrada, podía caerle hasta bien, pero era soltar por ella esas bravuconadas, y le provocaba una cólera desconocida.

—¿Nunca acepta un no por respuesta? —preguntó con una sonrisa forzada.

Él, la miró tan serio, que le provocó un vuelco en el estómago.

—Una vez acepté uno, y me juré que sería el último.

Habían terminado el postre, y el anfitrión se levantó para que el resto de invitados varones lo acompañaran a la biblioteca para tomar los licores. Cuando las mujeres se quedaron a solas, Evelyn sintió sobre su persona las miradas reprobadoras de alguna de ellas.

—Sería un milagro que lord Dankworth decidiera quedarse en Pembroke House, y retomara su derecho como futuro duque de Letterston.

Evelyn sintió un nudo en la garganta. Solo le faltaría que la culpasen a ella de la marcha de ese arrogante. Había decidido no quedarse hasta el baile, pero la conversación amena que mantuvo con lady Cowbridge, y lady Thorswan, le hizo perder la noción del tiempo, y cuando quiso darse cuenta, la música había empezado, y con ella su oportunidad de marcharse, pero lo hizo de todas formas. Pidió discretamente al mayordomo que avisara a su carruaje, cuando se encontraba esperándolo, la voz de Rayner tras su espalda la envaró.

—¡Cobarde! —le dijo él.

Ella se giró un tercio. Lo miró durante un minuto largo antes de responderle.

—Soy una mujer con infinitas obligaciones —sus palabras habían sido pronunciadas con sequedad—. Y si ese motivo no fuera suficiente para justificar mi marcha, puedo ofrecerle otro: usted.

Rayner se había acercado a ella en dos grandes zancadas. La sujetó por el brazo, y la llevó hacia el carruaje. Evelyn no podía ni imaginar la reacción que iban a tener sus palabras. Él, le abrió la puerta y la ayudó a subir los dos escalones, cuando ella todavía no había acomodado la tela de su voluminosa falda, él, se había introducido en el interior, tomó asiento frente a ella y golpeó el techo del carruaje para que comenzara la marcha.

—Pero, ¿cómo se atreve? —estaba ofendida—. Puede dañar mi reputación.

Las cejas masculinas se alzaron con sarcasmo, salvo que la oscuridad del interior del carruaje le impidió a ella verlo.

—Y eso lo dice lady escándalo.

—Pero cómo se atreve... —repitió incapaz de decir nada más.

—Tiene que escuchar lo que tengo que decirle sobre William.

Evelyn soltó un exabrupto nada femenino.

—¿Cómo puedo hacerle entender que no deseo mantener ese tipo de conversación con usted?

—No debe aceptar a William —insistió él.

Ella abrió la boca y la cerró un segundo después.

—Definitivamente se ha vuelto loco —susurró ella ofendida.

—No deseo que lo haga desgraciado aceptándolo.

Evelyn parpadeó atónita, ofendida, y sentía unos deseos enormes de golpearlo. Ella era una mujer tranquila, con dominio sobre sus actos, pero ese hombre la desquiciaba.

—El único desgraciado será usted.

Rayner resopló porque se le había ido de las manos. Solo quería hablar con ella, hacerla desistir, pero se había precipitado, y llegados a ese punto, ya no retrocedió.

—¿Desea que le muestre el motivo por el que no debería aceptar a mi hermano William?

Ella dudó, pero solo un segundo.

—¡Por supuesto!

Nada la había preparado para lo que hizo él a continuación. Se sentó a su lado, la tomó entre sus brazos y la besó. Al principio se limitó a mover sus labios sobre los dulces y carnosos labios, despacio, lentamente, y, poco a poco, se abrió paso entre ellos con la ayuda de su lengua. Cuando ambas rozaron sus superficies, la joven se estremeció, y, sin saber cómo, lo agarró, y le hizo acercarse a ella para sentir su calor junto a su cuerpo.

Rayner se lo tomó como una invitación.

Y la besó más profundamente, abriendo sus labios con su avasalladora lengua y reclamando una respuesta que ella no le negó. Las manos de él ascendieron por el torso femenino y acarició los pechos de ella sobre la línea de su escote hasta llegar al cuello para luego recorrer el camino en el sentido contrario. Ella extendió su mano, y, asiéndole del pelo, le acercó más a sus labios con un gemido de triunfo. Una sensación cálida se instaló en su vientre, y una extraña humedad salió de su sexo. Apretó las piernas y volvió a gemir.

¿Qué le estaba ocurriendo?, se preguntó en medio de la neblina de deseo que Rayner le despertaba. Una marea de sensaciones totalmente desconocida

se estaba instalando en ella. No la dejaba razonar. Y, él, él estaba provocando esas sensaciones, con sus besos, con sus caricias.

Rayner finalizó el beso. Ella estaba mareada.

—Ahí tienes la razón para que no aceptes a mi hermano —la había tuteado por primera vez.

La mujer abrió los ojos como platos. Se sentía incapaz de pronunciar palabra alguna.

—Eres un maldito cabrón —lo insultó y le correspondió en el tuteo.

Los ojos grises de Rayner brillaban, y ella pudo verlos a pesar de la poca luz del farol interior.

—Puedo ser un cabrón, pero quiero demasiado a William para mantenerme al margen.

—No has demostrado nada.

Rayner se rio, y la enfureció todavía más.

—Si hubiese querido continuar, te habría hecho el amor en el interior de este carruaje —ella enrojeció de la cabeza a los pies, menos mal que él no podía apreciarlo—. Pero me tengo por un caballero.

Evelyn respiró profundo. Se sentía avergonzada y humillada en el mismo porcentaje.

—Te juro que me las pagarás.

Rayner golpeó el techo del carruaje, y unos segundos después el vehículo se detuvo.

—Cuando quieras y donde quieras...

El noble se bajó del carruaje, y le hizo un gesto al cochero para que continuara.

Evelyn seguía en el interior tan mortificada como preocupada.

CAPÍTULO 10

Rayner estaba muy enojado con William. No podía creer que, después de todo lo que le había dicho para que entrara en razón, siguiera empeñado en continuar una relación cada vez más seria con lady Warren. Rayner se sentía al límite de la tolerancia. Miró a través de la ventana del salón de la cabaña, pero sin ver nada en realidad. Pensaba en la frágil situación que mantenía con su familia. A la pelea con su hermano por la relación que mantenía con Evelyn, tenía que sumarle los desafortunados eventos que habían resquebrajado el vínculo con su padre. El duque, seguía en el terco recorrido de la indiferencia, y Rayner había adoptado la calma que precede a la tormenta. Se mantenía aislado, lo sabía, pero se sentía incapaz de ordenar los sentimientos contradictorios que sufría desde hacía más de quince años. Tarde o temprano tendría que ceder, pero aún no estaba preparado para la estocada final. Seguía rebelándose ante el egoísmo extremo, y nada ni nadie iba a conseguir doblegar sus propias ideas al respecto.

Escuchó el sonido de una carreta, y el peso que cae sobre la hierba, unos segundos después tocaron a la puerta de la cabaña. Rayner miró el reloj y comprobó que apenas eran las siete de la tarde. Pensó que podría ser William, y se alegró. La presencia del lacayo de Pembroke House lo descolocó. No era lo que esperaba, y le tendía un pequeño sobre. Lo tomó con firmeza y lo miró. Iba dirigido a lord Dankworth, y lo giró pero no tenía remitente. El lacayo permaneció allí, impassible. Rayner rasgó sin miramientos el papel y sacó su contenido. No pudo contener una exclamación de sorpresa:

«Tras meditarlo mucho, he llegado a la conclusión de que es cierto todo lo que me dijiste, por eso, un carruaje pasará a recogerte cerca de las nueve. Tengo que pedirte disculpas, y solo necesito la promesa de que escucharás todo lo que tengo que decirte, pero en silencio, sin decir nada: sigue mis indicaciones, por favor».

Supo que el mensaje era de lady Warren. Rayner estaba perplejo; el corazón se le transformó en una madeja de hilo enmarañado. Dudó durante un momento tan largo que el lacayo carraspeó por la espera. Rayner se preguntó por qué no se iba.

—Debo llevar una respuesta pues un mensajero espera en la casa.

Ella lo citaba para hablar, decía en la nota que había pensado en la última conversación que habían mantenido, y decidió aceptar e ir a hablar con ella.

Evelyn estaba rompiendo todas las normas elementales, pero por algo la llamaban lady escándalo, y esa nota despertó su curiosidad hasta un punto alarmante.

Regresó sobre sus pasos y escribió una respuesta en la que se rendía a los términos de Evelyn. Se la dio al lacayo y se dispuso a prepararse y a esperar el carruaje impaciente.

No quería pensar en lo que le hacía sentir cada vez que la contemplaba. Tarde o temprano tendría que definir su vínculo con ella. Si su terco hermano no se hubiese situado en medio, tal vez la decisión a tomar no resultaría tan difícil. Lo correcto sería no hacer nada y dejar que los acontecimientos siguieran su curso, pero no pretendía engañarse. Ella había plantado en su corazón una semilla que empujaba y empujaba para salir a la superficie causándole un dolor punzante, aunque lleno de esperanza. Sabía que no debía aceptar un encuentro con ella porque la última vez que estuvieron juntos a solas, casi la devora a besos, pero su determinación se fue al diablo ante la posibilidad de un acercamiento real.

Rayner suspiró; la necesitaba.

Esperaba fuera de la cabaña cuando escuchó el carruaje negro. Supo que era alquilado. Cuando se detuvo en la puerta de su casa, casi sufrió un desmayo fulminante: no estaba preparado para enfrentarla porque se moría por besarla otra vez. El cochero bajó de un salto y caminó hasta él. Le dio otro sobre que rasgó impaciente.

«Permite que el conductor del carruaje sea tus ojos: que te guíe hasta que llegues a mí. Recuerda, tengo tu promesa de silencio. Haz que mi esfuerzo no sea en vano. Evelyn».

Sintió en sus carnes miles de agujas que se clavaban sin compasión ante la expectativa de lo posible, lo incierto, y su mente comenzó a especular tan llena de pesimismo como de esperanza.

El hombre pretendía taponarle los ojos con un pañuelo negro. Rayner negó repetidamente con la cabeza mientras torcía la boca en una mueca cínica, pero, tras la insistencia del cochero, finalmente optó por ceder creyendo que Evelyn no quería que supiese el lugar adonde lo conducía. Reacio, pero impaciente, consintió que le cubriera los ojos. Un momento después, notó que lo dirigía hacia el carruaje y que le abría la puerta, lo ayudó a meterse en el interior. El habitáculo estaba completamente negro: el farol interior había sido apagado, y la negra noche no ayudaba a distinguir nada bajo la velada tela. Pero el perfume de ella llegó hasta sus fosas nasales de forma inmediata. Percibió con

delicadeza los suaves aromas de la fragancia de Evelyn: el aire se llenaba de ella cada vez que aparecía en un lugar.

Sentía deseos de arrancarse la venda, pero había dado su palabra y la mantuvo. Entonces, como si de un soplo de aire se tratase, percibió la presencia femenina a su lado, y todo su cuerpo se tensó involuntariamente. Subió su mano hasta el nudo que ataba el pañuelo detrás de su cabeza. Una voz suave se lo impidió.

—Me lo has prometido —dijo ella.

Nada podía salir bien de esa insensatez, estaba convencido, pero a la vez, estaba profundamente intrigado.

—Esta ha sido la única forma de llegar hasta ti.

Una mano suave se posó en los labios de Rayner para callar la réplica que pugnaba por salir de su garganta. Ella continuó:

—No puedes verme, porque yo lo quiero así; y no puedes hablar, porque firmaste una promesa, ¿recuerdas?

Rayner estaba atónito ante su juego. ¿Qué pretendía? ¿Qué trataba de demostrar? Abrió la boca para decir algo, pero ella de nuevo se lo impidió con un dedo en sus labios, y un susurro en su oreja que a él le produjo una descarga eléctrica:

—Necesito contarte muchas cosas.

Rayner dudaba, como si la vacilación lo marcara a fuego. Sin embargo, obedeció, y mantuvo su silencio.

—Cuando te vi por primera vez, supe que podrías seducirme. Me sentí atraída por ti, y por tu forma de mirarme, por eso he decidido ser yo la que de el primer paso para seducirte.

Rayner había comenzado a respirar con dificultad.

—¿Te gustaría que me sentara sobre ti a horcajadas? —le preguntó insinuante.

Él, se sintió vibrar, cuando notó que ella hacía precisamente eso: pasó sus brazos por su cuello y se ajustó sobre sus muslos. Estaba comenzando a asfixiarse.

—Estás muy tenso, lord Dankworth —dijo Evelyn y sus manos comenzaron a desatar el lazo del pañuelo que llevaba al cuello.

Había sido un acierto que no se pusiera capa.

Rayner trató de tragar el nudo en su garganta que iba aumentando de tamaño a medida que la olía sentada encima de sí. No poder verla le estaba costando un esfuerzo, pero exacerbaba sus otros sentidos y su imaginación.

—No te resistas —lo apremió con dulzura—. Solo trato de que estés cómodo.

¡Por Dios! ¡Eso era imposible!

Evelyn llevó la mano izquierda de él al brazo de la puerta, y, estupefacto, sintió cómo se la anudaba con su propio pañuelo de seda, el que había desatado de su cuello. Intentó negar con la cabeza. Ella de nuevo volvió a susurrarle al oído con voz melodiosa:

—Necesito que tengas las manos atadas para lo que te tengo preparado.

Parecía que el corazón se le iba a salir del pecho. Su mano derecha parecía que iba a correr la misma suerte. Sin embargo, para sorpresa de él, Evelyn la ató con otro pañuelo a su propia muñeca. Entonces, cada vez que ella alzaba su mano, la de Rayner recorría el mismo camino.

—No debes preocuparte por nada, imagina que estamos dando un lindo paseo por el parque.

Él, estaba comenzando a sudar. Sentía el movimiento suave del carruaje que marchaba hacía un destino desconocido.

—Ahora te desabrocharé la camisa.

Rayner ya no pudo aguantar más:

—¡No! —gritó casi, y su voz desesperada le arrancó una risa a ella.

Evelyn acercó su rostro hacia el oído de Rayner, rozó el lóbulo apenas con sus labios juguetones, y, con una cadencia melosa, le susurró:

—No tienes elección. —Rayner no dijo nada—. La tuviste cuando te hice llegar mi mensaje, pero ahora es tarde para arrepentirse.

El hombre decidió que, si ella quería jugar, jugarían.

—Te quitaré la levita —dijo Evelyn.

Él, mantuvo la boca cerrada, pero la abrió con sorpresa al sentir el delicado y suave encaje deslizarse por su rostro. Ignoraba qué era, pero le resultaba muy agradable. Cuando volvió el rostro para sentirlo de nuevo, Evelyn lo alejó: —pero es mi deseo dejártela puesta.

Estaba desbordado por tantas sensaciones. Tener los ojos tapados y las manos atadas superaba todo lo imaginado.

—Pronto te soltaré —le prometió ella.

A Rayner, la expectativa lo estaba matando, y, por momentos, su miembro se puso más y más duro: iba a reventar dentro de los pantalones.

—Solo llevo puesta una camisola de seda con un ribete de encaje azul. Eso es lo que has sentido hace un momento. Me encanta acariciarte con ella. ¿Verdad que es muy suave? —Rayner gruñó pero no abrió la boca—. Es lo

único que viste mi piel, aunque deja mis pezones al descubierto cuando me inclino. Ahora mismo podrías verlos.

Rayner notó el movimiento de ella al inclinarse sobre él. Pensó que luego le echaría en cara todo lo que lo había hecho padecer, todo lo que le había negado ver y disfrutar. Sin embargo, en ese momento, moría por seguir escuchando sus palabras sensuales.

—¿No me crees?

Cuando Rayner sintió la lengua de Evelyn acariciarle la comisura de los labios, una descarga fulminante le recorrió el cuerpo. Ella seguía incitando su deseo.

—¡Voy a besarte! —soltó Evelyn entre suspiros, y se bebió sus palabras de protesta cuando introdujo su lengua en la cavidad húmeda que Rayner había dejado abierta para ella. Exploró con delicadeza los recovecos aterciopelados que sabían a brandy.

Rayner sufrió una descarga al sentirla recorrer el interior de su boca. Su sabor lo mareaba: el aroma íntimo que desprendía aunado con el olor a flores lo afectó como si de una droga se tratase. Como si un potente tóxico comenzara a recorrer sus venas rápidamente para marearlo y confundirlo por completo. La lengua de él salió de su asombro y comenzó una intensa actividad dentro de ella: la exploraba con suavidad, lamía con avaricia su interior. De pronto, los labios de Rayner se tornaron duros, exigentes. Necesitaban alimentarse de la boca de ella, imperiosa, imaginando una rendición que ya le había ofrecido. Entre las piernas de Rayner comenzaba a generarse una ansiosa incertidumbre.

Evelyn había liberado su grueso miembro, y Rayner lanzó un gemido e hizo una mueca de dolor.

—Estoy tan impaciente por tocarte que quizás te he hecho daño.

Él, negó con la cabeza, completamente desorientado. Cuando ella acarició la punta rosada, Rayner volvió a gemir consciente de las pulsaciones que lo sacudían.

—Me siento extrañamente viva ahora, y te deseo —Evelyn lo besó de nuevo con ardor, con una pasión que amenazó con incendiarlos allí a los dos en el interior del carruaje—. Necesito sentirte dentro —dijo ella por fin, y Rayner creyó que se iba a morir ante lo que se avecinaba.

Evelyn lo fue introduciendo poco a poco en su interior al mismo tiempo que lanzaba gemidos entrecortados. La mano de Rayner se alzó junto a la de ella cuando la mujer trató de recolocarse el cabello, y él comprendió que le

había dado la oportunidad que ansiaba: poder tocarla, comprobar por sí mismo la textura de su piel. Varió el rumbo que ella pretendía, pero a Evelyn no le importó. Estaba tan concentrada tratando de acoplarse a él, que apenas se percató de las intenciones que perseguía. Cuando Rayner atrajo la cabeza de ella hacia su cuerpo, se dejó guiar de forma sumisa. Enredó sus dedos en el pelo sedoso de ella al mismo tiempo que seguía azotándola con su lengua hambrienta. De una sola embestida se enterró en su vientre. Se quedó quieto un segundo, como una forma de recuperarse. No se sentía dueño de la situación, pero no le importó en absoluto.

Evelyn gimió de forma seductora al sentir su miembro duro y pulsante dentro de ella abriéndose camino hasta sus entrañas. Ese sonido maravilloso acabó por romper las barreras de la precaución por completo. Rayner ahogó un grito de placer. Ella había desatado un vendaval en su interior que iba a terminar por arrasarlo todo. Evelyn dirigió su mano unida a la de Rayner hacia el rostro masculino, pero Rayner tenía otras intenciones. Apenas sin esfuerzo, fue deslizándose la palma caliente por la suavidad del cuello de ella. Cuando llegó a sus senos, Evelyn trató de deslizarla sobre su hombro, no obstante, él volvió por el camino ya recorrido, y tocó uno de sus pechos. Debía de estar a la altura de sus ojos: no podía verlo, pero lo presentía. Ella, consciente de las intenciones de él, acercó su cuerpo todavía más, ofreciéndoselo como un regalo. Lamió con avidez uno de los pezones mientras seguía con las caderas quietas. Necesitaba saciarse de su sabor. Volverlos enhiestos a su reclamo. Evelyn no quería esperar y comenzó un vaivén acompasado que acabó por hacer que él se decidiera: le sujetó las caderas y comenzó a darle largas embestidas mientras seguía bebiéndose los jadeos femeninos con su boca.

Lamentaba tener la otra mano atada. No poder tocarla como quería le estaba resultando demoledor, pero seguía moviéndose como si su vida dependiera de ello. Evelyn enterró la cabeza de él entre sus pechos. Levantaba sus caderas para, a continuación, volver a descender con un ritmo cadencioso y constante. Estaba a punto de explotar.

—¡Es maravilloso!

Él, notó cómo se contraía su vagina: parecían pulsaciones que vibraban y apretaban su miembro. Esa sensación fue su perdición: con un gemido gutural se enterró aún más y vació su esencia en el interior de Evelyn. Tras el potente orgasmo, ambos seguían con la respiración entrecortada. Ella seguía sosteniendo su cabeza entre sus senos, tal vez para impedir que abriese la boca. Rayner se sentía incapaz de moverse, estaba exhausto. Era como si las

emociones que había sentido lo sobrepasaran y lo hubieran dejado hecho un muñeco de trapo: feliz e inmóvil.

Evelyn desató su muñeca que estaba unida a la mano de él con una promesa:

—Cuando llegemos te soltaré la otra.

Rayner seguía sin ver nada, sin poder decir nada, y completamente agotado. Había sido el orgasmo más extraordinario de su vida. Carraspeó para aclararse la voz que no le salía.

—Es... —ella no le permitió continuar.

Con un dedo volvió a sellar sus labios.

—¡Shhh! Me lo has prometido, ¿recuerdas?

Rayner estaba a un paso de romper esa promesa, pero el carruaje se detuvo de pronto con un suave frenazo. Percibió cómo ella se movía con movimientos ligeros. Escuchó perfectamente cuando la puerta se abrió, y ella comenzó a descender del vehículo. Antes de irse, sin embargo, Evelyn volvió hacia él y lo besó con una intensidad que lo dejó perplejo, confuso, y con una incipiente necesidad de poseerla de nuevo.

No supo cuándo le había soltado la única mano que todavía permanecía atada, pero, cuando la sintió libre, trató de aferrar la cabeza de ella para volver a besarla. Evelyn no se lo permitió. Con sumo cuidado cerró la puerta del carruaje. El aire fresco que se había introducido en el interior tras su marcha, despejó la confusión que lo tenía atontado.

Rayner se sintió emocionalmente devastado. Ya con las manos libres se quitó la venda que cubría sus ojos. Ella le había cerrado la bragueta, ¿cuándo? Lo ignoraba. Jamás en su vida había sentido un placer similar. La imposibilidad de ver, y la promesa de no hablar, habían resultado determinantes. ¿Por qué bendita razón lo había elegido a él? ¿Cómo transcurriría el próximo encuentro entre los dos? Rayner no se animaba a hacer ninguna suposición o conjetura al respecto. Creyó que lo más conveniente sería relajarse hasta la llegada a su destino. Necesitaba seguir evocando la salvaje entrega que había hecho de sí misma.

Evelyn había roto todas las reglas, y él se alegraba enormemente.

CAPÍTULO 11

No había vuelto a ver a lady Warren.

Rayner tenía que verla y tratar de convencerla de que su entrega había significado todo para él. No saber qué pensaba ella después de lo que habían compartido, seguía torturándolo. ¿Desde cuándo se había decidido por él y no por su hermano William? Volvió a mirar el reloj que marcaba las ocho menos cuarto. Tomó una decisión en el acto. Buscó entre los mensajes de William alguno de ella donde figurase la dirección de su casa. Ya la tenía en la mano, y estaba cogiendo los guantes, la capa y el sombrero cuando tocaron a la puerta. En ese momento maldijo no tener sirvientes. Los golpes se sucedieron con energía. Rayner decidió abrir: Will estaba allí.

—¿Qué le has dicho? —preguntó.

Rayner sabía a quién se refería.

—No la he visto desde hace cuatro semanas, ha cancelado todas las invitaciones.

—¿Le hablaste de mí? —quiso saber.

El hermano mayor negó con la cabeza.

—Y, ¿entonces? —Insistió el menor.

Rayner alzó los hombros.

—Debes olvidarte de ella —le dijo a William, que lo fulminó con la mirada.

—¿Qué le has dicho?

—Nada —hizo un pausa.

No sabía qué contarle de lo ocurrido entre ambos en el carruaje.

—Ella no te corresponde, William, lo sé —dijo poco convencido.

William le dirigió una mirada llena de incredulidad y llena de despecho.

—¿Por qué te has inmiscuido? Debería retarte a duelo.

El tono lastimoso le hizo sentir una punzada de remordimiento. Si William supiera la verdad, sus palabras serían mucho más fuertes.

—Tienes mi palabra de que no le he hablado de ti —William mostró una gran incredulidad—. Pero las cosas han cambiado —comentó Rayner enigmático.

William trataba de comprender la incógnita en las palabras de su hermano mayor. La pregunta cobró vida sin que Rayner pudiese hacer nada.

—¿Qué has hecho, hermano?

—Haré siempre lo que sea necesario para protegerte.

—¿Protegerme, de Evelyn? —estaba completamente asombrado—. ¡La amo, me ama! —Rayner siguió mirándolo en parte apenado, en parte con celos.

—No te ama William —le dijo muy serio—. Acéptalo.

—Si me entero que has tenido algo que ver, juro que... —no terminó sus palabras—. Márchate Rayner. Regresa a tu granja y deja de entrometerme en mi vida.

—No voy a marcharme —le confesó en voz baja.

William lo miró con los ojos reducidos a una línea, pero no dijo nada, se dio la vuelta y cerró con un fuerte golpe la puerta.

Rayner siguió de pie intentado comprender qué sucedía.

Le costó un horror encontrar la finca Battlefield porque estaba muy escondida. Cuando la encontró, la casa le gustó especialmente. La parte posterior de la mansión daba al río, y el lateral a un bosque de abedules muy frondoso. Se plantó delante de la puerta y vaciló: el suave sonido de un piano lo distrajo durante un momento. Reconoció la melodía, y se dijo que quien la tocase, lo hacía muy bien. Siguió esperando fuera y escuchando. No se atrevía a romper la armonía de la música. Cuando cesó la melodía, llamó por fin a la puerta con un nervio latiendo en su sien. Rayner no sabía quién podría abrirle, no había considerado siquiera que fuera alguien distinto a Evelyn, pero una risa deslumbrante lo cegó momentáneamente y lo dejó aturdido.

—Te he dicho Peter que... —la mujer calló de golpe—. Usted, no es Peter.

Tuvo que sonreír a esa mujer que lo miraba.

—Eso es evidente —pudo decir al fin, y sorprendido de que fuera una dama y no un sirviente quien le había abierto la puerta.

La mujer seguía sonriéndole.

—Busco a lady Warren.

La mujer seguía mirándolo como si lo observara a través de una lupa: entre la curiosidad y la precaución. No se decidía a actuar.

—Lady Warren se encuentra ocupada en este momento. Ha tenido que ir hasta la iglesia porque hay un problema —respondió sin dejar de mirarlo—. Yo soy lady Smith, y estoy esperándola.

Rayner alzó las cejas. Imaginó que para paliar la espera había decidido

tocar el piano.

—Ignoraba que no estaba en la casa —respondió, ella lo miró curiosa.

La mujer lo invitó a entrar. Rayner se sorprendió en el mismo momento que puso un pie dentro de la casa. El amplio vestíbulo destilaba buen gusto. La casa poseía todos los elementos para ser cómoda, funcional. Cada una de las estancias que podía atisbar mientras seguía a la mujer, sobrecogía. Los muebles clásicos y bien escogidos daban una apariencia teatral a la pequeña casa. Pembroke House debía de medir el triple que Battlefield, pero ningún Dankworth podría conseguir llenarla de tanta personalidad.

—Estaba tocando el piano mientras la espero —le dijo ella.

Rayner no pudo negarle una sonrisa. Observó el instrumento que ocupaba la mayor parte del salón.

—Toca muy bien —la aduló.

Lady Smith le ofreció un gesto con la cabeza.

—Pero no tanto como lady Marian —le dijo amable—. Es como si la muchacha lo llevara en la sangre.

El mayordomo apareció de repente.

—Aceptaremos un refrigerio —le ordenó la mujer.

A él le extrañó la familiaridad con la que la mujer trataba al servicio de Battlefield.

—Le apetece un té —preguntó como si fuera la anfitriona.

Ambos se quedaron callados cuando escucharon que el servicio se dirigía a hacia la entrada sin que nadie hubiese tocado a la puerta. Evelyn venía hablando con alguien que tenía una voz que no era ni de un niño ni de un adulto: debía de pertenecer a un adolescente.

—Le dije lady Warren que yo podría llevarle el correo —dijo el joven, y su voz sonó desencantada.

—Y yo te expliqué que no puedes visitar a... —comenzó a reprenderlo Evelyn, pero no pudo continuar porque se quedó paralizada cuando se dio cuenta de quién estaba en el centro de su salón.

—¡Lord Dankworth!

—Llámame Rayner, por favor —dos pares de ojos iban de un rostro a otro sin decir nada—. Lady Smith me ha ofrecido la hospitalidad de Battlefield en tu ausencia.

Evelyn miró a la hija del párroco con una expresión bastante estúpida.

—Gracias Constance por ocuparte de mi inesperado invitado.

Evelyn terminó de cruzar el salón y se dirigió hacia la campanilla, la tocó

de forma insistente. Ignoraba que lady Smith ya había pedido un refrigerio para la visita.

—¡Tenemos que irnos! —se despidió la mujer, como si de pronto tuviera una urgencia.

—¡Un placer, lady Warren! —Peter la secundó.

—¿No os quedáis a tomar un té? —preguntó perpleja.

Rayner sonrió al escucharla.

—Se ha hecho muy tarde.

La mujer y el joven se marcharon, cuando la puerta se cerró, la casa quedó en silencio. Evelyn se quedó mirándolo desconcertada. Llegó la sirvienta con la bandeja del té.

—Siéntate, puesto que has hecho un viaje desde el centro de tu universo hasta el mío, bien puedo darte órdenes.

Rayner se atragantó. La forma de referirse a Pembroke House lo había sorprendido en verdad.

—¿Te has perdido? —le preguntó ella.

Rayner no entendía del todo su actitud.

—Has rechazado todas las invitaciones a fiestas y cenas —dijo por fin con mirada cauta—. Incluidas dos de Pembroke House.

Evelyn cerró los ojos antes de responder:

—Ayudo en la parroquia —calló un momento—. Hemos tenido un par de semanas muy difíciles, y asistir a fiestas y eventos era la última de mis prioridades.

Rayner se quedó callado. Habría esperado, no sabía bien qué habría esperado, pero desde luego no esa absoluta indiferencia.

—Creía que había ocurrido algo significativo, que habías dado un paso importante en tu vida —le dijo sin dejar de mirar su rostro—. En tu relación con los Dankworth...

Evelyn se sorprendió. No supo cómo él sabía lo que había pasado, pero la sorpresa fue más evidente.

—Y así ha sido —soltó un suspiro suave—, pero las cosas no resultaron tal y como las había esperado —contestó al mismo tiempo que le servía una taza de té.

El corazón de Rayner se había encogido hasta parecer una nuez, y ella continuó:

—Creía que las cosas podían resultar de otra manera. O que me importaban menos, y que entonces llevarlas a cabo no iban a traer

consecuencias, pero no fue así —Rayner no la entendía. Ella concluyó—. Fue una experiencia interesante, pero se acabó.

Él, estaba atónito. No había tenido ni un momento de paz en esas cuatro semanas; sin embargo, ella actuaba como si después de lo que había pasado, todo le importase nada.

—¿Te arrepientes de la decisión que tomaste?

Evelyn lo miró durante un momento largo, pero fue incapaz de comprender el brillo de decepción que cruzó los ojos de él.

—En realidad buscaba una solución a un problema —no se quejaba, ni estaba ofendida.

—¿Estamos hablando de lo mismo? —quiso saber Rayner confundido.

Evelyn terminó por soltar un suspiro. El salón parecía demasiado pequeño o, tal vez, era él que lo llenaba todo con su presencia. La mujer fue consciente de ese detalle en el mismo momento que lo vio en su casa.

—Hablamos de William, ¿verdad?

¡No! Él no hablaba de su hermano.

—¡Maldita sea, Evelyn! No te comprendo.

Evelyn se sorprendió por las palabras de él y por el tono que había usado.

—William parece indiferente —le dijo al fin—. Creía que teníamos algo especial, que lo que compartimos... —Evelyn se puso tan roja como las amapolas—. No tengo que darte ninguna explicación sobre ambos —le dijo a la defensiva, no obstante, continuó—. William se muestra frío. Distante. Sin hacer ninguna referencia a lo que sucede entre nosotros. —Rayner inspiró aterrado por lo que ya intuía—. No voy a escandalizarme por su actitud pues creo que en el fondo la esperaba, sin embargo, me enoja tener que admitir que tenías razón.

Rayner había dejado de respirar ante la sospecha. Evelyn continuaba con su relato:

—¿En qué tenía razón? —le preguntó en un susurro.

Pero no hizo falta que ella le respondiera. Y entonces Rayner recordó que el correo de su hermano llegaba a la cabaña de del bosque. ¡Quería maldecir!

—¿Se encuentra bien, lord Dankworth?

La sangre se le heló en el interior de las venas cuando por fin pudo armar el rompecabezas de lo que contaba Evelyn. No hablaba de él, sino de su hermano. Ella creía que había hecho el amor con William no con él. No podía respirar; se ahogaba. Evelyn estaba tan centrada en los recuerdos que no se

dio cuenta de lo mal que lo estaba pasando él: su cara había pasado del blanco al rojo en un segundo.

—Sí, no... no sé —apenas podía pronunciar palabra.

Rayner quería, no, necesitaba sacarla de su error. Todavía no sabía cómo. Se sentía mareado y decepcionado. Él, hubiera preferido enterarse de cualquier otra cosa, sin embargo, había descubierto que no había sido él el destinatario del deseo de Evelyn. ¿Cómo lo había confundido? Repasó mentalmente las posibilidades: su hermano desviaba el correo a la cabaña del bosque, ambos tenían el mismo color de pelo y la misma textura, él tenía el rostro en parte cubierto y no había hablado durante todo el trayecto en el carruaje, Evelyn confiaba en que encontraría a William no a él. Las cosas comenzaban a tener sentido. Necesitaba ordenarse para poder hablar con ella y decirle la verdad.

Con aplomo, interpretó el único papel que podía en ese momento: el de hermano mayor.

—Tal vez deberías volver a hablar con él.

Ella meditó un instante en la sugerencia.

—No —dijo sin un titubeó—. De momento pienso esperar.

Evelyn no podía comprender la mirada de él. Lord Dankworth parecía inmerso en sentimientos contradictorios.

—¿Un poco más de té?

CAPÍTULO 12

Desde la conversación que habían mantenido en Battlefield, él, no había vuelto a verla. Se había marchado a York porque su cuñada Helena la necesitaba. Envío un mensaje a su casa, incluso decidió personarse allí y habló con el servicio, pero todo resultó inútil. Ella había vuelto, y seguía tan lejana como la luna del sol. Tenía que verla de nuevo, tratar de explicarle, pero temía conocer su reacción cuando le contara la verdad. Él, no había sido consciente de que lo confundía con otro. Maldijo a su hermano William de nuevo por el embrollo. Había terminado por enredarlo todo. Si el mensaje no le hubiese llegado a él...

Su ordenada y apacible vida se estaba desmoronando. Desde la aparición de Simone, su futuro había quedado marcado por la traición. Sin embargo, justo cuando su corazón comenzaba de nuevo a latir, su hermano se encargaba de derrumbar las débiles esperanzas que tenía alzadas como un castillo de naipes. Un castillo tan frágil que, al más ligero soplo, se derrumbó y sus cartas quedaron esparcidas en el suelo.

—Sabía que te encontraría aquí solo, como siempre.

Rayner se volvió rápido a la voz de su hermano menor.

—Esa fue mi intención al quedarme en la cabaña del bosque —veía animosidad en sus ojos, y se preguntó cuánto lo despreciaría.

—Tengo que hablar contigo.

Rayner cruzó las manos a la espalda y lo miró con severidad.

—Yo también tengo que hablar contigo —contestó a William.

Si su hermano pretendía amedrentarlo, se equivocaba. William ocupó una silla, y cruzó una pierna sobre la otra. Tardó una eternidad en hablar.

—Ha seducido a otro, ¿puedes creerlo?

A Rayner le temblaron las rodillas ante la afirmación inesperada. Miró a su hermano con reserva.

—Ella, no es para ti, William.

El aludido lo miró con algo parecido a la decepción, pero le sostuvo la mirada con altiva arrogancia.

—¿Qué apostamos? —Rayner no quería más desafíos.

William continuó con su relato:

—¿Sabes? Solo he tenido que pensar un poco para dar con la respuesta que se me escapaba —Rayner seguía en un cauteloso silencio—, pero admito

mi parte de culpa en el resultado: no te creía capaz de actuar en mi lugar.

Ya no tenía sentido irse por las ramas.

—Recibí su mensaje aquí, y pensé que iba dirigido a mí.

William soltó un suspiro largo.

—Creí que tú representabas menos peligro que padre; qué ignorante fui.

Rayner avanzó los pasos que lo separaban de William, y se apoyó en la esquina de la mesa del salón. Se inclinó hacia su hermano y preguntó:

—¿Te ha dicho lo mal que se sentía después de lo sucedido? ¿Que piensa que eras tú el que estaba con ella? ¿Que siente que la despreciaste? —quiso saber.

—Sí —respondió William franco.

—¿Y entonces? —había alarma en su voz.

—Cuando fui capaz de comprender que me había confundido contigo, me disculpé de todas las formas que conozco por haberme tomado a la ligera el asunto, y no haberle dado la importancia que merecía. Le he asegurado que su iniciativa me sobrecogió, que me asombró —agregó con ironía—, pero que me encanta que sea ella la que decida nuestros encuentros íntimos, además, le he prometido que pienso compensarla.

Rayner tragó saliva violentamente para soltar después una maldición.

—¡Ni hablar! —gritó iracundo, lleno de irracionalidad.

—Me ama —se defendió William. Rayner abrió los ojos ante la afirmación de su hermano, y no pudo ocultar un destello de duda que William aprovechó a la perfección—. Te crees tan importante, hermano, que pensaste que ella te escogería a ti. —Hizo una pausa y frenó con un gesto un intento de Rayner de refutar sus palabras—. Estaba convencida de que me seducía a mí —concluyó, y ese era el argumento que sostenía su posición.

Rayner inspiró profundamente intentado controlar su furia. Las palabras de su hermano lo habían golpeado duramente. Ese detalle, que le roía las entrañas, lo había ocultado en el rincón más oscuro de su mente, y ahora venía su hermano a recordarle la brutal realidad. Se había entregado a él, sí, pero ella creía que era William. Era un golpe directo a su ego. Algo que lo devastaba. Decidió intervenir:

—Se lo explicaré todo.

William se levantó furibundo.

—¡Te lo prohíbo terminantemente! Vas a mantenerte alejado de ella o no respondo de las consecuencias. —La amenaza de William quedó flotando en el aire.

Rayner se mesó el pelo intentado encontrarle algún sentido a la situación caótica que se había creado entre los tres.

—Ella me ama, Rayner. ¡Acéptalo!

William contempló la forma en la que su hermano se debatía, y siguió, quería contarle todo lo feliz que podía ser con Evelyn:

—Si vieras lo feliz y relajada que se muestra conmigo.

Las palabras de William le produjeron en Rayner el efecto contrario al que pretendía él. Lo llenaron de frustración, y no parecía sencillo que cambiara de idea. William quería conmoverlo y causarle envidia a la vez.

—Tiene una risa fácil y un genio animado para todo. Participa en todo lo que propongo con un entusiasmo que me deja atónito —Rayner palidecía a medida que lo escuchaba, y su orgullo siguió empequeñeciéndose—. No pienso parar hasta conseguir que se case conmigo.

Rayner despertó del atontamiento en el que estaba sumido y soltó una carcajada que tomó por sorpresa a William.

—Y cuando descubra que fui yo y no tú al que le hizo apasionadamente el amor en el interior del carruaje, ¿qué harás? —le preguntó, hiriente.

William trago con fuerza.

—Cuando llegue ese momento estará lo suficientemente enamorada de mí para que no le importe ese nimio detalle.

Rayner observó su vacilación, y se alegró.

—¿Y cuando le hagas tú el amor y compruebe la diferencia?

William no soportó la provocación. De un salto se levantó, y le estrelló el puño en la mandíbula. Rayner no esperaba el golpe y casi estuvo a punto de caer al suelo.

—Eso por hacerme cornudo.

Rayner se limpió la comisura de la boca por la que se deslizaba un hilillo de sangre y, sin previo aviso, le espetó con pedantería:

—Necio, para hacerte cornudo antes debía de ser tuya, ¡pero Evelyn no lo es ni lo será jamás!

William lo miró furioso, pero no le replicó para no darle importancia. Se arregló la solapa de la chaqueta, y miró a su hermano fríamente cuando se levantó para irse.

—Considera esto un aviso, Rayner: mantente alejado de ella o juro que te arrancaré el hígado y se lo daré de comer a los perros.

William no esperó una respuesta, abandonó la estancia tan rápido como había llegado, y él decidió salir a cabalgar. ¡Necesitaba despejarse! Cuando

dos horas después regresó a la cabaña, su padre se encontraba sentado en el sofá. Rayner lanzó una maldición entre dientes que no escapó a los oídos de Richard. No le importaba. Estaba cansado de que todo el mundo entrara y saliera de la cabaña a voluntad.

—¿Cómo ha entrado aquí? —su padre no dejó que lo intimidara con su tono.

—Te recuerdo que esta vivienda es parte de Pembroke House.

—¡No tengo nada que decirle! —le dijo.

Su padre siguió mirándolo cáustico.

—Pero tú vas a escucharme, hijo mío, y de qué manera.

—¡No tengo necesidad de sus sermones!

Richard mantuvo el rostro inalterable ante la réplica.

—Te has colocado con respecto a tu hermano, en la misma posición que me coloqué yo con respecto a ti.

Rayner evaluó si sentarse o mantenerse de pie. Finalmente ganó el sentido común y se sentó. Estaba cansado.

—¿Va a blandir sus palabras como una espada afilada para que yo entre en razón? —preguntó Rayner.

Richard negó, y su hijo alzó las cejas con cierta sorpresa.

—Nada más lejos de mi intención.

El hijo se recostó en el sillón un poco más tranquilo: había pensado que tendría que llevar adelante el segundo altercado del día.

—Por primera vez tu hermano está realmente enamorado.

Rayner bufó con hastío. Luego agregó:

—Parece increíble que diga algo así. Mi hermano se ha creído enamorado desde que cumplió los doce años y descubrió que a las chicas les crecían los pechos.

Richard se sonrió, pero no quiso que su hijo pensara que había ido hasta allí para hacer bromas.

—Esta vez va en serio —aclaró.

—¿William le ha contado todo? —el duque hizo un gesto con la cabeza bastante elocuente—. Entonces, dejemos que la dama elija —propuso Rayner.

El duque soltó un suspiro largo.

—La dama ya eligió, y me sorprende que te lo niegues a ti mismo.

Rayner quiso protegerse el pecho, pero había llegado demasiado tarde. Su padre le había lanzado una puñalada que había penetrado hasta el hueso.

—¿Está de acuerdo en que lady Warren sea lady Dankworth?

El padre se quedó pensativo un rato.

—Es una viuda respetable, hija de un excelente hombre al que consideraba mi amigo —respondió el duque—. Sí, lady Warren será una perfecta lady Dankworth porque centrará a tu hermano. Lo ayudará a madurar.

—¿Y no le preocupa que lady escándalo pertenezca a nuestra ilustre familia?

Ahora el duque sonrió.

—Conozco toda la historia, incluso el mismo Príncipe de Gales me hizo un relato detallado de las mentiras que se vertían sobre ella. Lady Warren se merece mi respeto y admiración —continuó el duque—. Perdió a sus padres de forma trágica, Inglaterra perdió a uno de los mejores lores del reino, y por si fuera poco, cuando regresaba de Estados Unidos, su barco naufragó frente a las costas de Nueva Escocia. Está viva de milagro —sí, él también conocía todos esos detalles sobre ella que le contaba su padre—. Sabes que lo correcto sería mantenerte al margen y dejarle a William el paso libre.

Rayner cerró los ojos un momento antes de poder contestar con aplomo.

—Mi hermano le ha mentado, además...

El padre lo cortó.

—¿Y tú no les ha mentado?

«Directo al corazón», pensó Rayner. Luego dijo:

—Esta situación coloca a lady Warren en una posición vulnerable. Yo no puedo desaparecer. Es más, no pretendo hacerlo. Tarde o temprano descubrirá que mi hermanito la engañó con premeditación haciéndose pasar por mí.

—Todo se puede reducir a un pequeño malentendido.

Rayner alzó las cejas con curiosidad.

—¿Me está diciendo que la acepta sin reparos como esposa de William cuando no aceptó a la mujer que yo elegí? —el duque entrecerró los ojos porque Rayner insistía en lo mismo—. Además, es mayor que él, es madre de una muchacha que se presentará pronto en sociedad...

El duque siguió imperturbable.

—La alcurnia de lady Warren es indiscutible —dijo el padre—. Es la mujer indicada para llevar a tu hermano por la senda correcta, y creo, de verdad, que para arreglar este enredo, lo mejor sería que tú mantengas la boca cerrada.

Su padre debía de estar loco.

—¡No voy a prestarme a ninguna farsa!

El duque lo taladró con la mirada.

—Déjala que se quede con William, la ama.

Rayner comenzó a negar con la cabeza: ¡ni loco iba a representar una farsa! No de ese tamaño. Estaba enojado porque su hermano le había enviado a un emisario para convencerlo, y así lo hizo notar:

—Así solo conseguiréis aumentar la pelota de engaños, y yo no pienso prestarme a ello. Además, padre, William ya es mayorcito como para tener que enviar embajadores que hablen por él.

Richard obvió lo que decía de su hermano, y se centró en lo que, para él, era el problema principal:

—¿De verdad vas a pasar por encima de tu hermano como unos caballos desbocados sin tener en cuenta sus sentimientos?

—¡Padre! —exclamó dolido—. ¡Él le ha mentado! —Rayner no pudo contenerse. Tenía que decir lo que pensaba—. Ella no lo ama porque se ha entregado a...

Calló a tiempo. Imaginó que William no le había revelado todo, y él tampoco pretendía hacerlo.

—Hice muy mal —siguió Richard impertérrito—, en pasar por alto la ira que Simone se encargó de sembrar en tu corazón. Ahora tú quieres cobrársela a tu hermano, cuando, en todo caso, deberías cobrarme algo a mí —Rayner siguió callado—. Simone no es mala. Solo que es muy ambiciosa.

Rayner irguió la espalda para prepararse para el ataque.

—¿Y qué me dice de sus expectativas? ¿No las has puesto en mí?

Richard se quedó momentáneamente perturbado. Algo de razón había en las palabras de su hijo.

—Eres el heredero de Letterston, tienes que ser un hombre fuerte, decidido, no debe temblarte el pulso al tomar decisiones.

Rayner lo interrumpió.

—No me ha temblado el pulso al tomar ésta.

Ambos sabían a lo que se refería.

—Perdí a tu madre demasiado pronto. Solo quería lo mejor para vosotros, para los tres, pero tú debías ser el fuerte, porque en el futuro llevarías toda la responsabilidad.

Rayner encogió los hombros ante los recuerdos.

—Un niño necesita a su padre sea heredero o no —la voz de Rayner había sonado amarga—. Y debió creerme con respecto a lo de Simone.

El hijo mayor volvía al quid de la cuestión entre ambos.

—Tú estabas en la marina, yo me encontraba solo, una cosa llevó a la

otra.

Rayner terminó por cerrar los ojos

—La soledad no es excusa suficiente para robarle la prometida a un hijo.

—Simone había dado por roto vuestro compromiso.

—Se deshizo de nuestro hijo. Se bebió el maldito brebaje que esa sanadora le preparó... —los recuerdos lo atormentaban—. No le importó mis sentimientos, ni lo que yo pensaba al respecto.

—Aquello ya es agua pasada —le dijo el duque.

—Para mí no lo es.

—Volvamos a tu hermano. Deja que él lo resuelva a su modo.

Rayner no dijo nada.

—También el silencio es una opinión a veces —Richard siguió mirando a su primogénito, intentado ver en su rostro la aceptación—. Mi hermano tiene una semana de plazo para contarle a lady Warren la verdad, o lo haré yo.

Richard asintió con la cabeza.

CAPÍTULO 13

Evelyn estaba en Pembroke House. Miraba por los ventanales de la biblioteca de forma pensativa. ¿Qué tenía la ventana que la atraía tanto?

Rayner la analizó con ojo crítico, pero no vio nada fuera de lo común salvo el brillante colorido de su vestido de tafetán azul, y su elaborado moño que dejaba su nuca al descubierto. Había sido pura casualidad que él supiera que pensaba visitar la casa familiar. Gracias a que el correo de su hermano le llegaba a él en la cabaña del bosque, se había enterado que pensaba visitarle, pero William no se encontraba en la casa, tampoco el duque. Los dos se habían marchado a Leeds para comprar un nuevo carruaje.

Evelyn parecía derrotada, y la sensación de pérdida lo llenaba de inquietud.

—Lady Warren.

Era la voz de Rayner, y ella la había notado distinta: ¿nerviosa?, ¿alegre? Se dijo que un poco de las dos cosas.

Se giró sobre sí misma y caminó hacia él. Le tendió la mano a modo de saludo, él, tardó una eternidad en sujetarla y llevársela a los labios. No había vuelto a ver a Rayner desde aquella tarde en su casa cuando tuvieron la conversación más extraña del mundo. Luego, los viajes se interpusieron entre ellos, quizás más de la cuenta admitió.

Habían pasado casi dos meses desde que Rayner la visitó en su casa.

—Le he enviado un aviso a William —dijo nerviosa—. Pero no he recibido respuesta por su parte.

—William y mi padre se encuentran en Leeds.

Los ojos de ella se oscurecieron. Ahí estaba el motivo para su silencio.

—Entonces me marchó —dijo de pronto.

Evelyn se volvió. Rayner alcanzó en el umbral de la puerta que separaba el vestíbulo de la biblioteca. Se plantó delante de ella, a Evelyn le pareció que él dudaba, ¿de dónde había sacado ella esa idea? Rayner era el hombre más seguro de sí mismo que había conocido nunca.

—Tengo que hablar contigo —le dijo él.

Rayner le puso una mano en la espalda y la acompañó hasta el escritorio, le pidió que se tomara asiento y él hizo lo mismo.

Rayner se reclinó hacia atrás, y la escudriñó con intensidad:

—Se te ve cansada.

Evelyn le ofreció una mueca divertida:

—Últimamente no duermo muy bien.

A Rayner le dio un vuelco el corazón.

—¿Has pensado en lo que te dije sobre mi hermano?

Ella se tomó un tiempo en responder. Desde su aventura en el carruaje, habían pasado muchas cosas. El párroco de la iglesia en Riding había dimitido y pedido su traslado a Humber. La lesión de Helena no había curado bien, y no podía utilizar todavía el brazo. William no atendía a sus mensajes, y por eso estaba sentada en la biblioteca de Pembroke House.

—Te aseguro que he pensado mucho en todo lo que me dijiste —ella volvía a tutearlo—, y por eso he decidido ser sincera contigo.

Ambos se contemplaron al unísono, perdidos en los recuerdos. Cada uno en el suyo, pero los dos suscitados por las palabras de Evelyn. Rayner sintió como se tejía el hilo que la unía cada vez más a ella. Los dos padecían los mismos síntomas de atracción, o al menos eso quería creer él.

—¿Puedo serte sincera?

Rayner levantó la mirada. Salió, de repente, de sus cavilaciones, y se perdió en los ojos cristalinos. No mostraban tristeza ni alegría. Tal vez, estaban algo resignados. Ella siguió:

—A pesar de tus consejos —no habían sido consejos sino órdenes—. Debo casarme con William.

—¿Por qué debes casarte con él? —preguntó Rayner con calmada voz.

—Es un asunto privado —Evelyn había respondido algo apresurada.

—¿Cómo de privado? —insistió.

Ella reflexionó, y pensó un momento antes de responder.

—Pensé mucho en todas las opciones que tenía... —Rayner se acomodó en el asiento con lentitud para no romper el hechizo de la sinceridad—. Al principio valoré hacerte caso, pues hay un mundo entre William y yo, pero ahora he decidido aceptar su proposición de matrimonio pues ya no hay vuelta atrás.

Evelyn bajó sus ojos hasta su falda azul, deshizo el nudo de sus manos, y las volvió a dejar reposadas en su regazo.

—¿Qué te impide romper la relación con mi hermano?

Ella pensó largamente la respuesta, y decidió que debía ser sincera. Necesitaba un aliado en Pembroke House, y pensó que Rayner, como hermano mayor, podría ser un candidato idóneo.

—La responsabilidad que he contraído con William.

Rayner iba a decir algo, pero ella, con la mano, le hizo una indicación de que guardara silencio. Él, habló de todos modos.

—La responsabilidad no es excusa para sostener una relación.

Evelyn no esperaba el tono seco de él, ni esa respuesta.

—A veces, sin pretenderlo, hacemos nudos que nos atan. —Rayner creyó prudente no interrumpirla—. Debo asumir las consecuencias de mis actos, aunque estas consecuencias no hayan sido las deseadas.

—¿Qué actos? ¿Qué consecuencias? —suavizó el tono—. Cuéntame, por favor.

—Es como cuando le decía a Marian que no jugara en determinado lugar, y ella desobedecía, y terminaba haciéndose un daño que yo temía, después sufría las consecuencias de esa acción —Evelyn calló un momento—. Las consecuencias nos marcan de por vida.

Rayner se quedó perplejo ante la vaguedad de las palabras de Evelyn.

—No entiendo a qué acción te refieres —decidió cambiar de tema—. ¿De qué responsabilidad hablas?

La vio bajar la cabeza, pero había visto las lágrimas en sus preciosos ojos violeta.

—Ahora necesito que me ayudes, lord Dankworth, pues William y yo hemos adquirido una responsabilidad juntos.

Él, no sabía qué pensar.

—¿Estás segura de esa responsabilidad? —ignoraba a qué se refería ella.

—Lo sospechaba —dijo ella con voz muy baja—, pero el paso del tiempo me lo ha confirmado.

—¿Qué responsabilidad crees que has adquirido con mi hermano?

Evelyn lanzó un suspiro largo y profundo. Si semanas atrás le hubieran dicho que estaría en Pembroke House hablando con el arrogante Rayner, no se lo habría creído, pero necesitaba un aliado. William le había prometido por activa y por pasiva que estaba enamorado de ella, que deseaba hacerla su esposa, pero tras la cita de pasión en el carruaje, no había vuelto a ser el mismo, y ella tenía un miedo atroz. Lady escándalo se había convertido en lady miedo.

—William y yo vamos a tener un hijo, estoy embarazada.

Rayner contuvo la respiración, y sus manos se cerraron como garras a los brazos del sillón en un intento de no abalanzarse sobre ella. La revelación de lo que implicaban aquellas palabras lo impactó. Evelyn siguió adelante:

—Ahora necesito un apoyo en Pembroke House, y espero que tú me ayudes.

Ella no era consciente de la lucha emocional que sufría Rayner oyéndola. Continuaba con los ojos fijos en su regazo y no lo observaba. Rayner experimentaba lo que sienten los hombres a lo largo de la historia ante una revelación así: alegría inmensa, desconcierto, preocupación por el futuro. Pero en su caso, Rayner también sentía una gran desesperanza. Si ella estaba embarazada, y ese hijo era suyo, entonces debía confesarle la verdad inmediatamente. Pensó en William durante un instante y sintió cólera. Después hablaría con él.

—Evelyn... —dijo contenido—. ¿Estás segura de que sabes quién es el padre del hijo que esperas?

Ella lo miró horrorizada.

—¡Pero, cómo te atreves? —de la angustia pasó a la cólera a la velocidad del rayo—. ¿De verdad piensas que comprometería a tu hermano si estuviera esperando el hijo de otro? ¿Tan ruin te parezco? —Evelyn se ahogaba de la rabia que sentía—. William es un hombre de honor —aclaró ella. Rayner intentaba serenarse respirando hondo—. Aceptará su parte de responsabilidad.

Rayner estalló al fin.

—Si estás embarazada, no es hijo de William.

Evelyn alzó sus ojos violeta completamente desagraviada. Lo que él insinuaba era demencial. Ella no había tenido ningún amante salvo William.

—¡Cómo te atreves, desgraciado! —Evelyn se levantó de golpe y sintió ganas de barrer con su mano todo lo que había en el escritorio de lo enfurecida que estaba.

Rayner pegó su espalda al sillón de piel e intentó normalizar su respiración. Evelyn había endurecido sus ojos ante su estallido.

—William no es el padre.

—¿Es esa tu estrategia? ¿Poner en duda mi palabra? —lo acusó.

Rayner maldijo. Él, no había querido decir eso.

—Tengo que decirte algo muy importante —ya se había ido al demonio la paciencia con ella hacía mucho tiempo.

Ella lo miró con ojos que apuñalaban.

—No, no voy a permitirte que me insultes ni que pongas en duda mi palabra ni mi honor —la voz de Evelyn abrasaba—. Y doy gracias de que William no se parezca a un ser tan falto de bondad como tú.

A él no le importaba si ella lo insultaba o no. Tenía que decirle la verdad por más hiriente que fuera.

—Aquella noche... —comenzó. La campanilla de la puerta sonaba con insistencia y les hizo dar un respingo a los dos—. Aquella noche... —Rayner volvió a intentarlo, pero las voces estridentes no le permitía meditar las palabras antes de decirlas.

La puerta de la biblioteca se abrió y su cuñada Kristel y su hermano Zachary entraron a saludar. Rayner lanzó una maldición.

—Lady Warren, qué sorpresa —dijo Zachary que la saludo con cortesía.

—Es un placer —correspondió ella—, pero tengo que marcharme.

—¡Tú, no te mueves de ahí! —le ordenó Rayner.

Evelyn lo miró ofendida. No entendía su cambio de humor, pero algo le decía que lo mejor era irse de allí.

Kristel y Zachary los miraban a ambos completamente sorprendidos.

—¡Siéntate! —le ordenó en un tono nada amistoso.

—¡Por Dios, Rayner! ¿Se puede saber qué te sucede para que le hables así?

La voz de su hermano contenía una crítica severa. Evelyn estaba al borde de lanzarle algo.

—¡No te permito que uses ese tono conmigo! —le advirtió.

Rayner había perdido los nervios.

—Vas a escuchar todo lo que tengo que decirte de una vez. Es importante para ti y para mí.

Evelyn supo que no quería estar allí. Rayner estaba fuera de sí y maldecía los continuos comentarios de Zachary, también afeó las palabras de su cuñada.

—Tengo que irme —volvió a decir.

Rayner la miró y supo que su momento de la verdad había pasado.

—Te llevaré hasta Battlefield, es imperioso que hablemos —su voz parecía la de alguien que estaba suplicando.

—¿Después de cómo me has hablado? Debes de estar loco.

Fue lo último que dijo ella. Luego salió rápidamente sin que Rayner pudiera alcanzarla. Resignado, la vio marcharse, un segundo después suspiro vencido.

—¿Te has vuelto loco? —dijo Kristel escandalizada—. No puedes tratar así a una dama, y menos a una como lady Warren.

—Ignoro si en Maryland es costumbre hablar así a las damas, pero no se las trata de esa forma tan descortés en Inglaterra, mucho menos en Pembroke

House.

—Tenía que decirle algo importante —se excuso Rayner.

—Tendrás que disculparte con ella —le dijo Zachary—. O tendré que golpearte.

—Lo haré, pero solo después de hablar con ella.

Evelyn salió corriendo de la biblioteca, cruzó el vestíbulo, y cuando llegó a la calle, una bocanada de aire la reanimó. No estaba muy lejos del parque, caminaría y cogería un carruaje de alquiler. Esperaba no ver nunca más a arrogante y déspota de Rayner Dankworth.

CAPÍTULO 14

Evelyn se negaba a verlo y Rayner estaba al borde de la desesperación. Desde hacía tres días estaba intentado por todos los medios dar con ella. Nunca estaba en Battlefield si él se personaba en la vivienda. No asistía a ninguna fiesta ni evento a los que él asistía.

Lady Warren se había vuelto tan escurridiza como un pez.

Para colmo de males, William quería que asistiera a la fiesta que se daba en Pembroke House esa noche, y no le había dicho el motivo, aunque se lo hubiera dicho, tampoco lo habría escuchado. Pero Rayner no quería enfrentarse a él sin antes haber hablado con Evelyn, pero la insistencia de su abuela Charlotte lo había decidido al fin. Como la casa no estaba muy lejos de la cabaña, había decidido caminar. Así despejaba su mente, y elaboraba un argumento para hablar con William

Las ventanas y puertas de Pembroke House se encontraban abiertas y con todas las lámparas de gas encendidas. Se escuchaban risas que llegaban desde el salón. Rayner sintió una cierta agresividad: no soportaba las fiestas, pero desde que llegara de Estados Unidos, y gracias a lady Warren, había asistido a todas. Cuando recibió en la cabaña la invitación formal, la había rechazado, pero la duquesa viuda, y su hermano Zachary lo habían convencido. Rayner observó los diferentes carruajes apostados en la amplia alameda, y, sin pensar en nada más, dirigió los pasos hacia el interior de la casa. Pasó de largo por el jardín iluminado con antorchas. Entró por la puerta de atrás, y subió las escaleras que llevaban, de las dependencias del servicio hasta la planta principal. Caminó directo a la biblioteca. Necesitaba un poco de soledad antes de enfrentar a su familia, en especial a William. Estuvo en soledad durante más de media hora, después decidió sumarse a los festejos. Zachary lo había visto, y fue a su encuentro con una amplia sonrisa en la boca.

—¡Llegas tarde! —lo amonestó.

—La gran tragedia de mi vida —respondió resignado.

—Te estamos esperando.

El ánimo alegre de su hermano lo contagió.

—Espero que esta vez no me hayáis preparado ninguna encerrona.

Zachary volvió a reír mientras le pasaba el brazo por el hombro. Juntos, cruzaron el vestíbulo y la biblioteca que tenía las amplias puertas abiertas de par en par, desde la biblioteca se veía una parte del gran salón. El bullicio lo

tomó un tanto desprevenido. Había muchos invitados.

—¡Aquí llega el heredero, también la oveja negra de la familia!

La alusión de su padre le hizo alzar una ceja. Todos los rostros se borraron cuando sus ojos se toparon, precisamente, con la causa de su insomnio. La tenía delante, después de días de buscarla, al fin la tenía delante. Evelyn abrió los ojos desmesuradamente cuando se percató de quién había entrado junto a Zachary. Se tensó inconscientemente. ¿Por qué la miraba de esa forma tan extraña?

—Rayner, ¿recuerdas que...?

Rayner cortó a su hermano William con brusquedad. El muy hipócrita se dirigía a su encuentro llevando a Evelyn de la mano hacia él.

—¿Esto es una nueva encerrona? —le preguntó.

—Es que estamos de celebración —fue la seca respuesta de William.

—Lord Dankworth —dijo Evelyn que había perdido la voz.

El silencio se hizo patente e incómodo.

—Te he hablado muchas veces de la mujer de mi vida —dijo Will sin que la sonrisa abandonase sus labios—. Y hoy por fin la presento a la familia de forma oficial.

—Will, por favor, esto no es necesario —respondió Evelyn que se volvió hacia William.

Richard decidió tomar las riendas del asunto:

—Gracias a su influencia, lady Warren, Rayner ha socializado con los nobles de Sheffield —el duque lo había dicho como si fuese algo que carecía de importancia.

—¿Evelyn te habló de mí? —William hizo la pregunta con un ligero tono de acusación cariñosa—. Sé, por ella, que fuisteis compañeros de mesa en algunos eventos —Rayner se encontró entrecerrando los ojos—. Si yo hubiera asistido a algunas de esas fiestas, por mi rango, habría terminado en el otro extremo de la mesa —parecía que se quejaba.

—Sabes que eso no es cierto —lo corrigió ella cariñosa.

William la miró embobado.

—Sí, porque entonces no se conocía nuestra relación... —contestó sin dejar de mirarla—. La manteníamos oculta, ¿verdad, cielo?

Rayner interrumpió a su hermano.

—Lady Warren siempre ha sido una compañera de mesa correcta y de conversación amena. Hablamos siempre de forma amistosa

Ella lo miró con ganas de llamarlo mentiroso. Los encuentros entre

ambos habían sido de todo menos amistosos.

—Evelyn ya me lo ha contado —respondió William.

Rayner optó por guardar silencio. Ella suspiró con un alivio momentáneo. Sin embargo, la tranquilidad se esfumó de inmediato pues todo resultaba muy complejo.

—¡Es en verdad maravilloso! —la voz de Simone hizo que Rayner apretara los puños a sus costados—. Nuestro William enamorado.

Rayner le lanzó una mirada asesina a su hermano menor: había caído en la trampa cuidadosamente entretejida. Todos creían que él no iba a hacer ningún escándalo delante de ella. ¡Qué equivocados estaban!

—¡Necesito hablar un momento contigo, Evelyn! —dijo Rayner.

Ella se dio vuelta, y lo miró con la sorpresa pintada en el rostro. ¿Cómo se atrevía a tratarla con tanta familiaridad?

—Este no es el momento, hijo, estamos en medio de una celebración.

La inoportuna interrupción del duque lo alejaba cada vez más de ella. Rayner se resentía por momentos.

—¡Disculpadme! Necesito hablar con lady Warren, ¡ahora!

Evelyn ahogó una exclamación cuando Rayner la sujetó del brazo y la condujo con cierta brusquedad hacia otra estancia de la casa.

—¡No, hasta después del brindis! —William la interceptó antes de que su hermano mayor se la llevara.

Rayner lo fulminó con la mirada. El hermano lo desafió. Evelyn se sentía mortificada. Se dijo que ella parecía el zorro que se disputaban dos jinetes. La duquesa viuda decidió intervenir:

—Lady Warren, acompáñeme, tengo algo interesante que decirle.

Rayner contempló consternado cómo su abuela se llevaba a Evelyn sin que pudiese hacer nada al respecto. Hizo amago de seguirla, pero William lo detuvo.

—Rayner, por favor. No hagas una escena de la que luego es posible que te arrepientas.

—¿Cómo puedes manipularla así? —le preguntó lleno de ira—. ¿Mentirle?

—Sencillo: hago lo mejor para los dos.

La respuesta lo irritó aún más:

—¡Debería partirte la cara! —le espetó.

William lo miró tan serio que Rayner tragó con fuerza.

—Esta noche tendrás que decidir si le destrozas la vida o no —le dijo el

hermano, y sus palabras sonaron como una amenaza. Luego continuó algo más conciliador—. Mírala cuando esté conmigo, si aún así crees que no me ama, lo aceptaré, y me retiraré.

La vacilación de Rayner fue todo lo que necesitaba William.

—¡Aún tengo una conversación pendiente con ella! —le recordó el mayor.

Su hermano negó con la cabeza.

—Sabes que no te lo voy a permitir.

—¡No puedes impedírmelo!

—Entonces demostrarás lo egoísta que eres, y lo poco que te importa su felicidad. —Las palabras duras que había dicho William se clavaron como dardos venenosos en Rayner—. Deja que los acontecimientos sigan su curso. Es todo lo que te pido.

Rayner miró a su hermano entre la duda y la ira sin saber cuál de los dos sentimientos saldría ganando.

—¡Pides demasiado!

—Eres tú el que trata de ponerse en una posición ventajosa con respecto a ella.

—¡Pero es que tengo esa maldita ventaja! —le recriminó.

—Hermano, la quiero para mí, y haré lo que sea necesario para tenerla.

William se dio media vuelta sin esperar a que su hermano lo siguiera. Rayner se mesó el pelo en un estado de salvaje agitación. Todos se habían aliado para manipularlos a los dos. Ella seguía en la ignorancia más absoluta sobre quién era el padre de su futuro hijo, y, él, de momento, tenía que tragarse la retahíla de insultos hacia sí mismo y hacia todos.

Volvió sobre sus pasos hacia la biblioteca, abrió la botella de licor, y se sirvió una generosa ración de whisky. No quería hablar con nadie, y con quien sí quería hablar, no estaba allí.

CAPÍTULO 15

Evelyn sentía una opresión en el estómago. La situación se había vuelto demasiado incómoda, y ella no estaba acostumbrada a las miradas coléricas que le lanzaba él. ¿Por qué se sentía Rayner tan ofendido de verla en Pembroke? Se sentía avasallada, y sin comprender del todo el cosquilleo intranquilo que le había provocado con su presencia. ¿Por qué tenía ese empeño en hablar con ella? ¿Deseaba advertirle sobre qué? ¿La consideraría inferior para entrar a formar parte de la familia Dankworth? Tanto el duque como la abuela se habían mostrado encantados, entonces, ¿por qué le importaba tanto la opinión que pudiese tener él al respecto?

Ya había olvidado todo lo que le dijo cuando ella había acudido a hablar con William, pero todavía le dolía que la acusara tan vilmente. Ella no era una cazafortunas pues su rango como hija de conde, y como marquesa viuda era indiscutible. Si Rayner no la quería en la familia, tendría que aguantarse aunque ello significara complicarse todavía más. Tener a Rayner como familiar político iba a resultar muy difícil, sobre todo porque la había besado y acariciado para hacerla desistir de continuar su relación con William. Cada vez que lo mirase, sería un fiel recordatorio de lo vulnerable que sería en su presencia.

—Parece que no disfruta de la velada. —Evelyn volvió la cabeza hacia Kristel, la cuñada de William, y le ofreció una sonrisa.

—Me siento un poco abrumada —Kristel la miró de arriba abajo en un escrutinio concienzudo, pero no ofensivo.

Lady Warren llevaba un precioso vestido verde de tafetán. Ese color en otra mujer resultaría ofensivo, pero no en ella que poseía una cremosa piel, un cabello negro extraordinario, y unos ojos que parecían más violetas si cabía en ese increíble rostro con forma de corazón.

—Logra que el resto de las mujeres resultemos insignificantes a su lado.

Evelyn jamás hubiese esperado esas palabras.

—¡Gracias!

—Pero lo verdaderamente bello emana de ti sin que te des cuenta.

El tuteo la había sorprendido. Miró a la mujer que le ofrecía una sonrisa cálida.

—Es el cumplido que desea escuchar toda mujer —dijo Evelyn, y le devolvió la sonrisa.

—Bienvenida a la familia Dankworth.

Buscó con los ojos a William, pero no lo vio por ningún sitio. Sí veía con total claridad a Rayner parado en el mismo sitio y vaciando vasos de licor a medida que el lacayo pasaba. La ponía nerviosa con sus miradas insistentes ahora que había reaparecido.

—¿Sabes lo que me gustaría escuchar?

Kristel la estudió un momento:

—Que todo va a salir bien, y que el paso que has decidido dar es el adecuado —Evelyn volvió sus ojos con rapidez, porque eso exactamente era lo que necesita oír—. ¿Cuánto tiempo conoces a William?

Evelyn dudó antes de responderle.

—Unos seis meses.

—Una relación relámpago.

Evelyn se mordió el labio. Gracias a Dios que William no le había dicho a la familia que estaba embarazada. Él, le había ofrecido casarse enseguida para evitar el escándalo, y eso le causó risa. Ella era lady escándalo.

—Nunca creí los rumores que vertían sobre ti —dijo Kristel.

Ella la miró con sorpresa.

—Te lo agradezco. Siempre es agradable conocer a alguien distinto.

—Eres tan hermosa y tan inteligente, que el resto solo podemos sentir envidia.

Evelyn entrecerró los ojos mientras escuchaba. Si no la conocía, ¿por qué motivo la consideraba inteligente?

—Tuve una infancia dura —confesó delante de su futura cuñada. La mujer tenía en el rostro una mirada sincera—. Perdí a mis padres, perdí a mi esposo, y tiempo después decidí que no le iba a dar a nadie la oportunidad de que me lastimara. Pronto perdí el miedo al qué dirán, a los agravios de gente que no me conocen ni saben cómo me siento.

Evelyn no esperaba que Kristel le tomara afectuosamente la mano.

—Eres una mujer tan valiente...

A ella le costó tragar con normalidad.

—¿Dónde estará William? —siguió buscándolo con la mirada.

—Imagino que hablando con lady Charlotte en la biblioteca.

Evelyn no llegaba a comprender por qué la había dejado sola.

—Necesito ir a buscarlo, serías tan amable de...

—Yo te llevaré —intervino bruscamente Rayner.

No esperó una negativa de ella ni un consentimiento de su cuñada; la asió

con firmeza del codo, y la condujo entre el laberinto de estancias hasta las escaleras traseras. Evelyn sabía que la casa era enorme, pero no comprendía por qué la apartaba de todos.

—¿Vas a llevarme con William o a encerrarme en las frías mazmorras de Pembroke House?

Él, no le contestó, siguió guiándola en silencio. Llegaron a unas escaleras que conducían a la bodega o eso al menos le pareció a ella.

—Necesito hablar contigo.

—Y yo necesito encontrarme con William —replicó.

—Después te llevaré con él, tienes mi palabra.

Tardaron un tiempo en llegar a la bodega. Durante el camino se habían tropezado con varios sirvientes, ella les mostró una sonrisa. Cuando llegaron, Rayner encendió el farol de gas. Ella no pudo ver bien la habitación, porque la luz era muy tenue.

Rayner había cerrado la enorme puerta.

—No pensaba escaparme —soltó con humor.

—Ni yo te lo iba a permitir.

—Estás muy susceptible.

—¿Qué yo..? —Rayner bufó incrédulo—. ¡No vas a casarte con mi hermano!

Evelyn se quedó parada, con la vista fija en sus ojos que chispeaban.

—¿Y por qué divina orden no iba a hacer algo así?

—Antes debes saber una cosa sobre William.

Evelyn se tensó un momento antes de preguntar:

—¿Sufre una enfermedad mental? ¿Tiene tendencias asesinas? —la ironía de sus preguntas era una forma de mostrar su enfado.

Rayner negó a todas y cada una de las preguntas.

—¿Entonces?

—Te ha mentado.

La aclaración casi la saca de sus casillas.

—No —respondió algo azorada.

—Tengo que mostrarte algo.

—¿Ahora? —preguntó completamente estupefacta.

Los ojos de Evelyn se abrieron de forma desmesurada cuando vio que él se desataba el pañuelo de su cuello, y caminaba hacia ella con dudosas intenciones.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Darte una razón.

El corazón de Evelyn había comenzado a dar saltos mortales.

—¿Una razón? —volvió a preguntar tan sorprendida como recelosa.

—La razón por la que no puedes casarte con mi hermano.

Rayner llegó hasta Evelyn. Ella dio un paso involuntario hacia atrás, pero él siguió en su persecución hasta que la atrapó contra la pared. Con una mano le sujetó la cabeza, mientras ella negaba entre jadeos.

—Necesito que confíes en mí.

«¿Qué pretende con ese pañuelo?», se preguntó Evelyn, pero dijo:

—¡Esto no es una buena idea!

Seguía dando manotazos para impedir que él le vendase los ojos con el pañuelo.

—No voy a hacerte daño —le susurró para tranquilizarla.

—Eso le dice la cocinera de Battlefield a los pollo antes de cortarles el cuello para cocinarlos —respondió ácida.

—¡Evelyn! —la amonestó—. Prometo no cocinarte.

La broma no le hizo ni pizca de gracia.

—No es correcto que estemos aquí solos los dos en la bodega, puedes comprometer mi reputación.

Rayner no podía creérselo.

—Todos saben que estás decidida a casarte con mi hermano, no puedo comprometer tu reputación.

—¡Es que no acierto a comprender por qué quieres cubrirme los ojos con ese pañuelo! —dijo, rebelde.

—Confía en mí, por favor.

La súplica le hizo bajar los brazos sumisa. Permitted que le vendara los ojos con la seguridad de que, de todos modos, vería algo. Se equivocó: la escasa luz no le permitía ver a través del pañuelo. Lo que sí le llegó fue el fuerte aroma que desprendía el cuerpo masculino, y esa sensación conocida la llenó de aprensión.

Rayner la iba dirigiendo por la sala con cautela.

—Necesito que te sientes sobre mis rodillas —Evelyn había comenzado a protestar como una posesa—. Prometo no hacer nada que te incomode. Tu bienestar es lo primordial para mí.

Ella terminó por sentarse sobre sus rodillas. Con sus fuertes brazos la fue atrayendo hacia sí y con sus labios comenzó a susurrarle palabras al oído. Evelyn no supo cuándo cesaron las palabras y comenzaron los besos: estaba

tan paralizada por la sorpresa, que abrió la boca y lo besó como un acto reflejo.

La lengua de él se deslizó con tremenda suavidad en su interior. Evelyn había dado un respingo involuntario, aunque terminó perdiéndose en la sensación que le provocaba su sabor. Rayner tornó el beso profundo y completo: iba saboreándola y descubriéndola recodo a recodo. Bebía sus jadeos uno a uno. Evelyn ahogó un gemido ante lo inesperado del deseo que la invadió. Subió fieramente por su estómago, y salió por su garganta quemándola. Recordaba esa forma de besar. Le costaba aceptarlo, pero la recordaba.

¡Qué demonios le estaba haciendo!

La mano de él había descendido por el escote de su vestido e iba dejando un reguero de fuego allí por donde pasaba. Debía detenerlo, lo sabía, pero se estaba perdiendo en las sensaciones deliciosas que le provocaba. Rayner se apoderó de un pecho y ya no lo soltó: jugó, pellizcó y acarició su contorno de forma sensual. Evelyn se abandonó hacia atrás. Cuando la boca recorrió la base de su cuello para detenerse en su oreja, le produjo una descarga eléctrica que la dejó atontada.

—.«No puedes verme, porque yo lo he decidido así; y no puedes hablar, porque me has hecho una promesa». —Evelyn se tensó como una cuerda: reconocía sus propias palabras.

¡La había dicho en el carruaje la noche que sedujo a William!

—.«No tienes elección. La tuviste cuando te hice llegar mi mensaje, pero ahora es tarde para arrepentirse». —Rayner siguió recordándole aquel momento.

Evelyn se levantó de golpe y se arrancó el pañuelo con violencia. Lo taladró con ojos empañados con el más absoluto asombro. Mil imágenes acudieron a su cabeza. Ella trataba de ordenarlas, aunque sin éxito. Dio dos pasos hacia atrás sin poder emitir ningún sonido. No podía darle un sentido a sus pensamientos. Comenzaron a golpear la puerta que él había cerrado con llave. Rayner se levantó y fue hacia Evelyn que retrocedió hasta que su espalda tocó el botellero que alcanzaba el techo. Estaba tan aturdida como confusa.

CAPÍTULO 16

Rayner miró sus ojos acusadores, y cargados con la más fría incertidumbre. Había tomado el camino más corto, pero, durante una milésima de segundo, evaluó si esa imprudencia no le saldría muy cara.

—¡William te ha contado! ¿Cómo ha podido?

El nudo de su garganta le impedía seguir hablando. La traición y la vergüenza se pasearon por su rostro a partes iguales.

—William no me ha dicho absolutamente nada —fue su escueta respuesta.

—¿Y entonces?

Evelyn no comprendía nada: si Will no le había dicho nada a su hermano, entonces, ¿cómo sabía lo que sabía? Abrió los ojos horrorizada. Se tapó la boca para ahogar un grito, y trató de contener el llanto que pugnaba por salir por sus ojos. ¡No podía ser cierto! Los ojos de él le dijeron la verdad sin necesidad de pronunciar palabra alguna.

—¿Por qué? —fue lo único coherente que atinó a decir mientras intentaba contener los temblores.

Rayner hizo un amago de acercarse, pero ella con una mano alzada se lo impidió.

—Creí que me citabas a mí. Tu mensaje llegó a Pembroke, y un lacayo me lo llevó a la cabaña del bosque. Toda la correspondencia de William la llevan allí —el hombre hizo una pausa—. Creí que querías hablar conmigo, y no dudé ni un momento en acudir.

Evelyn movió sus ojos confusos.

—¿Cómo? —pero no hizo falta que él le respondiera. Ya tenía la respuesta. Evelyn quería desaparecer, que se abriera el suelo y se la tragara, sin embargo, seguía allí a su pesar—. ¡Dios mío! ¡No puede ser cierto!

Se tapó el rostro con las manos, no pudo impedir que el rubor la cubriera de pies a cabeza. Era tanta la humillación que sentía, que recobrar su orgullo le iba a resultar imposible. La puerta de la bodega se había abierto al fin. William bajaba los peldaños con furia determinada. Evelyn parecía ausente, mientras intentaba entender cómo había pasado todo aquello. Se sentía incapaz de pensar con calma. Estaba hecha un mar de lágrimas. Subió los ojos al rostro de Rayner intentado convencerse de que todo era un error, de que nada había sucedido como temía. La confirmación que él le daba con lo adusto de

su gesto, la asustó. Volvió a taparse la boca ante la necesidad imperiosa de ponerse a gritar.

William solo tuvo que mirarla un momento para saber el desenlace de la excursión de Rayner con Evelyn a la bodega. Sus amenazas habían resultado vanas: su hermano había hecho todo a voluntad como siempre. El rostro desencajado de ella lo preocupó. Estaba completamente pálida.

—¿Qué has hecho? —la pregunta de William consiguió sacarla de su aturdimiento.

Regresó al presente con un espasmo doloroso. Miró a ambos hermanos con la pregunta de quién era más culpable: si el que había callado o el que había omitido. Fue incapaz de decidir quién le producía más furia en ese momento.

Rayner miró a su hermano sin pestañear.

—Lo que tendría que haber hecho cuando me subí a aquel maldito carruaje.

Evelyn le dedicó una mirada cargada de desprecio.

—¿Por qué no lo hiciste? —le preguntó mordaz.

—Querida lady Warren, me arrancaste una promesa de silencio con una invitación, ¿recuerdas? —le respondió calmado.

Evelyn inspiró con profundidad. ¿Pretendía echarle la culpa a ella? ¿Después de todo?

—La invitación no era para ti —contestó con voz fría como el hielo.

Rayner entornó un poco los ojos.

—Pero fui yo el que la recibió.

Evelyn deseaba arrancarle esa flema de autocontrol. Quería no le hablara como un aristócrata, sino como un hombre. Ella estaba a punto de derrumbarse, y él no se había inmutado siquiera.

—Estabas en el lugar y en el momento equivocados —dijo William, y los dos volvieron sus ojos hacia él.

—¿Tú, lo sabías? —preguntó ella.

William no tuvo más remedio que asentir. Evelyn caminó hacia él con determinación en sus pasos. Una vez que lo tuvo al alcance le soltó un bofetón cargado de ira. Él, esperaba esa reacción.

—¿Sabías y callaste? ¡Maldito canalla! —Rayner hizo amago de ir con ella, pero Evelyn lo detuvo con una mirada pétrea.

—A ti no puedo abofetearte —hizo una pausa—. Me repugnas demasiado hasta para eso.

Evelyn comenzó a subir las escaleras, y en cada escalón iba dejando un fragmento de su orgullo herido, aunque que no le importó.

—¡Lo has estropeado todo!

La acusación de William traía a Rayner sin cuidado. Sus ojos seguían el ascenso de ella por las escaleras.

—He hecho lo correcto —fue su escueta respuesta.

—¿Lo correcto? —preguntó el otro hastiado—. Has inclinado la balanza a tu favor —le espetó dolido—. Pero aún no he dicho mi última palabra, y te vas a sorprender mucho.

William comenzó a subir por la escalera con rapidez. Rayner hizo lo mismo, pero con más energía.

Evelyn se ahogaba. Intentó respirar con fuerza para tratar que el aire circulara por sus pulmones. Había sentido un golpe, aunque no un golpe físico. Era, en todo caso, un golpe contra su estado emocional.

Se sentía incapaz de decidir qué paso debía dar a continuación, qué hacer, cómo descargar su furia que era tanta.

Y dolía: la confesión había penetrado por cada uno de sus poros quemándola como brasas ardientes. Necesitaba irse de inmediato, pero ignoraba en qué lugar de la casa estaba. El ascenso le resultaba desconocido. Sus rodillas temblaban, y no le quedó más remedio que apoyar la espalda contra la pared. Una arcada había subido desde su estómago a su garganta y había quedado atrapada allí. Inspiró varias veces intentando recuperar las fuerzas. Decidió volver, sin embargo, escuchó los pasos de Will y Rayner subiendo. Quiso escapar y fue hacia arriba. Iba a vomitar si no conseguía salir a la calle. Detuvo sus pasos indecisa. Miró a izquierda y a derecha. ¡Odiaba aquella casa! Tropezó y comenzó a caer hacia atrás. Manoteó en el aire buscando algo a que aferrarse, pero su esfuerzo fue inútil, y cerró los ojos vencida.

No podía levantar la cabeza. Parecía que le habían partido el cráneo por la mitad. Los ojos le pesaban de tal manera que creyó que sus párpados estaban hechos de piedra. Inspiró profundamente para infundirse ánimos y abrió los ojos lentamente. La luz la cegó.

Un rostro se inclinó hacia ella.

—Te has dado un buen golpe —la voz de su cuñada la trajo de vuelta al presente.

—¡Me duele todo!

La sonrisa bondadosa de Helena la ayudó a reponerse.

—Pero caíste en blando. Has tenido mucha suerte.

Evelyn se incorporó en la cama y se sentó. Aguantó como pudo el mareo que la sacudió en ese momento.

—¿Dónde estoy? —preguntó mientras se masajeaba la frente.

—En Pembroke House.

Evelyn se mordió el labio inferior intentado contener un gemido.

—¿Qué haces aquí?

Su cuñada le colocó un rizo detrás de la oreja.

—Lord Dankworth fue a buscarme.

Evelyn frunció el ceño.

—¿A York? —Helena asintió—. ¿Cuál de los Dankworth fue a buscarte?

—El más atractivo de todos ellos.

Evelyn no sabía a quién describía su cuñada. Entonces contó lo que le había pasado:

—Me caí por las escaleras.

Helena resopló incrédula:

—Caíste sobre William, y él sobre Rayner.

Evelyn no podía ni siquiera sonreír sin que le doliese.

—¿Están peor que yo? —su cuñada negó con la cabeza.

—Pudieron sujetarte —hizo una pausa—. ¿Qué te pasó? —preguntó preocupada—. Una caída por las escaleras es algo muy serio.

—Tenía ganas de vomitar, y, en mi prisa por salir de la casa, tropecé con un escalón —trató de explicar—. No pude agarrarme a nada y caí —Helena estaba en verdad preocupada—. Tenemos que irnos de aquí —ordenó la mujer.

La cuñada negó con la cabeza.

—El doctor ha dicho que debes descansar.

Ella no le hizo el menor caso.

—No me voy a quedar aquí, y es mi última palabra.

Helena la miró con censura.

—Dudo que quieras salir en camisón.

Hasta ese momento no se había percatado de que no llevaba su ropa puesta, ni sus zapatos, ni el moño que tan cuidadosamente había elaborado.

—¿Qué ha pasado con mi ropa? —la mujer alzó los hombros.

—Cuando el carruaje llegó aquí y pude verte, solo emitías gruñidos, como un animal dormido.

Evelyn la miró con una advertencia que perdió toda autoridad luego del gesto de dolor que la acompañó.

—¿Quién te trajo?

Helena estaba cada vez más preocupada porque ya había respondido a esa pregunta.

—Ya te lo he dicho, ese lord tan guapo que parece un dios vikingo.

—¡Calla, calla! —Helena le hizo caso en el acto, algo inusual en ella, pero el momento lo requería—. Tengo que encontrar mi ropa.

Evelyn comenzó a buscar con la mirada.

—Para lo que vas a hacer no necesitas vestirte.

Evelyn se volvió rápido y tuvo que cerrar los ojos por el mareo. Rayner estaba apoyado en el marco de la puerta, y había intervenido en la conversación.

—Y tanto que la necesito —dijo Evelyn, y él alzó una ceja con extrañeza.

—Debes estar en observación durante veinticuatro horas: órdenes del doctor.

Ella se asió al poste de la cama, no se había dado cuenta antes de que tenía postes, luego le respondió:

—Estaré en observación, pero en mi casa. Y es mi última palabra.

Seguía con la vista buscando su ropa sin encontrarla.

—Una caída como la tuya puede tener consecuencias.

Evelyn no lo miró siquiera. Vio su ropa doblada en una silla cercana al ropero, también estaban sus zapatos. Necesitaba salir de allí cuanto antes.

—¡No puedo quedarme aquí!

—Descansa al menos hasta mañana.

Evelyn negó con la cabeza y sintió un pinchazo en el cuello. Se dejó caer en la cama de nuevo, y volvió a cerrar los ojos. El martirio y la vergüenza que sentía, se habían aliado para causarle un profundo cansancio, que unido a los nervios de las últimas semanas, terminaron vencéndola.

CAPÍTULO 17

Cuando despertó de nuevo, se había esfumado el dolor de cabeza, y pudo escuchar sin molestias la música que iba llenándola poco a poco hasta que sus sentidos se despertaron por completo. Reconoció la melodía, era la que más le gustaba a ella. Abrió los ojos y se dio cuenta de que estaba todo muy oscuro. Se incorporó, y no sintió ningún mareo, tampoco molestia. Su ropa seguía en el mismo sitio, completamente doblada y limpia. Bajó los pies al suelo, y se sentó para levantarse.

—Me alegro de que ya estés mejor.

Evelyn no pudo evitar un respingo involuntario. William se encontraba sentado en un sillón entre el enorme armario y el escritorio.

—Es hora de que me vaya —replicó con acidez.

El enfado había regresado a ella de nuevo.

—Antes debemos conversar —ella negó con un gesto bastante elocuente mientras seguía escuchando la melodía de fondo.

—¿Quién toca? —preguntó curiosa.

William negó con la cabeza.

—Mi hermano Rayner, siempre que se encuentra furioso o enojado, suele tocar el piano —Evelyn soltó un suspiro.

Evelyn reconoció que lo hacía realmente bien.

—Posee un talento natural para la música —le dijo William que parecía haberle leído el pensamiento—. Todos aprendimos de pequeños, pero Rayner es el único que sentía fascinación por tocar. Él, y mi madre, amenizaban todas las veladas en Pembroke House.

Evelyn comprendió en esas palabras muchas cosas.

—¿Es cierto o mentira? Porque ya no sé si creerte —le dijo a William que se puso de pie y se acercaba a ella.

—Cada una de mis acciones ha sido para protegerte —Evelyn chasqueó la lengua—. Seguimos teniendo una charla pendiente.

—Pero yo no deseo mantener esa charla —le contestó seria—. Solo quiero la verdad.

—Mis sentimientos hacia ti siguen siendo los mismos —le reveló él.

Evelyn tragó con fuerza.

—Pero los míos han cambiado, y de forma drástica —siguió ella.

—Entonces mi hermano Rayner ha ganado.

Evelyn abrió la boca y la cerró. La volvió a abrir, salvo que ningún sonido salió por ella hasta unos instantes después:

—Para los Dankworth todo se convierte en una competición. Lo único importante parecer ser quién gana a quién —declaró enfadada—. No importa si se hieren sentimientos, si se destruye la voluntad de una persona.

—Estás completamente equivocada.

Evelyn lo miró con dureza.

—¿Sabías quién era el hombre al que había seducido en el carruaje?

William negó con la cabeza, y lo creyó por un instante. Luego comprendió que también le mentía en eso: ella le había contado todo. La furia la invadió, pero decidió serenarse y seguir indagando:

—¿Por qué no me sacaste de mi error? No pensabas hacerlo, ¿verdad, William? —el hombre asintió.

—Cuando le confesé que quería casarme contigo, me advirtió que te dejara en paz —confesó.

La respuesta era la esperada para Evelyn.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Porque estoy enamorado de ti.

Ella pensó que exageraba.

—Un hombre enamorado me habría demandado explicaciones, o le habría partido la cara a Rayner.

Esa era una acusación que no podía rebatir.

—Te amo, Evelyn, eres la mujer de mi vida.

Ella resopló.

—¿Una mujer viuda con una hija adolescente? Inaudito —Evelyn tomó aire y después lo soltó poco a poco—. Podrías tener a la mujer que quisieras, eres hijo de un duque.

—La única mujer que quiero, la tengo frente a mí —insistió él.

—¡Pues estamos metidos en un buen lío! —le espetó dolida.

—No, si sientes lo mismo que yo. —Evelyn lo miró realmente asombrada—. Podemos formar una bonita familia.

—¡Ya sabes que eso no es posible! Todo ha cambiado.

—Te amo, lady Warren. —Ella continuó callada—. Y no tengo intención de perderte —calló un momento como si tuviera que elegir las palabras adecuadas—. Hasta la intervención de mi hermano, tú sentías lo mismo.

—A mí me pesa la responsabilidad —lo cortó seca.

William entendía muy bien lo que sentía ella.

—No tenía ni idea de que mi hermano también estaba interesado en ti.
Evelyn se mostró escéptica.

—Pero yo no estaba interesada en él.

Cuando pronunció la mentira, se dio cuenta que se había engañado así misma todo ese tiempo. Claro que se sentía atraída por Rayner, pero no lo admitiría jamás.

—Rayner es único, un maestro escondiendo sus sentimientos, salvo que contigo nunca lo ha hecho.

—Su interés, estaba fuera de lugar.

—No sabes cómo me alegra que pienses así.

—Ya no importa lo que piense, porque no deseo saber nada de vosotros dos.

—Lady Warren, sabes que de esto no puedes escaparte.

—Es que no pretendo escaparme de nada —se defendió—. Los dos habéis jugado con mis sentimientos, y no pienso perdonaros.

—Parece que hablas en broma.

William se dijo que había un embarazo de por medio, y ella no podía actuar como si ese suceso no tuviera importancia.

Evelyn podía estar tomándose la situación de muchas formas, pero no a broma.

—¿Y cómo debería tomarme toda esta situación? —William permaneció callado; y ella decidió sincerarse del todo, no dejar ningún cabo suelto—. No te amo como piensas, Will—él la miró con franca sorpresa—. Me atraes, no voy a negarlo, pero decidí seducirte para quitarte de la cabeza la idea de un matrimonio conmigo.

En la confesión también obvió que había decidido seducirlo porque su hermano le había prohibido que lo aceptara.

—Yo no necesitaba que me sedujeras para saber que deseaba unir mi vida a la tuya —dijo él, como si estuviera defendiéndose.

—Acepté tu propuesta de matrimonio porque pensé que el hijo que espero es tuyo, pero ahora ambos sabemos que no...

—A mí no me importa.

Ella parpadeó estupefacta. ¿Cómo no podía importarle algo tan importante?

—¡Pero a mí sí! —exclamó sin dejar de mirarlo.

—Y entonces, ¿qué has decidido?

Evelyn iba a contestarle, pero una voz que conocía muy bien se lo

impidió. Helena parecía que hablaba con el duque.

—Por favor, dile a cuñada que bajaré enseguida —pidió Evelyn.

William asintió:

—Seguimos teniendo una conversación pendiente —le recordó.

—Pero será cuando yo lo crea conveniente —respondió, seca.

William no sabía qué esperar cuando cruzó el vestíbulo y se dirigió al salón. De seguro que no esperaba encontrarse con esa mujer esbelta y rubia. Hacía mucho años que no la veía por los círculos sociales porque era casi una eremita. La mujer se giró con rapidez al escuchar sus pasos, y lo escudriñó de pies a cabeza con descaro.

—¿Dónde está lady Warren? —su timbre de voz era potente.

—Bajaré enseguida —le respondió con calma.

—¿Ha descansado bien? —preguntó—. ¿Es necesario que la vuelva a ver el doctor?

La mujer parecía en verdad preocupada.

—Nuestro médico es muy competente —fue la seca respuesta del duque.

William se dedicó a observarla con detalle: nunca había contemplado semejante carácter en un metro sesenta de altura. El pelo parecía un nido de víboras serpenteantes: podría llevar toda una vida contar los rizos rebeldes. Le recordó a la Gorgona. Tenía los ojos del verde más limpio y transparente que él hubiese visto nunca.

—Lady Warren se encuentra perfectamente tras la noche de descanso —dijo William sin apartar los ojos de ella.

Rayner observó a su hermano con atención, aunque desconocía que había hablado con Evelyn momentos antes de la llegada de la cuñada.

—Me alegro de que se haya repuesto —dijo con voz neutra.

El taconeo en el vestíbulo les indicó a todos que Evelyn se acercaba hasta ellos. Rayner la devoró con los ojos a medida que se acercaba: se había dejado el pelo suelto, algo que a él le gustaba muchísimo.

Evelyn no le dirigió la mirada; solo contemplaba a su cuñada a medida que avanzaba. Rayner sabía que ella necesitaba tiempo, y tiempo le daría, pero no mucho. Con un par de horas estaría bien.

—¿Nos vamos? —apremió Evelyn sin darle tiempo a ninguno para invitarlas a que se quedasen más tiempo: estaba deseando salir de allí. Siguió con las preguntas—. ¿Has traído el carruaje?

Helena miró a su cuñada, y al vela tan pálida, se preocupó todavía más.

—Está fuera esperando.

—¡Vamos entonces! —insistió Evelyn.

Las dos mujeres se despidieron sin dar lugar a que ninguno de los tres hombres que las miraban sorprendidos pudiesen objetar nada. La sala quedó en silencio durante un momento.

—Tenemos que hablar, William—dijo Rayner.

Su hermano asintió, y lo siguió en silencio.

CAPÍTULO 18

Necesitaba tener la mente ocupada en cientos de cosas para no pensar: indicar al jardinero los lirios que quería que plantara, decirle a la cocinera que incluyera un postre de almendras para el sábado... si tenía la mente ocupada, todo discurriría con normalidad. Terminó de escribir la misiva, dobló la hoja, la metió en el sobre, y puso cera caliente sobre el reverso. Esperó a que se enfriara un poco, y después presionó el sello de los Warren.

—Tienes un jardín precioso. Es imposible enumerar la cantidad de flores que tiene.

Evelyn volvió la cabeza a la voz de su cuñada.

—Eso es porque reciben cuidados, amor, y ellas te corresponden con su belleza —le respondió.

—Yo quiero mucho a las mías, pero se me mueren todas.

—¿Te imaginas que fuesen esposos? —le sonrió.

—¡Habría enterrado a decenas!

Evelyn miró la forma que tenía su cuñada de sentarse en el sillón, Helena subió los pies, y los sujetó con una mano.

—¿Cómo has podido ser tan osada?

«No ha me ha dejado contar ni hasta tres», pensó cuando la escuchó.

—Alguien tiene que ser la dama loca para que se cumplan las estadísticas sobre nosotras —soltó Evelyn irónica.

Helena bufó incrédula.

—¡Pero qué atractivo ha resultado lord Dankworth! —Evelyn alzó las cejas con un interrogante—. Hacía quince años que no lo veía, casi ni lo recordaba, ¿puedes creerlo? —lanzó un suspiro largo—. ¿Con cuál de los hermanos vas a quedarte? —quiso saber Helena.

La pregunta no le hizo gracia en absoluto a Evelyn.

—Parece mentira que frivolices con algo tan serio.

La reprimenda no surtió el efecto que quería. Evelyn le hizo un gesto a su cuñada para que se moderase, cuando vio que la doncella traía una bandeja con el té, ni se había dado cuenta de su presencia hasta que la tuvo delante.

—Preferiría una limonada —dijo Helena con voz baja.

Evelyn le sonrió, y le hizo un gesto a la criada.

—Hace un poco de calor, creo que una limonada estaría bien —le dijo a la doncella que se llevó la bandeja con el té.

Helena se reincorporó.

—Esta vez te has superado —dijo sin mirar a nadie en particular.

—Gracias —contestó Evelyn.

—El escándalo va a ser de órdago.

Evelyn soltó un gemido.

—Por favor, Helena, ¿podemos hablar sobre ello más tarde? —preguntó un tanto angustiada—. ¿Y desde cuándo me asustan a mí los escándalos?

Helena la quería mucho, y se preocupaba realmente por ella.

—¿Cuándo se lo vas a contar a Marian? Tiene derecho a saberlo.

—Todavía es pronto —dijo la madre.

—Es mejor que tu hija se entere por ti que por los chismes que circularán pronto —la avisó la cuñada.

—No puedo controlar las murmuraciones —admitió Evelyn.

—Deberías casarte, con uno de los dos—. Yo elegiría al mayor, que al fin y al cabo es el padre —respondió la mujer—. Es un hombre tan poderoso como atractivo, y es el heredero.

Evelyn la miró con suma cautela.

—No estoy segura de que el matrimonio sea la mejor opción.

—Eres una dama, y sabes que si llevas en tu vientre un heredero, no tienes elección.

—Tengo fortuna, posición social, puedo tener a mi hijo sin estar casada.

—Pero será un bastardo —le recordó la cuñada.

—Pero será muy amado...

Helena la cortó.

—Si alumbras un heredero, lord Dankworth no se conformará —Evelyn se mordió ligeramente el labio inferior al escuchar a su cuñada—. El padre duque removerá cielo y tierra para que si nieto no sea ilegítimo.

—Eso solo es una suposición —dijo pensativa.

—Te veo muy afectada, y presiento que no me cuentas toda la verdad. No es que te esté reprochando nada, es solo que deseo ayudarte —afirmó Helena.

Evelyn pensó que su cuñada trataba de decirle algo, aunque estaba siendo demasiado cautelosa.

—Todavía puede malograrse el embarazo —soltó de pronto.

Fue Helena esta vez la que tosió hasta casi descomponerse.

—¡Por San Jorge! —exclamó la mujer sin apartar los ojos de ella—. ¿Es eso lo que deseas?

Evelyn tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¡Por supuesto que no! —respondió Evelyn con acritud—. Pero no deseo precipitarme en un matrimonio que no deseo por un embarazo que puede desgraciarse.

Ya había expresado su temor más escondido.

—¡Oh, Evelyn, debe de ser terrible para ti —Evelyn siguió tomando el té sin saber muy bien cuándo comenzaría a llorar—. ¿No pudiste prever este desenlace? —Evelyn entrecerró los ojos un segundo:

—El jugo de silfio no funcionó.

Helena la miró aprensiva.

—El jugo de silfio hay que tomarlo de forma continuada para prevenir un embarazo —dijo la cuñada pensativa.

Ahora Evelyn lo sabía. Ella lo había tomado solo una vez porque creyó que era suficiente.

—Bueno, reconozco que me precipité, que no poseo la suficiente experiencia para controlar esos temas, pensé que tendría dominada la situación, pero no fue así. Ahora comprendo que a la naturaleza no se le ponen lindes.

Helena estaba desencajada. Todo lo que le había contado su cuñada era en verdad angustiante.

—¿No te diste cuenta de que no era el hermano menor?

Evelyn negó con la cabeza. Ese era su mayor trauma, rectificó, el mayor trauma lo había sufrido quince años atrás.

—En el interior del carruaje estaba todo oscuro, además, le vendé los ojos; no le permití hablar; pasé a la acción tan rápido que en el camino me olvidé de preguntarle quién era. Además, yo no imaginaba a otro hombre. Nunca supe que su correo le llegaría a otra persona. Y son hermanos: es decir, son parecidos en su complexión física.

—¿Cuándo se lo contarás a Marian? —preguntó la mujer.

Era del todo inusual que ella le explicara una joven de catorce años un tema de adultos, pero por su propia experiencia, había decidido que Marian no sería ingenua ni iletrada, por eso motivo la había educado muy bien para que pudiera entender los entresijos y las consecuencias de tomar decisiones apresuradas. Marian era alumna de una de las mejores escuelas para señoritas de Londres, vivía protegida de todo, pero ahora, su madre tenía que contarle que iba a tener un hermano de un hombre con el que no estaba casada. Pensarlo le provocaba profunda vergüenza.

—Pronto, cuando el peligro de perder al bebé haya pasado.

Helena se quedó pensativa, los tres primeros meses de embarazo en los más delicados.

—Y cuando descubriste que te habías equivocado de hermano, ¿qué, Evelyn? —Helena hizo la pregunta sin reparos.

Evelyn soltó un suspiro largo y pesado.

—Casi me muero del sofoco. Me sentí muy enfadada, como si hubiese sido víctima de un juego entre ellos dos, pero me sobrepuse. A lo hecho pecho, es lo que solía decir mi padre.

—¿Y ahora qué? —volvió a preguntar la cuñada.

—Ahora sobrellevaré esta situación lo mejor que pueda.

Esa respuesta no la convenció.

—Hay otra parte implicada que olvidas —le recordó la mujer.

Evelyn cabeceó pensativa para luego decir:

—No lo olvido, solo sucede que no puedo considerarlo aún. Necesito un tiempo para ordenar mis ideas, para serenarme.

—¿Sientes algo por Rayner? —preguntó Helena con cautela.

Meditó un momento antes de responder, y lo hizo con sinceridad:

—Al principio de conocerlo sentí una fuerte atracción junto con una enorme curiosidad —calló un momento—. Me atraen su seguridad y su aplomo. Sí; en un principio, me afectó físicamente. Tienes que reconocer que es un hombre imponente.

—Entonces deberías darle una oportunidad —le recomendó la cuñada.

—¿Debería darle una oportunidad cuando su hermano William está enamorado de mí? —preguntó con tranquilidad—. ¿Cómo puedo ser parte de esa familia enfrentado a dos hermanos? No deseo esa responsabilidad sobre mis hombros.

—Los hermanos ya están enfrentados —le recordó la cuñada.

—Pero yo me mantengo al margen, si elijo a uno de ellos, estaré condenando al otro.

—Creo que tienes miedo de hacer lo correcto porque no quieres enamorarte de Rayner —dijo la cuñada con tono neutro para no ofenderla—. Pero olvidas que eres una dama, y que las damas e hijas de buena familia hacen lo correcto.

La afirmación de Helena le hizo meditar en profundidad:

—Desconozco las intenciones de Rayner —confesó con humildad, y sin dejar de mirarla—. ¿Regresará a Maryland? ¿Tendré que abandonar Inglaterra? ¿Querría casarse si yo no estuviese embarazada? —Helena podía

comprender todas las dudas de ella—. Un hombre como Rayner Dankworth solo puede hacerme infeliz.

—¿Por qué? —preguntó Helena perpleja.

—Porque además de poseer un atractivo arrollador, es rico, inteligente, y es el heredero de Letterston.

—Lord Dankworth puede estar tranquilo, Evelyn, porque no eres una cazafortunas —intervino Helena—. Posees un patrimonio elevado como hija del conde Brown, y viuda del marqués de Battlefield —Evelyn miró a su cuñada con cierta aspereza—. ¿Y qué me dices del otro, de William?

—A William le hemos hecho demasiado daño —dijo con la voz muy baja.

—No te culpes, Evelyn, tú eres la única inocente en este drama.

Fue escucharla, y comenzar a reír. Sí, su vida bien podría definirse así. Helena se contagió, y, por primera vez en la tarde, mostró los dientes, pero no para gruñir.

—Si tanto te preocupa el mayor, elige al menor —dijo cuando la carcajada menguó.

—Bueno, William no es tan peligroso.

—¿Y por qué el menor no te resulta tan peligroso como el mayor? —quiso saber Helena.

Evelyn la miró con interés tras la pregunta insólita.

—William tiene un carácter más afable, y risueño. Quería, incluso, asumir la responsabilidad por el bebé cuando estaba exento de ella.

Evelyn comenzó a reír por lo absurdo de la situación: una risa histérica y ausente de alegría, pero que no podía contener.

—Parece increíble que te rías de algo tan serio —dijo Helena, y Evelyn volvió a estallar en carcajadas—. Menos mal que Rayner tuvo el atino suficiente de contarte la verdad.

Evelyn se retorció ante cada palabra que le decía. Se estaba comportando como una demente, pero, por paradójico que les resultara a su cuñada, era la única forma de mantener la cordura.

—¡Deja de reírte! —la amonestó Helena, pero Evelyn no podía parar.

Sonó la campanilla de la puerta, y las dos se quedaron paradas.

—¡Me das miedo cuando te ríes así! ¿Necesitas que te golpee con la tetera para que entres en razón?

Evelyn sabía que su cuñada era capaz de eso y más, pero ella no dejó de reír hasta que vio la imponente presencia. Se le borró la sonrisa de inmediato.

Evelyn entrecerró los ojos, como sí no quisiera ver, y, a la vez, no quisiera perderse detalle. Rayner ocupó la silla que había ocupado Helena sin invitación. La mujer había dado una excusa tonta y había desaparecido del salón de Battlefield dejándola a solas con el enemigo.

CAPÍTULO 19

—No puedes evitarme siempre, y estoy cansado de tus evasivas.

Ella vio cómo Rayner se pasaba la mano por el pelo con aplomo. Su autocontrol la sacaba de quicio. Sintió el alocado impulso de alborotarle el cabello negro, y se contuvo a duras penas.

—Nunca he tenido intención de darte ni evasivas —respondió seca, aunque algo sofocada.

—No contestas a mis mensajes.

Evelyn se sentó derecha, exagerando el gesto, como si estuviera ante una corte marcial. Luego habló con la seriedad de un acusado frente al tribunal:

—Es que no deseo responder a tus mensajes.

Lo que dijo, sin embargo, iba en contra de la posición vehemente que llevaba al contestar. Le gustaba provocarlo con la ironía.

—Me gusta Battlefield —dijo de pronto.

—Gracias.

—Espero que estés bien.

—Gracias —reiteró.

—¿De qué te reías cuando llegué?

—De nada importante —una sonrisa asomó entre tanta pose de acusado. Rayner le pidió silencio: apoyó un dedo sobre los labios de Evelyn; luego, le tomó la mano con la suya, pero Evelyn no se lo permitió. Tironeó hasta soltarse. Lo miró: ya no quería seguir jugando a hacerse la irónica.

Evelyn se preguntó por qué la había dejado sola su cuñada.

—Hemos contraído una responsabilidad juntos.

El tono de la conversación definitivamente había cambiado.

—Siento las mismas ganas de abofetearte que de desaparecer. No me lo pongas todavía más difícil: no deseo hablar sobre ello, todavía no.

—¿Y cuándo será ese momento?

Ella no esperaba un tono tan amargo. Pensó en las pocas cosas que sabía de Rayner: que había perdido un hijo. Entendió por qué este tema era tan importante para él, sin embargo, no estaba preparada para hablarlo y se mantuvo en sus trece,

—Cuando lo crea conveniente; ni un segundo antes —dijo una Evelyn a la que le costaba mantener la calma.

—Te debo una disculpa, pero tú me debes otra —hizo una breve pausa.

Evelyn se escondía roja de furia y vergüenza detrás de la tetera que había traído la doncella momentos antes—. Y no pienso hablarle a esa tetera que se interpone entre tú y yo.

—Entre nosotros hay un abismo de distancia que no se puede superar — le dijo muy seria.

Rayner, sentado, cruzó una pierna sobre la otra.

—Es natural que te muestres resentida ante los resultados inesperados.

—Que me acuses de resentida... —dijo ella sarcástica—. Tiene su gracia.

—¿Tanto lamentas que sea yo y no mi hermano? —el rechazo, directo al estómago se dijo Evelyn.

—¿Por qué te importa tanto? —preguntó contra toda razón.

—Porque lo que nacerá será carne de mi carne —respondió con calma.

Evelyn se mordió el labio con duda.

—Mi problema no te afecta —calló un momento—. Soy capaz de resolverlo sola.

Algo brilló en los ojos de él que se tornaron momentáneamente turbios, enojados.

—Soy un caballero, y mi honor me impele a hacerme cargo de lo que hemos hecho.

Evelyn meditó solo un segundo.

—¡No será necesario! —exclamó—. Y no deseo hablar sobre esto ahora, ya te lo he mencionado.

Los ojos de Rayner brillaron de forma peligrosa.

—Créeme que lo es.

—Y yo mantengo que no —respiró profundo tratando de calmarse—. Soy una mujer adulta, responsable, y como habrás podido apreciar, no me asustan los chismes ni me afectan las murmuraciones.

—Soy consciente, lady escándalo —a Evelyn casi no le quedaba paciencia que sujetar, pero Rayner siguió—. Mi hermano ha reconocido que no estás enamorada de él —Evelyn alzó las cejas con una muda pregunta—. Lo que resuelve nuestro problema.

—Hasta donde yo sé, no tenemos ningún problema, lord Dankworth.

Rayner apretó los labios porque ella se mostraba demasiado terca.

—Entonces no tendrás inconveniente en que nuestra boda se celebre dentro de dos semanas.

Evelyn se quedó petrificada ante esa afirmación. ¿Era una propuesta?

¿Era una imposición?

—¿Perdón?

—Mi hijo no será ilegítimo.

Evelyn se sentía arder por dentro. ¡No podía creer lo que estaba escuchando!

—Ya soporté un escándalo similar hace quince años —respondió con acidez—. Puedo manejar este.

—No sigas por ese camino, por favor —la cortó de forma suave, aunque enérgica—. No sigas esa línea —pidió con cierta dulzura—. Porque puedo ser implacable.

Le dolía saber que ella podía tener razón. Sería un escándalo cuando trascendiera que estaba encinta, pero Evelyn era una dama de alta alcurnia como hija de conde y viuda de marqués, poseía riqueza propia y podría mandarlo al infierno si se lo propusiera.

—¿Qué no...? —Evelyn tragó en seco. Estaba tan irritada que olvidó preguntarse cómo se sentiría él—. Tengo la decisión total sobre mi vida, y eso incluye la vida que llevo en mi vientre.

Él, la miró con arrogancia negando. Había cambiado de estrategia: había dejado de lado la tristeza de los recuerdos.

—¿Y piensas que yo no tengo nada que opinar al respecto? —Evelyn se mordió el labio inferior pensativa. No sabía qué decir, y, esa duda, hizo que él ocupara el espacio de la conversación y siguiera hablando—. Ha quedado claro que ambos nos sentimos enormemente atraídos, que existe una poderosa atracción sexual.

Evelyn aferró los brazos del sillón con fuerza mientras lo escuchaba con atención. Luego contestó:

—Puedo sentirme atraída por un lobo y no desear casarme con él.

Rayner se inclinó hacia adelante. Ella estaba al alcance de su mano y sus palabras lo ponían beligerante. Quería tomarla entre sus brazos y demostrarle que lo que le decía era verdad.

—La atracción sexual no puedes negarla.

Evelyn ni lo intentó.

—Como no puedo negar que estaba decidida a seducir a tu hermano.

Rayner tensó la mandíbula. Decidió cambiar de ángulo:

—Quizás no estoy enfocando todo este asunto bien.

Evelyn le ofreció una sonrisa cáustica.

—¿Quizás? ¡Vamos progresando! —exclamó entrecerrando los ojos.

—Aún así vas a casarte conmigo.

Evelyn se levantó como para encararlo, como si fueran dos luchadores que tienen que enfrentarse cara a cara. Estaba demasiado furiosa para recordar que él le llevaba demasiada ventaja en altura y que iba a quedar claramente humillada.

—¿Con el mandato divino de quién? —preguntó llena de furia.

—Con el mandato del padre de tu hijo. —Evelyn utilizó su arma más poderosa. Aquella que atemorizaba a Rayner.

—Hijo que aún está por nacer.

Él, tensó tanto la mandíbula, que Evelyn creyó que se la iba a partir. Hacía esfuerzos denodados para contenerse.

—Me siento atraído por ti —dijo, al fin, como si nada hubiera sido dicho antes, como si fuese la primera cosa que le decía a una mujer desconocida a la que veía por primera vez en un bar. Evelyn volvió la cabeza—. Creo que es un buen punto de partida para iniciar una relación más seria.

Evelyn explotó.

—¿Pero de qué caballo te has caído? Porque sin lugar a dudas has debido golpearle la cabeza —él, no le respondió, y ella terminó por sincerarse con cierta brusquedad—. No deseo casarme contigo, Rayner. Es más, no pienso siquiera considerarlo.

—¿No me encuentras atractivo, lady Warren?

Lo encontraba arrebatador, pero estaba enfadada con él. Tenía que pensar sobre su situación, y él no se lo estaba poniendo nada fácil.

—¿Buscas acaso una adulación, lord Dankworth? —ahora negó con la cabeza. Ella prosiguió—. Las serpientes me parecen atractivas, pero no metería una jamás en mi lecho —Rayner no se inmutó ante el insulto. Ella no se detuvo a esperar que él dijera algo—. El matrimonio está fuera de esta discusión porque si fuese un marido lo que buscaba, créeme, hace muchos años que ya estaría casada otra vez. Y nada, pero nada más lejos de mi intención.

—Una mujer necesita la protección de un hombre —dijo y se sintió un tanto incómodo con la mirada que ella le obsequió—. Incluso lady escándalo.

Intuyó que Evelyn podría golpearlo con la tetera, o con la maceta, con lo que fuera, pero seguro que iba atacarlo si seguía con esa petulancia.

—Acepto que he contraído una cierta responsabilidad contigo —admitió al fin. Él, estuvo a punto de interrumpirla, pero ella no se lo permitió—, pero yo decido cuánto estoy dispuesta a asumir de ella.

—Tienes algo más que una cierta responsabilidad conmigo.

Rayner se levantó y algo en el brillo de sus ojos la hizo temblar.

—¡No te acerques!

Él, solo sonrió.

—Voy a demostrarte qué clase de responsabilidad has contraído conmigo.

Evelyn iba retrocediendo. Rayner la iba cercando en su terreno como un lobo al acecho.

—Si te acercas más, gritaré —Rayner le ofreció esa sonrisa que tanto había llegado a admirar—. El mayordomo te sacará de aquí de una patada.

—¿Crees que tu mayordomo tiene alguna posibilidad conmigo?

¡Demonios! Ella había quedado en ridículo tras esa afirmación. El mayordomo de Battlefield era demasiado mayor para un enfrentamiento con Rayner.

—¡Basta! No tienes que demostrar nada —volvió a decirle, aunque sin convicción.

—Nunca te creí cobarde.

Ella se resintió, pero siguió retrocediendo. La parte posterior de sus piernas había alcanzado el sillón en el que momentos antes había estado sentada. Las manos de él llegaron hasta sus hombros. Los ojos de Rayner la miraban como hipnotizándola, y Evelyn se perdió en su mirada de plata y sus brazos de hierro.

—No te haces una idea de las imágenes que evoco desde la noche del carruaje —Evelyn había perdido la voz. Quería contestarle algo, pero las palabras, sencillamente, no salían. Rayner continuó—. No poder verte, pero sí sentirte me nubló el juicio. Me volviste loco con tu perfume. La suavidad de tus manos, tus palabras sensuales e intrigantes. Si no te beso otra vez, voy a morir.

Rayner había bajado la boca hasta casi rozar la de ella. Evelyn empujó con sus manos el pecho de él sin poder moverlo ni un milímetro.

—Debo hacerte una advertencia —confesó Rayner. Evelyn seguía sin poder decir nada—. Jamás volverás a tener todo el control.

La boca de él descendió hasta la de ella: la quemó con una descarga eléctrica; tan potente era su beso. La lengua caliente se movía como una serpiente sinuosa que buscaba y encontraba cada rincón que ella se empeñaba en mantener oculto. Le abrió los dientes y le mordisqueó los labios de forma insistente hasta que ella, por fin, se rindió al beso. Rayner seguía exigiendo, pero, a la vez, entregaba tanto como pedía. Con una mano entrelazó su cabello

y le echó la cabeza aún más hacia atrás para darse un festín con su cuello. Evelyn se sentía incapaz de pensar o de analizar la rendición que estaba a punto de ofrecerle. Sintió la boca de él suave y húmeda deslizarse por su mejilla hasta alcanzar el lóbulo de su oreja. Nada la había preparado para las constantes pulsaciones que habían comenzado a subir desde su vientre hasta su pecho. La mano de Rayner alcanzó el corpiño de su vestido, y lo desabrochó. Metió el pulgar en el encaje de su ropa interior y acarició el pezón que se volvió duro ante la dulce invasión inesperada. De la garganta femenina salió un gemido gutural de placer. Rayner seguía sometiéndola con su lengua que había vuelto hacia su boca, mientras su mano dejaba el pezón, que parecía protestar por el abandono, para aferrarse a sus nalgas y atraerla más hacia él. Evelyn pudo notar su miembro endurecido y siguió abandonándose a sus caricias. Apenas fue consciente de que la sentaba en el sillón sobre sus rodillas. Tan solo se percataba de la facilidad con la que él accedía a sus deseos, y que su cuerpo le respondía con toda la pasión que tenía guardada.

Rayner detuvo el beso y ella abrió los ojos con sorpresa.

—Tendrás más de esto cuando accedas a casarte conmigo.

Evelyn tardó un momento en entender sus palabras. Solo sintió el aire frío que agitaba sus senos que habían quedado descubiertos. Él, se marchaba con una sonrisa en la boca.

—¡Maldito bastardo! —le reprochó, pero Rayner acababa de salir por la puerta de Battlefield.

En Pembroke House la duquesa viuda Charlotte y el duque de Letterston conversaban en privado. Ambos aunaban esfuerzos y estrategias sobre el hijo mayor. Los dos estaban encantados con lady Warren porque había logrado atrapar su atención hasta el punto de que Rayner sopesaba quedarse de forma definitiva en Inglaterra. Madre e hijo iban a hacer lo imposible para que tuviera éxito de convencer a la dama. Era un sueño, pues hasta hacía unos meses parecía inalcanzable, pero el encaprichamiento de William por la dama lo había hecho posible.

—Apoyando a Rayner obtendremos el enfado de William —dijo la abuela pensativa.

El duque soltó un suspiro mientras caminaba hacia los grandes ventanales.

—Pero es una oportunidad que no podemos desaprovechar —reveló el

hijo que miraba un punto indeterminado del paisaje exterior.

—Me parece un milagro —la duquesa viuda estaba emocionada—. Aunque censuro que se haya interpuesto entre su hermano y ella

El duque se giró hacia su madre.

—Nunca he visto a mi hijo mayor así de decidido. Lady Warren ha conseguido lo impensable, que se quede.

Era cierto. Unos meses atrás, Rayner estaba decidido a marcharse definitivamente a Maryland, pero entonces apareció en escena lady Warren y logró variar su rumbo y sus metas.

—Es perfecta para Rayner —casi susurró el duque.

La duquesa viuda lo había escuchado.

—Una mujer hermosa, inteligente, y con la suficiente templanza para controlar a mi nieto —la mujer parecía muy complacida.

—Tengo que hablar con William —dijo el padre pensativo.

—Es posible que no te escuche.

Ya contaba con eso, pero él tenía el deber de ayudar a su primogénito porque de esa forma lo recuperaba para el ducado y para la familia. Lady Warren no podía ni imaginarse lo beneficiosa que había resultado para los Dankworth.

—Si mi hijo pequeño no me escucha, entonces hablaré con la dama.

Charlotte hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Tenemos que medir bien nuestros movimientos —remarcó—, porque la dama puede resultar muy esquiva.

—No voy a perder esta oportunidad —confesó el duque—. Voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que Rayner obtenga el triunfo...

CAPÍTULO 20

Rayner se sentía relajado. Por primera vez en mucho tiempo podía tomarse un café en Pembroke House sin que su cuerpo delatase tensión alguna. Simone aún le traía malos recuerdos, pero, que su padre y su abuela lo hubiesen apoyado en la decisión de casarse con lady Warren, lo llenaba de una cierta paz, aunque fuera transitoria. Tanto Richard como Charlotte habían comprendido el gran error que podía cometer William si continuaba en su decisión obstinada de casarse con Evelyn.

Por el contrario, Zachary se había posicionado a favor de su hermano menor, así como Kristel, con lo cual la familia había quedado claramente dividida en dos bandos. Sin embargo, Rayner creía sinceramente que cuando su hermano comprendiese recapacitaría.

—¿En qué estaría pensando esa cabeza hueca? —Charlotte no pudo contener la recriminación.

Rayner salió en defensa de su hermano.

—A los dos nos ha pasado lo mismo con respecto a lady Warren: su personalidad ha nublado nuestro juicio. Ha sido conocerla, y no poder pensar en nada más.

—Es una mujer inteligente —Simone hizo el comentario mientras el mayordomo le servía un poco de té.

Rayner la detestaba, pero podía tolerar su presencia unos minutos.

—Pero siempre creí que te casarías con una debutante.

A Rayner no le gustó en absoluto la alusión de su padre, pero él ignoraba que Richard estaba jugando muy bien sus cartas. No podía mostrarse completamente encantado porque dudaría de sus motivaciones.

—Y yo, que si usted volvía a casarse de nuevo, lo haría con una viuda de reputación intachable, —lo acusó—, pero aquí estamos los dos con los papeles invertidos —respondió seco.

Rayner se refería claramente a su madrastra, y la diferencia de edad con respecto a su padre.

—Lady Warren es una mujer de personalidad fuerte —remarcó Charlotte, y Rayner, aunque no dijo nada, admitió que su abuela tenía toda la razón.

—Todavía tengo dudas, pero te apoyo —afirmó el duque.

Simone hizo un gesto mohíno con los labios perfectamente maquillados. Luego comentó:

—Ya quisiera yo tener esa figura después de haber dado a luz —Rayner la miró mientras decía esas palabras con el mentón tenso, y el disgusto reflejado en sus ojos—. ¿Hace mucho que es viuda? Me hubiera gustado preguntárselo.

Rayner no sabía si ella traía algo entre manos al mostrarse tan interesada. Sin embargo, se despreocupó.

—Se quedó viuda cuando el barco que los traía a ella y a su esposo de regreso a Inglaterra, naufragó frente a las costas de Nueva Escocia —respondió la abuela con voz fuerte.

—Debía de estar encinta cuando sufrió el naufragio, qué horror —comentó Simone de pasada.

—Y semanas antes pierde a sus padres en un atraco —dijo Rayner un poco irritado—. Lady Warren está hecha de un material muy resistente.

—¿Cómo se habrá tomado todo este asunto su hija? —intervino Richard para calmar las aguas que comenzaban a agitarse—. Imagino que debe de ser una muchacha muy voluntariosa, como la madre.

Rayner bebió de su té con la mirada un tanto perdida. Todavía no conocía a la chiquilla, y sentía un cierto respeto de hacerlo.

—Conocí a lord Brown, el padre de Evelyn —comentó Charlotte con la mirada puesta un punto indeterminado de la estancia—, también a su suegro, y a su marido.

—El hundimiento del Solomon Cotton nos horrorizó a todos, yo estaba allí cuando sucedió —explicó Rayner—. Hubo muy pocos supervivientes.

—Solo de pensarlo me estremezco —dijo la abuela triste—. Cuánto habrá sufrido lady Warren.

El duque de Letterston sintió que su corazón se alegraba al ver el semblante de su hijo tan relajado, y dio gracias en silencio a lady Warren que había logrado precisamente eso: regresarlo al hogar.

—Me hace mucha ilusión ser bisabuela —comentó Charlotte—. Espero que sea el heredero que todos ansiamos.

—Antes debo casarme con la dama —Rayner lanzó la promesa entre alegre y resignado.

—Mi nieto y mi hijo se van a llevar muy poco —dijo Richard y sonrió a su mujer. Esa sonrisa no escapó a los ojos de Rayner: su padre estaba enamorado de Simone, pero mucho se temía que ella no lo estaba de él.

—Tienes que tratar de hablar con tu hermano y solucionar vuestras desavenencias —el ordenó el duque.

Rayner asintió pensativo.

—No os he dado las gracias por vuestro apoyo —le dijo a su padre y a su abuela.

Richard miró a su hijo un tanto afectado.

—La razón está de tu parte —afirmó la abuela—. Eres el padre de la criatura.

Rayner miró hacia otro lado.

—Ojalá mi hermano lo viese de la misma forma.

Simone intervino en ese preciso momento:

—Se encuentra en la misma posición en la que estabas tú no hace mucho con respecto a tu padre —le recordó con alevosía.

Él se dio cuenta de que ella no había cambiado nada.

—¡Ni te atrevas a compararte con lady Warren! —exclamó vengativo.

—No hace falta que recordemos cosas que ya están olvidadas —le reprochó Richard a su mujer.

Simone supo que había cometido un error, pero no se desdijo.

—Tienes razón —respondió ella a Rayner—. Por eso, confío que tu hermano tenga más sentido común que tú.

Esa había sido la gota que había colmado el vaso. Rayner se levantó de golpe y taladró a su madrastra.

—No importa que te vistas con el dinero de mi padre ni que presumas de un título que te queda grande —Rayner tomó aire—, siempre serás una mala persona. Una vulgar mujerzuela.

No esperó una respuesta. Rayner abandonó Pembroke House sin mirar atrás.

—En lo sucesivo —le dijo Richard a su mujer sin dejar de mirarla con disgusto—, te mantendrás encerrada en tus aposentos cada vez que mi heredero visite su hogar.

Simone quiso protestar, pero la mano alzada de la duquesa viuda se lo impidió.

—Cuando mi hijo muera, la renta anual de treinta mil libras que podrías percibir como viuda, te las puede reducir mi nieto a cien, yo me lo pensaría dos veces antes de volver a provocarlo.

Simone tragó con fuerza.

William seguía meciendo la pierna mientras se perdía entre dibujos y

retratos. Evelyn seguía colocando flores en un jarrón de cristal tallado.

—Aquí estás realmente preciosa, ¿quién lo dibujó?

—Ese retrato lo dibujó mi cuñada Helena que lo hace bastante bien.

—¿Siempre has sido tan pecosa? —Evelyn rio ante la pregunta.

—Ahora ya no le doy tanta importancia, pero a los diecisiete años fue un auténtico sufrimiento.

Evelyn lanzó una exclamación de satisfacción cuando vio el ramo.

—De verdad que tienes un gusto excelente para los arreglos florales —la aduló William sin poder evitarlo.

Evelyn lo miró con alegría.

—Las que se cultivan en los invernaderos de Battlefield son las más hermosas del reino.

William no pudo reprimir una sonrisa ante el comentario. Evelyn se acercó y se interesó por los dibujos que lord Dankworth estaban mirando:

—¡Por San Jorge! Ese dibujo sobre mí debe ser quemado ahora mismo.

—Aquí estás muy guapa —le dijo él.

—Ahora veo de dónde viene tu belleza... —dijo William mirando a Evelyn que se alejaba hacia la mesa para preparar otro ramo de flores—. Tu madre Emily era una beldad.

—Cuando conozcas a mi hija, comprobarás lo que es realmente la belleza.

—Como esos ramos de flores —dijo William sin dejar de observarla.

Todo Battlefield olía deliciosamente a flores.

—Marian fue el bebé más hermoso de todos —afirmó la madre con una sonrisa que resultó contagiosa.

Él no perdió tiempo en responder:

—Entonces, el día que seas presentada en sociedad va a romper muchos corazones.

Evelyn chasqueó la lengua ante el comentario, menos mal que todavía faltaban algunos años para que Marian fuera presentada en sociedad.

—¡Evelyn! ¡Tienes una mancha de nacimiento!

La mujer masculló. William acababa de ver el dibujo que le había hecho su cuñada Helena. Ella se encontraba sentada en el campo y con la voluminosa falda recogida hasta las rodillas.

—Está muy bien escondida en el tobillo —contestó suave—. A mi cuñada le pareció curiosa, y por eso quiso pintarla.

William le lanzó una mirada pícaro y sonriente

—Sería una delicia tratar de encontrarla.

Evelyn lo llamó al orden con una mirada.

—Lord Dankworth, estás siendo muy insolente, también atrevido.

William se puso serio.

—Yo tengo una parecida, pero justo detrás de la oreja —confesó William mientras trataba de enseñársela, y Evelyn abrió los ojos con sorpresa ante la revelación—. Pero la mía no es una bonita mariposa, sino un elegante abejorro.

—¿Dejamos de hablar de manchas de nacimiento? —cortó Evelyn.

William la miró con curiosidad, pero también con una lascivia que no ocultó.

—Daría parte de mi fortuna por verla —dijo expectante.

Evelyn se dio vuelta y amonestó divertida:

—Hablamos el otro día sobre ese tipo de comentarios —el sonido de la campanilla de la puerta les hizo alzar la cabeza—. No espero visita —soltó Evelyn.

Los dos, desde el salón, escucharon al mayordomo que se dirigía a abrir, regresó acompañada del otro lord Dankworth. La perfecta armonía quedó interrumpida con la llegada de Rayner. Nadie lo esperaba y tampoco nadie esperaba ver su ceño fruncido. Pero Rayner tampoco contaba con encontrarse allí a su hermano menor como si fuese algo habitual en su rutina visitar Battlefield.

—Buenas tardes —se presentó muy serio.

La sonrisa de Evelyn se borró al instante.

—¡Qué grata sorpresa, lord Dankworth!

Las palabras frías de bienvenida desmentían la sonrisa falsa que le dedicó.

—¿Te unes a la velada? —preguntó William, y Rayner miró a su hermano con ojos enfurecidos.

—No esperaba encontrarte aquí.

Su hermano se encrespó.

—Eso es evidente —comentó con suspicacia.

—¿Un té? —preguntó Evelyn antes de que ocurriera una catástrofe en su salón.

—Necesito hablar contigo —fue la lacónica respuesta que obtuvo.

—Últimamente, necesitas hablar mucho —comentó William mordaz.

Evelyn miró a William y le hizo un gesto: «templa el ánimo», le decía. Lo

último que necesitaba era una reyerta en su casa, y menos entre hermanos.

—Ahora, no es el momento apropiado —contestó la mujer a Rayner.

Él, seguía plantado en el enorme salón.

—Llevo dos semanas intentando hablar contigo.

Ella seguía colocando flores en el jarrón.

—Llevo dos semanas muy ocupada —respondió sin mirarlo.

Rayner se sentía muy incómodo.

—Te pido que me des una cita.

William carraspeó, y, a pesar del pedido de Evelyn, intervino:

—Creía que ese punto ya estaba resuelto.

Rayner lo miró con un brillo peligroso en sus ojos de acero. Evelyn medió entre los dos.

—Está bien, este viernes por la tarde hablaré contigo.

—Te estaré esperando en Pembroke House.

Rayner salió tan calladamente como cuando llegó. En la sala reinó el silencio durante un momento.

—¿Puedo acompañarte a la cita?

La pregunta de William sorprendió a Evelyn. De repente, él la devolvía a la inocente armonía que habían vivido antes de la llegada de Rayner. ¿Cómo podía estar tan relajado ante la animosidad de su hermano al verlo en Battlefield? ¿A qué se debía ese amago de sonrisa que trataba de ocultar? Evelyn no entendía nada, pero, como un detective despistado ante las falsas pistas, comprendió que debía indagar un poco más.

CAPÍTULO 21

—Lady Warren.

Ella le entregó al mayordomo de Pembroke House la capa y el sombrero, también los guantes. Segundos después lo acompañó por el vestíbulo hasta el salón. Parecía que en la casa no había nadie más que ella, pero estaba equivocada porque Rayner la esperaba de pie en medio de la estancia.

— ¡Buenas tardes! Gracias por venir —dijo él.

Ella se sobresaltó porque seguía con la guardia baja. No le había dado la oportunidad de prepararse para el encuentro.

—Hola —fue la escueta respuesta al saludo efusivo de él.

—Estás muy hermosa esta tarde —comentó Rayner.

Evelyn no pudo menos que mirar su atuendo y dudó. Había escogido un vestuario muy serio: vestido gris oscuro aunque de falda muy voluminosa. Muy diferente a los que solía utilizar pues ese vestido lo había llevado cuando se encontraba dejando el luto negro por la muerte de Michael.

—Gracias.

Él le sonrió, y ella deseó borrarle la sonrisa. ¿Por qué su presencia le producía esa belicosidad, esas ganas de lucha continua?

—Espero que no me hagas perder el tiempo hoy.

Rayner alzó las cejas. Decidió tomarse la afrenta con humor:

—Solo una palabra, y no te haré perder el tiempo nunca más.

Ella no se esperaba esa declaración.

—¡Lord Dankworth me escandalizas! —le respondió alzando una mano.

—Bien sabes que no hay nada que provoque a lady escándalo. —Ella quedó estupefacta al escucharlo—. Salvo yo mismo.

—Eso es un ego y lo demás nimiedades —contestó suspirando—. Y va siendo hora de que alguien te baje esa arrogancia —ella no iba a tirar la toalla: estaba todavía en el primer round.

—Siéntate, Evelyn.

Ella obedeció sin chistar. Él, bajó la vista a su vientre, y ella se puso nerviosa automáticamente ante el anhelo que observó en los ojos que la miraban.

—¡Mi respuesta sigue siendo la misma de siempre!

Rayner alzó los ojos con insolencia.

—Pero aún no sabes la mía —respondió calmadamente.

—Estoy aquí para zanjar esta cuestión de una vez por todas.

—Me alegra que pienses así. Todo es más fácil si cooperamos.

Ella estaba cada vez más incómoda.

—No pienso permitirte que manipules mis decisiones —Rayner entrecerró los ojos, cauto.

Debía elegir sus palabras con precisión.

—Te guste o no, lady Warren, tengo que ver con alguna de ellas.

Evelyn se removió nerviosa en el sillón.

—Nunca he mantenido lo contrario —respondió enfadada—. Salvo que necesito tiempo para pensar y decidir, y no me lo estás poniendo nada fácil, y por ese motivo me estás posicionando todavía más en los reparos que siento.

—¡Cuidado, Evelyn! —ella lo miró con recelo ante la advertencia—. No querrás tenerme como enemigo.

—¿Cómo enemigo? —la sorprendió que le dijera algo así—. ¡Ni como amante! —sintió la necesidad de devolverle el golpe.

Rayner sonrió ante su réplica mordaz.

—Vamos, esa cuestión ya quedó resuelta en Battlefield, ¿hace falta que te lo recuerde.

Evelyn casi se ahoga al escucharlo.

—Tienes de caballero lo mismo que de párroco y... —no la dejó responder.

—Solo estoy pidiendo espacio, espacio en tu vida.

—No es espacio lo que pretendes —lo acusó ella, y él alzó las cejas con curiosidad—. Deseas alzarte como un conquistador absoluto, y no pienso permitirlo.

—Prueba impedírmelo y comprobarás lo lejos que puedo llegar en mi afán de conquista.

—No soy una debutante en busca de un marido rico y noble —le recordó con ojos brillantes.

—Estoy de acuerdo, eres una mujer embarazada que debe casarse con el padre de su hijo para evitar el escándalo, y ¡oh, sorpresa!, yo soy el padre de ese hijo que esperas.

Evelyn apretó los labios.

—Esto no es un juego, lord Dankworth —le recriminó.

—Es cierto, lady Warren, pero tienes que entender mi posición. No puedo permitir que mi hijo y heredero sea ilegítimo.

—¿Eso significa que has decidido establecerte definitivamente en

Pembroke House? ¿Ahora desea recuperar tu derecho como heredero de Letterston cuanto tanto renegaste en el pasado de tu propia herencia? —preguntó con enfado.

Rayner se preocupó porque la veía tensa.

—¿Por qué tanto enojo, Evelyn?

Ella soltó un suspiro largo.

—Por la forma en la que has tratado todo este asunto nuestro desde el principio —contestó algo airada—. Podías haberme sacado de mi error en el preciso momento que oíste mi voz en el carruaje. Sabías lo que yo pensaba, lo que sentía tu hermano William, pero no dijiste nada, como ahora —hizo alusión al silencio de Rayner, y lo recriminó—. Participaste gustoso porque querías. Casi te aprovechaste de mí: de lo que sabías, de lo que te había confiado en ese encuentro. Todo eso hiciste, pero no abriste la boca para sacarme de mi error.

Rayner decidió intervenir.

—Ha llegado la hora de que escuches mi verdad —anunció. Evelyn guardó silencio de inmediato—. Admito mi parte de culpa en nuestro encuentro. Debí de dejar claro que era yo y no mi hermano William el que estaba contigo en el carruaje, pero no tenía modo de saber que la invitación no iba dirigida a mi persona. En mí defensa te diré que si pones en un vaso de cóctel un exceso de ego, la mitad de curiosidad, y tres cuartas partes de pasión, obtienes a un hombre abrumado por las sensaciones y por el deseo. En una sola palabra: me obtienes a mí. —Evelyn iba a protestar, pero él se lo impidió—. Juro por mi honor que no supe en ningún momento que me confundías con otro. Creí en mi orgullo, en mi vanidad, que esa escena estaba preparada única y exclusivamente para mí. Descubrirlo fue tan desagradable que aún siento escalofríos. —Rayner hizo una pausa. Evelyn parecía más calmada, como si comenzara a entenderlo—. No pude pensar en protegerte, porque me sentí desbocado por todo lo que me hacías. Perdí el control de una forma que me produce vergüenza y orgullo a la vez. Yo, que siempre sé controlarme, me desaté justo en el momento en que no debía. Y cuando traté de hablar contigo, me soltaste la bomba de la indiferencia encima de mi cabeza —Rayner soltó el aire y la miró con un brillo en los ojos que ella no supo interpretar—. Has de reconocer que puedo estar tan molesto como tú, que puedo sentirme tan engañado como tú.

Evelyn bajó la mirada de forma pensativa.

—Podrías haberte callado. Podrías haberme dejado con mi error.

Rayner le ofreció una mirada seria.

—¿Lo habrías preferido? —Evelyn negó inmediatamente con la cabeza. Él siguió—. No podía quedarme quieto viendo de qué forma mi hermano construía una relación contigo con los pilares de barro.

Ella pareció molestarse.

—No eres juez de nadie —le espetó dolida.

—Te ha tocado bregar con la peor parte, lo sé —la mujer pareció no entenderlo; él, se apresuró a explicarle la situación tal y como la veía—. Hay dos hombres que están interesados en ti y que además son hermanos. Con uno de ellos has contraído una responsabilidad importante, tal vez a pesar tuyo, que es el hijo que está en camino; con el otro, no has tenido tiempo ni de intimar.

Evelyn lo cortó bruscamente:

—Estás manipulándome y lo sabes.

—Estoy poniendo las cartas encima de la mesa, no te confundas.

Ella se puso a la defensiva.

—Ahora vas a escucharme tú —dijo Evelyn, y él asintió—. Decidí seducir a William por culpa de nuestra última conversación donde me ordenabas que no aceptara su propuesta de matrimonio, y lo hice para hacerlo desistir, pensé que si me convertía en su amante, dejaría de proponerme matrimonio.

—¿Ahora soy yo el culpable de que quisieras seducir a mi hermano?

Evelyn alzó la cabeza con altanería.

—¿No me ordenaste que me alejara de él?

Rayner no podía creérselo.

—Y en vez de alejarte decides seducirlo, jugar con él.

Esa afirmación la ofendió.

—Soy una mujer adulta, responsable, y pensaba disfrutar de la compañía íntima de un hombre atractivo, y del cual podría haberme enamorado sin lugar a dudas —Rayner la taladró con la mirada—. William es encantador, alegre y optimista —Evelyn hizo una pausa y vio que Rayner se ponía tenso, pero que, de todos modos, seguía callado—. Jamás jugaría con él. Me ofende siquiera que lo insinúes.

—Pues la realidad es diferente, lady Warren, y has demostrado estar por fuera de los márgenes de esa realidad.

Ella no podía objetar nada a ese argumento.

—Es cierto, olvidé detalles muy importantes como... —Rayner la

interrumpió:

—La posibilidad de un embarazo.

Ella lo miró con dureza, pero asintió: en algo él tenía razón.

—Es cierto, pero en mi defensa diré que no estoy acostumbrada a seducir a hombres, normalmente son ellos los que tratan de seducirme a mí.

Rayner casi explota.

—Esas fantasías se terminaron —él lo dijo como un hecho, y ella se lo tomó como una amenaza.

Evelyn lo traspasó con la mirada.

—¿Ves? A eso me refiero, esa arrogancia me supera —hizo una pausa, quería volver a su relato—. Las cosas que te dije —balbuceó—. Las cosas que te hice —no supo cómo continuar—. Hemos llegado a un punto en el que no hay retorno —sentenció—. No puedo mirarte a la cara sin sentir que ardo.

Rayner podía concederle eso, que la avergüenza la abrumara tanto para no desear una conversación con él.

—Salvo lo de atarme, el resto me gustó bastante, tanto, que apenas puedo controlar el impulso de saltar sobre ti ahora, tumbarte sobre el sofá, y hacerte alguna de las fantasías que tengo contigo desde aquella noche.

—Estoy aquí para ofrecerte un acuerdo —le recordó ella: no iba a entrar en su juego de seducción; no, otra vez.

—¡No aceptaré un acuerdo!

Ella lo miró estupefacta.

—Aún no sabes lo que vengo a ofrecerte —le respondió algo encrespada porque su postura era inamovible—. Tras mucho meditarlo, he decidido que si tengo un hijo varón, permitiré que sea el heredero de Letterston si accedes a que lo sea también de Battlefield.

Rayner bufó incrédulo.

—¡No! —afirmó él—. Nuestro primer hijo será el heredero de Letterston, y nuestro segundo hijo lo será de Dartmoor, la herencia de tu padre.

Evelyn se dijo que eso no podía ser.

—¿Y qué será de mi hija Marian? —exclamó dolida.

—No sería justo para el marquesado de Battlefield que el hijo de otro hombre lleve el título de tu difunto marido —ella iba a protestar, pero él no se lo permitió—. Lady Helena Warren dará el heredero que necesita el marquesado.

—Entonces Marian se quedará sin nada —Evelyn se quedó muy seria.

Así eran las leyes, se dijo Rayner. Con la muerte de Michael Warren, su

título y propiedades debían pasar al hijo varón de Helena, hijo que aún no tenía, pero que significaría para la muchacha quedarse sin su hogar, y con un futuro incierto.

—Es la ley, Evelyn —le dijo él—. Pero con mi influencia puedo lograr para tu hija un matrimonio ventajoso.

Ella sentía ganas de llorar, pero se repuso. Alzó el rostro y lo miró.

—Gracias por haberme aclarado este punto —le dijo ella de pronto—. Por ese motivo te informo que he decidido que lo que nazca será marqués de Battlefield, mi hijo jamás dejará a su hermana sin un hogar, y sin una herencia.

El hombre la taladró con la mirada.

—¡No lo permitiré, y la ley de Inglaterra tampoco!

Evelyn tragó con fuerza.

—Si Helena no alumbró un hijo varón, la corona permitirá que el mío sea el heredero de Battlefield porque Marian será su hermanastra y tutora.

Rayner soltó un suspiro largo.

—Pero yo no lo permitiré —Evelyn encogió los hombros—. La ley está de mi parte, Evelyn. Estos son mis términos. Y más te vale que los aceptes. —Hizo una breve pausa, como para darse ánimos—. Tendrás a mi heredero, y tengo la intención de que sea legítimo.

Evelyn creyó que deliraba.

—¿Piensas obligarme? —le preguntó con desdén—. Porque no soy una debutante que tema al escándalo, no tengo nada que perder.

Rayner la miró de pies a cabeza de una forma tan dura que ella se sobrecogió.

—Esta vez, Evelyn, no me mantendré de brazos cruzados: hace quince años no me quedó más opción, pero te juro que esta vez no. Quiero a este hijo, y también a ti, pero si no puedo tenerte, entonces lucharé por él con todas mis fuerzas.

—Pues ya no tenemos nada más que decir.

Rayner asintió con la cabeza.

—¡Recuerda mis palabras! —le recordó agriamente.

—No te tengo miedo, ni vas a conseguir que te lo tenga —aseveró ella.

—Y yo no soy tu enemigo, ni vas a conseguir que lo sea —respondió él.

Evelyn terminó por mostrarle una sonrisa llena de desagrado. Se levantó sin despedirse, y abandonó Pembroke House más llena de aprensión que cuando llegó.

CAPÍTULO 22

William seguía mirándola con el ceño fruncido, una leves líneas surcaban su frente concediéndole una apariencia más serena. La citación que Evelyn sostenía en su mano le preocupaba enormemente; llegaba a producirle un terrible dolor de cabeza, ya que era consciente de las repercusiones negativas y perjudiciales que implicaba para ella.

—¿Por qué hace esto? —la pregunta con voz desolada le hizo fruncir el ceño a él todavía más.

—Para establecer su derecho legal sobre su heredero.

Evelyn seguía mirando la citación con incredulidad.

—Pero esto no es necesario.

—Mi hermano cree que sí.

Meditó un segundo antes de responder:

—¡Pero es absurdo! Lucha por algo que no ha nacido todavía.

—Así se asegura de que nacerá.

Ella lo miró sin comprender.

—Yo nunca pondría en peligro al bebé de forma voluntaria —confesó con un hilo de voz.

William asintió.

—Pero Rayner no tiene modo de saberlo —la mujer no pudo decir nada, perpleja—. Ya ha pasado por una situación parecida, Simone se deshizo del hijo que esperaba —Evelyn se puso pálida al recordarlo.

—Yo no tengo intención de hacerlo, simplemente le he dejado claro que lo que nazca será marqués de Battlefield, pero lo dije pensando únicamente en Marian que es la única perdedora de todo este enredo.

—Te olvidas de tu cuñada Helena.

No, no lo olvidaba, salvo que Helena no tenía hijos, y le había confesado que dudaba de que pudiera tenerlos.

—Si Helena tuviera un hijo varón, yo me sometería a la ley —respondió cansada—. Pero si tu hermano reclama como heredero a mi hijo, Marian se quedaría sin su herencia materna, sin hogar, y no puedo permitirlo. Lo que llevo en mi vientre puede ser conde de Dartmoor, pero no podrá serlo si tu hermano lo reclama como heredero.

William lo sintió en verdad por ella.

—Qué diferente sería si fuera hijo mío y no de mi hermano —le espetó

amargamente—. ¿Verdad? —Evelyn se dijo que eso simplificaría mucho las cosas—. Rayner es muy orgulloso, pero también justo —contestó el hombre.

—No era necesario solicitar ante la corona el derecho de sangre pues me ha colocado en una delicada situación.

—Ahora es la corona la que decidirá sobre el heredero —Evelyn iba a decir algo, pero William no se lo permitió—. Tienes una última opción.

—¿Última opción? —preguntó curiosa.

—Fugarnos y casarnos en Gretna Green.

Esa posibilidad la tentaba realmente.

—¡Está loco! —exclamó ella.

William negó con la cabeza.

—Te estoy ofreciendo una salida.

—Debe de existir otro medio.

—No, no lo hay —William la miró con un extraño brillo en sus ojos, y después dijo—. Podías haber prescindido de los ojos tapados y del silencio, y ahora no estarías metida en este lío.

Ella se ruborizó intensamente.

—Tengo que hacerlo entrar en razón.

—Rayner no cederá, lo conozco, no hay un hombre en toda Inglaterra tan obtuso y terco como él.

—Pues es hora de que alguien lo baje de esa nube de arrogancia.

—Mi padre también está presionando a la corona para que medie.

Evelyn apretó los labios con furia. Al paso que iban, todo Sheffield sabría que ella estaba encinta del heredero de Letterston más pronto de lo que deseaba. Su intención había sido retirarse al campo, tener a su hijo, y vivir en paz.

—Yo misma iré a convencerlo de que deponga esa pretensión.

—Mi hermano sufrió lo indecible por ese niño que no llegó a nacer. Se ha sentido terriblemente culpable e impotente. Ha pagado un alto precio emocional.

—¿Lo defiendes? —preguntó confusa—. Porque defenderlo a él significa perjudicarme a mí.

—Lo comprendo, no es lo mismo.

—¿Y cómo puedo convencerlo de que su pretensión perjudica gravemente a mi hija Marian? —lo había dicho pensativa.

—Con un buen matrimonio.

Evelyn estalló:

—¡Pero no es justo! Marian es hija de marqués y nieta de conde, ¿cómo puede quedarse sin nada? Perderá no solo Battlefield, también Dartmoor.

William se mantuvo en silencio. Esperaba a que ella se calmara. Evelyn retomó la palabra:

—¿Qué puedo hacer? —preguntó para sí misma.

—Decirle a la corona que el hijo que esperas es mío y no del heredero de Letterston —ella lo miró confusa—. Sería tu palabra y la mía contra la de él.

Evelyn soltó un suspiro largo. La sugerencia de William no era tan descabellada, pero ella no podía hacerle algo así a su propio hijo, tampoco al padre, sobre todo porque Rayner no le era para nada indiferente.

—Tengo que elegir: o me quemo en las brasas por él o me frío en la sartén por ti. Es increíble.

William la interrumpió:

—¿Me estás rechazando otra vez?

—No de la manera que imaginas, pero aceptarte significaría hacerte desgraciado, y te mereces una mujer que te ame, te ame de verdad —le dijo sincera.

Él la miró con intensidad antes de responderle.

—Soy un hombre de principios, un caballero, y te he dado la solución a tu problema.

—Pero no sería justo para ti tener que aceptar y criar a tu sobrino como tu hijo —le replicó—, tampoco para Rayner —Evelyn calló un momento—. Tu hermano solo tiene que aceptar que mi hijo no sea su heredero, y entonces nos entenderemos.

—Pero es que lo es —dijo William.

La mujer giró el rostro hacia la ventana. Se quedó mirando la luz que entraba por ella, y después respiró.

—De todos los hombres de Inglaterra, seduzco al menos indicado.

—¿Te sientes atraída por él? —William hizo la pregunta muy suavemente. Evelyn lo miró entrecerrando los ojos.

—Es un hombre muy apuesto —respondió concisa—. Sería muy fácil enamorarse, pero ante todo debo pensar en Marian —Evelyn se quedó pensativa un momento y, después, concluyó—. Su futuro me importa mucho más que las necesidades de tu hermano o las mías.

—Pero ya no puedes hablar por ti sola.

—Por eso estoy en este embrollo, porque no puedo hablar por mí sola sino por mi hija.

—Mi hermano es una buena persona.

Lo miró repentinamente seria.

—Nunca he dudado de la calidad de Rayner como persona.

—¿Y como amante? —esta vez sí lo miró con censura.

—No bromees con algo así. —Evelyn calló un momento—. Me hieren tus palabras porque sabes que nunca pretendí herirte.

—Todavía estoy dolido de que me confundieras con él, que lo besaras, y que no supieras que no era yo.

Evelyn pensó que William tenía también sus motivos para estar molesto. Habían hablado largo y tendido sobre lo sucedido. Él, la había perdonado, y quería ayudarla, pero su forma de hacerlo lo complicaría todo mucho más. ¿De verdad creía William que su hermano iba a quedarse de brazos cruzados si ella aceptaba casarse con él?

Evelyn solo tenía una meta, que Rayner aceptara sus términos sobre el hijo que venía en camino.

Finalmente la corona se había posicionado.

Si ella fuese una simple doncella y Rayner un hombre cualquiera, todo sería mucho más fácil, pero ambos pertenecían a la aristocracia, y tanto la casa Letterston como la casa Battlefield y Dartmoor, eran muy importantes y tenían mucho peso en el reino.

Evelyn era consciente que el duque de Letterston había usado su poder e influencia para posicionar a la corona a favor de ellos. Ella era viuda, sin hijo varón que heredara el marquesado de Battlefield, y con una reputación que jugaba en su contra aunque no fuera cierta. Y las opciones que tenía eran muy pocas. Había sido citada en Pembroke House, allí estaría un representante de la corona y Rayner, pensó que también estaría el duque y quizás la duquesa viuda. Evelyn había cuidado su aspecto: llevaba puesto un vestido azul marino apenas sin escote, moño bajo, y un chal de encaje blanco que cubría sus hombros. Había llegado temprano a la cita, pero no llevaba ni dos segundos sentada en el amplio despacho cuando la puerta se abrió y Rayner cruzó por ella. Evelyn no se levantó; continuó sentada con el rostro serio y decidido. Rayner la estudió de pies a cabeza con gran interés, y le ofreció la sonrisa que tanto admiraba ella, y que en ese momento le produjo un cierto desagrado.

—Lady Warren, cada día estás más hermosa.

Evelyn no pudo callarse:

—¡Le dijo el zorro a la gallina antes de morderle en el cuello y devorarla!

A Rayner se le borró la sonrisa. Tomó asiento y esperó que ella comenzara primero por cortesía. Evelyn tenía los nervios a flor de piel, se sentía ligeramente mareada y el nudo en su estómago le impedía tragar con normalidad, y se dedicó a observar todo lo que había sobre la mesa: varias hojas en blanco con el sello ducal. Un tintero, varias plumas...

Como ella continuaba callada, Rayner decidió romper el silencio.

—He pedido que primero tengamos una charla en privado —ella se lo agradeció—. Si llegamos a un acuerdo satisfactorio para el ducado de Letterston, no será necesario que la corona medie en esta disputa.

—Confío que lleguemos a un entendimiento común —dijo ella—. Apelo a tu caballerosidad y generosidad.

—El emisario de la corona se encuentra en la biblioteca con mi padre disfrutando de un buen coñac mientras tú y yo tratamos de llegar a un acuerdo.

Rayner se apoyó en el respaldo de la silla sin dejar de mirarla, y se pasó los dedos por la mejilla.

—¿Tratas de coaccionarme con esa información?

Fijó los ojos en el vientre de ella ligeramente pronunciado, y no escondió un brillo de deseo que ella entendió a la perfección.

—Parece que no te has dado cuenta de que tengo todos los ases de la baraja.

Evelyn apretó los labios con enojo.

—No voy a negociar nada contigo que perjudique a mi hija Marian. Ya lo había soltado.

—Jamás haría nada que la perjudicara —aceptó.

—Aceptaré ante la corona que eres el padre del hijo que espero y...

Él la interrumpió.

—Y aceptarás ser mi esposa.

—¡No! —fue la abrumadora respuesta.

—¿Por qué no? —le costaba aceptar su reticencia.

Rayner se recostó en el respaldo de la silla y le ofreció una sonrisa calculada que dejó al descubierto sus perfectos y alineados dientes.

—Porque no deseo casarme de nuevo —fue su sencilla respuesta.

Rayner apenas controlaba la frustración que su terquedad le provocaba.

—Quiero que nuestro hijo sea legítimo —Evelyn se encogió levemente

por la firmeza de su tono—. Sin la protección del matrimonio será siempre un bastardo.

—Pero heredero de... —él, volvió a interrumpirla:

—No deseo bajo ningún concepto que mi hijo crezca sin mi absoluta supervisión. Lo educaré desde su nacimiento, por eso tendrás que casarte conmigo.

La había dejado perpleja.

—¿Prefieres un matrimonio conmigo, aunque te deteste? —Rayner cruzó una pierna sobre la otra con clara despreocupación.

—Sabes perfectamente que no me detestas, y que entre nosotros hay mucho más que deseo.

Esa era una verdad innegable, pero Evelyn debía velar por el futuro de su hija.

—Rayner, no puedo casarme contigo. —Evelyn trató de que su tono fuese conciliador.

—No tienes más opción —le respondió él, altanero.

—Solo estoy pensando en Marian, en lo desfavorecida que saldrá de todo esto si acepto ser tu esposa. Pareces no entender que si protejo a un hijo perjudicaré al otro.

Rayner tensó la mandíbula ante sus palabras.

—¡Acepta ser mi esposa y yo me ocuparé de que a Marian no le falte de nada en el futuro! —Evelyn cerró los ojos un instante para tratar de buscar las palabras que lo calmasen:

—Debo seguir siendo lady Warren para que mi hija tenga el futuro que se merece como hija de Michael Warren, marqués de Battlefield —Rayner inspiró antes de contestar—. Mi negativa a aceptarte tiene fundamento, no es un mero capricho, de verdad.

—Te deseo, Evelyn, sé que me deseas, vamos a tener un hijo, vas a ser mi esposa sí o sí —le advirtió.

Ella sentía ganas de llorar, pero no lo conmovió.

—Entonces ya no tengo nada más que decirte.

Las palabras de ella no lo amilanaron. Rayner sacó de una lujosa cartera de cuero unos folios que le lanzó por encima de la mesa con la fuerza necesaria para que quedaran frente a ella. La instó a que los leyera. Evelyn lo hizo renuente y comenzó a leer el contenido. Su sorpresa fue enorme. Tenía en sus manos un título nobiliario menor a favor de su hija. Marian podía ser baronesa de Little Ribston si ella aceptaba convertirse en lady Dankworth.

—¿Es esto cierto?

—Sí —contestó él sin dejar de mirarla—. La baronía de Little Ribston pertenece a un antiguo feudo de mi familia materna. Lo hablé con mi padre, y está dispuesto a entregárselo a tu hija como compensación por todo lo que perderá. La corona también lo acepta pues es consciente de que tu hija saldrá desfavorecida si te casas conmigo.

—Estoy sin palabras.

—Podrás acusarme de muchas cosas, Evelyn, pero no de querer perjudicaros —Evelyn estaba emocionada—. Entonces, ¿hemos llegado a un acuerdo?

Ella lo miró con bastante alivio. Le había horrorizado el futuro de Marian, pero siendo baronesa con derecho propio y protegida por la corona, su bienestar estaba asegurado tanto si se casaba con un buen partido o por amor.

—Tenemos un acuerdo —respondió aunque contenida.

—Nuestra boda se celebrará mañana, aquí, en la capilla de Pembroke House, y oficiará nuestra boda el párroco de Wheterby —ella seguía en la misma posición anonadada.

—Eso es demasiado pronto —seguía aturdida.

Rayner sonrió con benevolencia.

—Me encargué de todos los trámites semanas atrás.

La mujer entrecerró los ojos pensativa. Desde luego que Rayner no había perdido el tiempo.

—Bien, yo he aceptado tu acuerdo, ahora debes aceptar el mío —la miró a los ojos con curiosidad.

Evelyn tomó un papel en blanco, y, tomando la pluma que mojó en el tintero, comenzó a escribir de forma pulcra. No le hizo falta escribir mucho, cuando terminó, estampó su firma y le pasó la hoja a Rayner que leyó las primeras líneas con recelo, cuando hubo acabado, alzó sus ojos para mirarla absolutamente estupefacto.

—Esta es mi condición para acceder a casarme contigo —le informó ella.

Evelyn podía esperar cualquier reacción por parte de Rayner. Sin embargo, el escrutinio concienzudo que hizo del contrato que ella le entregó, la dejó temblando como una hoja, y expectante, como si una ráfaga pudiera arrancarla de la estancia como la hoja de un árbol.

—No hablas en serio.

Evelyn asintió con la cabeza.

—Tengo que dejar protegidos a mis hijos en caso de infidelidad o de divorcio.

Ella pedía un acuerdo de sesenta mil libras al año en caso de que él le fuera infiel, o solicitara el divorcio.

—Es una suma muy elevada.

—Al casarme contigo pierdo no solo las propiedades que regresarán a la familia de mi esposo, también me quedo sin la renta anual como marquesa viuda de Battlefield, y la experiencia me ha enseñado que los hombres, sobre todo los hombres como tú, no sois de fiar.

—Te bastará mi palabra.

Evelyn negó con la cabeza.

—Las palabras suele llevárselas el viento, y hoy se ha movido una brisa molesta aquí —le respondió sarcástica—. Pero soy magnánima, en caso de divorcio renunciaré a mis privilegios como duquesa, pero no a la renta de sesenta mil libras.

Rayner la taladró con sus ojos tan intensamente, que Evelyn comenzó a ponerse nerviosa. Le sostuvo la mirada con tesón, sabía que Rayner iba a capitular, pero esa certeza no impidió que un cierto sentimiento de arrepentimiento asomara. Trató de borrarlo de inmediato. Cuando la miraba así, con ese ceño fruncido, su estómago subía hasta su garganta y le provocaba un deseo que la desconcertaba. Con movimientos lentos y concisos, Rayner sujetó la pluma y la mojó en el tintero, firmó con elegante caligrafía en el lugar requerido.

—Esto solo es un borrador —le indicó ella.

—Me encargaré de que un abogado lo redacte correctamente y lo firmaré.

—Confío en ti —respondió sin un parpadeo.

—Bien.

Evelyn alzó los hombros en un gesto despreocupado e hizo amago de levantarse. Rayner le sonrió calculador.

—Por favor no te vistas de blanco —dijo con ironía.

La mujer cerró los ojos, y juró que iba a hacer de su vida un infierno.

CAPÍTULO 23

Evelyn miró brevemente su ropa, y maldijo otra vez su impetuosidad. Había estado toda la noche pensando: los dos habían llegado a un acuerdo justo, y Rayner se había mostrado muy generoso, pero ella no quería casarse, y se veía obligada, por ese motivo las ganas del desquite eran tremendas, pero la venganza se servía fría, o eso se dijo.

Pero ese día iba a ser muy triste para ella, su hija se había negado rotundamente asistir a la boda. Cuando ella le había explicado el motivo por el que debía casarse, Marian había roto a llorar escandalizada. Evelyn había olvidado la edad que tenía, y lo susceptible que podía ser una joven de su edad. Se sintió terriblemente culpable porque nunca le había mencionado que estaba interesada en alguien, y por eso aceptó que no asistiera a su boda.

Observó de nuevo su atuendo: el vaporoso vestido negro le sentaba genial. Había pensado vestir de blanco, pero se impuso las ganas de borrarle la sonrisa a Rayner cuando la viera caminar hacia él. Cuando el carruaje la dejó en la fachada principal de Pembroke House, sus ojos se entrecerraron ante el gentío que había allí congregado. Evelyn volvió los ojos a su cuñada que la miraba con cierta ansiedad mal disimulada, la mujer le apretó la mano en un gesto de cariño.

—Haces lo correcto.

Evelyn alzó una ceja interrogante. ¿Cuándo Rayner había conquistado a su cuñada en su beneficio?

—Llegas puntual —las palabras de William le hicieron volver la cabeza.

—¿Qué haces aquí? —la pregunta le salió como un graznido.

William la miraba sonriente, con un brillo de calidez que la conmovió. Se había portado con ella genial. Se habían perdonado mutuamente, y ella le había cogido verdadero afecto.

—Vivo aquí —le recordó—. Como no me has permitido ser el novio que te espera, he decidido ser el amigo incondicional que te lleve al altar —ella le sonrió con candor—. Además, no tienes padrino —ella lo miró avergonzada.

Era cierto, no tenía padre, ni hermano, ni tío. Helena era la única amiga verdadera que tenía, y su marido no había querido asistir a la boda, había hecho apoyo común con su hija Marian. Los decían estar escandalizados.

—Imaginaba que no lo habías previsto —le dijo William.

—¿Él, sí lo ha hecho? —preguntó con acritud.

—¡Te va a sorprender mucho! Mi hermano Rayner es la planificación personificada —contestó con humor.

Evelyn alzó los ojos al cielo y comprobó que el sol había decidido por sí mismo brillar ese día. ¿Acaso el clima no podía estar de su parte y lanzar rayos que dejaran a todos temblando?

La pequeña capilla estaba abarrotada, y Evelyn se detuvo justo en la puerta con la duda pintada en el rostro. William le susurró unas palabras al oído que la reconfortaron, algo así como echar a correr, pillar el primer carruaje, luego un barco que los llevara muy lejos. William tomó la mano que ella, y la puso sobre su brazo izquierdo. La mujer le agradeció el gesto con una sonrisa.

Cuando ambos enfilaron el largo pasillo con Helena delante de ambos para actuar de improvisada dama de honor, los ojos de Evelyn brillaron con determinación, y cuando divisaron a lady Cowbridge y otras damas a las que consideraba amigas, sintió ganas de llorar. ¿Cómo habían sabido ellas que se casaba? El corazón le dio un vuelco inesperado dentro del pecho. La familia de él se encontraba situada en los bancos de la derecha.

William la iba dirigiendo con pasos lentos cuando comenzó a sonar una melodía nupcial que terminó por descolocarla completamente. Sentía ganas de gritar: ¿con qué derecho había planeado Rayner todo sin consultarle? Al llegar justo al lado del lugar en el que la esperaba él, William se hizo a un lado y su cuñada le ofreció un bello ramo de novia que ella había obviado a propósito.

No podía mirarlo: si lo hacía, su decisión se iría al traste y saldría huyendo de allí. Apenas escuchaba las palabras que les estaba diciendo el párroco. Trató de prestar atención a sus palabras, y, cuando comprendió que le estaba pidiendo su aprobación, soltó un escueto "sí". La respuesta de él fue enérgica y contundente. Se quedó inmóvil cuando Rayner le colocó el pesado anillo de los Letterston en el dedo de la mano. Pensó que con eso se terminaba el consabido ritual, pero él le tenía reservada una sorpresa más: le rodeó la cintura con un brazo, la acercó hacia él y le sostuvo la barbilla. El beso lento y dulce le provocó un deseo arrebatador, pero mantuvo la compostura con todo el autocontrol que pudo.

Oía las diferentes felicitaciones y les dio las gracias que se merecían. Rayner la sujetó por la cintura y ya no la soltó: marcaba, de ese modo, su posesión sobre ella.

Evelyn supo que le esperaba una dura lucha de voluntades.

El improvisado banquete había sido organizado en el precioso y enorme

jardín trasero de Pembroke House. Evelyn se dejó guiar sin una protesta. La mesa nupcial solo tenía dos asientos y presidía la zona privilegiada del bonito jardín. El sofisticado menú elegido por Rayner no decepcionó a ninguno de los invitados. Se dejó servir por su esposo, y con más nervios que hambre, se dedicó a jugar con la comida.

—Estás de enhorabuena no de pésame, lady Dankworth, aunque te hayas vestido para un entierro y no para tu boda —le dijo con mirada seca.

Ella giró el rostro hacia Rayner que la miraba con interés.

—La verdad es que no he pensado lo que iba a ponerme —fue su lacónica respuesta.

Él no la creyó en absoluto.

—Al menos muestra un poco de interés.

A Evelyn le importaba bien poco ese detalle.

—Todo esto me parece fuera de lugar —le replicó cansada.

—Nuestro hijo querrá disfrutar la felicidad de sus padres en este día tan memorable, por ese motivo he contratado a un dibujante, para que no deje sin retratar ningún detalle de este hermoso momento.

Ella no sabía qué pensar. De haber esperado una boda íntima, se había encontrado con una fastuosa.

—Pensé que nuestro acuerdo tenía implícita una boda íntima, y no está opereta.

Rayner alzó su copa de vino y bebió antes de preguntarle:

—¿Acuerdo?

—Nuestro trato —Evelyn no tenía ganas de discutir.

—Yo lo llamo unión legal entre un hombre y una mujer.

Ella no pudo contenerse:

—¿De enamorados? —Rayner bajó sus ojos grises hacia ella ante la impertinente pregunta:

—De personas que se profesan un sentimiento mutuo de excitación que las lleva a cortejar o expresar ese sentimiento mediante una promesa.

—¡Había olvidado tu facilidad de palabra!

Rayner le ofreció una sonrisa que ella no valoró, no podía hacerlo en ese momento en el que se sentía desamparada.

—Toda esta opereta como tú la llamas no ha sido orquestada en tu honor, puedes quedarte tranquila.

—¿En honor a quién, entonces?

Rayner la observó atentamente.

—Nuestro hijo tendrá una infancia normal, una familia normal, y un montón de dibujos con todo su esnobismo para poder disfrutarlos.

Evelyn se mordió el labio.

—¿Por qué es tan importante para ti? —Rayner obvió la pregunta y siguió adelante, contándole sus planes.

—¿Por qué no ha venido tu hija a nuestras boda?

Ella ni comía ni dejaba de pensar. Tamborileaba los dedos en el blanco mantel.

—Porque no está de acuerdo, ¿te extraña? —le preguntó enfadada—. No lleva bien que ahora dirijan mis pasos y lo suyos. Tiene que acostumbrarse.

—Tendrá que aceptar que ahora eres, lady Dankworth.

Cada vez que le decía su nuevo título, le rechinaban los dientes. Evelyn se hizo una promesa de aguantar hasta que finalizase el banquete, pero ni un segundo más.

—Estás colocándome en una situación difícil si pretendes que la obligue a aceptarte.

—He prometido protegerte —le recordó los votos—. Sonríe, nos están dibujando.

«¡Qué cansada estoy!», pensó abatida. Evelyn no creyó en ningún momento que se debía al embarazo. El banquete se le hizo interminable, la despedida de los invitados más, y el continuo escudriñamiento de su cuñada había terminado por crisparle los nervios.

Le había asegurado por activa y por pasiva que no se casaría con Rayner Dankworth, y hacía todo lo contrario.

—Todo se solucionará —le dijo Helena poco después—, y tráeme algún recuerdo de Escocia —le dijo al oído.

Evelyn parpadeó con sorpresa. ¿Cómo sabía adónde iba si no lo sabía ella misma? ¿Escocia? ¿Cuándo lo habría decidido él? ¿Por qué no le había consultado? Se sentía estúpida: Rayner hacía todo a voluntad.

Los invitados se despedían y ella sonreía forzosamente. Le dolía la mandíbula de tanto mantener la mueca vacía que los otros podían apreciar como una sonrisa. Rayner la iba dirigiendo hacia la salida de la casa. Cuando vio el carruaje ducal que los esperaba, lo miró atónita.

—¿No puedo cambiarme de vestuario?

—Ya lo harás cuando lleguemos a Catlodgen.

Ella ignoraba que era una extensa propiedad de los Dankworth en el norte de Escocia. Evelyn seguía mirando a su cuñada que demostraba una felicidad

que ella no lograba entender: ¿qué les había contado él para que Helena participaran en esa pantomima? ¿Por qué se mostraba serena? ¿Cuándo se había decidido todo? Los invitados los despedían con las manos alzadas; ella apenas había dicho una palabra desde el postre.

—¿Adónde me llevas? —preguntó.

—A Escocia —le respondió y se corrigió en el acto—. Pero antes haremos un alto en la cabaña del bosque. Tengo que recoger algo.

—¿Y luego?

—El carruaje nos llevara hasta Edimburgo donde haremos noche, y después continuaremos hasta Catlodgen.

—Te has tomado muchas molestias —lo criticó con ironía.

—Todo estaba preparado desde hace varias semanas.

Evelyn tenía que haberlo imaginado.

—¡Qué seguro estabas de que te aceptaría!

El tono con que lo dijo dejaba en claro que se sentía manipulada. Rayner bajó los ojos hacia ella y le mostró un amago de sonrisa.

—Estás muy hermosa, incluso de negro, pero pienso quemar todos los vestidos que tengas de ese color.

Evelyn sintió ganas de golpearlo: había aprendido, de la forma más amarga, que él podía manipularla a voluntad para que hiciese lo que pretendía. Solo le bastaba un comentario para hacerla reaccionar.

—No siempre te va a resultar todo tan fácil —respondió seca—. Y me encanta el negro.

Él sabía que no era cierto. En todas las veces que habían coincidido en fiestas y eventos, ella se había vestido con explosiones de color, por ese motivo había entendido la indirecta al vestirse de negro para su boda.

—No pienso discutir contigo.

Evelyn chasqueó la lengua con fastidio, y Rayner aprovechó para ayudarla a introducirse en el carruaje. A ella todos esos gestos de galantería le molestaban enormemente.

—¡No soy una inválida! —protestó enérgica.

—Eres mi responsabilidad. Me preocupa tu comodidad.

Rayner se sentó a su lado, muy pegado a ella. Evelyn respiró profundo porque le esperaba unos tiempos muy complicados.

CAPÍTULO 24

Era la primera vez que veía la cabaña de él que también era la casa de invitados. Para ser Pembroke House una propiedad tan extensa, la cabaña era muy pequeña, aunque muy cómoda pues tenía de todo, de todo salvo servicio. Evelyn iba a entrar por sí misma cuando Rayner la cogió entre sus brazos y cruzó el umbral con ella. Un minuto después la dejó en el suelo en el interior del salón. Ella no sabía qué hacer con las manos ni con la vergüenza que sentía. Evelyn miró a su alrededor y le pudo la curiosidad: comenzó a indagar estancia por estancia. La cabaña tenía un total de cuatro dormitorios, una amplia cocina pegada al patio. Había un total de dos baños. Las paredes estaban empapeladas de un gris perla suave que se veía realzado por los muebles de cerezo. Las alfombras grandes y mullidas le parecieron soberbias.

—Es muy cómoda —le dijo sincera.

Rayner la miró con una media sonrisa en la boca, y con el hombro apoyado en el marco de la puerta. La observó con detenimiento: estaba preciosa examinándolo todo. El corazón se le encogió dolorosamente.

—Podrás hacer algunos cambios cuando regresemos.

Evelyn apretó los labios tras el comentario.

—¡No pienso vivir aquí! —dijo espantada—. Es muy pequeña para una familia que pronto tendrá cuatro miembros. Además, soy una dama y necesito servicio.

Rayner no se inmutó.

—Es lo suficientemente grande para vivir los cuatro con comodidad hasta que reforme Barnsley Park. Espero que esté habilitada para cuando regresemos.

Evelyn se tensó.

—¿No viviremos en Pembroke House?

Rayner hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No pienso vivir en la misma casa que Simone.

Ella entendió. Simone había sido su amante, su prometida, y ahora su madrastra. Evelyn tampoco quería vivir cerca de ella.

—Podemos vivir en Battlefield —le dijo seria—. A Helena no le molestará.

Rayner se había propuesto hacerle olvidar a su esposo, su anterior matrimonio, y para lograrlo tenía que alejarla de todo lo que le recordara a

Michael Warren.

—Barnsley Park es una preciosa propiedad muy cerca de Sheffield, y podrás decorarla a tu gusto.

Ella se quedó pensativa.

—Ya veremos qué hacemos a la vuelta.

Rayner siguió mirándola sin perder la sonrisa.

—Me gusta cuando me incluyes en tus planes.

Evelyn cerró la boca y lo miró con una advertencia al comprender el doble sentido de sus palabras. Ese demonio de Rayner era demasiado guapo: embriagaba sus sentidos.

—¡Ni te imaginas los planes que tengo para ti!

Rayner aceptó las palabras de ella como una invitación. Se fue acercando y Evelyn comenzó a retroceder al mismo tiempo. Se le notaba la alarma reflejada en los ojos. Estar cerca de él era sumamente peligroso para su estabilidad emocional.

—¡No te acerques más!

Rayner desoyó sus palabras. Evelyn alzó una mano que se quedó pegada al pecho de él involuntariamente cuando alcanzó la distancia que lo mantenía separado de ella.

—¡No te haces ni una idea de lo loco que me vuelves! —Evelyn intentaba con la palma de su mano mantenerlo a distancia, pero no lo conseguía.

—Tenemos que hablar seriamente.

Rayner comenzó a intimidarla con su altura.

—Soy capaz de hacer dos cosas al mismo tiempo.

Ella ya no podía retroceder más, su espalda había llegado a la pared.

—¡Entonces eres único en tu género!

—Es lo primero que me sedujo de ti: tus respuestas rápidas —dijo él divertido.

Evelyn no pudo callarse:

—¡Y yo gastando libras en un carruaje de alquiler para seducir! —no podía parar las manos de él que se movían por todo su cuerpo, quemándola.

—¡Basta! ¡No puedo pensar!

Rayner le mostró una sonrisa depredadora.

—¡No quiero que pienses, solo que sientas! —le dijo con una voz pesada, grave.

La boca de él se deslizaba por su cuello buscando el lóbulo de su oreja, mientras su mano subía por la espalda hasta encontrar la base de su nuca.

Evelyn echó la cabeza hacia atrás para permitirle de forma inconsciente el acceso a su cuello. Rayner aprovechó al máximo la oferta de ella y siguió en su exploración. Sus besos eran deliciosos.

—Tengo que hacerte una advertencia —soltó Evelyn entre gemidos.

—La advertencia ya te la hice yo —respondió él muy creído de sí mismo.

—Si sigues intentando seducirme aquí de pie y de día —le costaba hablar: él le hacía perder el control—, te lo haré pagar muy caro. ¡Soy una dama no una vulgar mesonera!

Rayner separó la boca del cuello de ella y la miró sin comprender.

—Estoy deseando hacerte el amor... —afirmó aún aturdido por las sensaciones que le provocaba su perfume—, lady escándalo.

—No vuelvas a llamarme así —le ordenó.

Rayner se separó apenas unos centímetros para escudriñarla mejor. Evelyn estaba muy seria.

—Fuiste muy hábil manejando tus cartas. Eres un duro negociador —le dijo en un tono frío—. Pero necesito tiempo antes de compartir intimidad contigo. Tengo que acostumbrarme a estar casada de nuevo.

Las cejas de él se alzaron interrogantes, Evelyn se escabulló de sus brazos.

—No vas a impedir que te haga el amor ahora, y cada vez que lo desee.

—¿No vas a tener en cuenta mis sentimientos?

—No, te deseo, me deseas, y lo demás no importa.

Evelyn pensó la respuesta un momento:

—Estoy encinta, necesito tranquilidad.

—Vas a tener un hijo, no estás enferma...

Ella lo cortó.

—Por favor, Rayner, te lo ruego, concédeme al menos unos días hasta que me acostumbre a ti.

Rayner la miró excesivamente serio.

—Te deseo demasiado.

—Y yo que te cría un caballero —Evelyn negó nuevamente con la cabeza.

—Lo soy, pero eres mi esposa, y no pienso tolerar que me rechaces.

Ella suspiró profundamente.

—Me has ido llevando a tu terreno mediante la manipulación. Deberíamos concedernos un tiempo, ser amigos, antes de intimar.

Rayner cruzó los brazos en el pecho y adoptó una pose amenazadora.

—No quiero ser tu amigo sino tu amante —dijo él terco, como si no

hubiera comprendido lo que ella había dicho o como si no la hubiera escuchado,

Evelyn parpadeó suavemente. Ya sabía que él no cedería en ese asunto, pero lo que Rayner ignoraba era lo acostumbrada que estaba ella a tratar con caprichosos.

—¿Quieres un poco de té?

Rayner abrió la boca por la sorpresa cuando la vio dirigirse hacia la cocina y comenzar a abrir todos los armarios en busca de la infusión. La siguió como un perrito faldero.

—¿No puedes hablar en serio? ¿Quieres té y no hacer el amor?

—Apenas he comido en el banquete —hizo una pausa—. Y nuestro hijo tiene que alimentarse.

—¿Me estás utilizando? —ella se giró para mirarlo incrédula.

—Eres el rey de la manipulación, ni loca soñaría con estar a tu altura.

—Sabes que te deseo.

Evelyn encogió los hombros con indiferencia mientras ponía en una tetera el té. Luego alcanzó dos tazas de un estante superior: escogió para sí la que tenía una vaca pintada, la del sapo verde se la dejó para él. Al fin alzó el rostro y lo miró.

—Yo deseaba muchas cosas, y las has obviado en tu propio beneficio.

Rayner siguió mirándola con un ardor mal disimulado.

—No voy a ser tu amigo por más que te empeñes.

Evelyn le obsequió una de sus mejores sonrisas.

—Eres mi esposo, y los esposos esperan hasta que sus esposas están preparadas para tener intimidad —no dijo nada más.

Tomó la bandeja del té y se dirigió con pasos suaves hacia el salón. A mitad del pasillo se volvió para preguntarle.

—¿Me acompañas, lord Dankworth?

Rayner siguió parado. La miraba atónito, mientras ella le daba nuevamente la espalda y se dirigía con total libertad al salón. La siguió con la duda dibujada en el rostro.

Había minimizado el poder de respuesta de Evelyn. ¿En qué lugar del camino se había convertido la víctima en verdugo?

CAPÍTULO 25

¡Estaba agotado y frustrado! Le resultaba imposible seguirle el ritmo. ¿En qué demonios había pensado cuando valoró Escocia para la luna de miel? Volvió a mirarla entre la incredulidad y el fastidio: Evelyn estaba ruborizada y tenía el cabello revuelto. Bailaba con entusiasmo una danza escocesa. Imitaba los pasos con una chispa de diversión en sus ojos, mientras un descarado escocés de ojos inquisitivos, la miraba con un dejo de admiración que no ocultaba, y que a Rayner le resultó molesto. La deseaba con una intensidad que lo dejaba atónito. El esfuerzo que suponía estar a su lado y no acceder a ella, le estaba pasando factura. Apenas podía pegar un ojo sabiendo que Evelyn dormía plácidamente sin ninguna preocupación tan cerca de él y tan inalcanzable al mismo tiempo.

Estaba a punto de volverse loco.

—¡Ven, Rayner! ¡Prueba tú!

Él, negó con la cabeza de la misma forma que se había negado por completo a meterse en el agua helada del lago Loch Leven, como sugería la tradición. Cuando pensó en Escocia para su luna de miel, no creyó, en ningún momento, que iba a convertirse en una especie de maratón para verlo todo. Evelyn parecía incansable. Un momento más y su paciencia cruzaría un límite. Evelyn se había retirado del grupo que bailaba, y se acercó a él con una pregunta en los ojos.

—¿No te diviertes? —Rayner no negó ni asintió.

—Estoy cansado —le dijo serio.

En realidad estaba enfadado porque ella se divertía y lo ignoraba. Evelyn sonrió por el comentario.

—Solo nos queda un día y tenemos que aprovecharlo al máximo.

Rayner abrió los ojos. Estaba cansado, y, parte de ese cansancio, tenía que ver con la energía que le consumía su deseo: no poder canalizarlo, no poder hacerle el amor, lo dejaba más agotado que si lo hicieran a todas horas.

—No me gusta bailar, ni meterme en un lago helado —dijo un tanto resignado.

Evelyn no se ofendió: estaba tan llena de vida, y se sentía tan plena de entusiasmo que la crítica se la tomó casi en broma.

—Ignoraba que Escocia era tan bonita —dijo sincera—. Y me encantan los escoceses.

—Te recuerdo que esta noche y mañana me pertenecen —le dijo él.

Evelyn tomó a Rayner por la mano para incitarlo a moverse. Él, siguió clavado al suelo de la taberna.

—Nos quedan cosas por hacer y ver, y todavía no quiero regresar a Catlodgen —agregó.

Rayner negó otra vez con la cabeza.

—Necesitas descansar —respondió sin dejar de mirarla.

Evelyn hizo una mueca.

—Pero quiero ver los juegos —lo animó.

—¡No me interesa lo más mínimo esos juegos!

Evelyn lo miró desilusionada.

—Entonces nos veremos más tarde en Catlodgen —respondió resignada y girándose para marcharse.

Rayner percibió las ganas de volar sola que ella tenía, y le sujetó las alas con ternura, pero con determinación.

—¡Lady Dankworth! —la llamó. Ella se dio vuelta al oírlo—. Si crees por un instante que vas a despedirme como si fuera un mensajero, quiere decir que no me conoces. Deberías darte un descanso. Si no lo haces por ti, hazlo por el bebé —la amonestó, aunque con una voz demasiado suave.

—Pero yo quiero ver los juegos.

—Mereces un descanso, Evelyn. ¡Yo, merezco un descanso!

Evelyn se sintió un poco avergonzada porque él tenía razón. Rayner había mostrado una paciencia sorprendentes. ¡Y seguía siendo tan guapo! Sus huesos crujían cada vez que él la miraba de esa forma tan especial.

Rayner, al ver su rostro de desilusión, no pudo evitar decirle:

—¡Me disgusta que me ignores!

—No te ignoro —se justificó ella—. Es solo que no sé cuándo podré regresar de nuevo a Escocia.

Rayner alzó una ceja y agregó risueño:

—Si me tratas bien, te traeré tantas veces como desees.

Evelyn ignoró el doble sentido que proponía la última frase él.

Estaba comiéndose una pieza de fruta. Miró pensativa la lujosa estancia que tendrían que abandonar al día siguiente. Rayner se encontraba en una notaría haciendo gestiones importantes de las propiedades que tenían los Dankworth en Escocia.

Una sonrisa se dibujó en sus labios cuando recordó el rostro de Rayner al señalarle ella uno de los dormitorios para que durmiese los días que iban a estar en Catlodgen. Mantenerlo a distancia había sido mucho más difícil de lo que imaginaba, pero ella quería y necesitaba tiempo antes de dar el paso definitivo. Había estado muy enfadada porque no le había consultado nada sobre los preparativos de la boda, el viaje, etc. Y no pretendía que la vida en común fuese un cúmulo de reproches por no tomarla en cuenta. Evelyn había estado casada apenas unas semanas, Michael nunca había sido posesivo, ni celoso, tampoco controlador, todo lo contrario de Rayner que apenas podía dar un paso sin que la vigilara. No estaba acostumbrada a que la controlaran, y menos un hombre, pues al ser viuda la mayor parte de su vida, había podido disfrutar de una libertad que otras muchas mujeres apenas podían conocer. Pero Rayner había hecho honor a su palabra, y, tras darle las buenas noches, se había retirado a su alcoba sin ninguna protesta al respecto. Esto se había repetido cada una de las seis noches que habían pasado juntos en Escocia.

Evelyn soltó un suspiro largo.

Qué cara le estaba resultando mantener su determinación: su cuerpo traidor y ansioso lo seguía deseando cada segundo del día. Recordaba de forma nítida el modo en que la había besado hasta casi consumirla, la había acariciado incendiando cada poro de su piel. Trataba de mostrarle que no podía tomar decisiones por ella, que tenía voz propia, sabía que si cedía en ese punto, su batalla habría acabado. Evelyn necesitaba, de momento, ese dominio sobre la relación.

Pero era tan atractivo. ¿Por qué la desarmaba esa mirada anhelante que no ocultaba nunca, y que la seguía a todas partes? Sentía ganas de gritar anunciando su rendición, pero esa debilidad podía costarle cara en el futuro, cuando ya no pudiese controlar ningún aspecto de su relación con él.

¡Maldita su suerte!

Terminó de comerse la fruta y decidió que ya era hora de comenzar a prepararse para la cena. Acababa de darse un baño, estaba desnuda bajo la bata de seda rosa. Escuchaba a la doncella que le preparaba el precioso vestido que llevaría y los acompañamientos. Miró la jarra de hidromiel sobre la mesa auxiliar. Ella nunca había probado esa bebida. Rayner tampoco la tomaba, pero el servicio siempre dejaba una jarra y dos copas cada noche. Sentía curiosidad por conocer su sabor, existía tantas costumbres diferentes en Escocia, que ella estaba encantada de comenzar a conocerlas. Decidida vertió un poco de hidromiel en una de las copas, y tomó un sorbo. Estaba muy buena,

se le antojó miel especiada, decidió servirse una copa entera y se la tomó con gran deleite. El sabor la maravilló, y se dijo que iba a pedirle a Rayner que le consiguiera un barril para llevar a Inglaterra. Percibió el sabor dulce que se le pegaba a los labios y se relamió feliz. A Evelyn no le gustaba los haggis, pero la hidromiel estaba deliciosa. Se sirvió otra copa, y cuando ya se había bebido la mitad, se notó ligera y de buen humor.

En ese momento le gustaría que él estuviese con ella. Que los dos disfrutaran de ese momento íntimo. Apuró la segunda copa y, cuando iba a llenarse una tercera, lo pensó mejor. Se preguntó por qué motivo Rayner tardaba tanto en regresar a la casa. Y rio, estaba deseando que volviera porque lo deseaba hasta un punto inconcebible, con unas ansias que la devoraban, pero estaba presa de sus palabras. Debía respetar la súplica que le había hecho, por más ridículo que le resultara en ese momento.

—No deberías emborracharte.

Evelyn miró la copa vacía que sostenía y arrugó el ceño.

—Es un refresco de miel, no lleva alcohol.

Rayner estaba parado en el umbral de la puerta, y la miraba de forma penetrante. Ella, ni lo había oído llegar, ni lo había escuchado despedir a la doncella. Estaba serio, y la irritó su actitud: él nunca sugería, sino que ordenaba.

—Está muy bueno —le dijo con ojos brillantes.

—¿Nunca lo habías probado?

Ella negó con la cabeza. Rayner siguió mirándola. Evelyn trató de demostrarle que había bebido muy poco, pero cuando trató de levantarse, sufrió un ligero mareo que le arrancó una carcajada por lo absurdo de la situación.

«Pues no es una simple bebida de miel», se dijo así misma.

—Mientras lo bebía, no percibí el sabor del alcohol —se excusó un tanto avergonzada.

Si él continuaba mirándola así, no iba a poder contenerse más, e iba a arrojarse a su cuello para besarlo y acariciarlo.

—Solo he bebido dos copas —se justificó.

Rayner llegó hasta ella para ayudarla a mantener el equilibrio. La bata de seda se le había abierto por el cuello, lo que hizo que Rayner tuviera una visión perfecta de uno de sus pechos. Desvió la mirada: debía hacerlo, de lo contrario, no podría evitar arrojarse a la cama y hacerle el amor. Contra todo pronóstico, Evelyn no dijo nada cuando Rayner le puso las manos en la cintura

y le aseguró el cinturón antes de acercarla hacia sí.

La miró con intensidad; ella le sostuvo la mirada sin pestañear.

—Eres muy atractivo, lord Dankworth.

Rayner la iba llevando hacia la cama mientras le contestaba con calma:

—Eso ya me lo has dicho.

Evelyn no lo escuchaba.

—Eres tan hermoso, bello y cariñoso, como Rudolph.

Rayner alzó las cejas curioso.

—¿Rudolph? —preguntó.

—El gato de mi hija, aunque ya no vive con nosotros. Marian resultó ser alérgica a su pelaje, y Helena lo adoptó —comentó pausadamente: la lengua se le enredaba.

—¡No sabes cuánto me alegra que me compares con el gato de Helena!

Evelyn no entendió el sarcasmo. Ella no se lo había dicho para enojarlo, simplemente, le había dado ternura su actitud contenedora y asoció esa ternura al cariño que Rudolph demostraba. Se había criado en Battlefield desde que era un cachorrillo. Evelyn se sentía con el ánimo ligero, y tenía ganas de bromear.

—Te mereces un beso —Rayner la miró durante un instante tan largo que Evelyn dudó—. Un beso de gratitud por ser tan buen caballero —siguió ella. Rayner evaluó las palabras que había escuchado: había esperado tanto ese momento.

—¡Guárdate tu gratitud, no la necesito! —dijo fingiendo estar enojado.

Ella no se esperaba esa respuesta seca. Pese a todo, le rodeó el cuello con los brazos.

—Eres muy alto —continuó ella—. Acabo de darme cuenta de que me gustan los hombres altos.

Evelyn se había puesto de puntillas, Rayner se acercó a ella.

—¡Estás jugando con fuego, lady Dankworth!

El aviso llegó demasiado tarde, cuando ambas bocas se encontraron, perdieron la capacidad de razonar: los labios de Evelyn sabían a fruta y a hidromiel. Beber de ella resultaba embriagador. Rayner comenzó una danza con su lengua explorando, delineando la suavidad de su forma. Evelyn gimió ante las sensaciones maravillosas que él lograba transmitirle. Su fuerza la estaba mareando todavía más. Rayner la iba inclinando hacia atrás sin separar la boca de sus labios. Había descendido un brazo que cerró con posesión en la cintura de ella. Con la otra le sujetó el mentón a su requerimiento. Evelyn se

sentía completamente segura en sus brazos y se abandonó a las caricias que tan magistralmente la recorrían. Se sentía extrañamente impotente y a la vez viva entre los fuertes brazos que la sujetaban, fue entonces cuando notó el cambio de actitud de él.

—No sé si eres tú o la hidromiel lo que me hace sentir todo esto —farfulló.

Rayner no dejaba su cuello.

—Primero me comparas con un gato, y ahora infravaloras mi capacidad de seducción por la hidromiel.

Evelyn rio con voz cantarina mientras sentía las diversas emociones que la lengua de él le imprimían en la piel. La sentía como si fuera un sendero de lava candente. Y Rayner la besó más profundamente abriendo sus labios con su avasalladora lengua y reclamando una respuesta que ella no pudo ni quiso negarle. Las manos de él ascendieron por el cuerpo femenino y acarició los pechos de ella sobre la línea de su escote hasta llegar al cuello para luego recorrer el camino en el sentido contrario. Ella extendió la mano y sujetándole del pelo lo acercó más a sus labios, cuando lo logró, lanzó un gemido de triunfo. Una sensación cálida se instaló en su vientre, y una conocida humedad empapó su sexo. Apretó las piernas y volvió a gemir.

¿Qué le estaba ocurriendo?

Una marea de sensaciones esperadas se estaba instalando en el interior de ella y no la dejaba razonar. Rayner le estaba provocando todas esas emociones.

—¿Qué me estás haciendo? —se quejó y lo incitó a la vez.

Rayner alzó levemente la cabeza para mirarla. Evelyn era consciente de cómo podía interpretar él sus palabras. Las había dicho para eso. La espiral de cosquillas que comenzaba a subir desde el vientre hasta el pecho le impidió pensar fríamente. Lo deseaba, y era la última noche que pasarían en Escocia.

—Puedo tomarme la respuesta de tu cuerpo como una invitación.

Rayner pareció dudar un segundo. Evelyn se sorprendió al verlo dubitativo: ¿acaso él no entendía lo que ella quería? ¿Cómo tenía que explicárselo? ¿Esperaba que ella le suplicase?

—Yo solo quería darte un beso —trató de justificar lo que había dicho. Rayner no pensó mucho en el tema. Ya no le importaba, aunque le costara caro.

—¡Y me lo vas a dar lady Dankworth!

Sin saber cómo, Evelyn se encontró sentada en la cama. Rayner había apoyado una rodilla en el mullido colchón de plumas y la iba inclinado hacia

atrás. La espalda de Evelyn tocó la sedosa colcha. Solo entonces, Rayner separó su boca de la de ella.

—Esta vez seré yo el que esté encima y con el control.

El hombre se apoyó sobre los codos. Se inclinó para saborear la dulzura de sus labios. Eran jugosos, incitantes. Su mano izquierda fue introduciéndose por la abertura de la bata sin despegar los labios de su boca. Que ella estuviese desnuda debajo de la prenda simplificaba mucho las cosas, y eso lo puso de cero a cien en menos de un segundo.

Evelyn apenas era consciente de lo placenteras que le resultaban las caricias de él. Sin percatarse siquiera, comenzó a mover la parte inferior de su cuerpo. Rayner gimió al sentirla: ella no lo dejaba pensar con sus movimientos eróticos.

Se apartó ligeramente para situarse en posición y desabrocharse los pantalones. Evelyn lo ayudó con la camisa de forma apresurada. Rayner le sostuvo el rostro con manos expertas. Deseaba observarla cuando ella lo recibiera. Ver el éxtasis reflejado en sus ojos le impidió pensar con coherencia, la penetró de una embestida. Empujó profundo, y fue como introducirse en el paraíso. Dejó el peso de su cuerpo sobre sus codos; y, Evelyn, al verse libre, elevó las caderas. Cada embestida le generaba un gemido largo y profundo que no podía contener. La bata había quedado completamente abierta. Rayner comenzó a acariciar uno de los pezones con dedos diestros hasta que se puso enhiesto. Cuando consiguió lo que quería, pasó al otro pecho para rendirle el mismo tributo.

Seguía dando lentas embestidas, como si quisiera medir el movimiento.

Evelyn entrelazó las piernas alrededor de la cintura de él y lo siguió en la danza. Cuando se movió más rápido, los gemidos entrecortados de ella le indicaban que iba a alcanzar en breve el punto de su liberación. Una última embestida y se enterró en lo más profundo de ella: lanzó un bramido que lo dejó sorprendido por la intensidad. Después se quedó completamente inmóvil.

CAPÍTULO 26

Le dolía la cabeza y le martilleaba. ¿Se había embriagado con dos copas de hidromiel? ¿O había sido la dulce entrega de sí misma a Rayner? No se había entregado, lo había seducido de nuevo, y la culpa la tenía lo endiabladamente apuesto que era. Su formidable cuerpo le hacía perder el sentido.

—Eres una pésima bebedora —se burló de ella.

Cuando alzó los ojos, contempló la forma en que la escudriñaba. Con el hombro apoyado en el marco de la puerta del dormitorio, sostenía en la mano un vaso. Se lo acercó solícito con la sonrisa brillándole en los labios.

—Toma. Desayuna algo.

Ella se tomó un trago largo.

—¡Esto está malísimo! —Rayner le ofreció una sonrisa cómplice.

—Es un buen reconstituyente que te ayudará a paliar los efectos.

Evelyn se recostó en la almohada sin ser consciente de su desnudez; Rayner la observó lascivamente.

—Tienes unos pechos preciosos —dijo ante la sorpresa de Evelyn—. Toda tú eres preciosa.

Ella subió la sábana hasta taparse la garganta. Se sentía tan sofocada como complacida por sus palabras.

—¿Deseas avergonzarme? —se justificó.

Él, negó de forma enérgica.

—Perfectos, incitadores, me encanta saborearlos —ella lo miró, y entonces él agregó—. Aunque dentro de poco será mi hijo quien los saboree —terminó la frase entre risas, y ella lo imitó.

Luego, Evelyn cambió el semblante. Fue como si se hubiera despertado de un sueño y recordó todo: la noche en el carruaje, las instancias de su casamiento...

—Tenemos que hablar —dijo muy seria.

Las risas habían quedado olvidadas.

—Vamos, Evelyn, no empieces. Disfrutemos de la mañana —propuso Rayner un tanto fastidiado.

—No quiero parecerte veleidosa.

—No me lo pareces, ¿o lo de anoche no cuenta?

Evelyn iba a protestar, pero Rayner la calló con un gesto, no obstante,

ella se sinceró.

—No puedo negar que te deseaba —admitió sofocada—, y la hidromiel hizo el resto.

Los ojos de Rayner brillaban.

—Nunca te va a faltar hidromiel en Barnsley Park.

—No pienso probarla nunca más —afirmó sin un parpadeo—. Me hace decir y hacer cosas muy extrañas.

Los ojos grises de Rayner la devoraban.

—¿Te arrepientes? —le preguntó muy serio.

Evelyn no era tan hipócrita como para mentirle, y le habló con la verdad.

—Solo necesitaba un tiempo para acostumbrarme a mi nuevo estado, y has sido todo un caballero al permitírmelo, muchas gracias —contestó y agradeció muy calmada.

Rayner se dijo que ella no tenía ni idea de lo mucho que le había costado dejarla sola cada noche. El deseo que sentía por ella le había provocado un gran insomnio.

—Pues ese tiempo de gracia se ha terminado para ti —Rayner se acercó a ella. Evelyn lo tomó del cuello de la camisa y le dio un beso apasionado.

—Funcionamos muy bien juntos, ¿no te parece? —le susurró él.

—Soy muy mala negociando, ya te habrás dado cuenta. Cedo muy rápido a las pretensiones del otro.

Rayner le colocó un mechón de cabello negro detrás de la oreja en una actitud cariñosa.

—Eres la única mujer que me tienta hasta la locura. Ese detalle es lo único que debería importarte.

Evelyn se puso seria de repente.

—El matrimonio es un plato que no puede sazonarse solamente con atracción mutua —musitó apenas en un susurro.

—¿Y dudas de que no tengamos otros condimentos?

—No; no lo dudo, además, quiero que funcione.

Rayner le alzó la barbilla para que lo mirase a los ojos.

—Vamos a hacer que funcione. Corremos un riesgo si no resulta como queremos, pero hay que intentarlo.

—¿Merecerá la pena? —preguntó, pero para sí misma.

Rayner se mostró sorprendido.

—La familia siempre merece la pena, no lo olvides nunca —dijo un tanto solemne.

Después le hizo cosquillas y se arrojó encima de Evelyn para colmarla de besos.

CAPÍTULO 27

Habían pasado dos meses desde el regreso de Escocia y todo iba de maravillas, todo, salvo que Evelyn había aprovechado que Rayner se encontraba en Londres tratando de vender su propiedad en Maryland. Le había dicho que quería deshacerse de ella pues ya no tenía un motivo para volver a Estados Unidos. Los días que estaba en la gran ciudad, ella los dedicó a decorar Barnsley Park. Evelyn, en una decisión meditada, había remodelado completamente la enorme vivienda que tenía un precioso jardín posterior que daba a un pequeño lago con barcas. Frente a la casa había un precioso robledal y un sendero que discurría paralelo a un río. Había traído de Battlefield a la cocinera, al mayordomo, dos criadas, y su doncella personal. También tenía dispuesta la contratación de una niñera para cuando naciera el pequeño o pequeña. Y le había puesto mucho cariño en decorar la estancia que ocuparía Marian cuando la perdonara. En esos dos meses, no había querido conocer a Rayner, y ella le había pedido tiempo a su esposo. Quedaba poco tiempo para que terminara el curso escolar, y la tendrían muy pronto en la casa, Rayner había cedido.

Evelyn había logrado que Barnsley Park rezumara alegría por los cuatro costados. Había empapelado cada pared con bonitos colores y elegantes diseños. La mayoría del mobiliario había sido sustituido por otro menos pesado y más cálido. Cuando Rayner viera las libras que habría gastado, seguramente la despellejaría viva.

La única habitación que se había librado de la remodelación, era el despacho que ocupaba él que estaba justo al lado de la biblioteca. La puerta se había mantenido cerrada a cal y canto. Además, Evelyn no deseaba que él sufriese un shock cuando contemplase la remodelación absoluta que había sufrido la propiedad.

Helena había decidido mantener cerrada Battlefield hasta que Marian decidiera qué quería hacer con la propiedad pues le había asegurado que le pertenecía a pesar de lo que dijera la ley sobre la preferencia del varón. Ella estaba convencida de que jamás tendría uno, y quería que su sobrina disfrutase de su herencia paterna. Evelyn sabía que eso no sería posible, pero se lo agradeció de corazón porque Helena quería muchísimo a Marian. Le dijo a su cuñada que no perdiera la fe, que era muy joven y que todavía podía alumbrar al heredero que necesitaba Battlefield. Helena rompió a llorar, ella llevaba

diez años casada, y nunca había quedado encinta. Evelyn se sintió muy triste porque Helena podría ser una madre maravillosa, y rezó en silencio para que el milagro ocurriera.

Como su embarazo seguía su curso natural, ella se permitía algunos caprichos, sobre todo en vestuario pues ya no le servían sus anteriores vestidos. Pero no se quejaba: el aplomo de Rayner compensaba su innata naturaleza activa. Los dos trataban de poner lo mejor de sí mismos en cada faceta de su vida en común, aunque las ideas autoritarias de él chocaban a menudo con las de ella que estaba acostumbrada a tomar sus propias decisiones. Quedarse viuda a los dieciocho años la había marcado mucho.

La campanilla de la puerta sonó, y minutos después el mayordomo anunciaba la visita de William Dankworth, ella lo recibió con una gran sonrisa pues su cuñado se había convertido en un verdadero amigo. De vez en cuando solía echarle en cara que hubiera elegido a su hermano, pero ella le pedía disculpas nuevamente, y él se tranquilizaba. William estaba frente a ella con una botella de champán.

—¡Vamos a brindar por tu ingreso en la familia!

Evelyn se echó atrás para permitirle el paso. Que él no estuviera enfadado con ella la admiraba, aunque le preocupaba esa tendencia de visitarla en Barnsley Park cuando Rayner se encontraba ausente.

—Estoy encinta, soy una dama, no debo beber alcohol —le contestó con humor y recordando la resaca que padeció en Escocia por culpa de la hidromiel.

—Un poco de champán no le hará daño al bebé.

Evelyn lo miró tratando de ver si bromeaba o no. Luego dijo a modo de defensa:

—¿Estás incitándome a pecar? ¿Te traes algo entre manos que ignoro?

William chasqueó la lengua con humor y le dijo casi en un susurro:

—Me traía muchas cosas entre manos sobre ti, pero Rayner las desbarató todas y cada una de ellas, y se merece un buen revés por mi parte.

Él parecía resentido, y ella decidió apagar su flema.

—Es el momento de olvidar el pasado, o no podré conservar tu amistad.

A William se le pasaba rápido el enfado, pero es que todavía sentía algo muy profundo por ella.

—Lo olvidaré, pero que sepas que no le he perdonado todavía que me arrebatara a la mujer más hermosa y extraordinaria de todas, y que se haya casado contigo, y...

Evelyn lo interrumpió.

—Yo también puse de mi parte, ¿lo has olvidado?, y no está bien que me digas esas cosas —le regañó—. Ahora somos familia.

William iba a protestar, pero prefirió cambiar de tema.

—También vengo a informarle que he decidido quedarme en la cabaña del bosque ahora que él la ha dejado —dijo con una formalidad fingida—. No puedo olvidar que mi padre y mi abuela conspiraran en mi contra.

Evelyn bajó los ojos al escucharlo.

—¿Piensas quedarte en la casa de invitados permanentemente y abandonar Pembroke House? —preguntó ella.

William sonrió con astucia.

—¡Hasta que mi padre me pida disculpas! —dijo firme.

Evelyn no daba crédito a sus oídos.

—¿El duque de Letterston debe pedirte disculpas? —William tuvo la decencia de parecer avergonzado—. Tu padre no tuvo la culpa de lo que sucedió entre Rayner y yo.

William resopló.

—Conocía que Rayner no podría darle la espalda a un reto, y no sabes cuánto me arrepiento de haberos presentado en la fiesta de Pembroke House.

Evelyn se tensó.

—A veces el destino hace y deshace a su antojo —a ella se le nubló la vista por los recuerdos—. Mis padres, mi esposo, tu hermano...

William se mostró azorado. Que Evelyn y Rayner estuvieran juntos tenía que ver mucho más con el destino que con él.

—Tengo que pedirte una disculpa —dijo tímido.

—A este paso, ya no puedo llevar la cuenta de las disculpas que me debes, lord Dankworth —respondió irónica—. Ven, acompáñame al jardín.

William la siguió obediente.

—¿Has decorado Barnsley Park sola? —preguntó admirado.

Evelyn lo invitó a que se sentara en un precioso sillón de piel; ella lo hizo en el balancín.

—¡Te has traído el balancín de Battlefield! —soltó sorprendido.

—Me he traído de Battlefield el servicio, pues los conozco desde siempre y les tengo absoluta confianza —hizo una pausa, como si fuera necesario pasar página—.

¿Qué más te trae por Barnsley Park? —lo instó mientras comenzaba a devorar unos pastelillos de nueces que había traído el mayordomo junto con una jarra

de limonada.

—Debo de ser un libro abierto para ti.

Evelyn lo comprendía.

—La excusa del champán no ha sido muy buena —respondió crítica.

—Me enfurece y me alegra a partes iguales que Rayner te haya conquistado tan fácil.

Ella echó la espalda hacia atrás para mirarlo con más detenimiento.

—¿Fácil? —preguntó extrañada—. Intuyo que no me van a gustar tus palabras.

—Déjame antes que te explique cómo es mi hermano para que comprendas mi actitud.

Evelyn negó con la cabeza.

—No quiero que me hables mal de él.

William alzó las cejas con sorpresa.

—Esas palabras te honran, Evelyn —dijo mientras le guiñaba un ojo. Jugaba a ser solemne solo para matizar sus palabras—. Debo, sin embargo, ponerte en antecedentes para que comprendas por qué he actuado así. —Ella permaneció en silencio—. Rayner ha sido toda su vida un hombre de ideas claras y expectativas elevadas. Pocas personas han podido estar a su altura. Siempre se ha destacado en todo: ha sido el mejor hijo, el mejor estudiante, el mejor deportista...

Evelyn lo interrumpió.

—Eso no son defectos, además, como primogénito ha debido de sentir mucha presión por parte de vuestro padre.

William asintió.

—Tiene una personalidad absorbente. Todo a su alrededor queda anulado por su incansable modo de ver la vida y de actuar en ella —Evelyn se recostó un poco más—. Nunca ha tenido citas de una sola noche; no ha sido desobediente, sino todo lo contrario. Su docilidad nos sacaba a Zachary y a mí de quicio. Mi padre henchía el pecho lleno de orgullo cada vez que hablaba de su primogénito y heredero —ella se permitió una ligera sonrisa—. Pero mi hermano se enamoró de la mujer menos apropiada... Simone —Evelyn no habló, pero frunció los labios con desagrado.

—Sigue —lo apremió ella.

—Rayner se fue aislando porque mi padre se opuso al romance, y él se empeñó y continuó con ella. Cuando todo estalló, yo tenía catorce años.

—¿Cuántos tenía Rayner? —acababa de darse cuenta que ignoraba la

edad exacta de su esposo.

—Rayner tenía veinticinco —Evelyn lo miró con sorpresa pues le pareció muy joven para estar tan seguro de querer casarse con Simone—. Yo fui la causa de que mi madre muriera —Evelyn se enterneció—. Mi madre quedó muy delicada tras el parto gemelar de Rayner y Zachary, nadie esperaba que concibiera de nuevo, y once años después, se quedó embarazada de mí, salvo que no pudo resistir este nuevo parto.

—¡William! —exclamó Evelyn que estaba de verdad emocionada por todo lo que le revelaba—. Sigue, por favor.

—Fue muy duro para él descubrir que Simone ansiaba ser duquesa, y que no estaba dispuesta a esperar a la muerte de mi padre —William quiso hacer un inciso—. Ya conoces que Simone estaba encinta, y que mi padre se opuso todavía más, sobre todo porque ese primer nieto no podía ser el heredero —ella conocía la ley muy bien—. Cuando Rayner descubrió que Simone se había tomado una poción para interrumpir el embarazo, casi se vuelve loco. La discusión entre mi padre y él fue monumental. Temblaron los cimientos de Pembroke House.

—¿Qué hizo Rayner? —preguntó ella.

—La primera semana estuvo borracho día y noche, la segunda, mi padre y él casi llegan a las manos. La tercera, Rayner embarco a Estados Unidos.

—¿Y no volvió a Pembroke House?

—Un año después, y se encontró que Simone se había casado con mi padre.

Evelyn meditó en las palabras de William. La mujer era en verdad detestable. ¿Cómo podía haberse deshecho del hijo de Rayner? ¿Cómo pudo casarse un año después con el padre? Sus actos eran tanto censurables como aborrecibles.

Permanecieron en silencio unos instantes.

—¿Cómo sigue la historia? —preguntó con seriedad.

—Rayner se aisló de la familia, dejó de tratar a todos y regresó a Estados Unidos. Se encerró en sí mismo de una forma que nos preocupaba de verdad. Tanto mi padre como mi abuela trataron de llegar hasta él, pero no lo permitió. De todos modos, tengo que admitir que los métodos de papá y de la abuela nunca fueron los mejores: son muy rígidos y severos. Nunca le brindaron demasiada comprensión. Rayner, sin embargo, siguió alejándose de nosotros y de todo.

El corazón de Evelyn se llenó de amor por su esposo.

—¿Y Zarachy y tú no os pronunciasteis al respecto? ¿No le pedisteis cuentas a vuestro padre por casarse con la amante de Rayner? —se interesó ella—. Fuisteis tan culpables como ella de su marcha.

—Yo era el único que mantenía contacto con mi hermano mayor. Le escribía cada semana, y él solo me respondía a mí. El año pasado me decidí a visitarlo, pero antes de hacerlo, él me dijo que venía a Inglaterra unas semanas porque quería hacer unas compras para su granja. Yo estaba emocionado de verdad. Te había conocido a ti, mi hermano mayor regresaba...

—Y nos presentaste en Pembroke House.

—¡No! —la corrigió—. Cometí la estupidez de presentaros —continuó sin apartar la mirada de ella—. Pero mi padre estaba encantado.

—¿Tu padre estaba encantado? ¿Por qué? —preguntó sorprendida.

—Mi hermano te quería a ti, y le pidió ayuda para convencerme de que le dejara el camino libre

Evelyn podía entenderlo. Al padre, después de quince años, se le presentaba la ocasión de recuperar a su primogénito, y alcanzó el cielo con esa oportunidad.

Evelyn soltó un suspiro.

—Y el duque de Letterston decidió hacer de Cupido —dijo casi con despecho.

William no lo negó.

—El plan de mi padre dio resultado: apoyar a Rayner y enfrentarnos el uno al otro —Evelyn lo miró con intensidad. Odiaba ser manipulada—. Sabía que yo no era rival para Rayner, y tú eras el trofeo que lograría que Rayner se quedara definitivamente en Inglaterra.

—¿Y si me hubiese enamorado de ti? —William sonrió al escuchar su crítica.

—Era lo que más anhelaba, pero entonces mandaste ese maldito mensaje, y lo recibió él.

—Esa variación de circunstancia, sí fue culpa tuya, pues yo envié el mensaje a Pembroke House, y tu hermano no residía allí.

—De verdad que quería casarme contigo.

Evelyn lo miró de forma tierna. William podría tener a la mujer que quisiera, y que lo querría como en verdad se merecía.

William sonrió ante la ironía.

—Rayner reaccionó como un toro salvaje. Tomó las riendas de inmediato para satisfacción de mi padre y de mi abuela.

—¿Y qué te hace pensar que yo puedo aguantar ese talante controlador y posesivo que tiene tu hermano? —su cuñado sonrió abiertamente ante la pregunta.

—No puedes —contestó serio—. Y no sabes cuánto me alegro.

Ella contuvo una exclamación al escucharlo.

—¡Vaya! Muchas gracias por ese interés genuino.

William resopló.

—Su interés hacia ti ha quedado claramente demostrado. Haría cualquier cosa para no perderte, incluso dejar de lado esa manía controladora —hizo una pausa y siguió con su relato—. ¿Recuerdas la fiesta en tu honor en Pembroke House? —ella asintió pues aquel fue el momento en el que supo que no había seducido a William sino a Rayner—. De haber podido, Rayner me habría arrancado la cabeza y la habría insertado en la punta de una lanza. Mi padre no cabía en sí de gozo al contemplar su falta de control.

Evelyn se sentía mortificada.

—¡Todos conspirasteis contra mí! —concluyó.

William inclinó la cabeza en señal de sumisión.

—Yo no, pero admito que fui el detonante, por eso, la disculpa que vengo a ofrecerte.

Ella mantuvo un silencio incómodo. Luego comenzó a hablar:

—Desde que conozco a tu hermano, ha controlado todos y cada uno de mis pasos —Evelyn entrecerró los ojos—. Cada fiesta a la que asistía, allí estaba él, observando, mirando... me ponía muy nerviosa.

—Mi hermano está de nuevo en Inglaterra gracias a ti —Evelyn se quedó pensativa y en silencio—. El ducado tiene de nuevo a su heredero, y quizás en tu vientre se está gestando el próximo duque de Letterston.

—¡Ufff! ¡Cuánta responsabilidad!

—Pero lady escándalo puede con esto y...

No pudo terminar la frase ante la mirada que ella le dedicó.

—De lady escándalo solo queda el nombre.

Evelyn giró el rostro hacia otro lado.

—Ahora que estás casada con mi hermano, y que el duque de Letterston es tu suegro y abuelo del futuro heredero, nadie te volverá a llamar así —remarcó William—. Por si te preocupa esa circunstancia.

No, no la preocupaba. Que las mujeres pensarán así de ella le había concedido cierta ventaja pues no tenía que comportarse delante de ellas como una hipócrita. Evelyn no soportaba a algunas matronas que controlaban la vida

y futuro de las nobles debutantes y de las recién casadas a las que martirizaban con normas, reglas, y todo tipo de control, pero ella se había librado de toda esa falsedad e hipocresía gracias al Príncipe de Gales que le había hecho un regalo maravilloso con un simple comentario: libertad. Al principio al enfureció que la llamaran así, pero después entendió la ventaja que le otorgaba, independencia para actuar como quisiera.

—Se han dicho muchas mentiras sobre mí —dijo ella en voz baja—. Pero ahora las veo como una bendición.

William alzó las cejas con burla al oírla.

—¿Lady Dankworth rindiéndose? —se río—. Ahora tienes el poder para vengarte de todas y cada una de ellas, mejor, puedes enviarles al dragón Rayner.

Evelyn entrecerró los ojos ante sus palabras bromistas.

—Me lo estoy pensando —contestó evasiva. William la miró con una sonrisa, pero no le respondió—. Nunca me he dejado dirigir por ese tipo de opiniones —reveló—. Ya lo sabes.

William rio con ganas.

—Eso fue lo que más me atrajo de ti.

—Y el motivo para que tu hermano decidiera protegerte de una embaucadora como yo —respondió ella con humor.

William le preguntó serio:

—¿Creíste en algún momento que podrías manejar a mi hermano como manejas a esas matronas deslenguadas? —Evelyn amagó con tirarle una taza a la cabeza y fingió estar ofendida, pero siguió bebiendo sin contestarle—. Es de dominio público la fuerte atracción sexual que sentís el uno por el otro —ella lo miró escandalizada—. Cada vez que estoy cerca de vosotros dos, tengo miedo de sufrir quemaduras de primer grado —dijo William, pero no con un tono de broma.

Evelyn tosió al atragantarse cuando escuchó sus palabras.

—¡Por Dios que me estás avergonzando!

—Nunca vi a mi hermano...

Evelyn lo interrumpió con una mano.

—No, no me lo digas. Sé un buen cuñado, y sigue manteniéndome en la ignorancia.

William se terminó su refresco.

—¿Estoy perdonado?

No le contestó de inmediato, se tomó su tiempo para pensarlo.

—¡No! —dijo en voz alta.

William juntó las manos en un gesto de súplica.

—¡Haré lo que me pidas! —ahora sí le devolvió la sonrisa.

—Está bien, tú organizarás la comida familiar en mi nombre, esa que me ha pedido tu hermano que prepare. Buscarás el momento, los amigos, y todo lo que ello conlleva, solo así te perdonaré —William asintió de inmediato.

Se levantó solemne y dio un paso hacia ella.

—¿Lo sellamos con un abrazo de hermanos?

El hombre había abierto los brazos de par en par y Evelyn se levantó para aceptarlos. Sujetó la cintura de su cuñado y cerró los ojos un instante, otro después escuchó un carraspeó.

—¿Qué demonios estáis haciendo?

¡Era Rayner! ¿Cuándo había vuelto? Ninguno de los dos lo había oído llegar, Evelyn volvió sus ojos hacia él sorprendida.

—Estábamos haciendo las paces —contestó franca.

—¿Abrazándoos? —su voz sonaba incrédula.

—No es lo que imaginas —William trató de calmar la tensión que se palpaba en la estancia.

—¡No te haces ni una idea de lo que imagino cuando os veo juntos! —la luz se había encendido en la mente de Evelyn.

—Creíste que... —no pudo terminar ante la incredulidad que sentía.

—¿Qué puedo creer cuando veo a mi mujer abrazar a otro hombre?

—Tu hermano ha venido a ofrecerme una disculpa, y yo la he aceptado.

William y ella podían ver la duda brillar en sus pupilas.

—¿Pensáis que podéis manipularme?

Evelyn y William se miraron al unísono un segundo antes de estallar en carcajadas. Rayner los miró ofendido.

—¡Y encima os reís en mis narices! —ninguno de los dos fue capaz de parar de reír.

Rayner avanzó con mirada peligrosa hacia su hermano, pero Evelyn se interpuso entre los dos, se volvió un momento hacia su cuñado, y le instó con un gesto a que cooperase.

—Yo hablaré con tu hermano —él, entendió—. Dale saludos a mi suegro, y recuerda el trato que tenemos.

Rayner avanzó otro paso y la mano de Evelyn se posó en su pecho para detenerlo.

—¿Qué trato? —William ya salía por la puerta.

—Estaba hablando de la familia —él se pasó la mano por el pelo revuelto, Evelyn, cuando vio el gesto, comprobó lo cansado que se veía—. Has regresado muy rápido.

—Parece que no lo suficiente —le espetó, y Evelyn suspiró ideando cómo tranquilizarlo.

—Me alegro de que estés de vuelta.

Rayner pasó la mano por la nuca de ella y la atrajo hacia su boca. Evelyn no se esperaba el beso ávido que le dio, pero terminó tan rápido como había comenzado. La cogió por los hombros y la fue llevando hacia el sofá. La tumbó sobre los mullidos cojines y atrapó de nuevo su boca con hambre voraz.

—Deja al menos que... —no la dejó terminar.

—¡No! —la cortó de inmediato—. Estoy ansioso por comprobar cuánta alegría demuestras ante mi regreso —le dijo en tono de broma.

Se había calmado. Los celos lo fulminaban, pero sabía que no pasaba nada entre William y Evelyn. Su hermano podía ser muchas cosas, pero no un traidor. Y Evelyn... Evelyn lo amaba. Rayner aprisionó la boca de ella sin darle opción a que le respondiera. Desató con dedos diestros los lazos de su corpiño. Evelyn no era capaz de pensar cuando la boca de él se movía sobre la de ella y ejercía una infinita persuasión. Sin embargo, fue capaz de introducirle la mano por la bragueta para acariciar su miembro pulsante.

—¡La casa está llena de sirvientes! —trató de explicarle.

—Al primero que asome la cabeza —le dijo—, se la cortaré.

Rayner siguió buscándola con besos para alzarse con el triunfo.

CAPÍTULO 28

La vida de casado le gustaba mucho. Evelyn había decorado la propiedad con sereno gusto, y lo complacía sexualmente cada noche de una forma completa. Era la mujer de su vida, la futura madre de sus hijos... el mayordomo le abrió el ropero y masculló por lo bajo. ¿Dónde demonios estaban sus trajes? Rayner siguió abriendo las puertas del vestidor intentado encontrar su ropa.

—¡Evelyn! —la llamó a viva voz.

El mayordomo iba a decir algo, pero con una mano alzada se lo impidió. Rayner la vio en el preciso momento en que ella entraba al dormitorio seguida de una doncella que llevaba un canasto de ropa recién planchada. Venía de la estancia de los sirvientes, y ese detalle le hizo entrecerrar los ojos. Evelyn seguía en su afán de supervisarlo todo. Ninguno de los razonamientos de Rayner había servido para hacerla cambiar de idea.

—¿Qué ha pasado con mis trajes? —ella dejó le indicó a la sirvienta que dejara el cesto encima de la cama y la despidió.

Se volvió hacia él con una mueca.

—La tienes delante del rostro.

Rayner giró con rapidez y clavó los ojos con absoluta estupefacción en la ropa. El mayordomo carraspeaba bastante incómodo.

—¿Esperas que me vista con eso? —Evelyn apretó los labios para ocultar una sonrisa.

—Necesitabas renovar tu vestuario.

Rayner inspiró profundamente antes de responderle, y contó hasta cinco.

—Tengo una reputación que mantener, y esos chalecos floridos, y esos pañuelos extravagantes no me gustan en absoluto.

Evelyn se lamió el labio inferior.

—Así viste Beau Brummell en Londres, y sabes que está considerado un dandi.

—No pienso vestirme como un mequetrefe —respondió serio.

Evelyn ladeó la cabeza. La ropa de Rayner era apropiada para un lugar como Elmont Garden en Maryland, pero no para el hijo y heredero del duque de Letterston. Ahora tenía que asistir a varios eventos muy importantes, y necesitaba vestir de forma apropiada.

—Si me permite la sugerencia, milord —comenzó el mayordomo, pero la

mirada fría de Rayner silencio el resto de la frase.

—Quiero la ropa que tenía...

Evelyn parpadeó incómoda. La mirada de él abrasaba.

—Te hemos dejado parte: el chaleco gris claro, el gris medio, el gris perla, y el gris oscuro —Rayner se mesó el cabello con cierta impaciencia.

—¿Con qué derecho...? —comenzó pero Evelyn lo interrumpió.

—Tengo que velar por tu comodidad..

La interrumpió.

—De eso me encargo yo mismo.

—De mantener tu ropa impecable...

Volvió a interrumpirla.

—De eso se encarga Jeremy.

Jeremy era el mayordomo de Barnsley Park.

—De mantener tu estómago saciado...

La cortó de nuevo.

—De eso se encarga la cocinera...

Evelyn arrugó el entrecejo. Si él creía que ganaría ese duelo de voluntades, estaba muy equivocado.

—De mantener tu pene erecto...

El mayordomo tosió, y se giró para contener una sonrisa. Rayner la miraba atónito, pero no le permitió que continuara en esa línea. No quería desviar el tema de conversación. Aunque, de todos modos, la idea de comprobar cuán bien ella hacía esa última tarea, lo tentaba demasiado.

—Te has extralimitado —dijo intentando parecer severo.

Ella separó las piernas y cruzó los brazos: las cuatro horas de charla que había tenido que soportar por atreverse a decorar la totalidad de la casa sin contar con él para incluir sus gustos en la biblioteca, el salón, los establos, y un largo etc. aún se le aparecían en sueños como una pesadilla.

—Si sigues por este camino de reproches, mañana pediré a la cocinera que te prepare arenques.

Él detestaba los arenques. Rayner no olvidaba que Evelyn se había ocupado sola de una propiedad tan grande como Battlefield durante muchos años, pero ahora estaba él, y tenía que consultarle algunos asuntos: como la contratación de mozos de cuadra para las caballerizas de Barnsley Park, de las fiestas a las que tenían que asistir, y su vestuario.

—Eso se llama chantaje —la censuró.

—Solo pretendo que actualices un poco tu vestuario —le informó—.

Eres el heredero del ducado de Letterston, no un granjero pobre.

Rayner no continuó por esa línea. En dos ocasiones había probado la acidez de su respuesta y esperaba no hacerlo nunca más.

—¿Dónde están mis camisas blancas? —ella no dijo nada, y Rayner se temió lo peor.

—¡No! No me lo digas. Prefiero ignorarlo —la mujer se acercó un paso hacia él con un dedo levantado en actitud amenazadora.

—Tu anterior vestuario no era apropiado para tu rango —dijo con absoluta seriedad. Rayner la miró serio—. Esta casa necesitaba vida, y yo se la he dado, tú necesitas vida, y yo te la he insuflado —Evelyn le ofreció una sonrisa conciliadora.

—Mi ropa me gustaba, y ahora dudo qué ponerme.

A Evelyn le pareció una queja absurda pues su ropa la elegía diariamente el mayordomo.

—Hoy escogeré la ropa por ti.

Rayner miró su vaporoso vestido de florecillas en varios colores. Como estaba embarazada, su esposa se vestía sin ninguna seriedad, y su atuendo lo seducía. Iba a tumbarla de espaldas en el lecho e iba a introducirse en ella sin desvestirla para poder contar las flores de su vestido con cada embestida.

Recuperó la serenidad a duras penas.

—No pienso vestirme como Brummell —insistió.

Evelyn le sonrió.

—Solo quiero que te vistas como el heredero de Letterston.

Rayner iba a sufrir un escalofrío.

—Está bien, aceptaré gustoso tus sugerencias, lo que no quiere decir que las siga al pie de la letra.

Evelyn debía intervenir: si lo dejaba continuar, le estaría calentando las orejas hasta la hora de la cena, y no pensaba permitirselo.

—¿Dudas de mi buen gusto para vestir a un caballero?

Rayner se mordió la lengua a duras penas para no ofenderla. Estaba magníficamente de pie sosteniéndole el pulso.

—Está claro que tenemos opiniones diferentes y que tenemos que aprender a respetarlas —dijo él conciliador.

La sonrisa de Evelyn lo puso alerta de inmediato. Parecía una gata relamiéndose tras beber un platito de leche.

—¡Primera lección aprendida! —le dijo como si fuera una alumna aplicada y le dio un ligero beso en los labios.

Rayner vio la forma sinuosa en la que ella se dirigía al armario y le ordenaba al mayordomo que recogiera los chalecos y los pañuelos y los dejara encima del lecho.

—Puedes devolverlos al sastre.

Rayner le sonrió.

—Gracias.

Respiró aliviado.

—Has de reconocer que tu guardarropa quedaba muy colorido y alegre —opinó Evelyn.

—¿Y el resto de mi vestuario? —Evelyn le sonrió con falsa dulzura.

—Como quería darte un incentivo para renovarlo, solo te he dejado cuatro trajes, los puedes combinar con esas cuatro camisas —Evelyn le señalaba un rincón del armario—. Este traje negro combina con esta camisa blanca —lo decía y, al mismo tiempo, se lo ponía en las manos.

El mayordomo no sabía dónde esconderse. La señora de Barnsley Park era una mujer de armas tomar.

—Este otro traje negro, con esta otra camisa blanca —Evelyn hizo lo mismo—. Con el tercer traje negro...

Rayner explotó:

—Soy capaz de captar una indirecta.

Ella no se contuvo:

—¡Estoy iluminada! El cuarto traje negro, con la cuarta camisa blanca.

—Admito que soy algo monótono a la hora de vestirme —ella pensó que había obtenido no una declaración sincera, sino un acta de rendición.

—Para eso estoy yo aquí: para contrarrestar esa necesidad tuya de adorar al diablo de la sombra y lo oscuro.

Rayner se prometió que iba a mantener la boca cerrada. Evelyn se dirigió hacia la cama donde habían quedado los chalecos y los pañuelos desparramados, y tomó un chaleco de seda gris y rayas rojas.

—Este chaleco quedará estupendo dentro de ese traje negro que sostienes en la mano como un trofeo ganado con malas argucias —le puso el chaleco en los brazos al mayordomo, y se dirigió hacia los cajones de la derecha. Sacó un pañuelo en color plata—. Y este pañuelo dará el toque final.

Rayner miró el pañuelo horrorizado.

—¡No pienso ponerme un pañuelo gris sino blanco!

Evelyn lo escudriñó de pies a cabeza con intensidad, y, por lo menos a él, le pareció que era con deseo mal disimulado.

—Pues es una pena porque ese pañuelo resalta el brillo plateado de tus ojos de una forma seductora e irresistible.

La entrepierna de Rayner se endureció violentamente,

—No vas a manipularme —dijo tratando de controlarse.

—Solo pretendo que estés irresistible.

Rayner dudaba de las palabras de su esposa cuando las decía de forma tan melosa.

—Aceptaré ponerme la camisa si me das tu permiso para quemar todos tus vestidos negros.

Evelyn asintió de inmediato, y Rayner frunció el ceño.

—Los próximos vestidos que me pondré, por lo menos hasta que nazca el bebé, no serán ninguno de los que tengo ahora, así que tienes mi permiso para quemarlos, pero solo los negros —aceptó.

Ella solo tenía dos vestidos de ese color, pero se lo calló. A Rayner le pareció que había perdido terreno y no sabía dónde.

CAPÍTULO 29

¡Demasiado lejos! ¡Su mujer había ido demasiado lejos!

Las caballerizas de Barnsley Park parecía más un jardín de botánica que un lugar para entrenar potrillos. Evelyn se había extralimitado en sus funciones otra vez. Rayner miró atónito el cambio en las cuadras. Seguía parado justo en medio de la entrada que dividía las diferentes áreas. Las paredes estaban pintadas en blanco, y las sillas negras de montar habían sido sustituidas por otras de piel marrón claro.

Rayner había estado de viaje en Londres porque no conseguía vender su granja de Maryland, y, a su regreso, había encontrado las caballerizas completamente renovadas. Nada quedaba de la sobriedad que a él le gustaba.

Le dijo a un mozo que diera aviso a la señora de que quería vela en las cuadras, pero Evelyn no se encontraba en Barnsley Park sino en Sheffield ultimando la compra de varios cuadros para decorar el vestíbulo. Rayner se sentía frustrado. Nunca podía seguirle el rastro a su mujer.

—Lady Dankworth no se encuentra en la casa —le dijo el sirviente.

—Está bien Toby, sigue con tu trabajo.

No había podido evitar que su voz sonase un tanto decepcionada.

Él le decía que debía tomarse las cosas con más calma debido a su estado, pero ella se reía cada vez que él se lo sugería. Solía decirle que no era una inválida sino una mujer embarazada. Que necesitaba mantenerse activa porque de lo contrario terminaría hablándole a las piedras, que tanto ocio no era bueno sino contraproducente. Él se había resignado, y sonrió porque le gustaba esa nueva faceta suya. Además, le encantaba observarla en la cocina de Barnsley Park supervisando los alimentos que se preparaban, incluso la había visto elaborar ella misma algunos dulces.

Evelyn reía cuando lo veía apoyado en el marco de madera, y escuchaba los exabruptos de la cocinera al ver al señor en sus dominios.

Pero es que a él le gustaba contemplar a su esposa sentada en el taburete de la cocina tomando un vaso de limonada mientras la cocinera preparaba los alimentos. Verla lo relajaba, distendía sus músculos, y le hacía olvidar las frustraciones. Evelyn siempre escuchaba con suma atención todas las cosas que él le decía, y, en ocasiones, intervenía con comentarios agudos y llenos de humor que conseguían hacerlo reír. Su vida había cambiado por completo, pero, aún así, pensaba en no darle tregua esa noche. Estaba hambriento de

ella: hacía varias horas que no la veía.

Evelyn estaba inusualmente pensativa. Rayner observó de qué forma jugaba con su comida sin apenas llevársela a la boca. Decidió iniciar una conversación ligera.

—¿Qué tal el día, Evelyn? —la aludida negó con la cabeza y siguió en silencio—. ¿No tienes apetito? —nuevamente la mujer volvió a negar, pero Rayner no se rindió—. A veces surgen ocasiones en las que debemos meditar antes de tomar una decisión importante. En ocasiones el corazón y la cabeza no se quieren poner de acuerdo. En esos casos, debemos buscar el asesoramiento de alguien que nos conozca lo suficiente para poder aconsejarnos sin que por ello debamos sentir que invade nuestro espacio personal. —Estaba dándole una charla—. ¿Estás preocupada por los cuadros que querías comprar —Evelyn miró a Rayner con sorpresa—. Estás poco comunicativa esta noche. Algo insólito en ti, y me pregunto, sin que por ello creas que estoy invadiendo tu espacio personal, si puedo decir algo que mejore la comunicación en la mesa y haga que te sientas mejor.

Evelyn estaba a punto de dejar caer una lágrima por las palabras que escuchaba, le parecía sumamente conmovedor el interés que Rayner mostraba por la preocupación de ella.

—Una pequeña discusión que me ha alterado un poco.

—¿Una discusión? ¿Con el marchante de arte?

Rayner escudriñó a Evelyn esperando su respuesta.

Evelyn entendió perfectamente la mirada de él.

—No, pero no tiene importancia.

Rayner seguía callado analizando la explicación de su esposa.

—Claro que la tiene cuando te tiene tan preocupada —dijo aludiendo a su cambio de humor.

—De verdad que no tiene importancia —se excusó.

—¿No deseas contármelo? ¿Piensas que no puedo serte de ayuda?

Evelyn supo que tenía hablarlo con él.

—Disculpa, Rayner, en ocasiones olvido que ya no estoy sola tomando decisiones —Rayner la miraba con un brillo de preocupación en sus ojos—. He tenido que rechazar un regalo que tu padre le ha comprado a Marian.

Rayner detuvo el tenedor a medio camino de la boca al escucharla. ¿Su padre le había comprado un regalo a la hija de Evelyn? ¿Por qué motivo?

Evelyn supo lo que pensaba Rayner, aun sin que pronunciara palabra.

—Ha sido un gesto bonito, pero inadecuado.

Rayner seguía callado esperando no sabía qué.

—¿Lo crees conveniente? —le preguntó a Evelyn—. Me refiero a rechazar un regalo en nombre de ella.

Evelyn resopló.

—Le ha comprado por su cumpleaños un potrillo.

Rayner ignoraba que era el cumpleaños de la hija de Evelyn.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Evelyn lo miró confusa.

—Lo estoy haciendo ahora.

Él no se refería al regalo sino al cumpleaños.

—¿Por qué no me dijiste que era el cumpleaños de tu hija? —la censuró molesto.

Tanto Rayner como Evelyn se miraron al unísono.

—Es el próximo sábado —respondió la madre—. Y el potrillo cuesta cinco mil libras.

Rayner sintió deseos de silbar. El precio era escandaloso, y si su padre había elegido un potrillo, seguramente se convertiría en un semental espectacular.

—Deberíamos analizar juntos los pros y los contras de rechazar un regalo así, ¿no crees? —le dijo Rayner en tono conciliador.

Evelyn comenzó a tamborilear los dedos en la mesa antes de decir:

—Es un detalle por parte de tu padre querer obsequiar un potrillo a una muchacha que va cumplir quince años, sin embargo, es un regalo excesivamente caro que, de ningún modo, Marian podrá apreciar porque te recuerdo que es alérgica al pelaje de los animales —Rayner la escuchaba en silencio, sin perder detalle—. No es que me muestre desagradecida —continuó Evelyn con firmeza—, pero hay que poner un límite.

Rayner entrecerró los ojos. ¿De qué límites hablaba Evelyn? Aunque Marian fuera alérgica, el potrillo podría crecer en las cuadras de Barnsley Park. No entendía la postura de su esposa.

—¿Qué ocultas tras ese rechazo?

Evelyn suspiró.

—Mi hija todavía no ha aceptado mi matrimonio contigo —trató de explicarle—. Y puede ver en este regalo un modo de persuasión.

—Me ofende que lo hayas pensado siquiera —Evelyn lo miró con recelo, pero siguió escuchándolo—. Es una muchacha que tiene que aceptar este

cambio en tu vida, y en la suya —afirmó Rayner.

—Solo necesita un poco de tiempo para hacerse a la idea —respondió la madre—. Es un importante cambio para ella.

Rayner suspiró tranquilamente.

—Hablaré con mi padre sobre este asunto, no te preocupes.

Ella le sonrió.

—Te lo agradezco.

Y continuaron la cena en silencio.

CAPÍTULO 30

Evelyn se sentía feliz.

Su cuñada y el duque charlaban animadamente, el esposo de Helena se mantenía apartado, pero la celebración familiar era todo un éxito. William había cumplido su acuerdo a la perfección. Desvió los ojos de su cuñada y buscó con ellos, entre la muchedumbre, a su esposo: el celoso, controlador y maravilloso amante que tenía por marido. Aún le temblaban las orejas por el último sermón de más de dos horas que había tenido que soportar sobre su intención de rechazar el potrillo para Marian. Finalmente, había ganado su suegro. Y Evelyn y Rayner habían llegado a un acuerdo. Evelyn también había hecho algunas concesiones más: le consultaría decisiones en el futuro, en especial las remodelaciones. Rayner, a cambio, intentaría dominar su necesidad de controlarlo todo sobre ella.

Con tal de no escuchar nunca más una charla de las suyas, era capaz de vender su alma al diablo. ¿Se acostumbraría alguna vez a tener que analizar cada decisión que tomaba por insignificante que fuese? Rayner lo razonaba todo, lo hablaba todo: nada quedaba sujeto a la eventualidad. A veces, ella sentía ganas de gritar y comenzar a tirar papeles por la ventana para dar salida a su espontaneidad.

Evelyn bajó los ojos hacia su vaso lleno de limonada. En las etapa final del embarazo, se sentía pesada, molesta porque cada negativa iba acompañada de una explicación, de un por qué, un cómo, un cuándo. Era demasiado para ella que de un tiempo a esta parte no analizaba ninguna de las decisiones que tomaba. Rayner iba hacia Evelyn con un plato de canapés en la mano derecha y una chispa en sus ojos que conseguía aplacar su mal genio. Esos ojos que ella conocía y que encerraban la necesidad de hacerle el amor todo el tiempo. A pesar del embarazo, él insistía en ir encima, lo que, a veces, resultaba más parecido a un paso de comedia que a una situación erótica. De todos modos, el sexo era espectacular. Y si venía con risas, todavía más.

—Mi padre está encantado con tu cuñada. Helena lo tiene comiendo de su mano.

Evelyn le mostró una media sonrisa, mientras aceptaba el plato que le tendía, lo devoró en cuestión de segundos.

—Quiero más —le pidió.

Rayner hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Si comes demasiados entrantes, no cenarás después.

Evelyn chasqueó la lengua.

—Estoy cansada, quiero irme a casa.

Rayner aguantó su estallido con aplomo. Estaba preciosa con esa mueca de fastidio.

—Esta noche compensaré tu enorme apetito por todo.

Evelyn le dio un codazo con cariño. Su apetito sexual estaba plenamente satisfecho, lo que quería satisfacer eran otros apetitos, como sentarse tranquila en su salón de Barnsley Park, y quizás descansar un rato.

—Me cansa todo —admitió con pesar—. Esta enorme barriga me impide moverme. Se me hinchan los pies.

No era una conversación para mantener con su esposo, pero Evelyn estaba irritada.

—Ya queda menos tiempo para que alumbres a nuestro hijo, ¿deseas que te acompañe a la biblioteca para que descanses unos minutos?

Los ojos de Evelyn lo miraron esperanzada. Hizo amago de asentir, pero Rayner la retuvo por la cintura. Evelyn vio consternada que su cuñado Zachary venía hacia ellos con un familiar que no conocía.

—Felicidades, cuñada. ¡La fiesta es todo un éxito!

Rayner detenía sus intentos de soltarse.

—Nunca he visto tantos conocidos juntos.

El comentario de Kristel le arrancó una sonrisa y la sacó de sus pensamientos repletos de sueño, descanso, soledad. La fiesta la había preparado William, y el mérito se lo llevaba ella: así daba gusto organizar eventos. William había demostrado ser un perfecto colaborador.

—Estás estupenda, cuñada, aunque mi hermano te mantenga sujeta como si fueras una estatua —dijo Zachary, y Evelyn le ofreció una cálida mirada ante sus amables palabras.

—Es que estoy un poco cansada —lo defendió ella.

Rayner le respondió con aplomo.

—El embarazo le pasa factura.

—Tienes que dejar que tu esposa atienda a los invitados —sugirió su hermano Zachary.

Rayner hizo caso omiso al consejo de su gemelo.

—La fiesta es en su honor, por su entrada en los Dankworth.

A Rayner ese detalle le importaba poco, siguió mirando con lascivia la boca de ella. Deseó besarla.

—¡Por Dios, Rayner! ¡Compórtate! —exclamó ella.

La providencia estuvo de parte de Evelyn cuando la abuela Charlotte se acercó hasta Rayner y lo arrastró hacia los invitados para que hablase con uno en particular, y dejase el acecho sobre su esposa. Tanto Zachary como Kristel suspiraron más relajados al verlo que se distraía con amigos. Evelyn soltó un suspiro largo.

—¡Necesito sentarme!

Había cerrado los ojos porque hacía mucho tiempo que no dormía bien.

—Parece que estás a punto de estallar —bromeó William que no abandonaba la sonrisa, mientras observaba la enorme barriga de su cuñada—. Y no sabes cuánto me alegro de no estar en el pellejo de mi hermano mayor.

Evelyn abrió los ojos al escucharlo.

—Este embarazo va a terminar conmigo —al momento se arrepintió de sus palabras.

El rostro de William se había puesto blanco.

—¡Por Dios William! No quise decir eso.

—Claro que no querías insinuar algo así —Kristel trató de restarle tensión al asunto.

—No me cansaba tanto con Marian, ni estaba tan irritada.

—Estabas de duelo —le dijo William que había recuperado el color del rostro—. Es normal que no hicieras caso a todos los síntomas que tienes ahora.

A Kristel le parecía inaudito que un hombre soltero conversara sobre emociones de embarazadas.

—Comprendo a Rayner —intervino Zachary—. Yo tampoco querría perderme un momento así de emocionante.

Kristel lo miró con ojos llenos de pesar. Ella lo intentaba, pero no conseguía quedarse en estado. William decidió bromear porque el sus dos cuñadas se estaban poniendo demasiado serias.

—Seguro que Rayner ya ha decidido el nombre, y con quién se casará el deseado heredero —dijo el menor de los hermanos.

Evelyn miró a William tras esa observación, y lo hizo con el ceño fruncido.

—¡No le encuentro la gracia a tus bromas sobre tu hermano! —le respondió un tanto preocupada.

A pesar de la personalidad absorbente de su marido, no le simpatizaba que hablasen a sus espaldas.

—Sí que la tiene —dijo Zachary poniéndose de parte del menor—. Lo que me parece insólito es que no le haya ordenado al bebé el sexo que tiene que tener antes de venir a este mundo.

Este último comentario le valió una mirada reprobadora de Evelyn que se había puesto inusualmente seria.

Evelyn barajó la idea de soltarles un sermón a ambos hermanos, pero una voz se lo impidió.

—¡William!

Evelyn volvió los ojos hacia el invitado que miraba a su cuñado con una sonrisa.

—¡Albert! —ambos hombres se abrazaron.

Zachary y Kristel volvieron su rostro a la voz conocida. Albert había sido el amigo más íntimo de William: amigo y compinche de juergas y libertinaje tanto en la adolescencia como en la juventud. Hacía varios años que vivía en Cornualles, por lo que fue una sorpresa para él que volviera a Sheffield después de tanto tiempo.

William se volvió hacia Zachary, y, hacia sus dos cuñadas.

—Albert, ya conoces a mi hermano mayor y a su encantadora esposa Kristel. —Albert les mostró una sonrisa—. Permite que te presente a lady Evelyn Dankworth, la esposa de mi hermano mayor Rayner —Albert ofreció una inclinación de cabeza que aceptaron todos con naturalidad—. Evelyn te presento a lord Wilfred, un viejo amigo. ¿Nos disculpáis? Tenemos algunos asuntos que tratar en privado.

Evelyn aceptó las disculpas de su cuñado. Vio cómo se alejaban ambos hombres entre bromas hacia el interior de la casa, y volvió su rostro hacia Zachary.

—Disculpadme, necesito sentarme un momento —dijo Evelyn y comenzó a caminar de forma rápida tratando de llegar hasta la biblioteca.

Necesitaba tumbarse un rato antes de continuar de pie en la fiesta.

Las grandes puertas estaban parcialmente abiertas. Evelyn caminó hacia el sillón para echarse un momento. Después tendría que disculparse con Rayner, pero si no se tumbaba comenzaría a dolerle la cabeza, y ella se encontraría mal el resto de la velada. De repente percibió que había algo diferente en la biblioteca, y cuando la miró detenidamente, encontró el motivo. La enorme chimenea tenía colgado un precioso retrato. La mujer había sido pintada mientras sujetaba unas flores. Se acercó lentamente hacia ella y clavó sus pupilas en el rostro femenino. A medida que caminaba, su corazón se iba

encogiendo. Miró el cuello de cisne, el rostro ovalado, la boca carnosa y bien delineada. La nariz aristocrática, los pómulos bien definidos. El cabello rubio y perfectamente sujeto en un moño, finalmente se fijó en los ojos, y a la distancia en la que se encontraba, vio que eran de color plata, el mismo color que los de Rayner.

Evelyn se llevó la mano a la boca para contener un gemido.

Parecía que estaba admirando un retrato de su propia hija Marian, pero de adulta. Seguía de pie clavada al suelo. Nada en el mundo podía lograr que separara sus ojos del retrato. Escuchó con perfecta nitidez la voces de William y de Albert que llegaban hasta ella desde la otra habitación.

—¡Me alegro del regreso de Rayner! —escuchó decir a Albert—. ¡Sé cuanto extrañabas su presencia en Pembroke House!

—Todos estamos encantados —escuchó decir a William; Evelyn pudo oír el tintineo de vasos de cristal al chocar entre ellos.

—¿Cuántos años se quedó en las colonias? —quiso saber el amigo.

—Quince años —contestó William.

—¿Siempre estuvo en Maryland? —se interesó Albert.

—El primer año lo paso en Nueva York —contestó William—. Pero me contó que no era lo que buscaba allí.

—Me extrañó que no se quedara en Nueva York pues allí existen numerosas posibilidades, Maryland es... —William lo interrumpió.

—Mi hermano deseaba tranquilidad, y Nueva York no es una ciudad tranquila precisamente.

William siguió ofreciendo detalles de la llegada y estancia de su hermano en Nueva York. El día de llegada, el hotel donde se había hospedado. Evelyn ahogó un jadeo: demasiadas coincidencias. Ya no estaba tan segura de querer seguir escuchando a escondida la conversación que mantenía su cuñado con el invitado. Supo que debía salir de forma sigilosa de la habitación. Cuando ya llegaba a la puerta, la voz de Rayner la dejó paralizada.

Temió no poder sostenerle la mirada.

—Te he estado buscando por el jardín —afirmó.

Las voces en la otra habitación habían cesado de repente.

—Tenía que descansar un poco —se excusó nerviosa—, y la biblioteca me pareció la mejor opción.

—Kristel me lo dijo —continuó él,

Evelyn seguía en silencio, y su actitud resultaba de lo más sospechosa. Cuando vio a su cuñado aparecer por el hueco de la puerta, deseó que la tierra

la tragase. Todo se complicaba pues no tenía forma de huir dignamente.

Rayner seguía observándola con sumo interés. Ella no quería que sospechara que había estado escuchando la conversación de un invitado.

—Quería sentarme porque estaba un poco mareada —les explicó.

Rayner y William se acercaron hacia ella con el semblante preocupado.

—¿Te encuentras mejor?

No se había sentido peor en su vida. Albert asomó su cabeza por el hueco abierto entre las dos estancias.

— William, ¿todo bien? —le preguntó.

William le hizo un gesto con la mano pidiéndole que aguardara un instante, miraba a su cuñada realmente preocupado.

—No me encuentro bien, ¿puedo regresar a Barnsley Park? —preguntó Evelyn.

No se reconoció su propia voz; tuvo que carraspear antes de poder formular la pregunta en un tono neutro.

—No podemos marcharnos de una fiesta que se celebra en tu honor.

—Vamos, Rayner —le dijo William—. Al diablo la fiesta, ¿no ves lo pálida que está?

Rayner la miraba atentamente porque ella había girado el rostro y miraba el retrato de su madre con insistencia. Él, se encontró haciendo lo mismo y arrugando el entrecejo. ¿Qué había visto u oído que la había perturbado tanto?

—Es mi madre, lady Meryl Dankwort, el cuadro ha sido restaurado hace poco, sufrió un pequeño percance por la chimenea.

El gemido femenino hizo que Rayner regresara su atención a ella. Evelyn no sabía cómo la sostenían las piernas.

—¡Necesito aire! ¡No puedo respirar! —fue lo último que dijo.

Su mano subió hasta su garganta y cerró los ojos con fuerza, pero, antes de caer al suelo desmayada, Rayner la sujetó en sus brazos.

No quería abrir los ojos. El destino, el infame sino que se encargaba de ponerlo todo en su lugar, había soltado su hacha encima de su cabeza causándole un daño atroz. Cuando todo en su vida comenzaba a rodar suavemente, el caprichoso azar volvía a jugar con ella y sus sentimientos, como si Evelyn fuese un títere sin voluntad, igual que hacía quince años. El retrato de su suegra la había dejado paralizada. Desconcertada, muerta de miedo, y llena de rechazo. Era como si un ángel y un demonio estuvieran

posados en cada uno de sus hombros y le susurraran cosas: que el destino se encarnizaba con ella, que no podía ser verdad, que las casualidades no existían, que la vida seguía leyes de causa y efecto y no encuentros y desencuentros.

Lo que Evelyn no podía discernir cuál era de los dos era el ángel y cuál el demonio.

¡Rayner! No quería pensar qué coincidencia artera lo había puesto en su camino para volver su mundo al revés. ¿Estaba casada con el hombre que la había forzado en Nueva York? «Tienes que cerciorarte: todo puede ser una coincidencia», opinaba el ángel. «No te engañes a ti misma», ordenaba el demonio. ¿Qué debía hacer ahora? Se sentía avergonzada y culpable, terriblemente culpable. ¿Debía indagar? ¡Por supuesto! No podía dejarlo todo como estaba. Aunque se sentía incapaz de pensar con lógica, no podía permitir que sus sospechas quedaran sin confirmar. Sacudió con una mano cada hombro, como si espantara de una vez al ángel y al demonio. De ahora en adelante solo se escucharía a sí misma. Entendía, o creía hacerlo, los avisos que el destino había agitado delante de sus narices sin que hiciese nada por percatarse de ellos. Marian tenía el mismo color de ojos que Rayner. Tocaba el piano: la veta artística de los Dankworth la tenía marcada en su misma esencia. Que Rayner hubiera estado en Nueva York al mismo tiempo que ella y en el mismo hotel, el enorme parecido con la madre... de todos modos, se dijo que el destino era lo que cada uno se forjaba, por lo que ella debía ir a buscar el suyo: debía confirmar las sospechas y dejar de alarmarse, pero lo cierto era que estaba terriblemente alarmada.

—Nos has dado un buen susto.

La voz la estremeció: Rayner. No se sentía preparada para sostenerle la mirada, todavía no. Sabía que si lo miraba, se quebraría.

—Sé que estás despierta.

Evelyn se decidió a abrir los ojos apenas una línea.

—Me siento mal.

Su esposo asintió con la cabeza. Evelyn se dio cuenta de que estaba sentado en la orilla del enorme lecho a su lado.

—Lamento no haberte escuchado cuando me dijiste que no te encontrabas bien —dijo él con todo el pesar que sentía.

¿Nadie se había percatado de que su desmayo y malestar había sido causado por ver el cuadro de lady Dankworth?

—Quiero irme.

Ella hizo amago de levantarse.

—Espera hasta que llegue el doctor —le sugirió.

Evelyn solo trató de insuflarse un poco de aire.

—¡Quiero irme! —repitió, pero con voz más dura.

Rayner bajó los ojos hacia sus manos que retorcían las sábanas sin compasión. Tomó una de ellas. Evelyn tuvo el impulso de soltarse, pero no lo hizo. No podía soportar su contacto, no cuando se sentía tan vulnerable, pero no quería que él lo supiera.

—Cuando te encuentres mejor nos iremos.

Evelyn gimió lastimosamente.

—Por favor, déjame sola. —Rayner iba a hablar, iba a decirle que no: lo presentía—. ¡Por favor, Rayner, por favor!

—Está bien. Saldré a decirles a todos que ya te encuentras mejor, y que no hay motivos para preocuparse.

Evelyn asintió con la cabeza en apenas un gesto. Rayner abandonó la alcoba y salió por la puerta en silencio.

¡Huir! ¡Quería huir en ese momento!

Se incorporó en la blanda cama y posó sus pies en el frío suelo. Tanteó buscando sus zapatos, pero no los encontró. Buscó sus cosas y se mesó el pelo con los nervios circulando a cien por sus venas. Pensó en Marian y se angustió todavía más.

Evelyn se sujetó la cabeza para detener el constante martilleo dentro de ella: sentía cada latido golpearla con furia. Inspiró con profundidad intentado calmar las náuseas. Tomó una decisión de inmediato: tenía que hablar con Helena y tenía que hacerlo con urgencia.

CAPÍTULO 31

Helena apenas podía creer las palabras de Evelyn. Seguía sosteniendo la taza en las manos sin beber de ella, en un intento por no perderse ni un detalle.

—¿Estás segura? —preguntó Helena.

Evelyn alzó sus bellos ojos, llenos de angustia.

—Vi el retrato de la madre, hasta ayer no lo había visto porque lo estaban restaurando. ¡Mi hija es clavada a ella!

—¿Qué piensas hacer?

Evelyn era un manojo de nervios.

—Todavía no lo sé.

Helena hizo una mueca. Le parecía inaudito que el destino se cebase con su cuñada.

—¿Le contarás a Marian tus sospechas? —preguntó.

Evelyn se mesó el pelo agotada.

—¡Claro que no! Mi hija tiene un padre, Michael Warren. —Helena parecía no entender. Evelyn siguió—, no puedo permitir que todo su mundo se desmorone por algo que no pude controlar en el pasado —ella ya se lo imaginaba—. Estoy angustiada.

Helena podía ponerse en su lugar.

—Afortunadamente no la conocen —dijo en tono de pesar—. Marian está fuera de este embrollo.

Evelyn bajó el rostro y se cubrió la boca. No podía con su angustia.

—No puedo mirar a Rayner sin sentir que ardo por dentro con una cólera ardiente. Pensar en lo que sucedió me provoca escalofríos.

—No lo hagas, Evelyn —le aconsejó la cuñada—. Mi hermano te ofreció su ayuda de forma sincera, no se merece que lo descubras todo ahora.

Evelyn la miró estupefacta.

—¿Qué no lo descubra? ¿Crees que puedo mantener escondida a Marian toda la vida? —le preguntó espantada.

—Quizás el parecido es una apreciación tuya —Evelyn la miró estupefacta pues no se esperaba esa desconfianza—. Estás muy susceptible por el embarazo, la biblioteca tenía poca luz, quizás creíste ver algo que no era.

—¿Pones en duda mi palabra, mi juicio?

Helena hizo un gesto negativo.

—No te precipites, intenta calmarte.

—¿Qué me calme? ¿¡Qué me calme!?! —gritó fuera de sí—. Estoy casada con el hombre que me forzó.

Helena soltó un suspiro largo.

—Mantén tus sospechas bajo control —le pidió—, al menos hasta que puedas ir atando cabos.

Evelyn la miró atónita.

—Eso significaría seguir casada con Rayner, dormir junto a él, y fue el hombre que me forzó —repitió incansable.

Helena esperaba que su cuñada se tranquilizara.

—Piensa en Michael, en su memoria, en el escándalo que se suscitará si se descubre que él no es el padre de tu hija.

Su cuñada venía a sumarle más angustia.

—No puedo seguir en Barnsley Park, no quiero seguir aquí cuando regrese.

—Deberías guardarte tus dudas hasta que estés segura —le aconsejó Helena.

La sugerencia de Helena molestó a Evelyn.

—Me he dado cuenta de que la vida se encarga de poner cada cosa en su sitio, por más que uno mantenga la boca cerrada y se empeñe en ocultarlas.

Helena la censuró con la mirada.

—Analiza los inconvenientes de callar y los de hablar: luego toma una decisión.

Evelyn se mordió el labio pensativa.

—Sé lo que tengo que hacer, y no es precisamente mantenerme de brazos cruzados.

Se masajeó la nuca para aliviar la tensión acumulada.

—¿Eres feliz con Rayner? —preguntó Helena. Evelyn asintió sin dudarle ni un instante. Vivir con Rayner era como caminar por un camino espinoso, aunque lleno de hermosas flores—. Entonces no te atormentes, déjalo todo como está.

Evelyn suspiró largamente.

—No puedo mantenerme en silencio porque Marian es el recordatorio vivo de lo que sucedió en esa maldita habitación de Nueva York.

—Estoy preocupada por Marian —le dijo la cuñada—. Todo esto la destrozará.

—¡Y yo estoy enamorada de él, de él! ¿Entiendes mi martirio?

Helena la miró con curiosidad disimulada.

—¿Desde cuándo...? —dejó la pregunta incompleta.

Evelyn sabía perfectamente a qué se refería ella con esas palabras.

—Desde el primer día que lo vi en la biblioteca de Pembroke House. Me lo negué a mí misma por terquedad, pero lo amo desde entonces.

Helena soltó el aire poco a poco.

—Entonces díselo, hazle recordar y luego rómpele la crisma.

Evelyn ahogó una exclamación.

—¡No puedo! Esto me supera.

Tragó con fuerza y desvió la vista del rostro de su cuñada.

—¿Y entonces?

—Ahora no puedo pensar, necesito serenarme, encontrar de nuevo el equilibrio entre lo que siento por él, y las consecuencias de lo que me hizo en el pasado. De ser necesario, me marcharé.

—Una salida cobarde para una decisión aún más cobarde —la criticó la cuñada que se había cansado todo.

—¡Helena! —exclamó al escucharla.

Helena la miró enfadada.

—Él, no se metió en tu habitación, ni en tu cama —le recordó abruptamente—. Estabas ebria, tú misma lo admitiste —Evelyn sintió que su estómago se encogía al recordar esas palabras en boca de su cuñada—. Mi consejo es que mantengas la boca callada, por Marian, por mi hermano, que no se merece que deshonres su memoria.

—¡Helena! —volvió a exclamar ya olvidada la angustia principal que sintió que había sido sustituida por un profundo pesar—. Los Dankworth conocerán tarde o temprano a mi hija, y verán el enorme parecido que mantiene con la que es posiblemente su abuela paterna lady Meryl Dankwort.

Evelyn estaba comenzando a sustituir la compasión por la cólera.

—Pues entonces explota y suéltalo todo —le gritó Helena fuera de sí misma—. Le podría decir: "Querido Rayner, te presento a tu posible hija. Aquella hija que pudimos haber concebido en aquel hotel de Nueva York. ¿No me crees? Créeme: me colé en tu habitación creyendo que era la mía y aquí tienes el posible resultado.

Evelyn la miró mortalmente seria.

—Que te burles de todo esto...

Helena no se molestó por sus palabras.

—Ya te he dicho lo que yo haría: callar de una maldita vez.

—Pero no es lo que deseo oír.

Evelyn sujetó su cabeza entre sus manos.

—¡Iba todo tan bien! —exclamó agobiada—. Marian, ¿de qué forma puedo explicarle? Me consume la vergüenza.

Helena esta vez se apiadó de ella.

—No tienes que explicarle nada, ya te lo he dicho.

Evelyn meditó las palabras de su cuñada con atención.

—Quizás te haga caso, pero tengo que marcharme de Barnsley Park.

Helena aceptó eso. La situación de su cuñada se había complicado bastante, pero si no mantenía la boca cerrada, todos iban a sufrir muchísimo, sobre todo Marian.

—Desde luego que el destino puede ser un auténtico cabrón, y tú desde luego eres lady calamidad.

Evelyn la miró ofendida, pero sus ojos ya no tenían ese brillo de terror.

—Mi mundo se derrumba, y tú te lo tomas a broma.

—No me lo tomo a broma, pero creo que no es tan tremendo.

Helena seguía creyendo que el parecido que Evelyn había notado la madre de Rayner estaba solo en su cabeza.

—Presiento que todo se desplomará encima de mi cabeza irremediabilmente, y tú no me ayudas mucho.

—Que me reproches algo así cuando soy la única que conoce todos tus secretos —se quejó la cuñada—. Si no hubiera sido por Michael y por mí, ¿qué hubiera sido de ti en Nueva York?

Evelyn se sintió desfallecer. Jamás habría esperado ese reproche por parte de ella.

—Las decisiones que tome desde este preciso momento en adelante, en nada te perjudican, ni serán tomadas en detrimento del honor de tu familia, ni de tu hermano.

Lo había dicho tan seria, que Helena se preocupó.

—Tomaste una decisión hace quince años, ¡mantenla! —le ordenó.

Evelyn soltó un suspiro largo y pesado.

—Estoy asustada.

—Lo sé.

—Estoy enamorada.

—También lo sé.

—Voy a sufrir mucho.

Helena hizo una mueca burlona.

—¿Vas? Llevas sufriendo desde los diecisiete años, cuñada, cuando te quedaste de repente sin tus padres en Nueva York, cuando descubriste que estabas encinta y desamparada, pero estábamos ahí, Michael y yo para ayudarte. Es hora de que te liberes de esa carga del pasado y disfrutes de una vez, lady escándalo.

Helena pretendía animarla, pero eso era imposible. Evelyn la miró con ojos empañados.

—Aunque mantenga mi silencio como pides, no seguiré al lado de Rayner, no puedo.

—Todavía no has escuchado su versión de lo sucedido —Evelyn la miró estupefacta—. Puede que no sucediera como recuerdas.

Evelyn se encrespó.

—Era una muchacha inocente, no solía tontear con desconocidos, parece mentira que me acuses de lo contrario.

—No te acuso, Dios me libre de hacer algo así, simplemente que él puede tener una explicación tan válida como la tuya.

Evelyn hizo un gesto negativo con la cabeza bastante elocuente.

—Su conducta fue imperdonable, y la tuya por sugerir lo contrario, también.

Rayner se sentía mordido por la duda. Sospechaba algo, pero no sabía qué era lo que lo ponía suspicaz. Desde hacía varios días, Evelyn no le permitía un acercamiento, y no entendía del todo esa negativa a hablar con él sobre nada. Veía su tristeza salir por cada poro de su cuerpo, y sufría por ella. Tuvo la certeza de que algo muy grave ocurría, y se sentía incapaz de alcanzarla, de conmoverla lo suficiente para que confiara en él de nuevo. Todos los años de madurez y duras experiencias, no le servían para lograr que el único corazón que realmente le importaba abriese la puerta a su llamada.

Evelyn continuaba alejándose de él sin remedio.

Seguía contemplándola en silencio sin que ella se percatase. En ese momento se encontraba sentada en el bello escritorio ordenando las diversas invitaciones a reuniones sociales que recibían. El rostro serio y concentrado había perdido la chispa alegre que la caracterizaba. Evelyn había suspendido todos los eventos de las cuatro semanas siguientes sin darle explicación alguna. Rayner se acercó. Ella notó su presencia, pero siguió en la misma postura erguida sin volverse.

Con un suspiro, terminó por marcharse del despacho sin una palabra.

Evelyn cerró los ojos para contener las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos. Había estado consciente en todo momento de la presencia de él a su espalda, pero no podía permitir que encontrase un resquicio en el muro que se había elevado entre ellos, que él consiguiera la manera de encararla. Se sentía impotente e incapaz de tener una conversación ecuánime con Rayner. Su futuro pendía de un hilo, su estabilidad emocional, en la cuerda floja.

Se sentía vencida, triste, y no podía tomar una decisión todavía. Maldijo al destino, a la vida por jugar con crueldad con ella. No podía recuperarse de la angustia. No encontraba el valor para enfrentar de una vez por todas a su esposo. Se encontraba en una calle sin salida, sin poder dar un paso hacia delante o hacia atrás: estaba paralizada de miedo.

La campanilla de la puerta sonó, pero ella siguió en la misma postura: presente y ausente a la vez.

—Tu esposo salía a cabalgar cuando yo entraba —dijo Helena.

Evelyn volvió la cabeza al oír la voz de su cuñada. Su rostro se veía atribulado.

—Pasa por favor, siéntate.

Helena caminó hacia ella, pero con paso inseguro.

—Evelyn, la he visto —ella no la entendía—. Me presenté de improviso en Pembroke House, y logré introducirme en la biblioteca como si me hubiese despistado —Evelyn cerró los ojos con angustia, con temor—. Vi el retrato, y entendí tu miedo.

La mano de Evelyn tembló cuando se la llevó a la boca para contener un gemido. Un segundo después caminó hacia el salón sin mirar por dónde iba; Helena la seguía de cerca.

Evelyn tomó asiento en el cómodo sofá sin despegar los ojos del rostro atribulado de su cuñada.

—Lo lamento mucho —dijo la mujer.

Evelyn siguió en silencio. No alzó sus ojos hacia su cuñada, no podía. Estaba inmersa en una autocompasión peligrosa. Evelyn alzó sus ojos que ahora sí mostraban un brillo extraño.

—¿La has visto? —no hacía falta que lo preguntara.

—Marian es un calco de lady Meryl Dankworth.

Ahora estalló en sollozos tan amargos que Helena se compadeció. El llanto de su cuñada la conmovió profundamente. La vio como ausente y comprendió que debía hacer algo por ella.

—Puedo ayudarte a huir —le dijo. Evelyn negó con la cabeza: su mundo se había derrumbado sobre ella de forma implacable—. Sigues en la misma actitud pasiva de hace unas semanas, y esto debe terminar por el bien del bebé que esperas.

La angustia de Evelyn creció exponencialmente.

—No voy a huir, ni quiero precipitarme, debo hacer lo correcto.

—Deberías hablar con Marian, al menos —le aconsejó la cuñada.

Evelyn gimió.

—¡No! ¡Todavía no puedo!

—Debe saber quién es su padre por ti antes de que las murmuraciones y los chismes la cubran por completo. ¿Te imaginas el día que sea presentada en sociedad y todos puedan ver el parecido?

—¡Basta, Helena! —protestó—. Por favor. ¡No puedo más!

—Marian debe saber que Rayner Dankworth es su verdadero padre, y no Michael Warren, mi hermano.

Evelyn miró con dureza a su cuñada, pero sin responderle.

—¡Madre!

Ambas mujeres volvieron la cabeza al oír la voz de Marian. Estaba parada en el umbral del salón con el rostro mortalmente pálido.

—¡Marian!

La muchacha no esperó las palabras de su madre: le brindó una mirada de odio que le arrancó la piel del corazón de cuajo. Salió por la puerta sin decir nada; Evelyn volvió los ojos a su cuñada con un tormento extremo.

—Helena, Dios mío, olvidé que hoy regresaba.

Helena seguía atormentada porque Marian había escuchado todo lo que ella había dicho.

—Por favor Evelyn, perdóname, yo tampoco recordaba que hoy era el día de su regreso y que...

Evelyn la cortó, y acto seguido comenzó una loca carrera para alcanzar a su hija y darle la explicación que había omitido durante muchos años.

CAPÍTULO 32

¡No la encontraba! La había buscado durante horas infructuosamente en los alrededores de Battlefield, en Sheffield. Helena también la buscaba en York. Se habían enviado a varios mensajeros, pero Marian seguía en paradero desconocido. La desesperación estaba comenzando a minar las escasas fuerzas que aún tenía. Por un breve instante, el nombre de Rayner cruzó por su mente. ¿Cuánto habría escuchado su hija? ¿Estaría todo realmente perdido?

Helena le había mandado un mensaje, tampoco la encontraba, pero la nota contenía una sugerencia: Pembroke House. Evelyn se dijo que su hija no conocía a los Dankworth, nunca había estado en la residencia familiar, pero se preguntó si acaso su cuñada tenía razón, y quizás Marian habría ido al encuentro de él. Como Rayner se había marchado de Barnsley Park, el otro lugar posible era Pembroke House.

Pidió de nuevo el carruaje, y ordenó al cochero que se dirigiera hacia allí.

La magnífica mansión estaba completamente iluminada. Se bajó del carruaje sin esperar que el palafrenero la ayudara. Subió los escalones que la separaban de la puerta de entrada y llamó con insistencia a la campanilla. El mayordomo tardó una eternidad en abrir la puerta, y lo hizo con rostro serio y postura sobria, pero ella no esperó a que la anunciaran. Se dirigió con rapidez a la biblioteca donde oía conversaciones.

—¡Su Excelencia! —lo llamó agitada.

Tenía el pulso desbocado. Su suegro volvió la vista hacia ella con la sorpresa dibujada en el rostro: en la sala estaban reunidos Zachary, la abuela Charlotte y Rayner, que se encontraba con el hombro apoyado en la enorme chimenea. Podía ver en su rostro la preocupación que sentía al verla.

—¡No encuentro a Marian! —dijo exaltada.

Pero lo que decía carecía de sentido para ellos porque conocían que la muchacha estaba internada en un colegio.

—¿Qué ha sucedido con Marian? —Rayner ya caminaba hacia ella.

Para Evelyn lo sucedido hacia quince años había dejado de tener importancia ante la posibilidad de que a su hija le hubiese sucedido algo.

—Ayer finalizó el curso y hoy regresaba del colegio, se me había olvidado, llegó a la casa, y se fue sin decir nada —Evelyn tragó a fuerza de voluntad. Rayner estaba perplejo. Ella intentó dar una explicación en su

nerviosismo atropellado—. Hemos tenido una discusión, y, desde esta mañana, no sé nada de ella.

La voz se le quebró durante un segundo, se sentía incapaz de calmar su corazón desbocado.

—¡Hay que llamar a Scotladn Yard! —dijo el duque que nunca había visto tan alterada a su nuera.

Estaba en avanzado estado de gestación, y esos nervios no eran nada buenos para la criatura.

—¡Dios mío! —exclamó angustiada—. ¡No sé donde está!

—¿Es posible que se encuentre con alguno de sus amigos? —dijo Rayner para calmarla.

Evelyn escuchó las palabras de su esposo, y negó repetidamente.

—He enviado mensajes a todos, pero nadie la ha visto. ¡Voy a volverme loca! ¡No sé qué hacer!

—¡Hay que avisar a la Policía! —ordenó Charlotte—. E iniciaremos una batida desde Pembroke House.

—La buscaremos juntos —se ofreció Rayner.

—¡No será necesario! —la voz de Helena les hizo volver la cabeza.

Nadie había escuchado la campanilla de la puerta, pero su hija se encontraba en el umbral de la biblioteca, agarrada a la mano de su tía.

—¡Por San Jorge! —exclamó el duque cuando vio el rostro de la joven.

Rayner estaba enmudecido igual que Zachary.

Marian, sin mirar a su madre, hizo algo completamente inesperado, se soltó de la mano de Helena, y enfiló los pasos que la separaban de Rayner. Evelyn seguía clavada en el suelo y con la garganta oprimida viendo el desastre cernirse encima de su cabeza para estallar con una explosión sorda: ¡sabía lo que iba a ocurrir!, pero estaba clavada al suelo y sin poder hablar. El rostro de Marian, excesivamente serio, seguía con los ojos fijos sin perder su objetivo, y con una mueca de desprecio en la boca. Rayner no podía moverse del sitio a medida que la veía avanzar hacia él. Ya estaba prácticamente a su lado. Marian tragó saliva, y, acto seguido, lo abofeteó con fuerza.

El silencio cayó como plomo entre los presentes.

—¡Canalla, bastardo! —Evelyn se llevó la mano a la garganta en un intento de que el aire pasase por ella—. ¡Nunca le perdonaré! ¡Jamás! —gritó Marian, y Rayner siguió mirándola completamente estupefacto—. Regresemos, tía Helena, ya he terminado aquí —Evelyn no podía moverse.

Tenía la vista fija en el rostro de su esposo sin decidirse a nada.

—¿Qué demonios significa esto?

Rayner explotó a destiempo, y sujetó el brazo de Marian antes de que se diese la vuelta. La muchacha lo miró con un odio negro.

—¿Cómo pudo hacer lo que hizo? ¿No tenía honor?

Si concediesen un premio al desconcierto, Rayner habría sido el ganador indiscutible.

—Estoy conmocionado... —logró decir.

El rostro de Rayner iba de Marian al retrato de su madre sobre la chimenea, ¡eran idénticas!

—Claro que lo está, ¿acaso esperaba que nunca le reclamara su deleznable proceder? ¡Mi madre era inocente! —la exclamación de Marina le puso a Evelyn los vellos de punta.

Rayner parecía fuera de sí, pero Marian ya no podía detenerse.

—Mal nacido —lo insultó—. Juro que alguna vez vengaré esta infamia.

El rostro de Rayner había palidecido hasta un punto alarmante, y la joven abrió la boca por la sorpresa.

—¡No lo recuerda! —no podía creérselo, y Marian hizo algo que Evelyn lamentaría después.

Le recordó el lugar, la fecha y el momento de la ignominia cometida por él.

Evelyn seguía en la misma postura quieta y silenciosa. Rayner abrió los ojos espantado. Marian siguió mirándolo con ira en los ojos y frustración en el gesto: la rabia le salía a borbotones por la boca.

—¡Ojalá se muera, padre! —le escupió las palabras una a una con veneno.

—¡Dios bendito! —exclamó el duque que seguía conmocionado por la escena que tenía lugar en la biblioteca de Pembroke House.

Las palabras de Marian hicieron que las piernas de Evelyn temblaran violentamente. Rayner la miraba con ojos desolados y confundidos.

—¡Dios bendito! —volvió a exclamar el duque que para nada había esperado una aparición joven de su difunta esposa.

Marian se giró hacia su madre. Estaba terriblemente enfadada con ella, tenía mucho que explicarle, pero en ese momento no quería que lo hiciera.

—La tía Helena me ha contado todo.

Evelyn seguía con la boca cerrada. Cuando vio que Rayner avanzaba con paso firme hacia ella, perdió el último resquicio de valor que le quedaba. Había sido consciente de todas y cada una de las emociones que habían

cruzado en el rostro de él tras la declaración de Marian: asombro, dolor, cólera, y, por último, una profunda decepción. Ante el temible enfrentamiento que sabía le esperaba con él, hizo lo más imprudente y desacertado: huyó con la mano de su hija aferrada en la suya. Ninguno de los hombres en la sala hizo amago de detenerlas.

—¡Explicáte, Rayner! ¿Qué significa todo este? —las palabras del duque contenían una emoción que lo devolvieron a la realidad de un golpe.

Rayner había recuperado el color y el habla.

—No tengo nada que explicar.

Rayner seguía en un estado de quietud preocupante.

—¿Por qué esa niña te ha llamado "padre"? —preguntó Charlotte completamente desconcertada.

Era la única que no había advertido el enorme parecido, quizás por su mala visión.

—Marián cree, indudablemente, que soy su padre —aseguró Rayner con una profunda.

Zachary fue el único que demostró algo de sentido común.

—¡Qué hija más guapa tienes! ¡Qué regalo más inesperado! —dijo francamente emocionado—. Pero, ¿cómo saldrás de esta, hermano?

Rayner no lo sabía porque seguía sin poder procesar lo ocurrido.

—Rayner, ¿qué sucede? ¿Cómo puede ser tu hija? Es clavada a tu madre, pero, ¿cómo es posible? —el duque trataba de encontrar la lógica a todo lo sucedido.

—Conocí a Evelyn en Nueva York hace quince años —comenzó Rayner una explicación que le llevó varias horas.

Evelyn no encontraba consuelo. Marian se había negado a conversar con ella, le había pedido un tiempo que no tenía y había cerrado la puerta de su alcoba para impedirle el paso. Todo se había precipitado cuesta abajo y sin remedio.

—¡Yo hablaré con ella!

Evelyn pegó un respingo involuntario ante la seca afirmación de Rayner. Despegó su frente de la puerta cerrada del dormitorio de su hija, y carraspeó intentado encontrarse la voz. No lo había oído llegar. Intentó encontrar en su rostro algún indicio de lo que pensaba. Desde que había huido de Pembroke House, no había pensado en las consecuencias de lo que podía suceder a

continuación. Carraspeó nerviosa.

—Rayner, yo... —él, no la dejó terminar: con una mano alzada le pidió un silencio que ella le otorgó encantada.

—Ahora lo más importante no es lo que tú piensas que hice, ni la acusaciones vertidas que puedo rebatir, sino Marian.

Evelyn asintió con el nudo aún en la garganta.

—Cuando descubrí el retrato de tu madre, no supe qué hacer, estaba aterrada por lo que había descubierto, pero, en estos momentos, nada me importa más que mi hija.

Rayner asintió.

—Después hablaremos, ahora permíteme que hable con ella. Marian es mi máxima preocupación en estos momentos —Evelyn se hizo a un lado para que Rayner tuviese un mejor acceso a la puerta—. No va a resultar fácil, pero no intervengas, por favor.

—No lo haré, y gracias por preocuparte por ella.

Él, ya no le respondió. Golpeó con los nudillos la madera de forma tan suave que Evelyn pensó que Marian no podría oírlo.

—Marian —dijo—, necesito que abras la puerta, tengo que darte una larga explicación.

Tras la puerta, ella le dijo que se marchara al infierno, que lo odiaba, pero Rayner siguió insistiendo hasta el punto de que Marian se rindió. Tras unos momentos que a Evelyn le parecieron interminables, la puerta se abrió como por arte de magia y se volvió a cerrar delante de las narices de ella. Evelyn fue lo suficientemente honesta para reconocer que Rayner era el más indicado para tratar de llegar hasta el corazón herido de su hija.

Un hombre ignoraba que tenía una hija.

Una hija ignoraba que su verdadero padre vivo.

Y ella en medio de todo sin saber qué hacer a continuación.

CAPÍTULO 33

Marian abrió al fin la puerta con inesperada fuerza.

Evelyn seguía sentada en el suelo, esperando. Durante varias horas había temido, llorado, y hasta prometido lo indecible para que todo volviera a la normalidad, aun sabiendo que no se podía lograr lo imposible. Cuando vio los ojos llenos de lágrimas de su hija, el corazón se le encogió dolorosamente.

Creyó que Rayner no había logrado su objetivo.

—¡Tengo que irme! —Marian se arrodilló junto a ella y la abrazó con inusitada fuerza—. Necesito tiempo para asimilar... —no continuó. Evelyn estaba muda—. Pasaré unos días en York con la tía Helena; Rayner me ha contado todo y yo... después hablamos.

En el instante en que terminó de decirlo, se levantó y se marchó tan rápido que Evelyn no fue consciente de que se había quedado abrazando el aire. La escuchó pedirle al mayordomo que preparara el carruaje, la oyó ponerse la capa y salir de la casa como alma que lleva el diablo.

Cuando se giró hacia Rayner vio que la miraba desde el marco de la puerta con el semblante demasiado serio, demasiado herido.

Evelyn cerró los ojos con cansancio.

—¿Le has mentado? —inquirió preocupada.

Rayner con una mano la ayudó a reincorporarse. Mano que ella no rechazó porque necesitaba consuelo.

—Le he contado la verdad —dijo él.

Evelyn no entendía a qué verdad se refería. Movi6 con energía los músculos de sus piernas que se habían quedado dormidas debido a la espera.

—¿Qué verdad? ¿La tuya o la mía?

Rayner suspiró largo y pesado.

—Es la misma Evelyn...

Ella tragó con fuerza porque, aunque no había olvidado todo el dolor que Rayner le había provocado, la angustia de perder a Marian había sido determinante. Nada importaba más que ella, y se le había quedado muy claro.

—Marian ha comprendido, pero necesita algo de tiempo.

Ella inclinó la cabeza.

—Al menos no parece infeliz —respondió asombrada—. Y no me ha dirigido ni un solo reproche —reconoció.

El nudo en su est6mago se había aflojado al fin.

—¿Estás cansada?

¿Cansada? Estaba muerta de miedo, pero Rayner no dejaba traslucir ninguna emoción en su rostro. Evelyn sabía que había llegado su hora, la hora de pedir explicaciones.

—Rayner —inquirió temblorosa—. ¿Por qué? —tenía que preguntárselo.

Él, siguió guiándola hacia el dormitorio que compartían hasta unas semanas atrás. Con cada paso que daba, la inseguridad iba creciendo dentro de ella sin que pudiese hacer nada al respecto: no sabía de qué forma encararlo sin sufrir.

—No teforcé como le han hecho creer a Marian —eso no era lo que ella recordaba—. No me colé en tu dormitorio, ni me metí en tu cama...

Eso mismo le había dicho ella tiempo atrás a su cuñada.

—Me dieron una llave equivocada —comenzó ella—. Había bebido por primera vez champán en la embajada inglesa, y no me sentó bien. Estaba tan mareada y sentía tanta angustia, que mis padres permitieron que regresara al sola al hotel, pero no llegué a mi habitación sino a la tuya.

—Y te metiste en mi cama —continuó él.

—No sabía que estaba tú —se justificó.

—Ni yo que lo harías tú —contraatacó él.

Así estaban lo dos frente a frente.

—Era una muchacha inocente...

—Y yo estaba completamente borracho, como los últimos seis días.

Evelyn recordó entonces la explicación de William sobre el tormento de Rayner por culpa de Simone.

—Al principio no supe lo que sucedía, y luego sentí mucho dolor.

Rayner se mesó el cabello agotado.

—No era consciente de mis actos, Evelyn, simplemente era un borracho que creía disfrutar de un sueño lujurioso.

—¡Pues no lo fue! —le restregó ella—. Y me deshonraste —lo acusó.

—Lo lamento mucho, Evelyn.

Ella tenía los preciosos ojos violeta empañados en lágrimas.

—Cuando pude marcharme de tu habitación, no sabía qué hacer salvo esperar la llegada de mis padres, pero nunca regresaron, los habían asesinado cruelmente —su voz se quebró—. Estaba sola, asustada, deshonrada...

—De haberme reclamado, habría hecho lo correcto.

—¿Cómo ibas a hacerlo? ¡Eras un completo desconocido!

—Podrías haber pedido datos en el hotel. Esperar a que yo despertara.

—Estuve tentada, incluso de denunciarte, pero quería la protección de mi padre —ella se quedó pensativa unos instantes—. Sinceramente, prefería vivir sin saber quién eras, y en medio de ese caos emocional, ocurrió el asesinato, me sentí desprotegida...

Rayner volvió a suspirar.

—No tengo justificación para aquello, pero no teforcé —se sinceró sin dejar de mirarla—. Jamás haría algo así por muy borracho que estuviera.

—Tenía diecisiete años, Rayner, iba a ser presentada en sociedad —tuvo que tragar porque se le quebraba la voz—. Me esperaba una vida maravillosa, y la truncaste.

—No fui responsable del asesinato de tus padres.

Ella no lo había acusado.

—Estoy en un sin vivir —dijo ella en voz baja.

—Y yo terriblemente enfadado.

Evelyn lo miró perpleja.

—¿Qué tú estás muy enfadado? —no podía creérselo.

—Tan terriblemente enfadado que estoy a punto de estallar. De todos modos, quiero hablar contigo con tranquilidad.

—Entonces, quizás, deberíamos esperar hasta que...

Rayner le cerró la boca con un beso salvaje. Evelyn no lo esperaba en modo alguno, y se puso tensa. Ella no acertaba a entender el por qué de ese castigo que había urdido Rayner para atormentarla. Él, comenzó a profundizar el beso. Cuando la cordura regresó a él tan rápida como un rayo, y, justo cuando iba a terminarlo, ella abrió más los labios para incitarlo a que continuase.

Descubrir que Rayner era aquel hombre del hotel de Nueva York, había sido demoledor. Que fuera el padre de Marian, le resultó angustiante, pero amaba al hombre que se había convertido en su esposo, el padre del hijo que esperaba... Evelyn lo amaba, lo despreciaba, lo admiraba, lo rechazaba. Todo en ella convergía en cúmulo de sensaciones que no podía controlar.

Había estado tan angustiada por todo, y había pasado tanto miedo por Marian que no podía impedir que la besara, que la acariciara e incluso que le hiciera el amor si se lo proponía. Evelyn era como un cascarón vacío que él iba llenando con su esencia. Sin ser consciente porque seguía conmocionada, aprisionó su nuca y lo atrajo todavía más hacia ella. Las manos de Rayner comenzaron a moverse con el ritmo de su boca hambrienta. Evelyn experimentó miles de sensaciones que subían desde su estómago hacia su

garganta, y que comenzaron a manifestarse en el interior de sus mejillas. La lengua de Rayner era como el terciopelo que acaricia la piel desnuda. Ella, al principio, respondió con un temor imprudente, pero él lograba crear magia en su cuerpo y dudas en su mente.

¡Rayner quería más, mucho más!

A ella poco le importaban ya las desavenencias, las mentiras, la loca rueda de la verdad que giraba alrededor de ambos con una amenaza velada. Rayner. Finalmente abandonó sus labios húmedos. Ella aún mantenía los ojos cerrados. Sintió la boca de él en el comienzo de su oreja y miles de cosquillas atenazaron sus nervios. La tensión acumulada de los últimos días le hizo flojear las rodillas. Tuvo que asirse a sus brazos duros para no terminar cayendo. Rayner fue deslizando los labios justo donde terminaba el lóbulo y una descarga eléctrica la recorrió por entero. Hizo una breve presión con sus labios en el cuello y comenzó, eufórico, a recorrerlo con su lengua. Evelyn lanzó un gemido involuntario de placer, y Rayner alzó la cabeza al oírla. Se detuvo de inmediato. Ella abrió los ojos al notar el aire frío sobre la humedad de su cuello. Él le daba la espalda con las manos en las caderas y la respiración jadeante.

—¡Pero qué estoy haciendo! —exclamó él.

El mundo se le cayó encima aplastándola. Esas solas palabras le habían dicho todo.

—Se nos ha ido de las manos porque yo todavía estoy furiosa contigo.

Evelyn, con un suspiro de resignación, abrió en silencio la puerta del vestidor y sacó una pequeña maleta. Tenía una clara determinación en sus manos, y una promesa en sus ojos. Comenzó a llenarla con las prendas de él.

Rayner alzó las cejas completamente estupefacto.

—¿Me puedes explicar qué haces? —Evelyn no lo miró.

—Creo que es evidente: te marchas.

—Espera, Evelyn —le dijo mientras le sujetaba la mano para detener sus movimientos—. No puedo esperar que comprendas. Nada de lo que he hecho en el pasado y en el presente ha sido malintencionado, pero entiendo que sea difícil de sobrellevar para ti. Créeme cuando te digo que también lo es para mí —ella abrió la boca para responder algo, pero él siguió—. No teforcé aquella noche, lo juro por mi vida, aunque admito que me aproveché, no me enorgullezco, pero no puedo cambiar lo que está hecho. No escogí esto, pero el destino se encargó de cruzarnos en el mismo camino —Rayner tomó aire—. ¡Maldigo la hora en la que te vi por primera vez en Central Park dibujando!

¡Maldigo el momento en el que mi hermano William nos presentó! ¡Maldita seas tú por hacerme perder la cabeza y volver mi mundo al revés! ¡Maldito mi corazón porque te ama y no puedo hacer nada por evitarlo!

Evelyn se quedó muy quieta. Quiso serenarse un momento. Precisaba volver a mirarlo sin derrumbarse.

—¿Me conocías antes de que nos presentara William en la fiesta de Pembroke House? —la voz profunda le hizo levantar la cabeza de golpe.

Rayner mantenía el gesto adusto y un brillo en sus ojos que le provocó un escalofrío. Se sacó del bolsillo de su levita un pañuelo de encaje femenino que tenía dos letras bordadas: E y B. Ella no pudo contener un gemido. Los recuerdos de Nueva York se resumieron en ese gesto de él. ¡No podía ser!

—¡Tú recogiste mi bolso en el parque! —concluyó Evelyn tan estupefacta que le costaba asimilarlo. Rayner asintió en silencio.

—Deja que te explique —dijo y mientras lo hacía decidió sentarse sobre el enorme lecho—. No hace falta que te explique lo de Simone, ¿verdad? —ella hizo un gesto afirmativo—. No podía quedarme en Inglaterra, no, después de saber que se había deshecho del hijo que esperaba... me afectó tanto, que para no matarla con mis propias manos, me di a la bebida. Llegue a beber tanto que no sabía cuándo era de día y cuando de noche. Mi padre seguía atándome y volvía a insistir que era lo mejor que podía sucederme. ¿Puedes creerlo? Casi llegamos a las manos, y por eso decidí marcharme y embarcar a las colonias. Cuando llegué aquí, seguí el mismo derrotero porque me sentía incapaz de soportar el dolor. Ese niño me importaba muchísimo, y seguí refugiándome en la bebida. Vagaba por las calles de Nueva York sin importarme nada, y entonces vi a una preciosa muchachita de hermoso cabello negro, y ojos del color de las violetas. Pensé que era muy joven, una niña, hasta que se te cayó el bolso y no te diste cuenta. Se había abierto, lo recogí y te lo devolví. Cuando me miraste no vi a la niña que creía, sino a una muchacha espectacular. Con una mirada limpia e inocente. Por unos momentos me hiciste olvidar a Simone, y toda la desgracia que había vertido en mi vida.

—Lo lamento Rayner, sé que debió de ser muy duro para ti.

Sí que lo había sido.

—¿No me reconociste el día que William nos presentó? —Evelyn negó con la cabeza un tanto desconcertada—. De entre un millón de mujeres, yo sería capaz de reconocerte aún con los ojos cerrados; sería capaz de encontrarte por el olor de tu perfume. —Evelyn sintió que sus mejillas se ruborizaban—. Cuando te vi aparecer en la biblioteca de Pembroke House

quince años después, el corazón se me detuvo de golpe. Durante semanas navegué entre la duda. ¿Era mejor abordarte, como quería, o seguir entre las sombras de William? Me sentía dividido entre mi deseo de hombre, y mi deber como hermano mayor.

—No tenía ni idea —deslizó Evelyn aún abrazada a la almohada.

—La tarde que William me dijo que te había propuesto matrimonio, sentí que la tierra se abría y me engullía con un hambre voraz. Decidí, en ese mismo instante, que iba a formar parte de tu vida sin importar lo que tuviese que hacer para conseguirlo. —Rayner calló un momento antes de continuar—. Tu seducción en el carruaje me brindó la oportunidad que buscaba desesperadamente.

Evelyn cerró los ojos un momento. Quería pensar cómo seguir: la vida le brindaba una oportunidad que ella no iba a desaprovechar.

—Quise seducir a William para quitarle de la cabeza la idea del matrimonio.

—Sí, ya me lo contaste, pero no te habría dado resultado —Evelyn se quedó callada mirando un punto indeterminado de la estancia—. ¿Cómo terminaste casada con lord Warren?

El rostro de ella se dulcificó.

—Helena era mi mejor amiga —ese era un detalle que conocía—. Helena estaba en Estados Unidos porque se había prometido a un caballero de Boston que poseía una considerable fortuna —Rayner entrecerró los ojos—. Los Warren necesitaban dinero porque estaba en juego la propiedad de Battlefield. El padre de Helena y Michael había empeñado la propiedad, y el banco estaba a punto de hacerse con ella —Rayner ignoraba la precaria solvencia de los Warren—. Entonces mis padres fueron asesinados, y yo me quedé sola. Helena y Michael fueron de una gran ayuda pues se ocuparon gestionar el entierro de ellos, el enorme papeleo—Evelyn tomó aire—. A la angustia de la muerte de mis padres se sumó mi embarazo, y en mi desesperación traté de quitarme la vida —Rayner la miró con el horror pintado en el rostro—. Quería dejar de sufrir, y no vi más opción que el suicidio —Evelyn se perdía en recuerdos del pasado—. Entonces Helena me propuso algo: casarme con su hermano Michael.

Rayner seguía en silencio.

—Yo los quería muchísimo, estaba sola, desamparada, y sin familiares que pudieran venir a buscarme a Nueva York. Acepté sin dudar la sugerencia de Helena.

—¿Helena no quería casarse con el caballero de Boston? —le preguntó en voz baja.

—Helena quería salvarme a mí, y encontró la solución perfecta: un matrimonio entre Michael y yo.

—¿Tu padre no te designó un tutor? —esa era una costumbre extendida entre los nobles para proteger a los hijos.

Evelyn hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Estaba embarazada, estaba sola y en un país extraño —le recordó con amargura—. Para cuando llegara el tutor designado por mi padre, ya habría dado a luz a Marian —Evelyn suspiró—. Michael removi6 cielo y tierra para ayudarme.

—Y para ayudarse así mismo —lo criticó Rayner.

Evelyn lo miró enojada.

—Toda mi fortuna le habría entregado gustosa por todo lo que hizo por mis padres asesinados, por su hija mancillada, y por Marian, salvo que no llegó a conocerla —Rayner se sintió un poco avergonzado—. Asumió la responsabilidad de mi embarazo, y obtuvo la licencia para casarnos en Nueva York. El resto ya lo conoces. Regresábamos en el Solomon Cotton cuando naufragó frente a las costas de Nueva Escocia, fui de las pocas supervivientes que pudo contarlo.

—¿Y Helena?

—Se casó con su caballero de Boston, pero de nuevo se tuvo que ocupar de mí porque me había quedado viuda, por eso su esposo aceptó comprar una pequeña propiedad en York, para que Helena pudiese seguir cuidándome. Ultimaron su traslado a Inglaterra y me acompañaron de regreso.

La miró un instante conmovido. Luego, le preguntó.

—¿Por qué no hablaste conmigo cuando viste el retrato de mi madre en Pembroke House?

—Me sentía demasiado desgraciada.

—Cuando la vi aparecer en la biblioteca, me llevé un susto de muerte. Parecía mi madre que venía a mi encuentro. Cuando me abofeteó, me insultó y me llamó padre, estuve a punto de desmayarme. Después reír como un poseso, besar a todo el mundo por la felicidad que me embargaba, pero no hice nada de todo eso, sentí la acuciante necesidad de acudir a la llamada de auxilio de mi hija antes de encauzar la verdad contigo de una vez por todas.

—¿Por qué no me dijiste cuando nos presentó William que ya me conocías? —le recriminó.

Rayner la miró un tanto abochornado.

—Porque despreciaba al Rayner que ten conoció en Nueva.

Evelyn no pudo contener una emoción. La dicha comenzaba a aflorar y se cubrió el rostro otra vez con la almohada, pero ya no por vergüenza.

—Te compensaré, Evelyn —le dijo él muy serio.

—Te va a llevar toda una vida compensar las noches de insomnio que sufro desde que te conozco —concluyó serena—. No me has permitido un segundo de paz desde aquella noche en Pembroke House.

—Tu rechazo de hace un momento, me desconcertó, me dolió —admitió él con una timidez que le resultó sorpresiva.

—Existía muchos interrogantes que tenían que ser aclarados.

—¿Y ahora?

—Creo que el amor no tiene en cuenta los sufrimientos del pasado, solo se alimenta del presente.

—¿Me amas? —quiso saber él—. Necesito saberlo.

—¿Me amas tú? —preguntó osada—. Porque yo sí te amo, lord Dankworth.

—Creo que comencé a amarte allí en Central Park —ella hizo un gesto cómico con la boca—Gracias, Evelyn.

Evelyn parpadeó con sorpresa.

—¿Por qué?

—Por traer a mi hija al mundo y cuidarla. Por amarla contra viento y marea con ese amor que te engrandece y que te honra. No te imaginas lo que significa todo eso para mí —Evelyn sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, cuando lo escuchó tan tierno. Indudablemente seguía pensando en el hijo que perdió por culpa de la ambición de Simone—. ¿Crees en el destino? Yo he comenzado a creer.

—Lo he maldecido mucho a lo largo de estos días: me venció el miedo y la desesperación.

—Ven junto a mí, mi amor, y te convenceré de lo contrario.

Evelyn aceptó su mano abierta con una trémula sonrisa.

—¡Soy tan feliz de que seas el padre de Marian! ¡Es el hombre que amo!

Rayner la miró intensamente. Se rio junto a ella. Luego, comenzó a desabrocharle los botones de su vestido de flores.

—Y debes empezar por decirme que me amas. Llevas años de atraso.

Evelyn necesitaba saber una cosa más antes de arrancarle la ropa.

—¿Qué le has contado a Marian? —preguntó.

—Ya te lo he dicho, la verdad.

—Todo esto, ¿la marcará? Quiero saber... —no la dejó continuar.

—No puedo revelarte los secretos entre padre e hija. Mi niña no me lo perdonaría. —Evelyn respiró muy aliviada. Él, hablaba de su hija con una naturalidad absoluta, como si hubiera ejercido de padre para ella desde el primer día—. ¡Dímelo, Evelyn! —reclamó él.

Ella sabía lo que le pedía.

—Te amo.

Rayner la iba recostando en el lecho con cuidado mientras la miraba con profunda intensidad.

—Te ha costado lo tuyo admitirlo —le espetó en broma.

—Antes tenía que resolver todas las dudas.

Rayner se rio a carcajadas sin soltar su cintura con una mano. Con la otra le desabrochaba el corpiño de encaje rojo. Al verlo, parpadeó con sorpresa.

—Siempre consigues sorprenderme —dijo.

Evelyn le tironeó el pelo con cariño.

—Nunca más vas a nadar en la monotonía, y pienso hacer de ti un digno lord escándalo.

Rayner atrapó su boca y ya no la soltó. Trazó con la lengua el contorno de los labios llenos de ella. Su mano se había adueñado de uno de sus pechos como si fuese un trofeo ganado con el último aliento de su garganta. Evelyn gimió por las sensaciones que comenzaron a desplegarse por su cuerpo produciéndole pequeños estallidos de placer. Rayner bajó la mano hasta su voluminosa falda y se la subió con audacia para tener un mejor acceso a su vientre. Evelyn comenzó a desabrocharle la camisa blanca con torpeza. Él, le brindó la ayuda que le solicitó con una mirada anhelante: ambos quedaron desnudos pegados el uno al otro. Rayner delineó con un dedo las pequeñas estrías que ya se advertían en el abdomen de ella, y le brindó una sonrisa complacida. Evelyn trató de taparse, pero él no se lo permitió.

—Con Marian no me salieron estrías.

Rayner observó la vergüenza de ella, y la comprendió.

—Son medallas de honor por tu valentía.

Las mejillas de Evelyn se ruborizaron violentamente.

—Las mujeres estamos en clara desventaja con respecto a vosotros.

Rayner la hizo girar media vuelta y él se puso de costado a su lado. Se inclinó sobre ella para susurrarle al oído de forma queda e insinuante.

—Un hombre va a la guerra y mata a seres humanos. Cuando vuelve lleno

de cicatrices, se le ofrecen honores. Vosotras no matáis, creáis vida: esas marcas deberían ser enaltecidas con todos los honores que os merecéis.

Evelyn sintió un nudo en la garganta al escucharlo.

—Rayner, todavía tengo muchas preguntas para hacerte —él la miró incrédulo, y fingió darle una orden.

—O te pones en posición horizontal ahora mismo o no respondo de mí.

Evelyn se arrojó a sus brazos.

EPÍLOGO

Pembroke House, 1898

Evelyn seguía de brazos cruzados mirando la puerta. Se sentía impotente por su incapacidad para hacer razonar a su hija. Iba a ser uno de los días más importantes en la vida de Marian, y se negaba a salir de su alcoba. Los gemelos: Logan y Ryan, que ahora tenían tres años golpeaban la puerta tan insistente como la madre.

—¡Sal de una vez! —solo había silencio detrás de la puerta de madera.

—¡Marian, Marian sal! —gritaron los niños.

—¡Niños, silencio!

—¿Quieres que pruebe yo? —el ofrecimiento de William le hizo negar con la cabeza.

—Su terquedad me exaspera hasta un punto insospechado. Rayner es el único capaz de hacerla razonar —Evelyn suspiró con profundidad, y cerró los ojos ante el silencio que seguía reinando en la habitación—. Abre la puerta, Marian.

Los gemelos volvieron a abrir la boca que cerraron de inmediato ante la mirada de seria advertencia que la madre les dirigió. Ambos eran igualmente traviosos, y completamente iguales en su aspecto físico. Logan tenía el pelo negro y los ojos violeta: una mezcla explosiva. Ryan tenía los ojos grises y el pelo rubio: otra mezcla aún más explosiva. Los dos adoraban a su hermana mayor, pero eso no impedía que la hicieran blanco de sus travesuras. En cambio, para Marian, ambos eran la luz de sus ojos: amaba a esos dos monstruitos con un amor incondicional que hacía que Evelyn suspirara llena de felicidad por ellos.

—¿Qué crees que ha pasado? —preguntó William.

Evelyn alzó sus hombros con un interrogante.

—Estaba completamente arreglada, y, de pronto, se ha sentado en la cama, me ha echado de la estancia, y ya no me ha permitido la entrada. Lleva así más de una hora.

—Pues todos están esperando impacientes —comentó su cuñado.

—¿Crees que me ayudas así, con esa actitud? —William no ocultó la sonrisa que le producía el desasosiego de ella.

—¿Qué ocurre?

Tanto Evelyn como William volvieron la cabeza a la entrada apresurada de Rayner en el vestíbulo que comunicaba los dormitorios.

—¡Papá!

La exclamación de júbilo de los gemelos le arrancó una sonrisa amorosa. Evelyn contempló a su marido con un brillo de orgullo en sus ojos violeta. Iba perfecto vestido de frac.

—¿Qué haces aquí y no en el salón atendiendo a los invitados? —preguntó Evelyn sorprendida.

—¡Evidentemente se necesita mi ayuda!

Evelyn carraspeó por la afirmación: le molestaba tener que admitirlo, pero Rayner era inmensamente necesario en ese momento. Y en cada momento de su vida.

—Soy perfectamente capaz de hacer que mi hija salga de su alcoba yo misma.

Rayner no la escuchaba. Alcanzó los pasos que lo separaban de la puerta y llamó con los nudillos suavemente.

—Cariño, abre, sé cómo te sientes.

Evelyn enarcó las cejas con escepticismo, pero la puerta se abrió como por arte de magia. Volvió a cerrarse un segundo después, dejando tanto a Evelyn como a William perplejos.

—¿Cómo lo hace? —preguntó William.

—No tengo ni idea, pero siempre consigue que le abra la puerta cuando me la cierra a mí.

—¡Venid muchachos! El tío William os va a dar unas galletas de las que se comen.

Ambos niños lo siguieron como encantados por un mago. Evelyn siguió esperando en la puerta, pero se sentó en la silla que había adosado a una parte de la pared. Ya se había acostumbrado a quedarse fuera de las conversaciones cuando surgían "contratiempos", como los llamaba Rayner.

Tras veinte minutos de espera, la puerta se abrió milagrosamente. Tanto padre como hija salían abrazados y sonriéndose mutuamente.

—Disculpa mamá, pero me venció el pánico —Rayner la apretó más contra sí mismo.

—Tienes el cabello un poco despeinado —le dijo con ojo crítico.

Evelyn comenzó a colocarle algunos rizos de forma cuidadosa.

—Nadie se dará cuenta, porque todos estarán mirando su hermoso rostro.

Evelyn los miró a ambos con el ceño fruncido.

—¡No me gustan los secretos! —dijo un tanto ofendida.

—Padre ha prometido mantenerse a mi lado.

Evelyn parpadeó sorprendida.

—¿En tu presentación en sociedad?

—Es que me horroriza ser el centro de todas las miradas.

Evelyn resopló. Marian iba a ser presentada en sociedad en Pembroke House. Toda la familia se había congregado allí, así como numerosos amigos, conocidos e invitados.

—¿Dónde están los traviesos?

—William los ha sobornado con unas galletas.

—Tenía que estar aquí para acompañarla —se quejó.

—En vista de que su padre, tú, has llegado hasta aquí y has dejado al resto esperando abajo, él ha creído necesario ayudarnos con los niños.

—Tengo miedo —dijo Marian.

Evelyn miró el vestido largo color celeste de su hija, las flores de su cabello, y el gesto de sus manos nerviosas.

—¡Hoy es tu día, disfrútalo pequeña!

Rayner buscó a su mujer, la tomó de la cintura, y aprisionó su boca con un beso hambriento y fiero. Una de sus manos sostuvo la nuca de ella que le impidió la retirada a tiempo. Indagó con su lengua. Evelyn le correspondió como siempre con un entusiasmo absoluto. El beso terminó demasiado rápido tras el carraspeo de Marian que los seguía mirando con una mirada de fastidio supremo. Cuando Rayner la soltó, lo hizo con una promesa con sus ojos de lo que les esperaba más tarde.

—¡Mamá! —exclamó la muchacha risueña—. Ahora tienes el cabello más desaliñado que yo.

Evelyn trató de arreglarse un poco el pelo sin conseguirlo, pero sin que le importase en absoluto. En el gran salón de Pembroke House estaba la flor y nata de la aristocracia de Yorkshire. Marian iba a ser presentada en sociedad, y estaba muy feliz por eso.

Padre e hija se dirigieron hacia las escaleras cuando se escuchó los acordes de un vals que anunciaba la llegada de ella.

Evelyn se quedó atrás mientras se ponía la mano en el vientre. Estaba de nuevo encinta, y no se lo había dicho a Rayner. Le gustaba ese pequeño secreto sobre él.

—¡Estás aquí! —la exclamación de su cuñada Helena la hizo girarse

hacia ella.

—Marian ha sufrido un ataque de pánico.

Helena llegó hasta ella.

—A todas nos sucede cuando vamos a ser presentadas en sociedad.

Evelyn no había sido presentada, pero no le importaba. La vida la había llevado a Nueva York para que conociera al hombre de su vida. Y la hacía la mujer más feliz del mundo.

Miró a su cuñada, su vientre abultado, y se sintió muy feliz.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó con genuino interés.

—Gorda, pesada e irritada.

Ella podía comprenderla.

—Estoy tan feliz por ti, por Battlefield —admitió sincera.

Helena la abrazó. Y Evelyn recordó lo que sufrió cuando Rayner quiso reconocer a Marian como una Dankworth a pesar de lo que le pensaba ella. Se sentía tan agradecida de la generosidad de los Warren, que le parecía de una ingratitud supina, que Rayner quisiera arrebatarse el único derecho a Michael. Sería recordado gracias a Marian, pero Helena había mediado en la discusión entre ambos esposos. Trató de convencerla de que era justo que Rayner reclamara su sangre, le dijo que de estar vivo, Michael también lo aprobaría, pero ella se mantuvo en sus trece hasta que su hija Marian decidió en el litigio que mantenían Rayner y ella, aceptando que quería ser reconocida por su auténtico padre, y de forma legal.

Evelyn perdió ese envite y los siguientes que vinieron.

—¿Cómo lo lleva tu suegro?

Suspiró al escuchar la pregunta de su cuñada. La vida se había encargado de hacerle justicia a Rayner pues Simone había muerto en el parto junto con la hija que alumbraba. El duque lo pasó realmente mal, pero toda la familia había hecho apoyo común para consolarlo y apoyarlo, Rayner el primero.

—Cuando iba recuperándose —contestó Evelyn—, lo de su madre —la duquesa viuda había muerto el invierno anterior por una neumonía.

Ella había decidido posponer la presentación en sociedad de su hija Marian, pero el duque se había opuesto a ello. Su primera nieta debía hacer su debut a la edad apropiada, e hizo hincapié en que Charlotte así lo habría querido.

—Marian va a ser una magnífica baronesa de Little Ribston.

—Es curioso el destino, Helena —le dijo Evelyn a su cuñada—. Ese título estaba destinado a la primera hija que tuviera Rayner. El duque y él

decidieron obsequiárselo a mi hija porque sabían todo lo que Marian perdería con mi boda, y resulta que el regalo fue a parar a la sangre de los Dankworth.

—Me alegro mucho por ti, por ella, por esos niños maravillosos...

Evelyn la interrumpió.

—Y por el que está por venir...

Helena la miró con sorpresa.

—¿Estás... estás...? —no pudo terminar de hacer la pregunta.

—De tres meses.

—¿Y lo sabe él? —ahora negó con la cabeza.

—Me gusta saber algo que él ignora, me da cierto poder —respondió.

Ambas mujeres soltaron unas risillas.

—¿Pero qué haces aquí arriba todavía? —la pregunta de William las hizo girarse hacia las escaleras—. La debutante no puede ser presentada sin la presencia de su madre —la censuró.

—Vamos Helena, tu sobrina se presenta en sociedad, y las dos llegamos tarde...